



Raúl Molero

# TODOS LOS BESOS QUE IMPORTAN





Harper+

# Portadilla

Raúl Molero

# TODOS LOS BESOS QUE IMPORTAN

# Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Todos los besos que importan
© 2025 Raúl Molero
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

ISBN: 9788410643444

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice


Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Si te ha gustado este libro…

# Capítulo 1
AHORA

Toda historia necesita su protagonista. Así que vamos en busca de la nuestra.

No tenemos que ir muy lejos para dar con ella. Basta con caminar un poco y meternos en ese supermercado que hay en aquella esquina. Los detalles concretos acerca del mismo son intrascendentes. Es un establecimiento cualquiera en una calle cualquiera de la ciudad de Madrid.

Hay candidatas muy interesantes en su interior. Está Yolanda, una chica adolescente que ha venido acompañada de sus padres, a los que esa misma tarde de sábado va a revelar que el motivo por el que últimamente se ha estado comportando de una forma muy extraña se debe a que lleva unos meses sufriendo ciberacoso por parte de unas compañeras de clase. Le ha costado mucho tomar esa decisión, pero va a suponer un paso fundamental para escapar de ese infierno. Dentro de muchos años, cuando encabece la lista de las mujeres más influyentes del país, recordará ese instante como el más decisivo de su vida.

Unos metros más allá, esperando su turno en la sección de carnicería, hay una treintañera de origen venezolano tan absorta en sus pensamientos que no se ha dado cuenta de que la charcutera acaba de decir su número en voz alta. Gabriela llegó de su país hace poco más de un año junto con su marido y sus dos hijos pequeños, y tiene muchos problemas que resolver: su permiso de residencia, la

matriculación de los niños en el colegio, la entrevista de trabajo que tiene pasado mañana y un siniestro secreto familiar que descubrió al poco de llegar a España. Tanto quebradero de cabeza la tiene un poco agobiada. Menos mal que es una de esas personas que se crecen ante las dificultades.

Cerca de Gabriela se encuentra Paz. Es una madrileña de engañoso aspecto frágil que va a cumplir setenta años la próxima semana. Está muy contenta porque los resultados de las pruebas médicas que se ha hecho su hija mayor han descartado que sufra la misma enfermedad que le costó la vida al marido de Paz tres años antes. Su felicidad no es nada en comparación con la que va a sentir dentro de unos días, cuando averigüe que toda su familia —incluidas sus primas de Alicante, a las que tanto quiere— se ha reunido para celebrar su cumpleaños. No será la única sorpresa que reciba ese día. Al volver a casa esa noche, se encontrará allí esperándola a una persona de su pasado que creía muerta hacía mucho tiempo.

No muy lejos de allí, deambula Miriam, que aparenta bastante menos de los veintiocho años que tiene. Es fácil localizarla debido a su risa tan contagiosa. Acaba de escuchar en su móvil un audio que le ha enviado Valentina, su novia mexicana, donde le describe un incidente bastante gracioso en el que se ha visto envuelta por culpa de un malentendido lingüístico. Miriam está muy enamorada de ella. Es una pena que su chica no lo esté tanto de Miriam, y que en menos de tres meses la relación se vaya a ir a pique cuando descubra que Valentina le está siendo infiel con una tatuadora de ojos verdes.

Pero ninguna de ellas es la mujer que va a protagonizar este relato.

La elegida se llama Lara. Es una de las clientas que están haciendo cola en la fila más alejada de la salida del supermercado. La segunda contando desde el final. La que lleva el pelo negro largo y con raya en medio.

Esa.

Lara no está teniendo precisamente lo que podríamos llamar un buen día. Más bien lo contrario. Sus problemas no son tan acuciantes como los de Gabriela, pero le causan mucha más

inquietud. Ya tendremos oportunidad de conocerlos en profundidad más adelante. Por ahora basta con saber que todo se puede resumir con la siguiente frase: Lara no se gusta nada a sí misma. Y no me refiero a su físico, sino a su forma de ser. Se ve como una persona débil e insegura. Detesta lo complaciente que se muestra en ocasiones y lo mucho que tiende a morderse la lengua ante las injusticias. Tiene la sensación de que la gente se aprovecha de ella debido a que apenas opone resistencia. Y para colmo, la única vez que decidió no dejarse avasallar le costó su matrimonio.

Ella considera que ese es su defecto más importante, pero está convencida de que no es el único que posee. Desearía no estar comparándose constantemente con los demás, por ejemplo. También daría lo que fuera por no andar imaginándose todo tipo de contratiempos futuros cada dos por tres. Ni siquiera el hecho de que estos no sucedan en el noventa y nueve por ciento de las veces le ha ayudado a frenar su constante paranoia.

Lara tampoco está nada satisfecha con su situación actual. A sus cuarenta y cinco años la vida la ha llevado a una posición que está muy alejada de sus expectativas. Y eso que, visto desde fuera, nadie podría pensar que las cosas le van demasiado mal. Tiene casa propia, un trabajo estable, una salud de hierro, un par de amigas de las que están ahí cuando las necesitas de verdad y una hija que aquel que la conoce no duda en describir como adorable. Pero si lo analizamos todo más de cerca, aparecen las causas de su desencanto.

Primero está el divorcio con el padre de su hija Ruth, cinco años atrás. Aunque Lara sabía perfectamente qué era lo que había precipitado su separación, era incapaz de comprender cómo habían podido permitir que todo acabase así. Y no era la única a la que había sorprendido que una pareja que todo el mundo consideraba como ejemplar se hubiese derrumbado tan rápidamente. Pocos de los que los conocían bien habrían predicho ese final, por no decir que ninguno. Ella misma había llegado a creer hasta tal punto en la fortaleza de su matrimonio, que comprobar lo equivocada que estaba había supuesto un palo tremendo. Al principio le había culpado casi exclusivamente a él. Luego, con el paso de los años, se

había atribuido cada vez más responsabilidad. No tanto por los acontecimientos que habían llevado al deterioro de su unión, sino por el hecho de no haber hablado más claramente las cosas cuando aparecieron las primeras señales. Y por haberse engañado a sí misma durante tanto tiempo pensando que en realidad todo se acabaría solucionando por arte de magia. Por si eso fuera poco, a su ex le estaba yendo muy bien desde que no estaban juntos; había tardado bien poco en rehacer su vida con una chica once años más joven, con aspecto de modelo de anuncio de perfume caro.

En segundo lugar, se encontraba la relación con sus padres. Sobre todo, con su madre, que era con quien más trato tenía. Su padre había ido distanciándose de su hija y de su esposa cada vez más, hasta el extremo de que Lara no entendía que siguiese con su madre a esas alturas. Lara compartía muchos de los rasgos faciales de Jimena, su madre: frente amplia, ojos grandes, nariz estrecha con una leve hendidura en la punta y labios gruesos. Todos aportando su granito de arena para convertir su rostro en algo bastante armonioso y atractivo. Pero con respecto a sus personalidades, la de una era la opuesta a la de la otra.

Jimena era una mujer de fuertes convicciones que no se callaba nada. Le gustaba tener la última palabra siempre y era imposible hacerla cambiar de opinión una vez que se había posicionado. No solo no evitaba las discusiones y el conflicto, sino que ese parecía ser su elemento natural. Y no le bastaba con dejar muy claras sus ideas, sino que se esforzaba en convencer de su error a los que no las compartían. Los más diplomáticos la calificaban como vehemente. Para Lara eso era quedarse muy corta. Ella prefería usar términos mucho menos halagüeños, tales como «mandona», «controladora» y «cabezota», por mencionar los menos ofensivos.

A Lara le encantaría poder hallar en su hija Ruth el bálsamo necesario para curarse las heridas que le causaba su madre. Así había sido cuando era más pequeña, pero con el paso del tiempo se había acabado convirtiendo en otra fuente más de disgustos para ella. Sabía que era mucho pedir que con dieciséis años no tuviese ningún choque con ella. Pero tampoco veía normal que cada conversación entre las dos se convirtiese en una batalla campal.

Hasta su trabajo, que se había convertido para ella en un refugio durante los malos tiempos, corría serio peligro de dejar de serlo. Lara era coordinadora editorial. Se dedicaba a lo que en su empresa llamaban temas de actualidad, lo que venía a significar que se encargaba de publicaciones vinculadas a autores —la mayoría de ellos famosos de distinto pelaje— que contaban su vida a modo de biografía o que optaban por escribir una novela basada en sus vivencias personales. Últimamente se había especializado en *influencers, youtubers y tiktokers*. Al principio se había aproximado a ese tipo de gente con cierto recelo, pero lo cierto era que las primeras experiencias habían sido mucho más satisfactorias de lo esperado. Pese a ello, sus dos proyectos más recientes se habían complicado una barbaridad, debido al carácter complicado de una de ellos y a la sorprendente pasividad del otro. Quería pensar que había sido mala suerte, y que quizá en sus siguientes trabajos volvería a tener la oportunidad de colaborar con gente menos conflictiva. El problema era que el optimismo no figuraba entre sus virtudes. Además, sospechaba que en la editorial le habían colgado la etiqueta de «experta en manejar marrones», seguramente a causa de que nunca se quejaba de nada y lo aguantaba todo sin rechistar.

Habría mucho más que contar acerca del descontento actual de Lara con su vida. Pero considero que con esa información es suficiente para comprender lo que va a suceder a continuación. Así que volvamos con Lara, que acaba de pagar su compra y arrastra su carro repleto de bolsas hacia la salida del supermercado, mientras revisa el tique que le han entregado. De repente se detiene. Hay algo que no le cuadra. Lara normalmente se habría marchado a casa sin protestar. Pero hoy es uno de esos días en los que se siente miserable, porque, a pesar de que solo lleva tres horas despierta, ya ha tenido sendas movidas con su hija, su ex y su madre. Con los tres le ha tocado ceder. Y ya está harta de tragar. Tiene la garganta al rojo vivo de tanto hacerlo esa mañana.

Por lo tanto, regresa sobre sus pasos.

—Me habéis cobrado mal esta oferta —le dice al cajero que le acaba de atender.

Este, un joven de cara alargada y pelo deliberadamente despeinado, toma el papel que Lara le extiende, desconfiado.

—Eran tres paquetes de *cookies* por el precio de dos —le aclara Lara.

El chico, de modo muy educado a pesar de que tiene la paciencia justa tras siete días seguidos sin librar, la corrige diciéndole que ese producto ya no está en oferta.

—Sí que lo está, lo acabo de ver —replica Lara, con un tono mucho menos conciliador que el de él.

—Me temo que no es así, señora.

Lo de «señora» es casi peor que el que le esté llevando la contraria. Señoras son su madre y la vecina de abajo, que se acaba de jubilar.

—Te equivocas —contraataca ella—. Lo ponía muy clarito cuando lo he visto. Así que me tenéis que devolver la diferencia. Y rápido, por favor, que llevo mucha prisa.

Ahí es cuando Lara empieza a no reconocerse a sí misma. Esa actitud tan arrogante no es nada propia de ella.

—Ya le he dicho que el precio está bien —dice el cajero, que ya no suena tan amable como antes.

Lara nota la mirada impaciente de las otras personas de la cola sobre ella, pero piensa que a quien debían estar presionando es al chico que se niega a entrar en razón.

—Lo siento, tengo que seguir atendiendo a las demás personas —osa decir el empleado del supermercado ante la estupefacción de Lara, empujando el tique hacia ella.

—¿Vas a pasar de mí? —se enciende Lara—. ¿En serio?

Es entonces cuando interviene una supervisora, antes de que la cosa se tuerza irremediablemente.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

Con la llegada de los refuerzos el cajero se da la vuelta y continúa con lo que estaba haciendo antes de ser interrumpido. A Lara por tanto no le queda otra que tratar con la recién llegada.

—¿Hay algún problema con su compra? —pregunta la encargada.

—Sí que lo hay. Me habéis cobrado mal una oferta —responde Lara, más alterada a cada segundo que pasa—. No os basta con

haber subido los precios una barbaridad, sino que además ahora engañáis a la gente —añade en voz bien alta, para que todo el mundo a su alrededor la escuche.

Una vocecilla interior le dice que quizá se está pasando un poco. La ignora por completo.

—¿De qué oferta se trata? —quiere saber su interlocutora, haciendo caso omiso de la acusación tan grave que ha realizado Lara.

Lara se lo explica tratando de que su creciente irritación no vaya a más. La supervisora sabe perfectamente que esos productos no están en oferta, pero opta por callárselo. No es la primera vez que le pasa ni será la última. Y sabe que de nada sirven las palabras con gente así de cabreada, solo los hechos.

—¿Le parece bien que vayamos juntas a comprobar si efectivamente hemos cometido un error? Si es así, le aseguro que le devolveremos su dinero de inmediato.

—No puedo dejar mi compra ahí —se queja Lara, señalando su abarrotado carro.

—No se preocupe, le voy a pedir a mi compañero de seguridad que se quede aquí para vigilarlo.

Lara acepta a regañadientes. La actuación de la responsable la ha apaciguado un poco, pero todavía le queda indignación para rato. Mientras la sigue, va pensando en lo a gusto que se va a quedar cuando regrese triunfante para restregarle al cajero el hecho de que ella estaba en lo cierto. Se promete a sí misma ser todo lo ofensiva que pueda.

Unos segundos antes de llegar al lineal donde se encuentran las *cookies* de la polémica, que son sus favoritas, la invade un sentimiento de desasosiego, como si se anticipara a lo que va a suceder. Sus peores temores se confirman cuando comprueba con sus propios ojos que, tal como se le ha dicho, el producto que ha cogido no tiene ningún tipo de descuento. La oferta que le ha atribuido equivocadamente le corresponde en realidad a unas galletas de avena que una vez probó durante un periodo en el que se puso a dieta; recuerda que no sabían a nada, que era como masticar oxígeno.

Su acompañante no tiene ni que abrir la boca. La expresión de derrota que se dibuja en el rostro de Lara habla por sí misma. Por un momento nuestra protagonista valora acusar al supermercado de haber cambiado los carteles mientras ella discutía con el cajero, pero no está tan desquiciada como para creerse una teoría tan rocambolesca. La ira deja paso a la vergüenza a una velocidad de vértigo. Se imagina a todas las personas que hay en las proximidades fijándose en ella, incluso las que no han visto lo que ha ocurrido. La idea de tener que recorrer el camino de vuelta hacia la salida, pasando por delante de los testigos del espectáculo que ha dado, se le hace insoportable. Siente una acuciante necesidad de huir de allí urgentemente.

—Perdón —murmura entre dientes, alejándose a toda prisa del lugar del crimen.

Prácticamente corre hacia la salida, sin detenerse para recuperar el carro con su compra, que ronda los cien euros. Hace caso omiso a las palabras que le dirige el vigilante para advertirla de que se va con las manos vacías. A Lara no le puede importar menos. Su único deseo es desaparecer para siempre de allí, pues asume que ya no va a poder volver a poner un pie en ese comercio en lo que le queda de vida. En realidad, no le queda demasiado bien comunicado con su casa. Va allí porque es el único sitio donde venden la marca de yogures preferida de su hija.

Ni siquiera cuando se mete en su coche consigue calmarse. Es consciente de que está sufriendo un ataque de pánico absurdo. Que no es para tanto. Pero también sabe que el incidente que acaba de tener lugar no es la causa verdadera de su desmoronamiento. Ha sido simplemente la gota que ha colmado el vaso. A pesar de eso, necesita poner toda la distancia posible con el supermercado.

Conduce sin un destino concreto y sin ser consciente de su itinerario. No es hasta que ha recorrido varias manzanas cuando se recupera lo suficiente como para detener el vehículo. Le cuesta bastante separar las manos del volante, pues da la impresión de que sus dedos se han incrustado en él a causa de la fuerza con la que lo ha estado aferrando.

En la soledad de su cubículo, Lara llora desconsoladamente. Sus mejillas se han acostumbrado últimamente a sufrir la erosión de las lágrimas, pero esta vez es diferente. Lara siente que un dolor que nace en sus entrañas asciende rápidamente por su interior hasta dificultarle la respiración. Se le viene todo encima. Su fracaso matrimonial, los roces constantes con su hija, las dificultades por las que está pasando en el trabajo, la impotencia que le genera la manera en que sus padres la han tratado constantemente, como si nunca hubiese dejado de ser una niña inexperta y torpe. Se olvida de todos sus logros, abandonándose a la idea de que ha desperdiciado su vida por completo. Lo peor no es eso, sino la sensación de que nada va a mejorar. La ausencia total de esperanza la quema por dentro como si se acabase de beber medio litro de hirviente lava.

Deja de llorar por puro agotamiento. Solo entonces es consciente de su entorno. Sin saber muy bien cómo, ha acabado en un lugar que le resulta inmediatamente familiar. Es un parque público situado cerca de su anterior casa. Allí solía acudir acompañada de Ruth, cuando era una niña a la que resultaba muy sencillo hacer reír. Ahora lo único que conseguía despertar en ella era, en el mejor de los casos, apatía; en el peor, abierta hostilidad.

Lara observa a través del cristal de su coche a la gente que se ha congregado allí ese sábado por la mañana. A pesar de que se trata de auténticos desconocidos, envidia a todos y cada uno de ellos. Se fija en particular en una madre y su hija, que deben de tener la misma edad que tenían Ruth y ella en aquellos tiempos. Daría cualquier cosa por poder viajar al pasado y permanecer allí para siempre.

En un arrollador momento de lucidez, se percata de cuál es el motivo por el que se ha dirigido inconscientemente hacia ese lugar en particular. Es el último sitio en el que recuerda haber experimentado la felicidad, casi diez años atrás. Ese pensamiento le provoca una angustia que amenaza con desbordarse. Su mirada se cruza en ese instante con la de la niña que juega con su madre en el parque. La pequeña le regala una sonrisa de tal pureza que logra dispersar la oscuridad que atenaza sus pensamientos lo suficiente

como para escapar de sus garras. Con un enorme esfuerzo, Lara logra devolverle el gesto a su salvadora. A continuación, arranca el coche y se dirige de vuelta a su decepcionante vida.

Dejémosla que se aleje. Ya tendremos oportunidad de comprobar cómo le van las cosas más adelante. Ahora toca algo diferente. Porque, a diferencia de Lara, nosotros sí que podemos viajar al pasado. A momentos muy concretos de su vida, marcados por uno de los elementos más importantes de la existencia de una persona. Quizá el que más.

Los besos.

# Capítulo 2
## EL PRIMERO

Es un día de finales de julio del año 1993, y Lara acaba de cumplir catorce años. El lugar, un pueblecito de Palencia que se llama Cervera de Pisuerga. Es el comienzo de la segunda y última semana de un campamento de verano al que sus padres la han apuntado. Además de dar clases de inglés por las mañanas, Lara y el resto de sus compañeros han practicado deporte, participado en todo tipo de juegos y yincanas y realizado varias excursiones por la zona. Hasta el momento, lo que más le ha gustado de todo ha sido el viaje que hicieron a Santander para ir a la playa. También ha disfrutado mucho trabajando como reportera del periódico del campamento.

Hoy es el día en el que se permite la visita de los padres. Lara ha estado comiendo con ellos en un asador situado en una localidad cercana. También estaban allí Amaya, que es su mejor amiga del colegio, y los padres de esta. Amaya fue quien la convenció de que fuera juntas al campamento. Por la tarde, para agasajar a los visitantes, se ha organizado una competición de baile. Lara y su grupo de amigas se han llevado el primer premio con su coreografía de una canción de Ace of Base.

Tras posar para una foto con las vencedoras, Lara se aproxima a sus padres rebosante de alegría.

—Lo has hecho muy bien, hija —le dice su padre en cuanto llega junto a ellos.

—¡Gracias! —exclama la joven con una enorme sonrisa iluminando su cara.

Se gira hacia su madre esperando que ella también la felicite, pero enseguida advierte que se ha pasado de optimista.

—¿Era necesario enseñar tanto, hija? —dice Jimena, señalando su atuendo.

Lara lleva puesto un *short* vaquero muy corto, pero de cierre largo, que se fabricó ella misma usando unos pantalones ya viejos. La parte de arriba de su conjunto es una sencilla camiseta blanca cuya parte inferior se ha anudado, por lo que su vientre queda a la vista.

—Es lo que llevamos todas —se defiende mientras su sonrisa se apaga.

—¿Y si las demás hubiesen salido desnudas lo habrías hecho tú? —replica su madre.

Lara mira a su padre en busca de ayuda. Pero Fernando, una vez que ha cumplido con los servicios mínimos dándole la enhorabuena, vuelve a estar tan ausente como lo ha estado durante todo el día. Hay un asunto de trabajo que le tiene preocupado, que por poco no ha provocado que cancelasen el viaje hasta allí.

—¿Te gusta al menos como nos ha salido? —pregunta Lara.

—Al poco de empezar os habéis descoordinado; sobre todo tú y esa chica con el pelo rizado. Luego habéis mejorado un poco —opina Jimena—. Los otros grupos lo han hecho bastante peor, así que es normal que os hayan dado el premio.

Lo que Lara piensa que su madre ha querido decir es que no han ganado porque lo hayan hecho bien, sino porque han sido las menos malas. Había albergado la esperanza de que, tras unos días sin ver a su hija —supuestamente echándola de menos—, la actitud de su madre hubiese sido diferente a la habitual. Ya a su llegada había percibido ciertos síntomas de que las cosas no iban a ser muy distintas, pero como tenía tanto que contarles, apenas había dado tiempo a que su madre le dijese nada, mostrándose inusualmente contenida a la hora de juzgar a su hija.

Ahora le es más que evidente que aquello había sido un espejismo. Jimena tan solo había estado esperando su momento. En

cuanto este había llegado, le habían bastado a Jimena un par de frases para anular el entusiasmo de Lara con la misma rapidez y eficacia con que una bayeta elimina una pequeña salpicadura de agua.

—Supongo que no habréis tenido mucho tiempo para ensayar —añade Jimena, a la vez que desanuda la camiseta de Lara y se la estira hacia abajo con fuerza.

Viniendo de cualquier otra persona, le habría sonado a Lara como un intento bienintencionado de justificar los posibles deslices que habían cometido al ejecutar la coreografía. En el caso de su madre, sabe perfectamente que lo hace para hurgar en la herida. Ella siempre le exige más y más, resaltando sus errores y restándoles importancia a sus aciertos. En el pasado, cuando se ha atrevido a recriminárselo tímidamente, Jimena ha echado mano de su frase favorita para la ocasión:

—Igual prefieres que te mienta a que te ayude a mejorar.

Lara quiere creer que se puede criticar a alguien de un modo más constructivo, aportando algo de cariño a la receta, en lugar de que parezca que una ha cometido un crimen horrible.

Lara no ha encontrado todavía el valor para revolverse contra ella cuando sus comentarios son muy hirientes, por miedo a su reacción. Se suele limitar a agachar la cabeza y a marcharse para llorar en silencio en su cuarto. Pero últimamente nota que su temor es cada vez menor, y que pronto llegará el día en que sea capaz de contraatacar. Eso es al menos lo que cree.

Lara detecta como su padre mira inquieto el reloj plateado que lleva en la muñeca. No se molesta en disimular que está deseando regresar a Madrid. La mayoría de los padres que se han desplazado hasta allí van a quedarse también para la cena, pernoctando en alojamientos cercanos. Sus padres, sin embargo, le han comunicado nada más llegar que ese no va a ser su caso. No ha necesitado preguntarles el porqué. Es evidente que se debe a ese asunto laboral que tiene a su padre tan distraído. En circunstancias normales, ver a sus padres marcharse tan pronto la entristecería. Pero tras la conversación de su madre acerca de su actuación, sumado al desinterés de su padre, está deseando perderlos de vista.

La adolescente observa a las familias que tiene a su alrededor. Basándose en lo que ve reflejado en los semblantes de sus compañeros, le da la impresión de que ella es la única que no está disfrutando de la visita de sus padres. Eso la hace sentirse más desdichada todavía. Pero no tiene demasiado tiempo para regodearse en ello, pues nota que alguien le rodea la cintura por detrás y tira de ella hacia arriba.

—¡Campeonas! —grita su amiga Amaya.

Está bastante fuerte, así que consigue que los pies de Lara se separen unos centímetros del suelo. Pese al jarro de agua fría que le ha echado su madre encima, Lara no puede evitar soltar una carcajada ante la inesperada aparición de la loca de su amiga.

—Hola —saluda Amaya a los adultos presentes, una vez que ha devuelto a Lara a la Tierra.

—Enhorabuena por el premio, Amaya —dice mecánicamente Fernando, para a continuación regresar a su mundo interior.

—¿Qué tal estás? —pregunta Jimena, obsequiándola con la sonrisa que le ha negado a su hija.

—Superbién —dice la aludida, alzando el trofeo que acaban de recibir, que se las ingeniará para quedarse para siempre a pesar de que el grupo ha acordado antes del festival que si ganaban lo sortearían entre todas.

—Me gusta tu peinado —la halaga Jimena—. La verdad es que tienes un pelo precioso —añade, acariciándoselo con ternura.

Lara asiste incrédula al gesto de su madre, que es tan generosa alabando a los demás como rácana cuando se trata de elogiar a su propia hija. Nota como se le humedecen los ojos por culpa de lo que le parece un claro desdén hacia ella. Tiene que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no derramar ni una sola de esas impacientes lágrimas.

—Gracias. Lara me ha ayudado un montón —dice Amaya mientras se toquetea el recogido formado por dos pequeños moños situados en lo alto de la cabeza.

—Podías haberte hecho algo así de bonito tú también, ¿no, cielo? —le dice Jimena a su hija.

Ese era otro de sus clásicos. Transformar lo que estaba siendo una celebración de las habilidades de Lara en un ataque.

—Es que ella no lo necesita para estar guapísima —interviene Amaya al ver como a su amiga se le contraen las facciones a raíz del comentario de su madre.

—Yo creo que se podría haber esforzado bastante más —apunta Jimena.

Lara recibe el golpe preguntándose si solo se está refiriendo a su peinado o si en realidad incluye muchas cosas más. Con su madre se solía dar eso de «piensa mal y acertarás».

—Nosotros tenemos que irnos ya, cariño —no puede aguantarse más Fernando, que no se ha enterado de prácticamente nada de lo que ha pasado.

—¿Tan pronto? —exclama entre sorprendida y escandalizada Amaya, tan expresiva como es normal en ella.

A diferencia de Lara, no tiene filtro alguno.

—Nos vemos en unos pocos días —dice Fernando, que no ve necesario explicar a qué viene tanta prisa por esfumarse—. Pásatelo bien mientras tanto —le desea, dándole un beso en la mejilla a su hija.

Lara refrena el impulso de apartarse. Su padre no es tan corrosivo como su madre, pero su neutralidad le resulta a veces más insoportable. Es como si le diera igual todo y tan solo le interesase su trabajo.

—Y pórtate bien —le advierte su madre, con un tono que haría sospechar a cualquiera que no conociese a Lara que se trata de una delincuente juvenil.

No es que Lara sea una santa. Tiene sus cosas. Pero probablemente esté entre las criaturas más buenas e inocentes que hay reunidas allí dentro.

Por suerte, Jimena no hace ademán de darle un beso de despedida a su hija, evitándole así a Lara la tentación de hacer todo lo posible para rehuir su contacto. Lara se tendrá que conformar con el abrazo desapasionado y el roce mínimo con sus mejillas de hace unas horas. Tampoco es que es vaya a ser el mayor de sus problemas, pues ya se ha habituado a lo poco espléndida que es su

madre cuando tiene que demostrar físicamente su afecto hacia los demás.

Lara ve alejarse a sus padres con una extraña mezcla de alivio, dolor e incomprensión. Lo que debería haber sido un día genial y emocionante de principio a fin, amenaza con dejarle un sabor de boca muy amargo. Todavía no ha desarrollado las herramientas emocionales imprescindibles para lidiar con una situación tan confusa, por lo que la cosa no pinta bien para ella.

—Alucina, vecina, con tus padres —le dice Amaya.

Lara se limita a encogerse de hombros y apretar los labios. Ya le ha hablado alguna vez de cómo se las gasta su madre con ella, y ahora ha podido comprobarlo en persona.

—Tú ni caso. Cuando mi madre se pone muy pesada yo paso mazo de ella —le aconseja su amiga.

—Tu madre es guay, no como la mía.

El silencio de Amaya es de lo más revelador para Lara.

—¡Oye, que hemos ganado! —trata de espolearla Amaya a continuación—. Así que anímate, que tenemos que celebrarlo. Le voy a decir a mis padres que te vienes con nosotros a cenar al pueblo.

—Te lo agradezco, tía, pero mejor no les digas nada.

—Pero ¿por qué no?

—Estoy cansada y no me apetece mucho.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí sola?

—No creo que sea la única —dice. Luego repara en que quizá se equivoca—. Y aunque lo sea me da igual.

Dormirse rápidamente y que llegue un nuevo día es lo que más desea en ese instante.

—¿De verdad que no quieres venir? —insiste Amaya.

Lara niega con la cabeza. No será la última vez que su amiga la intente convencer en lo que queda de tarde. Pero ella se mantiene firme en su decisión. Ha perdido también el apetito, por lo que le pide permiso a Vanesa, su monitora, para que le deje saltársela e irse al cuarto que comparte con otras cinco chicas. Pone de excusa un falso dolor de cabeza para que le permitan irse pronto a la cama.

—Vaya, qué pena —dice Vanesa—. Hemos organizado un juego para los que os quedáis esta noche con nosotros.

—¿Hay alguien más que no se ha ido con sus padres?

—Sí.

—¿Quién?

—Belén, Alberto el rubio, una chica que creo que se llama Lucía y su hermano.

—¿Su hermano Raúl?

—Sí.

Saber que al chico del que está coladísima también le han dejado plantado sus padres hace que Lara se reconsidere seriamente su plan inicial de dar por terminado el día. La imagen de su rostro, que se da un aire al de Dylan, de *Sensación de vivir*, acude a su mente. La posibilidad de estar un rato en su compañía, de la que apenas ha podido disfrutar, pues no comparten la misma pandilla, la hace dudar. No obstante, ni siquiera la atracción que ejerce sobre ella Raúl es suficiente para levantarle el ánimo.

Así que se arrastra lastimosamente hasta el segundo piso del edificio principal, donde se encuentra su dormitorio. Es la primera vez que recorre en completa soledad el pasillo que la lleva hasta su destino. El corredor, pobremente iluminado porque solo funciona una de sus tres bombillas, se le antoja mucho más amenazador que nunca. Al pasar por delante de las puertas que se abren a cada lado, lo oscuridad que asoma tras cada umbral la llena de tanta inquietud que acelera el paso para llegar hasta el final lo antes posible. Le vienen en ese momento a la cabeza los detalles más macabros de las historias de terror que se contaron la noche que acamparon al aire libre unos días antes, lo que la pone más nerviosa todavía. Hasta cree escuchar un débil chirrido a sus espaldas, que le recuerda el sonido que hacía el asesino en serie que protagonizaba uno de eso relatos cuando acechaba a sus víctimas.

Con el corazón latiéndole a mil por hora, llega por fin a su habitación y cierra la puerta con la mirada fija en el suelo. Luego enciende todas las luces que hay en la estancia y se refugia en su litera. Es un escondite de lo más lamentable, pero no hay ninguno mejor a mano. Su armario es demasiado pequeño. De no serlo ya llevaría un rato apretada en su interior.

Poco a poco se va calmando. Todavía lanza alguna que otra mirada furtiva hacia la puerta, eso sí. El miedo le ha abierto el apetito, así que echa mano de su alijo secreto de chucherías, oculto dentro de una de sus zapatillas porque está prohibido tener comida guardada en los dormitorios. Por suerte, allí sigue a pesar de las redadas que hacen ocasionalmente los monitores para asegurarse de que nadie se salta esa regla. Se ha estado reservando su golosina favorita, las nubes, para una ocasión especial. Y esa noche las necesita más que nunca, así que se las traga una tras otra mientras lee una *Super Pop* que en realidad se sabe de memoria, pues no disponen de otra cosa para leer en el cuarto. Está repasando los comentarios de Alejandro Sanz sobre su nuevo disco, cuando un ruido la sobresalta hasta tal punto de que da un brinco sobre su cama y la revista sale volando por los aires.

Alguien ha golpeado su puerta con los nudillos desde el exterior.

Una aterrada Lara observa cómo el picaporte desciende lentamente y la puerta se abre muy despacio. Su cerebro la informa de que los psicópatas sedientos de sangre no suelen anunciar su presencia con tanta educación, pero ese argumento no contribuye en nada a tranquilizarla.

—¿Puedo pasar? —pregunta una voz masculina al otro lado.

La puerta se ha desplazado tan solo unos pocos centímetros, por lo que le es imposible distinguir de quién se trata.

—Soy Raúl —la saca de dudas su ya no tan misterioso visitante nocturno.

Aun así, Lara tarda un buen rato en procesar la nueva información que le acaba de llegar y en serenarse lo suficiente como para ofrecer una respuesta.

—Puedes —dice finalmente.

Al verle asomar desde el pasillo, el miedo es sustituido de inmediato por la vergüenza. Cuando es plenamente consciente de que está a solas con el chico que le gusta, casi desea que en vez de él fuese un perturbado armado con un cuchillo enorme.

—Hola —la saluda Raúl nada más entrar.

Va vestido con un pantalón vaquero largo de aspecto desgastado. Encima lleva una camiseta de manga corta que tiene escrito el

nombre de un grupo de *rock* que a Lara no le gusta demasiado porque su cantante parece que está siempre enfadado. Raúl tiene un año más que ella, pero su atuendo le hace parecer todavía mayor.

—Hola —acierta a decir Lara, que rehúye su mirada porque teme que si esos ojos la atrapan se va a olvidar hasta de respirar.

Es entonces cuando se da cuenta de que la revista esta tirada en el suelo, justo a los pies del recién llegado. Si a él le parece raro que esté allí, no da muestra de ello. En lugar de eso se mete las manos en los bolsillos en un gesto que hace que a Lara le hormiguee el estómago de un modo muy agradable.

—¿Qué haces? —pregunta él.

—Nada. Aquí —responde ella encogiéndose de hombros.

—Ya.

—¿Y tú?

—Lo mismo.

—Ajá.

Cuando Lara había fantaseado con una primera conversación a solas entre los dos, se había imaginado algo muy diferente. Pero al menos había pasado del terreno de la ficción al de lo real.

—Pensé que estarías con los demás jugando —señala ella.

—¡Buah!, ni en broma. Paso de aguantar a mi hermana y sus piques en el *Pictionary*… —dice él—. Les he dicho que me dolía la cabeza y que me quería acostar.

«Los monitores van a pensarse que hay un virus o algo», piensa Lara.

—¿Y te has perdido por el camino? —pregunta ella con ironía.

No tiene ni idea de cómo ha sido capaz de superar su timidez y soltarle esa frase. La sonrisa que consigue arrancarle a Raúl compensa con creces el riesgo que ha corrido.

—Vanesa me ha dicho que tú también estabas mala —le dice él—. ¿Es verdad?

—Digamos que estoy tan mala como tú.

Una nueva sonrisa de Raúl ilumina el dormitorio, a la que le siguen más deliciosos hormigueos en el estómago de una Lara que se empieza a sentir cada vez más cómoda. El pudor se va deshaciendo como una cucharada de Cola Cao en leche caliente.

—¿Has estado con tus padres? —quiere saber él.

—Sí. Pero se tenían que ir pronto.

—Al menos los tuyos han venido.

Lara reconoce de inmediato el tipo de tristeza que impregna su tono de voz. Está muy familiarizada con ella, desgraciadamente. Que ambos tengan eso en común debería darle pena, pero lo que provoca es que se sienta más atraída por él.

Entre los dos se crea un silencio incómodo que a ella no se le ocurre romper más que de una manera.

—Siéntate, si quieres —le propone ella, apoyando la palma de la mano derecha sobre la superficie de su propia cama.

Podría haber señalado hacia alguna de las otras literas, pero esa nueva Lara que se ha adueñado de ella le quiere tener mucho más cerca. A juzgar por lo rápido que Raúl acepta su invitación, también a él debe de parecerle una gran idea.

Es tan alto que la coronilla le roza con la parte inferior del colchón que tiene encima.

—¿Quieres? —dice Lara, ofreciéndole su bolsa de golosinas.

—Vale.

Raúl escoge la última nube que queda dentro. Lara sonríe disimuladamente de puro placer por el hecho de que la chuche favorita de ambos sea la misma, a pesar de que se acaba de quedar sin ella.

Tenerle a su lado le produce una mezcla de nervios y felicidad difícil de manejar. Su experiencia con los chicos hasta la fecha es prácticamente nula. Estuvo muy cerca de liarse con uno el verano anterior, durante las fiestas del pueblo de sus abuelos paternos. Y se ha tirado medio curso tonteando con un compañero de clase llamado Manuel, pero él no se atrevió a dar el paso y a ella se le habían pasado las ganas del todo. La mayoría de sus amigas ya se han besado con alguno. Y las hay que han ido más allá, si se fía de los rumores que le han llegado. Eso le genera ansiedad.

—Vuestros cuartos molan mucho más —la saca él de sus pensamientos.

Lara sabe que, en el caso de los chicos, todos ocupan un mismo espacio, a modo de barracón, con escasa separación entre cada

bloque de camas.

—Sabes que si te pillan aquí… —cae ella de repente.

—Les diré que me he perdido —bromea él.

—Pues suerte intentando que sor Juana te crea —le desea Lara, refiriéndose a la estricta directora del campamento.

La religiosa que está al mando de las instalaciones es de esas personas que, cuando te miran fijamente, parece que te están leyendo la mente. Hay quien asegura que así es. Y con respecto al tema de las relaciones amorosas entre los adolescentes a su cargo, se podría decir que es muy conservadora, por escoger una palabra elegante.

—Dicen que igual expulsa a Jorge por lo del paquete de tabaco que encontraron en su mochila —dice Raúl—. Le avisé de que no lo escondiese dentro de los calcetines, que ahí es donde primero miran. Pero no me hizo caso.

—¿Tú fumas? —le pregunta Lara.

Él abre la boca para contestarle. Luego la cierra, como si se lo hubiese pensado mejor.

—No —dice a continuación—. Lo probé una vez y no me gustó nada.

A Lara le encanta que haya sido tan sincero. Lo normal es que le hubiese mentido para hacerse el mayor. «Otro punto más a su favor», piensa ella. Como si a estas alturas lo necesitase.

—¿Y tú?

—Tampoco.

Durante todo este tiempo, sus miradas apenas se han cruzado. Esa y otras señales delatan el nerviosismo de ambos. Aunque Raúl tiene un poco más de experiencia que Lara en el terreno amoroso, jamás ha sentido nada parecido por una chica. Desde que la vio subirse al autobús el primer día no ha podido dejar de pensar en ella. Si no ha tomado la iniciativa hasta ahora es por su timidez, no por falta de motivación. Tanto es así, que lo que le preocupa de si le descubren allí no es recibir un castigo, sino perder una oportunidad tan buena como esa. Por eso decide acelerar las cosas. Ahora sí, mira fijamente a los ojos a la chica de la que está tan pillado. Ella,

que no tiene entre su lista de defectos la falta de perspicacia, percibe que algo importante va a suceder.

—Me gustas mucho —proclama él.

Se había preparado un discurso mucho más elaborado, del que esa frase venía a ser su conclusión final. Pero el choque de ese plan con la realidad —en concreto, con la forma en la que le está observando ella— ha precipitado los acontecimientos.

Los tres segundos de silencio que siguen a su declaración se le hacen eternos a Raúl. Se expanden sin límite aparente mientras crece en su interior la sospecha de que van a darle calabazas.

Tenéis que entender que él no dispone de la misma información que tenemos el resto de nosotros.

—Tu a mí también —confiesa ella.

Lo ha dicho en voz tan baja que Raúl duda de si la ha escuchado bien. Se dispone a pedirle que se lo repita, hasta que detecta la fugaz mirada que lanza ella hacia sus labios. Sin pensárselo dos veces, él se inclina hacia la joven con una clara intención en mente. Ambos cierran los ojos con una sincronización perfecta y dejan que sean sus corazones quienes los guíen durante el resto del camino.

Hay la misma proporción de torpeza que de dulzura en su beso. Eso no impide que se quede grabado a fuego en la memoria de Lara para el resto de sus días. No solo por la intensidad de las emociones que la están invadiendo, sino por lo que sucede a continuación. Pues los dos enamorados están tan concentrados en lo que tienen entre manos —entre bocas, más bien— que no se han percatado de que alguien ha tocado suavemente con los nudillos en la puerta para anunciar su presencia.

De tal forma que, cuando sor Juana entra en la habitación sin esperar el permiso de nadie, portando una bandeja con un vaso de leche caliente, unas cuantas galletas y una aspirina, las lenguas de Raúl y Lara se hallan en plena exploración mutua. Poco falta para que a la directora del campamento se le caiga al suelo el contenido de la bandeja, debido a la impresión que se lleva. No es para nada lo que esperaba encontrarse allí. Y mucho menos que los implicados fueran dos de los que consideraba los alumnos más modélicos hasta la fecha.

Por increíble que parezca, se ve forzada a carraspear con fuerza para que los chicos sepan que ha llegado. Se han abstraído de todo lo que los rodea de tal manera que podría haber aparecido un rebaño de ovejas a su alrededor y no se habrían dado cuenta hasta que una de ellas les lamiese la cara.

Cuando los dos adolescentes se separan y se giran para mirarla, sor Juana clava alternativamente en ellos esa mirada suya tan legendaria que todos temen. Raúl es incapaz de sostenérsela y la desvía hacia el suelo avergonzado. Lara, todavía bajo los efectos del subidón que le ha proporcionado el beso, esboza una sonrisa.

—Gracias —dice, apuntando con su rostro hacia la bandeja—. Pero se me acaba de pasar el dolor de cabeza.

Es entonces cuando empiezan los gritos.

# Capítulo 3
AHORA

De vuelta al presente, acompañamos a Lara a una reunión de trabajo. La primera que va a tener con la autora del libro cuya edición le ha encargado su empresa. Siguiendo con la línea anterior, se trata de una jovencísima creadora de contenido que ha ganado mucha popularidad por sus vídeos en YouTube y otras redes sociales, en los que hace parodias sobre anuncios, canciones o situaciones de la vida cotidiana. Se llama Rocío Peralta, pero su nombre artístico es Roccialta.

Al pensar en sus malas experiencias previas trabajando con personas provenientes de ese sector, Lara cruza mentalmente los dedos para que no le vuelva a suceder, mientras va camino de las oficinas que la editorial tiene cerca de la plaza de Castilla, en la zona norte de la capital. Basándose en una investigación previa que ha hecho en internet, le da la impresión de que Rocío es una chica bastante simpática. Sus vídeos no le han hecho demasiada gracia, pero entiende que ella no es el público objetivo. A juzgar por su astronómica cifra de seguidores, hay otra mucha gente que sí lo es. Pero no sería esta la primera vez que las apariencias la engañan, por lo que su natural pesimismo le hace esperarse lo peor. El que la joven se presente una hora y cuarto tarde a la cita no ayuda demasiado. Al menos lo hace sola, sin el séquito de asistentes que tantos quebraderos de cabeza le dio a Lara durante su último encargo.

Sin el abundante maquillaje que acostumbra a llevar en sus vídeos, casi parece ser otra persona. Va vestida con un pantalón de estilo *flare* de color rosa y un anorak blanco acolchado, bajo el que se vislumbra un jersey de cuello alto del mismo color. Lleva unas deportivas claras de algodón exactamente iguales que las que Lara le había regalado a su hija por su cumpleaños. Su atuendo es tan juvenil como su peinado de trenzas burbuja. Tiene veintiún años, pero podría pasar perfectamente por una de las compañeras del colegio de Ruth.

Tras las presentaciones, el director editorial la deja a solas con la joven para que Lara le explique el proceso al completo. Desde el principio ve que sus predicciones más funestas se van a cumplir, ya que Rocío ofrece claras muestras de desinterés con respecto a la información que le está transmitiendo Lara. Conocer las distintas fases por las que va a transitar su libro antes de publicarse es algo que da la impresión de que le aburre mucho. Hace como que escucha, pero le está prestando más atención a su móvil que a su interlocutora. Así que Lara aligera un poco para no terminar de perderla.

—¿Te ha quedado todo más o menos claro? ¿Hay alguna pregunta que quieras hacerme?

—Sí —le contesta Rocío—. ¿Dónde está el baño?

Si Lara albergaba alguna duda acerca de la pérdida de tiempo que ha supuesto darle tantas explicaciones, la acaba de despejar. Pero como es una profesional que sabe tratar con todo tipo gente y tiene el ego a régimen, se sacude de encima esa sensación de que no le ha hecho ni puñetero caso y le facilita a Rocío las indicaciones que necesita con una sonrisa en la cara.

Su clienta tarda tanto en regresar del servicio que poco le falta para ir en su busca. Hasta que la ha visto aparecer se ha planteado todo tipo de escenarios: que se hubiese perdido y estuviera deambulando por las instalaciones; que hubiese aprovechado para huir y ya no la volviese a ver nunca más; que estuviese grabando un vídeo para su canal en los aseos del edificio.

—¿Todo bien? —pregunta Lara, por si en realidad ha tenido algún problema de salud y la está juzgando con demasiada severidad.

Recibe como única respuesta un asentimiento de cabeza tan lento que la deja algo confundida. Rocío se sienta de nuevo frente a ella con una desgana evidente. Cualquiera diría que está a punto de «cumplir el sueño de mi vida», tal como aseguró en su momento cuando la editorial la contactó para proponerle la publicación del manuscrito que les había enviado.

Antes de que Lara pueda decir nada más, el teléfono de la chica emite un sonido de aviso, lo que secuestra de nuevo la atención de su propietaria, obligando a Lara a morderse la lengua y esperar pacientemente a que su acompañante tenga a bien reintegrarse a la conversación. Cuando por fin lo hace, una vez contestado un urgentísimo wasap sobre cuál es el mejor sitio de *smoothies detox* de la ciudad, Lara le recuerda que lo primero que tienen que hacer es darle la forma final al texto. En él, Rocío cuenta su vida, explica cómo llegó a convertir en su profesión lo que había empezado como un simple entretenimiento y da consejos a aquellas personas que quieran seguir sus pasos. También da su opinión sobre otras muchas cosas, mostrando una seguridad en sí misma que Lara todavía no ha conseguido alcanzar a pesar de que la dobla en edad.

—Bueno, tampoco hay mucho que cambiar, supongo —se interesa por primera vez la autora en el asunto que la ha llevado hasta allí—. Corregir las faltas de ortografía y ya está, ¿no?

A pesar de que en el primer *email* que le envió ya la avisaba de que sería necesario hacer algunas modificaciones para perfeccionar la obra, aludiendo a un par de capítulos que habría que recomponer para optimizarlos, a Lara no le sorprende el comentario de su clienta. No solo porque desconfía de que se haya leído el correo electrónico, sino también porque está acostumbrada a la reticencia inicial de los autores a introducir cambios en su obra que vayan más allá de poner los acentos que faltaban y elegir la fuente para la letra.

Con suma delicadeza y haciendo alarde de una habilidad entrenada durante años a base de enfrentarse a situaciones parecidas, se lo recuerda a la joven.

—¿Qué capítulos eran los que queréis cambiar? —quiere saber Rocío, exteriorizando un recelo que no augura nada bueno.

—El quinto y el decimocuarto —responde rápidamente Lara, que ha hecho los deberes porque se olía la tostada.

El gesto de confusión que recibe desde el otro lado de la mesa la fuerza a tener que aclarárselo.

—El de Álex. Y el del vídeo en la tienda para mascotas.

En el primero se describe un desengaño amoroso que le provocó una gran crisis personal. Pero la situación que llevó a la ruptura con su pareja está narrada de una forma tan enrevesada que no queda nada claro qué fue lo que la causó. En el segundo, donde se detalla la creación del vídeo que se viralizó y la lanzó a la fama, también era francamente mejorable la redacción.

—¿Y por qué los quieres quitar? —pregunta Rocío.

—Yo no he dicho que haya que quitarlos —asegura Lara, que nota que el indicador de su depósito de paciencia se acerca peligrosamente a la reserva.

—¿Y entonces?

—Creo que hay que retocarlos para que quede más claro su contenido.

—¿Y qué es lo que no has entendido? —replica la joven, como si el problema estuviese en el nivel de comprensión lectora de Lara y no en las carencias como escritora primeriza de la autora.

Lara se lo explica tratando de manejarse con el mayor tacto posible. Es probable que en el pasado se las haya visto con personas tan obtusas como ella, o incluso más, pero Rocío está logrando poner a prueba su temple con mayor rapidez que cualquiera de la demás.

—Vale, cambia lo que quieras. Y ya veré yo si estoy de acuerdo o no —dice la *youtuber*.

—Eso por supuesto. Para cualquier modificación importante tenemos que contar con tu aprobación.

—Es que me ha costado mucho escribirlo, y para mí es superimportante contar mi historia con mis propias palabras —justifica sus reticencias.

—Claro que sí. De hecho, ha sido tu naturalidad a la hora de hablar sobre tu vida y las cosas que te han sucedido lo que nos atrajo desde el primer momento —miente Lara.

«Naturalidad» es el eufemismo más adecuado que se le ha ocurrido para esquivar el término «incompetencia». No ha sido ella la que ha decidido publicar el libro, pero conoce a la perfección el criterio que ha seguido el responsable para escoger ese proyecto frente a otros que están dotados de una mayor calidad literaria. Ese criterio no es otro que los casi dos millones de seguidores que acumula esa chica en sus redes sociales.

—Y supongo que sabrás que no sois la única editorial que se ha interesado por mi libro, ¿verdad?

—Lo sé —le confirma Lara.

En realidad, no lo sabe a ciencia cierta, pero lo sospecha. Es consciente de que existe una competencia feroz en el sector por reclutar a las figuras más populares de internet, así que no cree que le esté mintiendo en esto.

—Estamos muy agradecidos contigo por habernos elegido a nosotros.

—Me pareció que vuestra oferta era la más seria y la que más valoraba mi esfuerzo.

«O sea, que hemos sido los que hemos pujado más alto por ti», se traduce mentalmente Lara a sí misma.

—Pues creo que has acertado, porque nadie va a cuidar mejor que nosotros tu creación.

—Eso espero —dice Rocío, en un tono que suena más a amenaza que a deseo.

«Esta chica lo tiene todo: es impuntual, maleducada, engreída y borde. Me ha vuelto a tocar la lotería con ella», se lamenta en silencio Lara.

El móvil de su clienta vuelva a emitir un sonido, exigiendo a su dueña que se ocupe de él de inmediato. Esta no le hace esperar ni un segundo y se pone a toquetear en la pantalla frenéticamente. Lara abre la boca para reprocharle su falta de consideración hacia ella, pero la cierra de golpe al recordar que la que tiene delante no es su hija o una compañera de trabajo. Es la persona que paga sus facturas.

—Perdona —dice Rocío, para sorpresa de Lara—, pero es que tengo una amiga que no puede tomar ninguna decisión sin

preguntarme antes. Es como si no pudiese vivir sin mí, te lo digo en serio.

—No pasa nada. Si es algo urgente no me importa que la atiendas.

No ha podido evitar salpicar su comentario con una pizca de sarcasmo. Es preferible eso a que la exasperación que le produce su acompañante se siga acumulando en su interior.

—¿De qué estábamos hablando? —pregunta Rocío tras depositar su teléfono sobre la mesa.

—De lo bien que vamos a tratar tu libro.

—Ah, sí —dice la autora novel, con escaso entusiasmo.

A Lara se le empieza a hacer larga la conversación. Siente que le conviene que termine cuanto antes, pero desconoce el porqué de esa creciente inquietud.

—Por cierto, ¿cuándo vamos a hablar de la portada? —quiere saber Rocío.

—Un poco más adelante. Antes tenemos que completar la versión final del manuscrito.

—Es que tengo unas ideas muy chulas.

—Genial, eso siempre nos es de mucha ayuda.

—¿Quieres verlas?

—Pues es que…

—Te las enseño superrápido —la interrumpe la joven.

Rocío se cambia de asiento para colocarse a su lado, desbloqueando otra vez el iPhone para mostrarle a Lara sus propuestas. Nuestra protagonista se plantea seriamente negarse a seguirle la corriente. Puede justificarse indicándole que el procedimiento habitual es que le envíe sus ideas a la gente de *marketing*, que al fin y al cabo son los que se van a encargar de todos los aspectos del proyecto vinculados con el diseño gráfico. Sin embargo —una vez más—, cede ante ella y no dice nada. Confía en que cumpla con su promesa de no demorarse mucho en su explicación.

Y se equivoca.

Porque, a diferencia de la actitud pasota que ha demostrado en relación con las restantes facetas del proyecto, con ese tema

muestra un interés exagerado, como si la escritura del libro hubiese sido tan solo una excusa para poder elaborar una portada. Se enrolla tanto que pone en peligro toda la agenda del día de Lara, que venía especialmente cargada de tareas pendientes de resolver. Al principio se ha esforzado en no perder detalle, pero con el paso del tiempo ha terminado por desconectar. Así que cuando Rocío le pregunta por cuál de las innumerables opciones que le ha presentado le gusta más, se queda en blanco.

—Eh…, pues…, creo que… —balbucea.

Rocío la mira expectante, prestándole toda su atención justo cuando menos le conviene que lo haga.

—La verdad es que todas están muy bien. No sabría por cuál decantarme —sale del apuro Lara—. De todas formas, la experta no soy yo. Para eso tenemos unos compañeros que van a saber aprovechar toda tu creatividad. Se pondrán en contacto contigo en cuanto llegue el momento.

—Cuanto antes lo hagan, mejor —dice Rocío, a la que aparentemente no le supone ningún problema tener que repetir toda esa exposición las veces que haga falta.

—No te preocupes, lo haremos dentro de poco —trata de apaciguarla Lara.

—Vale.

—Una última cosa —apunta rápidamente Lara, que tiene prisa, pero necesita solucionar un asunto antes de librarse de ella—. Es sobre el título del libro.

—¿Qué le pasa? —se pone inmediatamente a la defensiva la joven escritora.

—Le hemos estado dando un par de vueltas y nos gustaría proponerte un par de alternativas.

—¡Ah, no! El título sí que no se toca —replica con vehemencia Rocío—. Es perfecto. Además, tiene que ver con una promesa que hice. Así que se queda como está.

—Te entiendo, pero creo que deberías escuchar lo que se nos ha ocurrido, antes de nada.

—Ni te molestes, poque eso lo tengo superclaro.

A Lara no le molesta que una autora quiera defender sus ideas. Eso lo respeta. Lo que le irrita es el tono con el que se ha dirigido a ella. Y la intransigencia que manifiesta al no dejarse guiar por quienes tienen mucha más experiencia que ella en la materia. Normalmente no insistiría más en el tema y trataría de convencerla en otro momento más propicio. Pero necesita saber ya cuál va a ser el título definitivo para poder mandarle el contrato y que lo firme antes de que acabe la semana.

—¿Qué te parece si…?

Según Lara ha comenzado a hablar, el móvil de Rocío ha entrado nuevamente en acción. Y tal como ha sucedido en todas las ocasiones anteriores, su propietaria —más bien su esclava— se dispone a complacer al dispositivo sin dilación. Solo que esta vez algo impide que se salga con la suya. Haciendo gala de una rapidez casi sobrehumana, Lara se hace con el aparato antes que Rocío.

—¿Te importa esperar a que terminemos de una puñetera vez para contestar a tu amiga? —exclama Lara con rabia.

Se da cuenta enseguida del error que ha cometido. Basta con ver la expresión de desconcierto de la chica que tiene enfrente para percatarse de ello. Por un instante la invade una sensación absoluta de irrealidad, como si el incidente hubiese sido fruto de su imaginación. Desea con todas sus fuerzas que así sea, o que esté en su mano borrar lo que ha sucedido, como si fuese una línea de texto en la pantalla de su ordenador. Pero eso es algo que queda fuera de sus posibilidades.

—Pero ¿a ti qué te pasa, tía? —escucha que le dice Rocío.

Su voz le llega desde muy lejos, ya que la mente de Lara acaba de iniciar un viaje hacia el pasado, deteniéndose al llegar al episodio reciente en el supermercado. La vergüenza la envuelve como una manta húmeda y fría. Al igual que entonces, algo dentro de su cerebro hace clic.

Y todo se repite de nuevo.

# Capítulo 4
## EL PRIMERO (DE VERDAD)

Es 1995. Pleno invierno. Lara tiene dieciséis años y pico y hay alguien que le ha robado el corazón. El ladrón se llama Miguel y está en su misma clase de tercero de BUP. Su familia se ha trasladado a vivir a Madrid hace tan solo unos meses, por lo que tiene esa aura de chico nuevo en el instituto que despierta la curiosidad de muchas de sus compañeras, entre las que se incluye nuestra Lara favorita. Además, aunque no se parece a nadie del reparto de *Sensación de vivir*, es bien guapo. Uno de sus rasgos, en concreto, es una debilidad personal de Lara: una dentadura que roza la perfección. Cada vez que ella oye su risa, por mucha distancia que los separe, se gira buscándole con la mirada, para poder contemplar esos dientes tan blancos y tan bien colocados que posee. En fin, cada cual tiene sus fetiches. No seré yo quien juzgue los suyos.

El destino quiso que les tocase sentarse juntos en clase, ya que sus apellidos iban seguidos alfabéticamente. Mateos ella, Medina él. Eso ha allanado mucho el camino para que haya saltado la chispa entre ambos. A pesar de que se gustaron casi nada más conocerse, su primera cita ha tardado en llegar. Miguel no es muy perspicaz para según qué cosas, y le ha costado tiempo interpretar correctamente las evidentes señales que le ha estado mandando Lara casi a diario. Cuando se acabó animando a preguntarle si le gustaría salir con él una noche, Lara estuvo a punto de contestarle con un «¡Por fin!». Pero se contuvo de hacerlo.

El plan es de lo más sencillo: cine y cena. La película se llama *Nueve meses*. Es la última de Hugh Grant, que es el actor preferido de Lara. Y su amor platónico desde que le descubrió el año pasado en *Cuatro bodas y un funeral*. Los dos se lo han pasado muy bien viéndola. Más ella, que se ha reído mucho con las escenas en las que interviene Robin Williams. Luego han ido a cenar a una *crêperie* situada en el paseo Pintor Rosales, que ha escogido Miguel. A Lara le ha parecido la elección perfecta para una cita romántica. El listón estaba muy bajo, teniendo en consideración que el anterior chico que la había invitado a salir la había llevado a un Wendy's. Lara se habría conformado con un Vips —el de la calle Fuencarral era su favorito, con sus zonas temáticas dedicadas a distintas cocinas del mundo—, por lo que el sitio elegido la ha entusiasmado. Tiene pinta de ser carísimo, pero eso a Lara ahora no le importa demasiado. Apenas ha tocado el dinero que le han dado sus abuelos en las pasadas fiestas de Navidad, así que se puede permitir darse un capricho como ese. Y siempre existe la posibilidad de que él la invite.

Nada más sentarse en la mesa que les han asignado en el interior del local, Lara le hace saber lo acertada que ha sido su elección.

—Jo, el sitio está guay. ¿Cómo lo encontraste?

—Fue gracias a mi tía. Trabaja para la *Guía del Ocio* y se conoce un montón de restaurantes —contesta él—. Me habló también de otro que tenía una pinta muy chula, un italiano que está cerca del Bernabéu, donde celebró su cumpleaños el mes pasado. Pero no les quedaban mesas libres.

—Da igual. Este me encanta.

—Me alegro.

Es incapaz de disimular el alivio que le supone que a Lara le haya gustado tanto el lugar al que la ha llevado. Miguel es una persona muy expresiva, totalmente transparente en cuanto a sus emociones. Eso es algo que Lara aprecia un montón porque no es habitual en los chicos de su edad.

La mención que ha hecho Miguel acerca de la celebración de su tía le recuerda que hay un dato de él que desconoce, y que tiene mucha curiosidad por descubrir. Últimamente le ha dado muy fuerte con el tema del horóscopo. Hasta ha cogido prestados un par de

libros sobre la materia en la biblioteca pública que hay al lado de su casa. Uno de ellos dedicado exclusivamente a la compatibilidad entre los signos del zodíaco.

—¿Y cuándo es tu cumpleaños?

—Fue hace poco. El 17 de este mes.

«Capricornio», determina Lara de inmediato. No puede evitar esbozar una sonrisa al repasar mentalmente la información que tiene almacenada en su memoria acerca de los signos con mayor afinidad amorosa que tienen las Tauro como ella; Capricornio es uno de ellos. Al ver que Miguel la mira con extrañeza, le lanza otra pregunta para impedir que él la cuestione sobre su gesto.

—¿Y qué te regalaron? —Es lo primero que se le ocurre decir.

A Miguel se le ilumina el rostro al contestarle que el regalo que más ilusión le hizo fueron las dos entradas que le compró su madre para el concierto del Héroes del Silencio del día veintiuno de noviembre de ese mismo año.

—¿Es tu grupo favorito?

—Sí. Son los mejores —contesta tan orgulloso como si él fuese un miembro más de la banda—. ¿A ti te gustan?

Lara está tentada de mentirle. Porque la opción de poder ser su acompañante para ese concierto la seduce una barbaridad, por poco que le atraiga ese tipo de música. Por otro lado, no le parece apropiado engañarle.

—Hay alguna canción que sí, pero la verdad es que no he escuchado ninguno de sus discos enteros.

—Si lo haces vas a flipar con ellos —afirma él con total seguridad —. El lunes te llevo el último que han sacado.

—Genial.

A Lara lo que le parece realmente estupendo es que se vayan a ver tan pronto de nuevo, no lo de llevarse a casa uno de los álbumes de la banda.

—¿Los has visto alguna vez en directo? —pregunta Lara.

—No, va a ser mi primera vez —responde emocionado—. Pero seguro que voy a ir a muchos más.

Hablan sobre grupos musicales durante un rato más. Es evidente que es algo que apasiona a Miguel. Lara descubre que lleva años

aprendiendo a tocar la guitarra. «Como buen Capricornio, le va la música». También se entera de que es una vocación heredada de su madre.

—Ella toca el piano. Hasta fue profesora cuando era joven —le comenta él—. Pero tuvo que dejarlo cuando murió mi padre, porque ganaba muy poco y no le daba para mantenernos a mi hermano y a mí.

Lara no sabía que el padre de Miguel había muerto. Duda sobre si debería decirle que lo siente, o si ya no tiene sentido hacerlo al haber pasado ya tiempo desde su fallecimiento. Antes de que pueda tomar una decisión, Miguel retoma la palabra.

—Le habría molado entrar en una orquesta, pero el trabajo no le dejaba tiempo para seguir practicando.

Para Lara es muy evidente que le produce tristeza hablar de la carrera frustrada de su madre en el mundo de la música.

—¿A ti te gustaría poder dedicarte a eso? —pregunta Lara.

—Mucho.

Lara cree que quizá lo que más le motiva a ello es el deseo de cumplir el sueño que le fue imposible realizar a su madre. Que si él lo consigue sería como si ella también lo lograse de alguna forma. Cae en la cuenta de que en realidad apenas conoce a Miguel. A pesar de todo el tiempo que han pasado sentados juntos en el instituto, sus conversaciones han sido bastante superficiales. Ahora tiene ante sí una oportunidad inmejorable para ponerle solución a ese desconocimiento.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Carlos —contesta Miguel—. Aunque todo el mundo le llama Charlie.

—¿Es mayor que tú?

—Es tres años más pequeño.

—¿Es él con quien vas a ir al concierto? —le interesa mucho averiguar a Lara.

—No, él no es fan de los Héroes —responde Miguel, dándole esperanzas a Lara—. A él lo que le gusta es el básquet. Y es muy bueno. Acaba de fichar por el mejor club de baloncesto en silla de ruedas de Madrid.

—Ah, qué bien.

—Se quedó parapléjico en el mismo accidente de coche en el que murió mi padre —ve necesario explicarle Miguel, a pesar de que Lara no le ha preguntado por ello.

—Vaya —murmura Lara.

Si ya le parecía admirable el hecho de que la madre de Miguel se hubiese encargado de sus dos hijos ella sola, todavía más al descubrir la dificultad añadida a la que se había tenido que enfrentar. Lara tiene una vecina en la misma situación que el hermano de Miguel, y la ha escuchado muchas veces quejarse de lo cantidad de sitios a los que le es imposible acceder a alguien en silla de ruedas y de lo lentamente que los políticos estaban remediando ese problema.

—¿Tú tienes hermanos? —la saca de sus pensamientos él.

—No. Soy hija única.

A Lara no le apetece hablar de su familia. La relación que tiene con su madre es cada vez más complicada, y su padre está tan volcado en su trabajo que muchas veces cuando llega a casa Lara ya está metida en la cama. Siente que, comparada con la de Miguel, su familia es patética. Además, escucharle la relaja un montón. Por eso no le ha molestado que la conversación haya girado en torno a él durante la mayor parte del tiempo.

—¡Uf! Cuántas cosas ricas —dice mientras repasa la lista de crepes que aparecen en la carta, decidida a cambiar de tema—. Me lo pediría todo.

Por suerte, Miguel le sigue la corriente y también se pone a estudiar sus opciones. Él se pide la de salchichas, mostaza y kétchup. Ella opta por una de pollo braseado y tres quesos. Añaden una tabla pequeña de patatas con cinco salsas. Luego, de postre, comparten dos crepes dulces: una de helado de vainilla y chocolate blanco —a ambos les gusta más que el negro, otra señal del destino para Lara— y la otra de leche condensada y fresas.

Lara no había comido tanta cantidad y con tanto gusto en muchísimo tiempo. Su madre está obsesionada con los alimentos que ella considera saludables, lo que para su hija es sinónimo de intragables. Su peso y el del resto de las personas que la rodean —

eso incluye a Lara, para su desgracia— es una cuestión recurrente en casa. Lara se esfuerza en no compartir esa fijación con su madre, pero es difícil no dejarse contagiar por su insistencia.

Al menos ha conseguido convencerla de que esa noche la deje llegar un poco más tarde. Lara está segura de que, si no hubiese sacado tan buenas notas en la última evaluación, igual no la hubiera dejado ni salir a la calle. Lo que no le ha contado es que ha quedado con un chico a solas. Le ha dicho que va a ir al cine con unas amigas. Y se ha asegurado de que Amaya —¿os acordáis de ella? Pues siguen siendo inseparables— la cubra si a su madre se le ocurre llamar al día siguiente a su casa para confirmar su coartada. La ve capaz de eso y de mucho más.

—¿Dónde vives? —le pregunta Miguel cuando salen del restaurante.

—En Puerta de Toledo. ¿Y tú?

—Cerca del parque de las Avenidas.

A Lara le suena el nombre, pero no tiene muy claro dónde queda eso.

—Al lado del metro —añade él, lo que tampoco saca de dudas a Lara.

Se crea un silencio incómodo entre ellos. No han hablado de lo que iban a hacer después de cenar. Lara no quiere separarse de él. Ni ahora ni en toda la noche. Tiene todavía cerca de una hora de margen para no incumplir el pacto con sus padres. Con su madre, más bien, pues su padre deja que sea su mujer la que decida en todo lo que tiene que ver con Lara. No porque confíe en su criterio, sino simplemente porque le da igual, en opinión de Lara.

—Podríamos ir paseando hasta donde vives —sugiere él de repente.

Lara hace un rápido cálculo mental y llega a la conclusión de que les daría tiempo de sobra. Y harían una de las cosas que más le gustan a ella: caminar por la ciudad bajo las estrellas. Y de una luna llena, nada menos. «Más romántico, imposible», piensa. Todo se puede mejorar, pero lo cierto es que se ha quedado una noche de invierno preciosa.

Nada más poner rumbo al barrio donde reside Lara, Miguel le hace una pregunta.

—¿Te has enterado de lo de la Cuervo?

Se refiere a una profesora de su colegio que va vestida siempre de negro.

—¿Lo de que está enferma?

—Dicen que no ha sido por eso por lo que ha faltado esta semana. Que es porque la policía ha detenido a su marido.

—¿De verdad?

Miguel asiente dos veces con la cabeza. Muchas de las habladurías que circulan por el colegio acerca de los profesores acaban siendo falsas. Pero ese rumor le resulta demasiado jugoso a Lara como para dejarlo pasar de largo así como así.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Luis. Él se enteró por uno con el que se sienta en la ruta, que tiene una prima trabajando en la secretaría.

A Lara le parece una fuente lo suficientemente fiable como para darle crédito.

—¿Y se sabe por qué le han detenido?

—Ni idea. De eso no se ha enterado.

—Qué fuerte.

—Ya ves —comenta él—. Aunque yo habría preferido que la metiesen en la cárcel a ella —bromea.

—¡Sí! —se ríe Lara—. ¡Ojalá!

Miguel le arranca alguna carcajada más cuando le relata un incidente que tuvo la Cuervo con dos alumnas gemelas. Ella ya conocía la historia, pero la forma en la que él la cuenta le hace mucha gracia, sobre todo cuando imita la voz de su profesora.

Lara se lo está pasando tan bien que camina cada vez más despacio, como si quisiera que ese paseo durase para siempre. Cuando llegan al viaducto de Segovia se detienen para disfrutar de las bonitas vistas nocturnas que se pueden contemplar desde allí.

—Creo que por ahí está el parque de atracciones, pero no lo veo bien —dice ella, señalando en una dirección—. Hace un montón que no voy —añade.

—Yo nunca he estado.

—¿Nunca?

—Es que llevo muy poco viviendo en Madrid.

A Lara casi se le había olvidado. Está tan a gusto en su compañía que parece que llevan mucho más de cinco meses conociéndose.

—Podíamos ir juntos un día —sugiere él.

—Estaría guay.

Los dos se miran a los ojos. Los de él, marrón muy claro y un pelín rasgados, le parecen de lo más atractivos. Lara piensa que ese sería el momento perfecto para que él la besase. Además, justo en ese instante no hay nadie más caminando por las inmediaciones, cosa muy extraña en una calle tan céntrica. Como ve que él no se mueve, ella se plantea hacerlo. El estruendo que hace una ruidosa moto al pasar cerca de ellos atrae la atención de ambos, haciendo que se pierda la oportunidad. Lara se lamenta de ello en silencio. No recuerda haber sentido tantas ganas de besar a alguien. No quiere esperar más, tiene miedo a que la llegada de un nuevo día lo estropee todo.

«Quizá es que él no siente lo mismo», piensa al reanudar la marcha de nuevo. Cree que el hecho de que haya querido quedar con ella es una señal evidente de su interés. Pero se le ocurre que a lo mejor lo ha perdido a lo largo de su cita. Que ella ha hecho o dicho algo que le ha llevado a cambiar de opinión. Está dándole vueltas a esa terrible posibilidad mientras esperan juntos a que se ponga en verde el semáforo de un paso de peatones, cuando sucede algo que espanta de golpe todos sus temores.

Lentamente, la mano de Miguel aferra la suya.

Estaba tan distraída con sus pensamientos que ha tardado en darse cuenta de ello. Lara se la aprieta rápidamente con fuerza para que Miguel no se piense nada raro. Al principio, el chico mantiene la vista al frente, como si la cosa no fuera con él. Luego se gira para encontrarse con la mirada resplandeciente y embriagada de ella. Cuando él le sonríe, Lara experimenta un tipo de felicidad muy distinta a la que ha conocido hasta la fecha. La recorre un escalofrío de placer similar al que le produce sumergirse en su bañera llena de agua caliente tras un día frío y lluvioso, pero multiplicado por cien.

Sus manos solo se separan cuando, en las proximidades del edificio donde reside Lara, ella le pide que se metan en un pequeño callejón que hay cerca de allí. Sus intenciones son tan obvias para Miguel que no necesita de más pistas para posar sus labios en los de ella, rodeados por una oscuridad protectora.

Bajo la atenta vigilancia de una inmensa luna llena, Lara se acaba de enamorar por primera vez en su vida.

# Capítulo 5
AHORA

Han pasado dos días desde su accidentada reunión en la editorial con la creadora de contenido conocida como Roccialta. No ha sido un periodo fácil para Lara. A pesar de que se disculpó inmediatamente con la chica, teme que su salida de tono haya llegado a oídos de su jefe. Ha tratado de apaciguar a la joven autora manteniendo el título elegido por ella para su libro, pero sospecha que no va a ser suficiente con eso. Que lo que aconteció va a tener consecuencias a corto plazo. Y no precisamente positivas. Por ahora nadie le ha dicho nada al respecto, pero sabe que en su empresa la persona más afectada por una decisión importante suele ser la última en enterarse.

No solo está preocupada por su futuro laboral. También le inquieta haber perdido el control por segunda vez en tan poco tiempo. Siempre ha envidiado a la gente con carácter, pero cree que entre ser sumisa y que se te vaya la cabeza tiene que existir un término medio. Teme que esos episodios sean el síntoma de algo más grave y le perturba que se puedan repetir en breve.

Hoy ha quedado para comer en casa de sus padres. A Ruth le toca pasar el fin de semana con su ex, así que se presenta allí ella sola. No es ni de lejos el momento ideal para tener que vérselas con su madre, pero está obligada a hacerlo. La abuela materna de Lara la incluyó como una de sus herederas, y la siguiente semana se va a proceder a la firma del contrato de compraventa de la vivienda de la

que era propietaria en Vicálvaro. Como ella no va a poder acudir, tiene que dejar firmado el documento con antelación.

Si ese fuera el único motivo de su visita, ni siquiera se quedaría a comer. Llegaría, firmaría y luego se marcharía. Pero quiere aprovechar para pasar un poco de tiempo con su padre. Últimamente le ha notado muy ausente, más de lo que siempre ha sido habitual en él. Desde que se jubiló unos años atrás, más tarde de lo que podría haberlo hecho, ha tenido unos cuantos despistes importantes, con cada vez más frecuencia. Y Lara sospecha que quizá no tengan tanto que ver con su peculiar forma de ser como con un problema de salud. Por eso quiere comprobar en primera persona cómo se encuentra, a pesar de que eso suponga compartir espacio con Jimena.

Nada más llegar, su madre la informa de lo que van a comer ese día: crema de calabacín y lubina al horno. «Empezamos mal», piensa la recién llegada. Lara detesta el pescado. Y si hay una persona en el mundo que es plenamente consciente de ese detalle es su progenitora. Lara sabe que, si pone alguna pega al menú, Jimena contraatacará con dos argumentos: el de que le está haciendo un favor porque su dieta es poco saludable y el de lo cara que está la lubina, para que se siente culpable por quejarse. Así que se abstiene de hacer comentario alguno.

La primera impresión que se lleva Lara del estado de su padre es positiva. Le ve especialmente lúcido, lo que la anima a pensar que a lo mejor ese deterioro que ha percibido en él ha sido algo pasajero.

La comida transcurre sin incidentes. Hablan sobre todo de Ruth y de una reunión de vecinos a la que asistieron hace unos días Jimena y Fernando. Al no ser el centro de la conversación, Lara se siente más relajada, aunque estando en presencia de su madre nunca baja la guardia. Es cuando terminan de recoger y su padre va al cuarto de baño cuando todo cambia.

—Se te olvidó felicitar a tu tía —le reprocha Jimena.

El mismo día en que estuvo a punto de estrangular a la *youtuber*, cumplía años Carmen, la hermana mayor de su madre. Lara le tiene un especial cariño y siempre la llama para felicitarla. Pero el encontronazo con Rocío Peralta la alteró tanto que no pudo pensar

en otra cosa durante el resto de la jornada. Y tampoco se había acordado de corregir su error después.

—Mierda —murmura, mientras echa mano de su móvil—. Voy a llamarla ahora mismo.

—No, ahora no lo hagas, que estará durmiendo la siesta.

—Luego la llamo sin falta.

—Que no se te olvide, que sabes que le hace mucha ilusión. Hablé con ella y estaba preocupada por no haber sabido de ti —le dice Jimena, empleando un tono de voz que traslada a Lara a su infancia, cuando su madre le echaba en cara algún comportamiento.

—Lo haré, tranquila. Es que he tenido mucho lío en el trabajo y se me pasó por completo —se justifica.

Jimena mueve ligeramente de lado a lado la cabeza varias veces, en un gesto de disconformidad que su hija conoce muy bien. Y que la pone de los nervios.

—¿Qué pasa? —pregunta Lara, que decide no ignorarla en esa ocasión.

—Siempre tu trabajo —contesta Jimena.

—¿A qué te refieres?

Lara conoce la respuesta a la perfección.

—Ese trabajo no te ha dado más que disgustos.

—Eso no es verdad y lo sabes —se defiende Lara—. Y no empecemos, por favor.

—Has sido tú la que has preguntado.

—Y tú la que has puesto ese gesto.

—¿Cuál?

—¿Cómo que cuál?

Jimena alza las cejas en señal de incomprensión.

—Mira, vamos a dejarlo, que no me apetece discutir —dice Lara.

No es que no le apetezca. Es que teme lo que puede llegar a suceder si su madre la lleva al límite. Los precedentes del supermercado y de su oficina aconsejan que se lo tome con calma.

—Yo solo digo que no sé si ese trabajo te compensa tanto sacrificio.

Lara cierra los ojos e intenta dejar la mente en blanco. Es un truco que le ha funcionado en el pasado en situaciones como esa entre

Jimena y ella. No siempre, pero tiene que intentarlo. Desafortunadamente, lo que sucede es que escucha dentro de su cerebro una voz que le recuerda lo harta que está de ser tan indulgente con los demás. Cuando Lara piensa en sus recientes exabruptos y lo mal que le fue al soltar la lengua, esa voz tan insidiosa replica con el siguiente razonamiento: «A lo mejor lo que necesitas es simplemente practicar un poco más, hasta que te salga bien».

Basta con eso para convencerla.

—Y tú qué sabrás, si desde que te casaste con papá no has vuelto a trabajar ni una sola vez.

Su madre abre los ojos sorprendida por la inesperada reacción de Lara. Aun así, se rehace enseguida.

—Criar una hija y llevar una casa es un trabajo tan digno como cualquier otro.

—Sí, ya lo sé. Siempre me has dejado muy claro la carga que he sido para ti —la acusa Lara—. Pero sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Nunca te he dicho que hayas sido una carga —la corrige Jimena —. A veces me lo has puesto difícil, eso sí, pero…

—¡Que yo te lo he puesto difícil a ti! —exclama indignada su hija —. Es lo que me faltaba por oír.

—No hace falta que grites.

—¡Por supuesto que hace falta, porque parece que es la única manera de que entiendas ciertas cosas!

—No me hables así.

—¿O qué? ¿Me vas a castigar sin salir o sin ver la tele, como hacías cuando era pequeña si no me lo comía todo? —ruge Lara.

Jimena no dice nada, confiando en que su silencio sirva para aplacar un poco a su hija. Se equivoca.

—Estoy hasta aquí de tus insinuaciones acerca de mi trabajo, mamá —dice Lara, levantando la mano por encima de la cabeza—. Parece que, en vez de esforzarme por tener una carrera profesional, he matado a alguien. ¿Es que soy la única mujer que no tiene derecho a ganarse bien la vida?

—No es eso. Claro que puedes. Pero entonces no te quejes si…

—¿Si qué? —la interrumpe una cada vez más iracunda Lara, dando un paso hacia su madre.

Jimena muestra una expresión de alarma en su rostro. No recuerda haber visto a su hija en ese estado jamás. Han tenido discusiones muy serias, pero en ninguna ha percibido en ella esa agresividad contenida.

—Mejor vamos a dejarlo —casi le ruega a la joven.

Para Lara es también toda una novedad ver a su madre recular así. Lo normal hubiese sido que siguiera insistiendo sin descanso. Eso la hace envalentonarse todavía más.

—No, por favor, di lo que ibas a decir. No te cortes —le pide muy seria—. Di que Eduardo me dejó porque cometí el terrible crimen de aceptar un ascenso. Que fui una mala esposa y madre por no conformarme con ser un ama de casa con un trabajito a jornada parcial por el que me pagaban una miseria.

—Yo no…

—Porque él sí, claro —la ignora Lara, que está desatada—. Él sí que podía dedicar todas las horas que quisiese a su maravilloso trabajo, y luego llegar a casa y tener la excusa perfecta para no ayudar en nada. Pobrecito Eduardo, que está tan cansado después de dejarse la piel por mantener a su familia —dice burlona—. ¿Y encima la culpa es mía, por haberle jodido el chollo que se había montado ese pedazo de… de… gilipollas conmigo? Venga ya, no me hagas reír, por favor.

—No creo que haga falta que le insultes.

—¿Cómo dices? ¿De verdad te vas a poner ahora a defenderle? Es increíble —se indigna Lara.

—Pero ¿qué os pasa a la dos? ¿A qué viene tanto grito?

Fernando acaba de hacer acto de presencia, atraído por el jaleo. Hay un brevísimo instante, cuando le ve asomar por la puerta de la cocina, en el que Lara se propone echar el freno. El único problema es que no es ella quien realmente está a los mandos en ese momento.

—¿Es que acaso te importa, papá? —le ataca de inmediato—. ¿No prefieres quedarte al margen, como siempre?

El aludido se gira hacia su mujer como si no entendiese nada. Jimena no encuentra las palabras para transmitirle lo que está sucediendo, pues ella misma no termina de comprender a qué se debe el estallido de rabia de su hija. No es la primera vez que sale ese tema, y jamás le ha afectado tanto que lo tocasen. Está tan desconcertada que llega a pensar que quizá se debe a que la lubina, que tan poco le gusta a su hija, le ha sentado mal.

—Ya te lo explico yo —interviene Lara al detectar la confusión de su padre—. Mamá opina que la única culpable de mi divorcio soy yo. Que Eduardo era el marido perfecto y yo tenía que haberme esforzado mucho más en agradarle. Quedarme en casa para cocinar, limpiar y plancharle las camisas, en vez de perder el tiempo jugando a ser una mujer trabajadora.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que piensas.

El silencio de Jimena la delata.

—Y supongo que tú también lo crees —se dirige Lara a su padre.

—No, no lo creo —indica él.

—Pues habría sido estupendo que me lo hubieras hecho saber alguna vez, papá. En vez de hacer como que no era asunto tuyo.

Su padre había afrontado aquella situación con su pragmatismo habitual, como si se hubiese tratado de una más de sus obligaciones profesionales. Esa frialdad le había resultado desmoralizante a Lara, que habría preferido que su padre hubiese hecho una excepción con ella en vez de comportarse de ese modo tan racional ante su ruptura sentimental.

—Es que pienso que no era asunto mío. Ni de nadie más que de vosotros dos —señala Fernando.

—O sea, que te dio igual todo por lo que tuve que pasar —dice Lara.

Siente tanta impotencia como furia al escuchar a su padre. Nota como sus ojos se empiezan a humedecer.

—Lo que quiero decir es que era un tema que teníais que resolver Eduardo y tú. Al resto seguramente nos faltaba información sobre las causas por las que se acabó vuestro matrimonio —trata de

explicarse mejor Fernando—. Pero claro que me importa lo que te pasó. Y traté de apoyarte todo lo que pude.

—Mentira —escupe Lara, con la voz a punto de rompérsele—. A ti nunca te hemos importado ni yo ni nadie de esta familia.

—Eso no es verdad, Lara —replica él.

—¿Y tampoco lo es que mis propios padres se pusieron de parte de una persona que me había hecho tanto daño?

—Pero ¿por qué dices eso? —pregunta su padre.

—Porque fue lo que pasó —responde Lara.

Logra acabar a duras penas la frase, a pesar del nudo tan grande en la garganta que se le está formando. Se ve al borde de las lágrimas al recordar lo culpable que la hicieron sentir sus padres cuando supieron de su intención de divorciarse. Su principal preocupación no fue interesarse por cómo estaba ella, sino si todavía existía alguna posibilidad de que arreglase lo que, entre líneas, consideran un error por su parte.

—No entiendo a qué viene que te pongas así de repente con nosotros —dice Jimena.

Oír a su madre decir eso es lo que le permite rehacerse con rapidez. La cólera se impone a la frustración y hace que se le sequen los ojos de golpe.

—Claro que no lo entiendes —replica Lara—. Pero el problema no es tuyo, es mío. Es mío porque me he estado callando muchas cosas durante mucho tiempo, tragándome toda la mierda que me echabas encima sin rechistar. Y ahora que he decidido que ya no puedo más, te piensas que me ha dado algo —le aclara—. Pues no, mamá, no me he vuelto loca. Esta soy yo de verdad, así que vete acostumbrándote a esto, porque a partir de ahora no me voy a cortar un pelo contigo. ¿Eso si lo puedes entender, o te lo tengo que explicar más claro todavía? —añade con dureza.

Nadie dice nada a continuación. Lara cree haber dejado sin palabras a su madre por primera vez en su vida. La ilusión le dura muy poco.

—Estás exagerándolo todo una barbaridad, Lara —señala Jimena —. No estoy de acuerdo, tú no eres así. Nunca lo has sido. Te ha

debido de pasar algo en el trabajo o yo qué sé dónde, y lo estás pagando con nosotros.

Lara la escucha incrédula. Ahora es ella la que no puede asimilar lo que está sucediendo. Que la reacción de su madre ante su desgarradora sinceridad sea esa le resulta incomprensible y abrumador. Está tan furiosa que su mente sufre una especie de apagón y su lado más primitivo toma el control. Le entran unas ganas irrefrenables de romper algo con sus manos. Enseguida localiza con la mirada un cuenco artesanal lleno de fruta al que sabe que Jimena tiene mucho aprecio porque lo adquirió durante su luna de miel. Se lo imagina estampándose contra la pared y rompiéndose en mil pedazos. Casi puede experimentar el inmenso placer que le produciría hacerlo. Su brazo inicia el movimiento para llevar a cabo su plan, pero enseguida se detiene al temerse que si empieza ya no podrá parar. Que destrozará todo lo que hay a su alrededor, sin importarle el daño físico o emocional que pueda causarles a sus padres. Se ve a sí misma desde fuera y lo que contempla la avergüenza y la asusta. Así que hace lo mismo que el día del supermercado y el de la reunión con la joven escritora.

Huye.

No abandona la casa, sino que se dirige hacia el lugar que en ese momento se le antoja el más seguro que tiene a su alcance: su antiguo dormitorio. Nada más entrar cierra la puerta y se apoya contra ella para evitar que nadie invada su refugio. Luego, cierra los ojos y trata de calmarse. Las palabras de su madre, acusándola de no ser ella misma, se repiten como un eco dentro de su cerebro. Lara está de acuerdo con Jimena. Es totalmente cierto. Como también lo es el hecho de que no está a gusto con esa Lara que todos reconocen como la verdadera. Esa idea le aporta la serenidad suficiente como para abrir de nuevo los ojos.

La habitación que ocupó durante toda su infancia y parte de su juventud no ha cambiado demasiado. Su madre lleva años diciendo que va a transformarla de arriba abajo, pero lo cierto es que los muebles son los mismos y ni siquiera la decoración ha cambiado mucho. Lara se fija detenidamente en el cuadro que hay sobre la cama. Es un retrato en blanco y negro que le hizo una amiga de la

universidad que ahora vive en Chile. Pensar en ella hace que la invada la nostalgia. Ve aquella época como la mejor de su vida; no por una cuestión de felicidad, sino de libertad. Cuando era estudiante todo eran posibilidades y sueños por cumplir. Ahora, por el contrario, se siente atrapada, presa de decisiones que ya no se pueden deshacer y obligada a moverse en una única dirección, recorriendo un laberinto sin salida aparente.

Cuando echa la vista atrás, sus éxitos la esquivan. Solo es capaz de ver con claridad sus fracasos. Lara lucha con todas sus fuerzas para que no se apoderen de ella todos esos pensamientos oscuros que últimamente la rondan sin descanso. Busca desesperadamente una distracción que la ayude a escabullirse de entre sus garras. Se mueve con prisa hacia las estanterías que cuelgan de la pared opuesta a su retrato. El espacio donde antes estaban colocados sus libros ahora está ocupado por los de su madre. No todos, pues Jimena es una lectora voraz y la mayor parte de su colección se encuentra en el salón y la sala de estar. En su habitación se encuentran tan solo aquellos relacionados con dos de sus pasiones: la historia del arte y la caligrafía. Lara los examina hasta dar con el que busca: un tomo muy grueso dedicado a las catedrales del mundo que le regaló a su madre cuando todavía vivía con ella.

Lara se hace con él y lo abre por la primera página. Allí la recibe la dedicatoria que le escribió a Jimena cuando se lo entregó en su cumpleaños:

*¡Felicidades, mamá!*
*¡Espero que te guste mucho y que un día las podamos visitar todas!*

Bajo el texto se veía su firma y la marca de un sello en forma de corazón. Fiel a su especial manera de ser, su madre le había reprochado que hubiese estropeado el libro escribiendo sobre él, antes incluso de darle las gracias. Pero Lara también había notado que le había hecho mucha ilusión su obsequio. Entre las dos habían elaborado una lista con las catedrales que irían a ver en primer lugar. Ese recuerdo tan feliz de ambas juntas haciendo planes de futuro

era como un oasis en un desierto que no paraba de crecer y crecer, amenazando con devorarlo todo.

Cuando está devolviendo el libro a su sitio, el móvil de Lara vibra una única vez en el bolsillo de su pantalón, señal de que ha recibido una notificación. Al encender la pantalla descubre que su exmarido le ha enviado un mensaje.

«Lo que me faltaba», piensa.

Sus peores temores se confirman cuando descubre que se ha puesto en contacto con ella para pedirle que hagan una modificación en el calendario de fines de semana que a Ruth le toca pasar con su padre. Eduardo le pide quedarse con ella también el siguiente, para tener libre el que le correspondería pasar con su hija a continuación de ese.

Lara le pregunta por qué necesita hacer ese cambio.

Eduardo contesta con un escueto «Por un tema personal».

«¿De qué tipo?», escribe Lara, que esa tarde está guerrera.

«Del tipo personal», manda él.

«¿Es por Victoria?», pregunta Lara para no andarse por las ramas.

Estamos hablando de la actual pareja de Eduardo, una periodista mucho más joven que él. Su instinto le dice que ese es el motivo que trata de esconderle, pero quiere leérselo a él.

«¿Me puedes hacer ese favor o no?», intenta escurrírsele Eduardo.

Nuestra protagonista se toma su tiempo en contestarle. Incluso cierra la aplicación para que él vea que ya no está en línea y se imagine que va a hacerle esperar. Después del día que lleva no está como para mostrarse demasiado generosa con nadie.

Lara tiene sus defectos, pero el de engañarse a sí misma no es uno de ellos. Reconoce que no es el tener que alterar su agenda lo que la molesta, sino el que Eduardo haya rehecho su vida con alguien antes que ella. Él inició su relación con Victoria —todos la llaman Vicky, pero Lara se niega a concederle ese placer— unos pocos meses después de que firmasen el divorcio. Hay quien piensa que eso significa que en realidad ya se habían liado antes. Pero Lara, a pesar del poco aprecio que le tiene a Eduardo, no apoya esa teoría. Cree que le fue fiel hasta el final. Entre otras cosas, porque

supondría haberle quitado tiempo a su amado trabajo para destinárselo a ponerle los cuernos.

Ella también ha tratado de encontrar a alguien con quien estar. Con poco éxito hasta la fecha. Pero de eso ya charlaremos más adelante. Lo que toca ahora es regresar al intercambio de mensajes entre las dos personas que en el pasado formaron un matrimonio de lo más afortunado. Hasta que dejó de serlo.

«Todavía no te lo puedo decir», contesta finalmente Lara, que tan solo ha sido capaz de hacerle esperar un par de minutos. Al menos se va a dar el capricho de mantenerle en vilo durante algo más de tiempo.

«¿Y cuándo lo vas a saber?», le llega de inmediato a su *smartphone*.

«En unos días».

«Haz todo lo que puedas, por favor. Es por algo importante».

Lara elucubra sobre lo que puede ser en concreto. Quizá van a pasar un fin de semana romántico en alguno de esos sitios a los que Eduardo le prometió que irían algún día, pero que nunca llegaron a pisar. A lo mejor se debe a algún compromiso familiar que le ha surgido a Victoria, para el que quiera que le acompañe su novio. De ser otras sus circunstancias, Lara le habría dicho que sí al momento. Pero lleva unos días muy malos —y la cosa no parece que vaya a mejorar a corto plazo—, así que no ve razón para hacerle la vida más fácil a nadie cuando la suya no para de complicársele. Y mucho menos a su ex.

—¿Lara? ¿Te encuentras bien? —pregunta su madre desde el otro lado de la puerta.

No se acuerda de la última ocasión en que la oyó pronunciar esas palabras. Solo le ha supuesto tener que montarle una escena y estar a punto de destrozarle la cocina para lograr que se interese por su estado.

—Pasa —dice Lara en voz alta.

No le importa volver a tenerla delante. Al fin y al cabo, tarde o temprano tendrá que salir del cuarto. A lo que no está dispuesta es a disculparse. Ni tampoco espera que Jimena lo haga.

Cuando su madre entra, las dos mujeres se quedan en silencio, cada una mirando en una dirección distinta, evitándose mutuamente. Ante la posibilidad de que su madre abra la boca y lo empeore todo, Lara decide tomar la iniciativa.

—Está igual que siempre —comenta, haciendo un gesto con la cabeza con el que abarca toda la estancia.

—Sí.

—Pensé que ibas a cambiarlo todo.

—Debería.

Lara intenta interpretar lo que ha querido decir su madre con eso. Está tan acostumbrada a buscar algún tipo de crítica velada tejida entre sus palabras que es lo primero en lo que piensa. Jimena no le da tiempo a que la encuentre.

—La próxima vez que vengas haré arroz negro —declara, haciendo alusión a uno de los platos favoritos de su hija.

Lara alza las cejas en señal de sorpresa ante un cambio tan brusco de tema de conversación. Enseguida se percata de que probablemente es la forma que tiene su madre de mostrarle algo de afecto. No compensa años y años de comentarios dañinos, menosprecios y desapego hacia ella, pero algo es algo.

—Estaría genial, mamá.

Jimena asiente seria. Se la nota incómoda, fuera de su zona de confort, aunque se esfuerza en disimularlo.

—¿Te apetece un café? —le propone a su hija.

Lara considera que permanecer en su compañía es un riesgo que no merece la pena correr. Le inquieta que en cualquier momento su madre diga algo que provoque su ira de nuevo. No quiere que se estropee una despedida mucho menos desagradable de lo que cabría haber esperado hace unos minutos.

—Gracias, pero me tengo que ir ya.

Jimena asiente de nuevo. Ahora se la ve casi hasta aliviada. Se gira para salir de la estancia, acompañada de cerca por su hija. Antes de cruzar el umbral Lara echa un último vistazo al que fue su cuarto. No sabe muy bien por qué, pero está absolutamente convencida de que la próxima vez que lo vea, seguirá todo en el mismo sitio.

Y ese pensamiento la reconforta.

# Capítulo 6
## EL QUE NO DEBIÓ DAR

La Lara de finales del mes de junio de 1996 veía las cosas de un modo muy diferente a la que acabamos de acompañar a casa de sus padres casi tres décadas después. Quizá influye mucho el que lo hace a través de los ojos de una chica de diecisiete años. O puede que se deba a que la vida le sonríe como nunca antes. Tiene un novio que la quiere con locura —que medio instituto le robaría si pudiese—, ha terminado el curso con muy buenas notas y su madre lleva unas semanas más amable de lo normal.

Hoy no es un día cualquiera. Esta noche va a acudir a una fiesta con todos sus compañeros de clase de tercero de BUP en un local a pie de calle que han alquilado en el centro de la ciudad, cerca del Teatro Real. Van a celebrar el final de curso, pero también es una fiesta de despedida. En su colegio no se imparte COU, por lo que la mayoría de ellos ya no van a verse el año que viene. No es el caso de Lara, que va a coincidir con sus dos mejores amigas, Amaya y Bea, en un instituto situado en el barrio donde viven las tres. Miguel va a ir a otro centro, pero su relación es tan sólida que está segura de que la distancia no va a suponer ningún problema para ellos.

Lara se está mirando en el espejo de su cuarto, emocionada por lo bien que le queda el vestido midi de estampado floral que le regalaron en su cumpleaños el mes pasado, cuando escucha que suena el teléfono de su casa. Ella suele tener siempre el inalámbrico en su habitación, para poder adelantarse a su madre cuando es su

chico el que la llama. Le incomoda especialmente que Jimena hable con él, aunque sea una conversación muy corta. A su madre le bastan unos segundos para conseguir avergonzarla ante cualquiera. Como en ese momento no tiene el terminal a mano, aguza el oído cuando escucha que es Jimena quien ha atendido la llamada; pero está tan lejos que no puede distinguir de quién se trata.

Lo descubre un par de minutos más tarde, cuando su madre asoma por allí con el teléfono en la mano.

—Es Miguel —le anuncia, extendiéndole el aparato.

El estómago se le encoge cuando piensa en el tipo de destrozo que ha podido causar su madre durante el tiempo que ha estado charlando con él. A Lara le puede costar meses arreglarlo. Resignada a su suerte, coge el inalámbrico y cierra la puerta de su dormitorio en las narices de Jimena.

—Hola —saluda Lara.

—Hola.

Oír su voz hace que se olvide de inmediato de madres cotillas y controladoras. Y de sus tejemanejes.

—¿Qué tal? ¿Estás listo ya? —pregunta Lara, aunque sabe que es demasiado pronto para él, que seguramente no se vestirá para la fiesta hasta que queden cinco minutos para salir.

—Pues es que no voy a poder ir.

—¿Qué?

—Mi hermano se ha puesto enfermo y me tengo que quedar con él.

—¿Y tu madre?

—Está trabajando. Y esta noche le toca turno de guardia en el hospital.

—¿Y qué le pasa a Charlie? —se interesa Lara, tratando de digerir la decepción que le supone no poder estar con Miguel precisamente en una ocasión tan especial como aquella.

—Creo que es gripe o algo así. Pero tiene fiebre y no le puedo dejar por si le sube mucho.

—Qué putada —se lamenta Lara, más por ella que por el enfermo.

—Ya. Me apetecía un montón ir para despedirme de toda la gente.

—Y para verme.

—Claro. Sobre todo para eso —corrige su error de inmediato.

Que Miguel sea tan responsable —y que su madre confíe tanto en él como para dejarle al cuidado de su otro hijo— debería hacer que se sintiera orgullosa de su novio. Sin embargo, en ese instante le supone un gran fastidio. Hay veces que le gustaría que fuese algo más rebelde y alocado, pero está tan enamorada de él que tampoco le da demasiada importancia. De hecho, se plantea cambiar también ella de planes y proponerle pasar la noche juntos en su casa vigilando a Charlie. Sabe que la madre de Miguel no pondrá ningún problema. La suya sería otro cantar, pero no tiene por qué enterarse de nada. Lara abre la boca para sugerírselo, pero la cierra inmediatamente después. Lleva tiempo esperando ese día y hay personas de las que no se va a poder despedir si no acude a la fiesta. No olvidemos que tiene diecisiete años. Cualquiera de vosotros en su lugar preferiría irse de marcha que pasarse la noche poniéndole el termómetro a un crío que no para de moquear.

—Tú pásatelo muy bien por mí —le dice Miguel para terminar de convencerla—. Además, nos podemos ver mañana. Y el domingo. Y todos los días hasta que te vayas a la playa.

—Es verdad —se anima ella ante esa deliciosa perspectiva.

Ya no le parece tan grave no poder estar a su lado durante las próximas horas. Tiene toda la vida por delante para compensarlo.

—Despídete de mi parte de todos —le pide Miguel.

—Vale.

Antes de colgar, a Lara le entran ganas de preguntarle de qué han estado hablando él y su madre. Pero se lo piensa mejor y se limita a desearle que su hermano se recupere pronto. Y a confesarle que le va a echar mucho de menos.

—Yo también.

Lara no puede evitar sentirse algo triste nada más pulsar el botón para finalizar la llamada. Iba a ser una noche perfecta, pero ahora lo va a ser menos. Aunque, para qué mentiros, la pena le dura lo que tarda en ponerse a bailar la primera canción que suena a todo volumen en el local donde se celebra la fiesta.

Tras darlo todo con Rebeca, Azúcar Moreno y Los Rodríguez, Lara, Amaya y Bea se toman un descanso y salen a la calle para

refrescarse un poco. En el interior del local hace mucho calor, pero afuera la temperatura es muy agradable a pesar de que julio está a la vuelta de la esquina. Lara cree que es posible que hasta pase algo de frío cuando vuelva a casa de madrugada.

En la acera de enfrente, unos metros más allá de donde se han ubicado las tres, se ve a un grupo de cinco chicos de su clase. Uno de ellos grita algo y todos se ríen de un modo muy ruidoso. El que ha tenido la ocurrencia que tanto les divierte saca algo de su cartera y se lo va pasando a los demás para que lo ven, lo que provoca más carcajadas. A Lara le da la impresión de que es una foto, pero desde donde se encuentra no puede verlo bien. Uno de los integrantes del grupo, que le saca una cabeza a los demás y tiene un pelo rubio muy rizado, se gira en dirección a ellas, como si hubiera detectado el escrutinio de Lara. Esta desvía la mirada con rapidez, lo que le impide ver que, en realidad, en quien ha fijado él su atención es en Bea.

—Otra vez te está fichando Rafa —avisa Amaya a la observada, mientras se enciende un cigarrillo—. He perdido la cuenta de las veces que lo ha hecho ya, tía.

—¿Tú crees que hoy va a ser el día? —le pregunta Lara a Bea, que también se pone a fumar.

—No lo sé —responde su amiga.

Corren rumores de que Rafa por fin le va a pedir salir a Bea esa misma noche. Ella está receptiva, como lo lleva estando una temporada, a pesar de que él se está haciendo de rogar. Es una chica que tiene mucha paciencia, pero si él no da el paso hoy, se va a tener que replantear si va a suceder en algún momento. Rafa le gusta, pero durante las vacaciones de verano se le van a presentar muchas oportunidades de conocer gente nueva, y no está dispuesta a esperarle para siempre.

—La verdad es que es muy mono —opina Amaya.

—Y cortado —añade Lara.

—Igual es que es pronto —dice Amaya—. En cuanto beba más seguro que se lanza.

Bea preferiría que se lo pidiese antes de estar borracho, pero a esas alturas le vale cualquier opción.

—O a lo mejor te va a tocar a ti hacer algo —sugiere Lara.

—Pero qué dices, Lari, eso no va así —le reprocha Amaya—. Tiene que ser él quien se lo pida.

A Lara no le gusta que la nombren usando ese diminutivo, no sabe muy bien por qué le ha cogido manía. Solo que en boca de Amaya, como con muchas otras cosas, no le molesta tanto oírlo.

—¿Y por qué? —pregunta Lara.

—Pues porque sí —le responde Amaya.

—Ah, estupendo —replica Lara, para nada convencida por su pobre argumento.

—A ver, tronca —se pone en plan didáctico Amaya—. ¿Fue Miguel el que te pidió salir, o fuiste tú?

—Fue Miguel —contesta a regañadientes Lara, que se huele por dónde van a ir los tiros.

—¿Y con David? —alude Amaya al anterior chico con el que estuvo Lara.

—Lo mismo.

—¿Y se te ocurre algún caso en que no haya sido así?

—Pues ahora mismo no, pero seguro que alguno hay.

—Ya te digo yo que no —sentencia Amaya.

Lara repara en que es posible que su amiga tenga razón. Lo que no significa que le parezca que esté bien. No debería haber problema alguno en que sea la chica quien tome la iniciativa, en su opinión. Pero tiene que reconocer que es raro que algo así suceda. Cree que quizá en el futuro eso cambie, como tendrían que hacerlo muchas cosas más con respecto a las relaciones de pareja que ahora parecen inamovibles. Dicho esto, no considera que sea la noche idónea para entrar en debates de ese tipo. Lo que le apetece a Lara es pensar menos y bailar más.

—Bueno, si tiene que pasar, pasará —le dice Lara a su amiga, usando una expresión muy típica de su padre—. Así que no te rayes mucho.

—No lo voy a hacer —indica Bea.

A Lara no la convencen ni su tono de voz ni la expresión que asoma en su rostro. Cuando habla, Bea suele hacerlo siempre muy suavemente, sin apenas separar los labios. Pero en esa ocasión lo

que ha salido de entre ellos ha sido un susurro prácticamente imperceptible.

—Y si al final no os enrolláis, da igual —interviene Amaya—. Seguro que en el nuevo instituto encuentras a uno mejor que él —dice con una avidez en la mirada que da la impresión de que es ella la que está deseando conocer a alguien así.

Bea le da una calada a su cigarrillo, mirando disimuladamente al grupo del que forma parte el chico que le gusta más de lo que sus dos amigas se creen.

—O a lo mejor nos liamos y luego es él quien me cambia por otra de su clase —dice a continuación.

—Eso es imposible, tía —dice Amaya—. ¿Dónde va a encontrar a alguien más guapa, lista y graciosa que tú? —añade, rodeándole la cara con la mano y apretándole los mofletes como si fuese una niña pequeña.

Bea intenta zafarse de ella. Amaya se resiste y la intenta besar en la mejilla, insistiendo con la broma. Ha bebido más que ellas y se le nota. Debido al forcejeo, su pitillo está a punto de rozar la mano de Lara y dejarle una fea quemadura. Esta no se percata del peligro porque, en lugar de vigilar la temeraria maniobra, está distraída dándole vueltas a una idea que las palabras de Amaya han suscitado en ella. No tiene que ver con la situación de Bea, sino con la suya propia; más concretamente, con su relación con Miguel y en qué medida separar sus caminos académicos puede afectarla. ¿Y si es él quien conoce a una que le guste más que Lara? Es una posibilidad en la que no se había parado a pensar detenidamente hasta ahora, para su propia sorpresa. Mas bien era un pensamiento que se había mantenido en los márgenes de su consciencia, esperando su oportunidad para abalanzarse sobre ella.

Lara pone todo su empeño en restarle importancia a su creciente temor. El arma más poderosa que tiene a su disposición para combatirlo es pensar en lo unidos que están. No se cansan de pasar tiempo juntos, comparten aficiones y se hacer reír mutuamente. Las muestras de cariño de Miguel hacia ella son constantes. Todo es tan natural y sencillo entre ellos, que parece que se conocen de toda la vida. Solo tenía que recordar la primera vez que habían hecho el

amor. Ni siquiera el que ambos fuesen vírgenes había impedido que sus cuerpos se compenetrasen a la perfección. A Lara los nervios se le habían pasado tras las primeras caricias de Miguel.

Y aun así…

—¿Hola? —escucha que le dice Amaya, con la cara tan pegada a la suya que su aliento cargado de olor a tabaco y alcohol la echa literalmente para atrás—. ¿Estás aquíííí, Lari? —vocifera.

—Sí, pesada —contesta ella, procurando mantener las distancias —. Y no te me pegues, tía —le pide—. Hoy estás muy sobona.

—Y tú en las nubes —replica Amaya.

—Estará pensando en lo mucho que echa de menos a Miguel —se alía Bea con ella.

—Pues no es eso, lista —miente Lara.

—¿Ah, no? —dice burlona Amaya—. Entonces, estás pensando en otro. ¿En Pablo, a lo mejor?

Se refiere al que es considerado unánimemente el chico más popular de su clase. Guapo, carismático, estrella de todos los deportes que se practican en el colegio. El *pack* completo. En primero de BUP estuvo tonteando con Lara durante una temporada, aunque ella no fue la única. Luego se marchó a Estados Unidos durante el siguiente año escolar, por lo que todo quedó en nada. A su regreso volvió a rondarla. Pero la irrupción de Miguel acabó con cualquier opción de que aquello fuera a más.

—Ese te lo dejo a ti —dice Lara.

—No me van tan pijos —señala Amaya.

—¿Desde cuándo? —se sorprende Lara.

—Desde que el de la academia de inglés le puso los cuernos —la saca de dudas Bea.

—Gracias por recordármelo —le echa en cara Amaya con sarcasmo.

La mención de la infidelidad que sufrió su amiga provoca que a Lara la hostigue de nuevo la incertidumbre con respecto a lo que sucederá con Miguel cuando los dos comiencen el nuevo curso en institutos diferentes. Aunque no le ha dado ningún motivo para que desconfíe de él, Lara no puede evitar que el lado más oscuro de su imaginación tome el control. Le ve entrando en clase, con ese halo

misterioso del que ella misma fue víctima, rodeado de un montón de chicas atractivas que no van a tener ningún escrúpulo a la hora de robárselo a alguien a quien ni siquiera conocen, y se le revuelve el estómago. Si a eso le añade el tiempo que van a estar separados durante las vacaciones de verano, en el que quizá Miguel pierda parte de su interés por ella, no ve motivos para ser muy optimista.

Más ahora que en ningún otro momento de la noche, Lara echa de menos su compañía. Necesita tenerle cerca para poder tocarle y así confirmar que el Miguel real no es el que aparece en la película que se ha montado en su mente, sino el que ella ha estado conociendo durante los últimos meses.

—¿Ya te has ido otra vez? —le pregunta Amaya—. Anda, vamos para dentro, que si no nos vamos a quedar sin nada que beber. Y todas esas canciones no se van a bailar solas —dice mientras tira del brazo de Lara para arrastrarla hasta la entrada del local donde se celebra la fiesta.

Nuestra protagonista se deja llevar. Está de acuerdo en que lo que le conviene ahora es distraerse y dejar de comerse la cabeza por algo que hace tan solo unos minutos estaba lejísimos de ser un problema.

—Vale, vale, pero tampoco hace falta que me arranques el brazo —se queja Lara.

—No quiere que te me escapes para ir corriendo en busca de ese novio tan ideal que tienes.

Sabe que Amaya no lo dice con segundas, pues Miguel le cae muy bien. Y piensa, al igual que todo el mundo, que hacen una pareja perfecta.

Y aun así…

Lo primero que hace nada más entrar es ponerse un ron con naranja. Había pensado no tomar nada más fuerte que el calimocho, pero ha decidido que con eso ahora no le basta. Entre las virtudes de Lara no se encuentra la tolerancia al alcohol, por lo que con la segunda copa ya se ha emborrachado lo suficiente como para que su único objetivo pase a ser exprimirle toda la diversión posible a lo que queda de noche, sin detenerse a valorar las consecuencias. De la tercera ya ni se acordará. Baila sin parar y ríe sin saber por qué.

Llega un punto en el que las caras de las personas que la rodean se difuminan, pero a ella le da igual.

Cuando Ricky Martin canta por primera vez el estribillo de *María*, Lara descubre que Pablo está a su lado, dando junto a ella un pasito *p'alante* y luego un pasito *p'atrás*. Al cruzarse sus miradas, él se aproxima más a ella y bailan juntos el resto del tema. Cuando termina, el brazo de Pablo está rodeando la cintura de Lara, y entre sus cuerpos la separación es mínima. Durante unos pocos segundos tiene la sensación de que no hay nadie más a su alrededor. Que están ellos dos solos. Y que él se va a inclinar sobre ella para besarla. El miedo y el deseo de que eso suceda se mezclan en su interior, indistinguibles uno del otro.

Como tiene la vista fija en sus labios, ve cómo estos se mueven. Pablo le está diciendo algo, pero entre la nueva canción que suena de inmediato y los gritos de celebración que genera entre la gente reconocer sus acordes iniciales, es incapaz de entenderle.

—¿Qué? —le pide que le repita.

Él se arrima todavía más a ella para poder acercar la boca a su oreja.

—He dicho que bailas muy bien.

Aunque ahora sí que le ha escuchado a las mil maravillas, poco le falta para pedirle que se lo diga una vez más. Ser piropeada por el chico más deseado de su clase es un todo un placer. Salpicado de culpabilidad en su caso, pero un placer, al fin y al cabo.

—Gracias —dice ella en voz alta para hacerse oír—. Tú también —añade tras un momento de duda, bajando el volumen.

—¿Te apetece salir un rato fuera? —pregunta Pablo.

Tenerle tan cerca nubla su juicio casi tanto como el ron en el que nada plácidamente su cerebro, por lo que cuando le toca escoger entre lo que *debe* hacer y lo que *quiere* hacer, lo primero no tiene posibilidad alguna frente a lo segundo. Su partida con Pablo no pasa desapercibida para varios de sus compañeros. Algunos están tan tocados como Lara, por lo que el suceso se borra de su memoria casi al instante. Otros sí que toman buena nota de ello.

Se regodea tanto en el alivio que le supone el frescor exterior y la ausencia de ruido, que no se da cuenta de cuánto se están alejando

del lugar donde tiene lugar la fiesta. Se limita a seguir los pasos de Pablo, que se desplaza con la precisión de alguien que sabe exactamente hacia dónde se dirige. Su destino no es otro que un parque que hay frente al Palacio Real, donde a esas horas de la noche no se ve un alma.

Solo entonces Lara se plantea el sentido que tiene haber caminado tanto si lo único que van a hacer es charlar. Lo cierto es que él en ningún momento ha dicho que ese fuese el plan. La alternativa es evidente incluso para una persona tan embriagada como ella. Es un entorno que ofrece una intimidad idónea para otro tipo de actividades.

Un escalofrío le recorre el cuerpo. No está en condiciones de determinar si se debe a la brisa nocturna que los envuelve o al vértigo que le da encontrarse de repente metida en esa situación tan inesperada. En cualquier caso, su acompañante demuestra estar muy pendiente de ella, pues enseguida le ofrece el jersey fino que lleva anudado en la cintura para que se abrigue con él.

—Gracias —dice Lara, presa de una confusa mezcla de emociones tan difícil de desenredar como una maraña de cables.

Al ponérselo, un intenso olor a perfume inunda sus fosas nasales. Es un aroma amaderado y dulce que no reconoce, pero que tiene un efecto relajante en ella.

—¿Quieres sentarte? —pregunta él, señalando hacia un banco que hay en las proximidades.

—Vale.

«Pues a lo mejor al final lo que quiere es hablar», piensa Lara. Le sorprende lo decepcionante que le resulta ahora esa posibilidad, cuando hace tan solo unos segundos se había inquietado al creer que él la iba empujar contra el tronco del árbol que tenía a sus espaldas y a besarla allí mismo.

Lara ocupa uno de los extremos del banco. Pablo se sitúa a su lado, pero dejando algo de distancia entre ambos. Luego estira sus largas piernas, se reclina contra el respaldo y mete las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero, adoptando una postura de lo más cómoda. Ella se mantiene erguida y se posiciona más cerca del borde del banco. No sabe muy bien qué hacer con las manos, hasta

que se decide por colocarlas paralelas a sus piernas, con las palmas apoyadas sobre la madera en la que está sentada.

Los dos pertenecen a grupos de amigos diferentes y en todo el curso nunca han estado a solas. Han tenido alguna que otra conversación, pero siempre con más gente presente. Lara se ha acordado de que en primero pudo haber pasado algo entre ambos tan solo porque Amaya ha bromeado acerca de ello un par de horas antes. Hasta su comentario, Pablo había permanecido fuera de su radar por completo. De ahí que le parezca muy surrealista que los acontecimientos la hayan conducido tan rápidamente a la situación en la que se encuentra.

—¿Dónde vas a pasar las vacaciones? —quiere saber él.

Tiene una voz grave y varonil, más propia de un hombre que de un chico de su edad. Que su cuerpo está más desarrollado de lo normal es algo que también salta a la vista. Lara se pregunta si su estancia en el extranjero ha tenido que ver con ello.

—En julio me voy a la playa con mis padres. A un sitio en Málaga que se llama Calahonda, donde ya estuvimos el año pasado —le explica—. Y supongo que agosto lo pasaré en el pueblo de mis abuelos —añade—. ¿Y tú?

—La familia con la que estuve en USA —dice deletreando las siglas en inglés— me ha invitado a pasar con ellos unas semanas.

—Qué guay.

—Sí —murmura él con desgana, como si para él fuese de lo más frecuente viajar a otro continente.

—¿Dónde viven?

—Cerca de Denver.

A Lara le suena bastante ese nombre, pero no sabría ubicarlo en un mapa de América del Norte.

—¿Hiciste amigos allí?

—Sí, claro.

—¿Y amigas?

—Alguna.

—¿Las tías son tan guapas como las que salen en las películas?

—Hay de todo —contesta—. Pero no vi a ninguna tan guapa como tú —le suelta así, sin más.

Lara se gira hacia él casi de modo involuntario, más sorprendida que halagada. Él la recibe con una sonrisa que multiplica su atractivo. Tiene unos ojos grandes y oscuros que la atrapan enseguida. De cada uno de sus gestos y de cada frase que pronuncia emana una seguridad en sí mismo que Lara no ha percibido jamás en nadie.

Pablo se endereza y se arrima peligrosamente a Lara, que está como paralizada. Una parte de ella quiere levantarse y alejarse de allí cuanto antes. Otra desea con locura quedarse donde está y probar a qué saben esos labios que siguen curvados hacia arriba de un modo tan maravilloso.

No tarda mucho en descubrir su sabor.

Mientras se besan, Lara experimenta algo insólito. Es como si de repente pudiese verse desde fuera a sí misma. Aunque, aparentemente, la chica que tiene delante está disfrutando del momento, lo que presencia la disgusta profundamente. Tanto que se separa bruscamente de Pablo nada más concluir el extraño fenómeno.

—Lo siento —se excusa—. Pero no puedo. Tengo novio.

—También lo tenías durante todo el rato que hemos tardado en venir hasta aquí. Y cuando me has metido la lengua —replica él.

—Lo sé. Perdona. Es que no sé qué me ha pasado. Se me ha ido la pinza.

Teme que él no se rinda tan fácilmente y aproveche de alguna manera su encanto natural para convencerla de que sigan con lo que estaban haciendo antes de que ella se arrepintiese. Aunque tiene que reconocer que no todo se ha debido a su magnetismo. Pensar en una hipotética infidelidad de Miguel ha contribuido decisivamente a que ella le haya traicionado precisamente de esa misma manera. También podría echarle la culpa al ron, pero ha sido ella la que lo ha ingerido tan alegremente, aun sabiendo lo poco resistente que es a su influencia.

Afortunadamente, Pablo asume que ese es el final. Y lo encaja con una deportividad que supone todo un alivio para Lara. Caminan de regreso a la fiesta en completo silencio. El trayecto sirve para que a Lara se le pase la borrachera lo suficiente como para ser plenamente

consciente de sus actos. Sobre todo, del hecho de que media clase ha debido verla desaparecer junto a Pablo. Y ahora la van a ver volver con él. Sopesa pedirle que él se adelante, pero cree que no va a suponer una gran diferencia.

El daño ya está hecho.

# Capítulo 7
AHORA

El encontronazo con sus padres, aunque no fue a mayores, ha empujado a Lara a tomar cartas en el asunto. Es evidente que, sumado a lo del supermercado y a lo de la *youtuber*, dibuja un patrón de lo más preocupante. Y lo que es más importante, su instinto le dice que lo que le está sucediendo no es algo efímero. Que puede ser una tendencia que vaya a más y que la acabe llevando a cometer un error irremediable. Sabe que lo más apropiado sería buscar ayuda profesional, pero antes de eso va a probar suerte con alguien que siempre ha sido un gran apoyo para ella en sus peores momentos: su mejor amiga Amaya, que nunca ha dejado de serlo desde que se conocieron siendo niñas.

Dos días después se ven a la salida del trabajo, en un bar que hay cerca de la universidad privada en la que Amaya ejerce como máxima responsable del departamento de atención al alumno. Lara acude puntual a la cita, pero nada más llegar recibe un mensaje de su amiga diciéndole que se va a retrasar un cuarto de hora debido a una reunión de trabajo que se ha prologado más de lo normal. A Lara le molesta que la hagan esperar. Lo que sucede es que a Amaya se lo perdona todo, incluso el que esos quince minutos en realidad vayan a ser más bien cerca de treinta. Es la única persona que ha estado a su lado siempre. La que mejor la conoce. La que nunca le ha mentido, incluso cuando sabía que no le iba a gustar lo que le iba a decir. Se siente muy afortunada por contar con alguien

así, y por eso se ha esforzado en cultivar su amistad contra viento y marea.

Verla aparecer por la puerta del local le arranca una sonrisa. Es un gesto automático, fruto de años y años compartiendo secretos, travesuras y madrugadas sin fin. Han sido cómplices y aliadas en tantas situaciones que es imposible contarlas. Lo que hay entre ellas lo ha resistido todo: la distancia, los malentendidos, los días malos, la intromisión insidiosa de otras personas y las discusiones por las mayores tonterías, que jamás hay que subestimar porque su potencial destructivo es ilimitado.

Amaya suele exteriorizar de un modo igual de evidente la emoción que le produce ver a su amiga del alma. De ahí que a Lara le extrañe tanto la mala cara que trae. La disimula un poco al cruzar su mirada con la de ella, pero su semblante le evoca a Lara la imagen de un payaso triste con una sonrisa falsa pintada sobre su cara. A pesar de que es obvio que Amaya la ha localizado, le hace un gesto con la mano para atraerla hacia el rincón en el que se ha situado, junto a una mesa redonda y alta rodeada de tres taburetes.

Su amiga es más baja que ella y mucho más fibrosa. Esto último se debe a lo aficionada que ha sido desde niña a hacer deporte y al ritmo frenético que le ha impuesto a su vida. Lleva su pelo rubio bastante corto. De entre todos sus rasgos a Lara siempre le ha llamado la atención lo ancha que es su boca, que es una materia prima fundamental para una sonrisa tan despampanante como la suya.

Las dos mujeres se abrazan con fuerza, como si lo fuesen a prohibir al día siguiente. Siempre que lo hacen Lara se acuerda de la ocasión en la que, muchos años atrás, Amaya le dijo que para ella los abrazos eran mucho más importantes que los besos. Que prefería mil veces a un tío que abrazase bien que a uno que besase bien. Lara no comparte esa opinión, pero eso no significa que no disfrute al máximo de un buen abrazo cuando se encuentra con uno. Y tiene que reconocer que los que da su mejor amiga son únicos.

—Perdóname, guapísima —le dice al oído Amaya mientras todavía siguen agarradas la una a la otra—. ¿Has llegado hace mucho?

—Hace diez minutos —miente Lara.

—Te tenías que haber pedido algo —dice Amaya al separarse sus cuerpos.

—Prefería esperarte.

—Yo no lo habría hecho.

—Por eso yo soy mejor persona que tú.

—Por eso y por muchas cosas más.

—No tantas, no seas tan dura contigo misma.

—Pues hoy no sé si va a ser el día para eso.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lara, aliviada al menos por el hecho de que su amiga no vaya a seguir fingiendo.

—Llevo toda la tarde con la nueva vicerrectora de Calidad. No veas lo intensita que es la pava.

—Uf.

—Quiere hacer un montón de cambios y se ha puesto metafísica vendiéndomelos. Hablándome de filosofía, de que practica un tipo de yoga que más bien me sonaba a comida tailandesa y de un montón de chorradas sobre *mindfulness*.

—Es de esas.

—Ya te digo. Ha sido como volver al colegio. He tenido que tomar apuntes y todo. Bueno, hacer como que los tomaba, quiero decir —añade, haciendo una mueca rara con la boca—. Me ha dado hasta dolor de cabeza. Qué pesada, por Dios. Y solo es el primer día.

La máscara que tapa su rostro se deshace, dejando a la vista una expresión de abatimiento impropia de una persona tan optimista como Amaya. Lara siempre ha envidiado de ella su capacidad para encarar los desafíos y las dificultades con una actitud tan positiva que roza lo temerario. Por esa razón no le cuadra que algo tan aparentemente liviano le haya afectado tanto. La ha visto enfrentarse a carcajada limpia a turbulencias laborales mucho más desagradables. A Lara le encantaría engañarse a sí misma y dar por buena esa explicación. Pero conoce a Amaya lo suficiente como para adivinar que el verdadero motivo por el que se la ve tan decaída debe ser otro. A eso hay que añadir que se le intuyen unas ojeras muy pronunciadas que ha tratado de ocultar con maquillaje, señal de que no ha dormido bien últimamente. Tiene por tanto muy claro que hay algo más que no le está contando.

—Voy un segundo al baño —le anuncia Amaya—. En cuenta vuelva nos pedimos algo, ¿vale?

—De acuerdo.

Lara aprovecha su ausencia para elucubrar acerca de lo que le puede estar pasando a su amiga. En quien primero piensa es en Mario, su marido. Hasta donde ella sabe, que es mucho, toda va bien entre ambos. Mejor que nunca, posiblemente, aunque ya desde el principio fue una unión de lo más afortunada. Tras una larga fase durante su juventud en la que Amaya fue saltando de relación fugaz en relación fugaz —con personajes cada vez más turbios—, el azar la condujo hasta su actual pareja. Mario no podía tener un perfil más diferente a los anteriores hombres con los que había estado, que habían formado una colección de empotradores egocéntricos, tipos alérgicos a la sinceridad o caraduras de manual. Cuando se conocieron, siendo ya treintañeros, Mario era un economista funcionario del Estado amante del cine de autor, tan espontáneo como una hoja de Excel y con los pies tan en la tierra que el suelo le cubría hasta las rodillas. Amaya, por otro lado, llevaba tiempo experimentando sin descanso. Su umbral de aburrimiento con respecto a sus trabajos, relaciones sentimentales, imagen personal y aficiones estaba en torno a la media hora. La única constante en su vida era nuestra Lara, que la veía saltar de proyecto en proyecto y de piso alquilado en piso alquilado, asombrada por el afán aventurero de su amiga.

Pero Amaya y Mario encajaron como una llave en su cerradura, contra todo pronóstico. Él le metió a ella el gusanillo de la estabilidad y al mismo tiempo encontró a la persona idónea por la que dejarse corromper. El equilibrio entre ambos es tan perfecto que, de los hijos que han tenido —Lucas y Sofía—, uno se parece a Mario tanto en aspecto físico como en personalidad y la otra es la reencarnación de su madre. Al pensar en los niños a Lara se le ocurre que quizá alguno de ellos sea el origen de la desazón de su amiga. No puede evitar pensar sobre todo en Lucas, al que hace unos años se le diagnosticó un grado leve de autismo. De ser él o su hermana la causa, Lara está convencida de que Amaya le hablará

tarde o temprano de ello. Siempre ha compartido con ella todo lo relativo a su familia, tanto lo bueno como lo malo.

Antes de que pueda elaborar nuevas teorías, Amaya regresa del aseo. Lara cree percibir una palidez en su piel que no estaba allí hace unos instantes, aunque no está segura de si es fruto de su propia sugestión.

—Voy a la barra a pedir algo —se ofrece Lara—. ¿Cerveza? ¿Vino? ¿Algo más fuerte?

—No me tientes, que después de la tarde que he tenido me tomaba un copazo tras otro.

—Si es por una causa tan buena como esa, me apunto.

—No, déjalo, que no quiero que me tengas que llevar a casa, como en los viejos tiempos.

—¿Te imaginas? Como el día de la fiesta en el chalé de tu amiga de la universidad. ¿Cómo se llamaba?

—Mercedes.

—Esa —dice Lara—. Estabas tan mal que tuvimos que mirar en tu DNI el piso en el que vivías, porque no te acordabas.

—No sé cómo mis padres no me echaron de casa ese día.

—Porque eras muy graciosa cuando te ponías pedo. Lo que me pude reír ese día contigo.

—Pues no recuerdo que a mis padres les hiciera mucha gracia. Aunque de esa noche la verdad es que no me acuerdo de casi nada.

—Es una pena, porque fue como para grabarte.

—Menos mal que no había móviles con cámara en esa época.

—Te habrías hecho viral.

—Pues como no lo quiero ser ahora, pídeme solo un tercio, anda.

Lara se pide otro también para ella. Confía en que el alcohol, por poco que sea, le suelte la lengua a su amiga. Para ir descartando hipótesis le pregunta por Mario y los niños en cuanto regresa a su lado con las bebidas.

—Mario está emocionadísimo con su ascenso, ya lo viste la última vez. Lucas ahora está como loco con los coches. Cuando vamos paseando por la calle va diciéndome todos las marcas y los modelos que ve —comenta Amaya—. Y Sofía es cada vez más trasto. En cuanto la dejamos a su aire la lía.

—A quién habrá salido…

—Ya, me lo dicen a menudo.

—Es que eras la leche, Amaya.

—Y mírame ahora, agobiada por una simple reunión de trabajo.

Lara aprovecha para dar un largo trago a su botella. La transformación de Amaya había sido un proceso asombrosamente rápido que se inició cuando empezó a salir con Mario, a pesar de que a Lara le consta que él no trató de cambiarla. Fue una decisión de Amaya y de nadie más. Se había hartado del estilo de vida descontrolado que llevaba. Lara estaba al tanto de un par de incidentes graves que habían tenido lugar durante ese periodo, incluido un accidente de coche en el que su amiga no se mató de puro milagro.

La mirada de Amaya se pierde en el infinito. Su semblante vuelve a ser el de una mujer muy cansada. «No —se corrige mentalmente Lara—, más que cansada, parece derrotada». Es más llamativo en alguien con su carácter. Amaya había sustituido el caos por el orden y la improvisación por la planificación, pero a largo del camino no había perdido ni un ápice de su actitud despreocupada frente a los problemas. A Lara le perturba tanto lo que ve, que a punto está de olvidársele que la que ha organizado esa reunión porque necesita desahogarse es ella.

—¿Y tú qué te cuentas? —sale repentinamente de su ensimismamiento Amaya.

Lara está tentada de decirle que todo le va bien. Piensa que quizá su situación sea algo insignificante en comparación con lo que supuestamente tiene tan desanimada a su amiga. Sin embargo, llega a la conclusión de que es probable que su propia confesión invite a Amaya a seguir su ejemplo.

—Pues la verdad es que no estoy en mi mejor momento —dice a modo de introducción.

Luego se explaya sin ahorrarse ningún detalle, revelándole los recientes episodios de pérdida de control que ha padecido. Amaya la interrumpe en contadas ocasiones para pedirle alguna pequeña aclaración, pero la mayor parte del tiempo se limita a escuchar y

asentir con la cabeza en señal de comprensión. Es como si aquello no la pillase por sorpresa.

—Demasiado has tardado en explotar —señala Amaya, confirmando que no son acontecimientos inesperados para ella.

Su reacción aporta cierto alivio a Lara.

—¿No te parece que me he pasado?

—A ver, lo ideal es que no hubiera salido todo así tan de golpe, para qué te voy a mentir. Pero yo creo que era algo inevitable. Tarde o temprano tenías que decir basta.

—Puede ser.

—Lo es, hazme caso. Te he dicho muchas veces que le has consentido demasiadas cosas a demasiada gente. Que a la larga es peor eso que plantarte y decir lo que piensas de verdad.

—Lo sé.

—Es que es imposible contentar a todo el mundo, Lari. En la primera en la que tienes que pensar es en ti. Y luego ya en los demás. Si lo haces siempre al revés, te vas a volver loca.

—Igual ya lo estoy.

—No, lo que pasa es que se te ha hecho una bola ahí dentro —le señala el pecho— y ya no te cabe nada más.

—Sí, yo soy la primera que sé que tengo que cambiar. Pero luego cuando llega el momento no soy capaz de decir que no.

—Es que es complicado dejar de ser como una es.

—Tú lo hiciste.

—Eso fue diferente. Lo que pasó fue que por fin maduré un poco y descubrí que quería hacer algo interesante con mi vida, en vez de malgastarla con tonterías.

—También te lo pasaste muy bien haciéndolas.

—Sí, pero no iba a ningún lado.

Lara entiende lo que quiere decir Amaya. Lo suyo tuvo que ver más con elegir un camino u otro. Lo que ella necesita es modificar la personalidad ya asentada de una mujer de cuarenta y cinco años, lo cual en ese instante se le antoja una tarea de lo más ardua.

—Pero, bueno, por algo se empieza —dice Amaya, adivinando sus pensamientos—. Ya has dado el primer paso, que es darte cuenta de

que así no puedes continuar. Que es mejor anticiparte que esperar a que te vuelva a pasar algo parecido.

Le suena muy razonable, pero Lara teme que los siguientes pasos sean tan accidentados o más que el primero. Y no sabe si está preparada para darlos, o si lo que sucederá es que se irá tropezando con cada uno de ellos hasta pegarse de bruces contra el suelo.

—Antes todo era mucho más sencillo, ¿verdad? —pregunta.

—¿Te refieres a cuando solo teníamos que preocuparnos de qué ropa ponernos y por lo que íbamos a hacer en vez de ir a clase?

—Yo solo de lo primero, porque faltaba mucho menos que tú.

Lara se había licenciado en Filología Hispánica en el tiempo mínimo necesario para conseguirlo. La etapa universitaria de Amaya había sido más errática y prolongada en el tiempo. Primero había empezado la carrera de Derecho, abandonándola a mitad del segundo curso. Luego había probado suerte con Empresariales, en la que había durado todavía menos. Finalmente, y tras amagar un par de veces con dejarlo también a medias, se había sacado la Diplomatura en Turismo.

—No quiero ponerme a contar cuántos años han pasado desde entonces, que me pongo mala —dice Amaya.

—Fue en el siglo pasado, así que con eso te lo digo todo.

—Madre mía.

—Pero aquí seguimos —apunta Lara.

Amaya se la queda mirando muy fijamente, en silencio. Da la impresión de que de nuevo su mente ha abandonado su cuerpo y ahora se encuentra muy lejos de allí. Es una sensación tan inusual e incómoda que Lara ya no puede aguantarse más.

—Te noto rara, tía —se sincera.

Amaya regresa de pronto del lugar al que sus pensamientos la han transportado.

—¿Y eso?

—No sé. Estás como… apagada.

—Es por culpa de la pesada de la vicerrectora.

—¿Seguro que no hay algo más?

—No, es solo por eso, créeme.

El medio segundo que ha tardado en darle una respuesta le sirve a Lara para confirmar sus sospechas. A su amiga se le da de fábula mentir. Es otra de las cosas que envidia de ella, porque una buena mentira le habría ahorrado muchas molestias en determinados momentos de su vida. Lara ha sido testigo en tantas ocasiones de la habilidad que posee Amaya para hacer que cualquier cosa que diga suene creíble, por disparatada que sea, que ha aprendido a detectar pequeñas señales que la delatan, que a los que no la conocen tan bien como ella les pasan completamente desapercibidas. Como esa pausa. O la forma en que se recoloca la pulsera que ciñe su muñeca izquierda.

Está a punto de recordarle que a ella puede contárselo todo, que lo que le diga no saldrá de allí. Pero estaría de más. Sería como señalarle a un cirujano en qué zona del cuerpo humano está el corazón. Y no quiere presionarla. Confía en que, al igual que acaba de hacer ella al informarla de sus recientes incidentes, su amiga compartirá con ella a su debido tiempo aquello que la inquieta.

Además, Lara tiene otros asuntos en los que concentrarse. Su charla con Amaya ha contribuido a tranquilizarla un poco, pero no ha disipado del todo su temor a que en el futuro más inmediato no sea capaz de lidiar con sus frustraciones, y que vuelva a reaccionar de un modo desproporcionado cuando algo la estrese demasiado.

—¿Nos pedimos otra? —sugiere para no dejar que sus inseguridades arruinen su encuentro con Amaya.

—No debería.

—¿Eso significa que sí o que no?

—Significa que sí, pero que cuando llegue pedo a mi casa y mi marido y mis hijos me miren mal, te echaré la culpa a ti.

—Tienes mi permiso para hacerlo.

—Como si lo necesitase.

—Si quieres, hasta te lo puedo poner por escrito —dice Lara, ignorando su pulla.

—Tú vas a estar peor que yo, así que no vas ni a poder sujetar un boli.

—Igual ahora te toca a ti llevarme a rastras hasta casa.

—Vaya ejemplo que le darías a Ruth.

—Para eso ya tiene a su padre —se queja Lara.

—Eso es cierto. Es imposible hacerlo peor que él.

—¿Te cuento la última que me ha hecho?

—Sorpréndeme.

—El otro día va mi hija y me dice que se quiere tirar en paracaídas. Y que su padre le ha dicho que se lo paga él todo.

—Qué barbaridad. A quién se le ocurre animarla a que haga algo nuevo y divertido.

—¡Oye!

—Perdona, perdona —se disculpa Amaya—. Qué descerebrado que es tu ex, tía —declara arrepentida inmediatamente después.

—Eso está mucho mejor.

—Pero la verdad es que…

Lara abre desmesuradamente los ojos como muda advertencia, lo que empuja a Amaya a hacer el gesto de cerrarse la boca con una cremallera invisible.

—Ya me callo, que no quiero provocar a la nueva Lara.

—Ojito con la nueva Lara —bromea la aludida.

—Dales caña, que se lo merecen.

Lara intenta poner cara de tipa dura, pero el resultado debe de ser tan lamentable que Amaya no puede evitar partirse de risa, contagiándole las carcajadas a su acompañante al instante.

—Tienes que practicar muchísimo más —le recomienda Amaya.

—¿Tú crees?

—Sí —le asegura su amiga—. Pero mejor ponte a entrenar otro día. Ahora ve a por más de esto —le dice agitando su botella de cerveza vacía.

—¿Ahora te han entrado las prisas por emborracharte?

—El tiempo es oro. Así que hala, muévete. Que a este paso nos cierran.

—Vale, vale. Ya voy.

A esa segunda ronda le sigue un tercera, pero no una cuarta. A Lara le basta y le sobra para ir más que achispada. No es el caso de Amaya, cuyo aguante es mucho mayor que el de su amiga del colegio. Cuando se despiden, el estado de ánimo de Amaya no tiene nada que ver con el que traía del trabajo. Eso hace crecer la

esperanza en Lara de que lo le ha ocultado sea menos grave de lo que se ha imaginado.

# Capítulo 8
## EL MÁS DESESPERADO

Seguimos en 1996, unos pocos días después de la fiesta de Lara y sus compañeros de clase. Por suerte, no parece que su desliz con el guapo y popular Pablo haya tenido consecuencias. Lara no sabe si alguien los vio besarse, pero al menos la noticia no ha llegado a oídos de Miguel, con el que ha quedado un par de veces y todo ha ido estupendamente.

El día que acaba de comenzar no es uno más. Es nada menos que el cumpleaños de Miguel, que van a celebrar los dos solos esa misma noche. Él va a invitarla a cenar a un sitio que se ha encargado de elegir, por lo que Lara confía en que sea un lugar tan especial como el que su novio escogió para su primera cita. Como es una sorpresa, no lo va a averiguar hasta que estén frente a sus puertas.

Lara ha tirado la casa por la ventana con los regalos para Miguel. Ha dado un buen mordisco a sus ahorros, pero cree que la ocasión merece la pena. Y, aunque no se lo va a reconocer a nadie, su generosidad obedece en parte a la necesitad que tiene de limpiar su mala conciencia con un buen puñado de billetes verdes de mil pesetas. En concreto, de los que ha tenido que desprenderse para comprarle la camiseta de su jugador de baloncesto favorito de la NBA —el mejor del mundo, al parecer, lo que encaja con el desorbitado precio de la prenda— y el último disco de los Maniac Street Preachers, uno de sus grupos favoritos.

Miguel va a pasar a recogerla por su casa y desde allí irán juntos al restaurante. Según se aproxima la hora, Lara se va poniendo cada vez más nerviosa. Quiere que sea una noche especial porque a la semana siguiente Miguel se va a ir de vacaciones con su familia. A su regreso ella ya estará en la playa, lo que significa que tardarán como mínimo un mes en poder volver a verse. Puede parecer poco, pero para una chica tan enamorada como lo está ella hasta permanecer diez minutos separada de su chico es una tortura insufrible. A eso hay que añadir que todavía no ha podido sacudirse de encima su inquietud por lo que vaya a suceder cuando en septiembre cada uno de ellos asista a un instituto diferente.

Esa tarde, Lara dedica incluso más tiempo a elegir su indumentaria que el que empleó el día que salieron juntos por primera vez. Prueba con todas y cada una de las combinaciones de ropa posibles que componen su armario de verano. Incluso hace una incursión secreta en el de su madre, pero lo que ve allí no le sirve. Más que nunca antes desea haber tenido una hermana mayor a la que poder saquear el vestuario. Al final se decanta por unos pantalones vaqueros blancos de pernera recta y una camiseta de tirantes de color melocotón. No se olvida de ponerse la gargantilla de plata que le regaló Miguel el día que fue ella la que cumplió los diecisiete años.

Para cuando Miguel llama al telefonillo de su casa, Lara lleva media hora haciendo guardia delante del aparato para asegurarse de ser ella la que responda. No quiere que sea su madre la que lo haga, no vaya a ser que se le ocurra la terrible idea de pedirle a Miguel que suba para felicitarle en persona. Es poco probable, pero la experiencia le ha enseñado a Lara que con Jimena lo más conveniente es no dejar nada al azar.

Lara está tan ansiosa por estar con Miguel que, en vez de esperar al ascensor, baja por las escaleras a una peligrosa velocidad, sobre todo teniendo en cuenta que su calzado consiste en unas sandalias que estrena y que no son exactamente de su talla. Pero no tenían otras y eran demasiado bonitas como para dejarlas en la tienda. Y encima estaban en rebajas, así no pudo resistirse a hacerse con ellas.

Su entusiasmo imposible de disimular contrasta dramáticamente con la expresión tan seria con la que la recibe Miguel.

—¿Qué pasa? —pregunta ella.

Algo le dice que su predicción acerca de que va a ser una noche memorable no se va a cumplir. Lo cierto es que sí que va a ser una velada inolvidable, pero en un sentido muy diferente al que a ella le hubiese gustado.

—Tenemos que hablar —contesta él.

Pocas frases hay más funestas que esa, y en casi ningún contexto anticipa buenas noticias. Mucho me temo que esta no va a ser una de esas pocas excepciones.

—¿De qué? —pregunta Lara, con el corazón galopándole en el pecho.

—¿Qué es lo que pasó en la fiesta entre Pablo y tú?

Lara descubre lo que se siente cuando una de tus peores pesadillas se hace realidad ante tus ojos. Es una situación terrible, pero se engañaría a sí misma si se dijese que se trata de algo inesperado. Como habían pasado unos días sin señales de que alguien más se hubiese enterado, se hizo la ilusión de que aquello había quedado enterrado para siempre, olvidándose de que se había marchado del local con Pablo delante de un montón de testigos y dejando a la imaginación de estos lo que había sucedido entre ambos el rato que estuvieron desaparecidos.

¿Os acordáis cuando en el capítulo anterior os dije que a Lara le habría sido útil en momentos muy concretos de su vida poseer el talento para mentir de Amaya? Pues no habéis tardado mucho en toparos con uno de ellos.

—¿Con quién has hablado? —trata de sonsacarle ella para ganar tiempo.

La decepción que se refleja claramente en el rostro de Miguel evidencia que esa no era la contestación que esperaba de ella. Sus siguientes palabras confirman que la ha interpretado como una declaración de culpabilidad.

—O sea, que es verdad.

—¿El qué?

Lara está tan bloqueada que solo acierta a hacer preguntas en lugar de ofrecer respuestas. Pero Miguel se muestra implacable con ella.

—Que te enrollaste con él.

Lara no solo es incapaz de mentirle, sino que ni siquiera puede ya sostenerle la mirada, lo que de nuevo equivale a una confesión en toda regla.

—Y yo soy tan tonto que a la persona que me lo ha contado le he dicho que eso era imposible —dice Miguel.

Su tono de voz refleja tal pena y humillación que Lara siente cómo su corazón se resquebraja. Por entre sus grietas penetra un viento gélido que le hiela el alma. Quiere decirle a Miguel que lo de Pablo no significó nada, que lo lamentó al instante, que fue un error que no se volverá a repetir. Que le ama con locura. Pero es como si también se le hubieran congelado las cuerdas vocales.

La única reacción de Miguel ante su silencio es negar varias veces con la cabeza. En sus ojos no hay ira, sino incredulidad y una profunda desilusión. Eso es algo que la hiere más todavía que si la estuviese castigando con su odio. Su mayor temor es que él se dé la vuelta y se marche, pues está convencida de que si lo hace ya no le volverá a ver más. Por fortuna, él permanece de pie en medio de la calle, ofreciéndole la oportunidad a Lara de verbalizar su arrepentimiento.

—Te juro que no sé lo que me pasó —comienza diciendo—. Había bebido un montón y no sabía lo que hacía.

—Ya. Seguro.

—Créeme, por favor —le implora ella, soltando la bolsa que contiene los regalos de cumpleaños para poder unir las palmas de las manos en un gesto de ruego—. Yo no soy así, me conoces.

—Eso creía —replica él, afilando su tono.

—Lo siento muchísimo, de verdad —se disculpa ella, tratando de que la frialdad de Miguel no la afecte—. Solo quería salir a tomar el aire y él me acompañó. Y de repente estábamos en el parque y todo sucedió muy deprisa. Era como si no fuese yo —trata de explicarle.

—¿Y te enrollaste con él por accidente?

—¡Sí! —exclama ella desesperada.

—Sí, claro. Te tropezaste y tu boca chocó con la suya, ¿no? ¿Es que acaso te crees que soy tan gilipollas como para tragármelo?

—No quería decir eso.

—¿Y entonces?

Lara se tapa la cara con las manos, superada por la impotencia. No sabe cómo explicarle a Miguel que, aunque nadie la forzó a besar a Pablo, tampoco fue del todo un acto consciente por su parte.

—Yo…, es…

—¿Pablo te gusta? —le ayuda inesperadamente él.

—¡No! —grita ella, tan alto que una pareja de señoras mayores que están sentadas en un banco cercano se giran a la vez en su dirección.

Lara se percata de ello. Y también de que jamás se habría imaginado que la conversación más importante de su vida hasta la fecha iba a tener lugar en un sitio tan vulgar como una acera de su barrio.

—Yo solo te quiero a ti, te lo prometo. Solo estás tú. Nadie más —dice, dotando a su declaración de amor de toda la sinceridad posible.

Él la observa en silencio, sopesando las palabras que acaba de escuchar. Lara se siente como una jugadora de póker que acaba de poner todo lo que tiene sobre la mesa y se dispone a descubrir si su contrincante lleva mejores cartas que ella. Pasan ocho larguísimos segundos hasta que él dice algo, tiempo más que suficiente para que Lara se abandone al optimismo —cosa rara en ella— y se imagine que él la va a perdonar, que van a darse un beso legendario y que al final la noche va a acabar siendo tan maravillosa como esperaba que fuese. De ahí que su desengaño sea tan monumental cuando Miguel hace público su veredicto.

—A estas alturas ya se habrá enterado todo el mundo.

Así es como Lara averigua que el enemigo al que se enfrenta no es la desconfianza que Miguel pueda sentir hacia ella, sino su orgullo. Y ese es un rival mucho más temible contra el que luchar.

—¿Y eso qué más da? —dice Lara—. Lo único importante somos tú y yo. Lo que piensen los demás da igual.

Ha tratado de sonar convincente, pero por el modo en que su chico frunce el ceño le da la impresión de que el tiro le ha salido por la culata.

—A ti te da igual porque no eres a quien la han puesto los cuernos. Eres la que los ha puesto.

—Solo fue un beso —se defiende ella.

Se da cuenta de inmediato de que ha metido la pata. Puede que desde su punto de vista el tamaño de su traición sea un factor para tener en consideración, pero no ha valorado que para la víctima de una infidelidad los atenuantes no tienen la misma validez que para el culpable.

—Ah, cojonudo —dice él—. Al final te voy a tener que dar las gracias por que no te lo tirases.

No le ha escuchado manifestarse con tal amargura y resentimiento jamás. Es algo que no pega nada bien con su carácter amable y sosegado. Lara no conoce a nadie de su edad que diga menos tacos que él, por ejemplo. Y ya lleva un par en lo que va de conversación.

—Perdóname, me he expresado mal —le implora ella—. Es que estoy muy nerviosa —se justifica—. Ponte en mi lugar.

—Y tú en el mío.

—Lo sé. La he cagado muchísimo. Lo siento.

Miguel alza la mirada hacia el cielo. Hay una humedad en sus ojos que delata su dolor y el esfuerzo que está haciendo por contenerlo. Lara se exprime el cerebro en busca de algo que decir que pueda ayudar a solucionar la situación. Lidiar con su propia aflicción y remordimiento le resta la lucidez que necesita para conseguirlo.

—Dame otra oportunidad, por favor.

Luego le coge las dos manos para que el contacto de piel contra piel refuerce su petición. Al principio, los dedos de él mantienen su rigidez, así que Lara decide subir la apuesta besándole en la boca. Miguel no se resiste, lo que hace que la joven vea asomar el sol entre tanta nube gris.

El espejismo dura lo que tarda Miguel en separar sus manos de las de ella.

—No puedo dártela.

—No me digas eso —le ruega Lara.

Intenta aferrarse a él de nuevo, pero Miguel retrocede un paso y extiende los brazos para impedírselo.

—No me fío de ti.

—Pero ¿por qué?

—¿Lo dices en serio?

Lara cierra los ojos y deja que la lágrimas que llevan un rato acumulándose en sus párpados corran por sus mejillas. Su comunicación no verbal es la viva imagen de la derrota: cabeza gacha, hombros caídos, piernas temblorosas. En esas condiciones tan patéticas gasta su última bala, que es apelar a la compasión de la persona a la que ama.

—Es que no puedo estar sin ti —le confiesa entre sollozos.

—Sí que puedes. El otro día te lo pasaste de puta madre en la fiesta sin mí —la ataca él sin piedad.

Su respuesta envenenada le resulta intolerable a Lara. Puede entender su enfado, pero no cree merecerse su crueldad. También le extraña la facilidad con la que él se está desembarazando de ella. Por muy dolido que esté, estima que lo que hay entre ellos debería hacerle al menos pensárselo un poco más, en vez de ser tan tajante. Esa creencia hace que germine en su cabeza una idea que fue plantada hace poco, esa misma fatídica noche: «¿Y si Miguel está aprovechándose de lo que pasó para deshacerse de mí? ¿Y si quiere despejar el camino para estar libre cuando empiece el curso y conozca a todas esas chicas nuevas?».

En el fondo, sabe que está siendo injusta. Pero si él tiene derecho a hacer una montaña de un grano de arena —en este caso, más bien un beso—, ¿por qué razón ella no tiene el mismo derecho a exagerar sus sospechas? «A ver si al final la imbécil voy a ser yo», piensa. El cuerpo le pide compartir sin sutilezas su teoría con él. Pero en el último segundo cambia de idea y opta por una estrategia distinta.

—¿Es que tú nunca te equivocas?

No está muy segura de si donde no ha funcionado la pena va a hacerlo el reproche, pero siente que ya no tiene nada que perder.

—Sí, pero contigo quería tener todo el cuidado del mundo. Y creía que tú también lo tendrías.

Su respuesta la golpea con la potencia de un alud, haciéndola retroceder, desintegrando cualquier duda que albergase acerca de la autenticidad de lo que siente Miguel por ella. Ahora sí que es plenamente consciente de la magnitud de su error.

—Me voy —anuncia él, poniendo el último clavo al ataúd.

Está tan conmocionada que no sabe qué decir. Agacha de nuevo la cabeza y cierra los ojos, deseando con todas sus fuerzas que nada de aquello sea real, sino un horrible sueño del que está a punto de despertar. Cuando los abre repara en la bolsa en la que ha metido los regalos de Miguel, que se halla tirada a sus pies. Se le ocurre que debería dárselos antes de que se vaya. No tanto por una cuestión de generosidad y elegancia, sino porque piensa que puede ser una última baza para hacerle cambiar de opinión.

Pero cuando Lara recoge la bolsa del suelo y alza la vista, él ya no se encuentra allí.

# Capítulo 9
AHORA

—Buenos días.

—Buenos días, mami.

Que su hija no le suelte su gruñido ininteligible habitual, sino que la salude de una forma comprensible y hasta cariñosa, la lleva a conjeturar que trama algo. Que cuando se cruzan por el pasillo de su casa Ruth le dé un beso en la mejilla le revela que va a por todas. Unos minutos más tarde, con su hija ya aseada y vestida para ir a clase, descubre a qué viene esa candidez tan inusual en ella.

—Este verano Marta va a pasar unos días con su prima y unas amigas en Cádiz y me ha invitado a que vaya con ellas.

—¿Dónde exactamente?

—En un sitio que se llama Zahara de los Atunes.

—¿Van también sus padres?

—No lo sé.

—O sea que no.

—Te he dicho que no lo sé.

—¿Y qué edad tienen su prima y sus amigas?

—Van a la universidad.

—¿Y en qué año están? —pregunta Lara, acostumbrada a que su hija regatee con la información como si fuese una vendedora de mercadillo negociando el precio de un producto.

—En primero —le contesta a regañadientes su hija.

—Así que son mayores de edad de milagro.

—¿Y eso qué más da?

Lara da un mordisco a su tostada con mantequilla y mermelada de melocotón, saboreándolo al máximo porque sospecha que la discusión que se le viene encima le va a impedir disfrutar del resto del desayuno.

—¿En qué fechas?

—En la primera quincena de julio.

—Cuando te toca estar conmigo.

Ruth asiente con la cabeza mientras le echa un puñado de nueces pecanas a su yogur.

—Va a ser solo una semana —dice a continuación—. Luego voy a estar otra entera contigo antes de marcharme con papá.

«Con el que te apetece mucho más irte de vacaciones porque te lleva a lugares alucinantes como Canadá, Grecia o Vietnam», piensa su madre.

—Iba a organizar una ruta por Portugal para toda esa quincena —le comenta.

—¿Y no podemos hace un viaje más corto?

—Sí, pero nos perderíamos muchas cosas.

—No pasa nada, podemos ir otro año para terminar de ver lo que nos falte.

—Fuiste tú la que me dijo que tenías muchas ganas de ir.

—Lo sé, pero en una semana nos va a dar tiempo a visitar un montón de sitios chulos.

—Ya.

—¿Le digo a Marta entonces que puedo ir? Papá ya me ha dicho que sí.

«Obviamente —piensa Lara—. Porque a él no le afecta y es incapaz de negarle nada a su niñita».

—Tengo que pensármelo.

—¿Qué es lo que te tienes que pensar?

—Muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Pues como si me parece bien que te tires una semana sola con unas crías de dieciocho años que se van a pasar todo el tiempo

bebiendo alcohol y ligando con chicos mayores que tú, que estarán tan borrachos o más que ellas.

—Sabes que yo no bebo.

—Hasta ahora. Pero yo hice algún viaje así cuando era más joven y sé lo fácil que es que te líen para hacer todo tipo de cosas. No solo beber.

—Así que a ti te dejaban ir.

—No con dieciséis años.

—Casi diecisiete.

—Pero si hace nada fue tu cumpleaños, por favor —le recuerda Lara.

El verdadero problema no es el miedo a que se vea expuesta a situaciones peligrosas para alguien tan joven e inexperto como ella. Lara tiene que reconocer que su hija es más madura que el resto de las jóvenes de su edad. Quizá hasta demasiado para lo que a Lara le conviene en determinados momentos. Tampoco es el hecho de que perjudique sus planes en común para el verano. Lo que más preocupa a Lara es la implicación de la tal Marta en el asunto. En una chica conflictiva, que fue expulsada de su primer colegio y ha sido amonestada varias veces en su actual centro educativo, que fue donde conoció a Ruth. Por lo tanto, la considera una mala influencia y preferiría que se mantuviese todo lo alejada posible de su hija. Un viaje como ese podría tener el efecto contrario, haciendo que su relación se fortaleciese todavía más. Y eso es algo que le desagrada mucho.

La actitud de Ruth hacia ella cambia drásticamente. Como si fuese uno de esos personajes inquietantes de una película de terror, el semblante de su hija se transforma por completo al ver que no se está saliendo con la suya. Es en esas situaciones cuando el parecido con su padre se acentúa. De él ha heredado su elevada altura, el pelo castaño, su asombrosa simetría facial y sus ojos verdes. También el mismo tipo de ferocidad en la mirada cuando alguien le lleva la contraria.

—Entonces, ¿qué le digo a Marta? —pregunta Ruth con un tono de voz muy distinto al que ha empleado anteriormente.

—¿Lo tiene que saber ya?

—Cuanto antes mejor.

—Todavía faltan casi tres meses.

—¿Sí o no? —insiste su hija con cara de mala leche, evitando mirar directamente a su madre.

—Para empezar, dependerá de tus notas.

Las cuales llevan una época mostrando una preocupante tendencia a la baja. Y mira tú qué casualidad, esa decadencia coincide con el periodo en el que ha florecido la amistad entre Ruth y Marta. Por esa razón, Lara confía en que le sirvan de pretexto para prohibirle a su hija que se vaya a la playa con ella, a pesar de que no le hace mucha gracia que Ruth arruine lo que un par de años atrás estaba siendo un expediente escolar muy prometedor.

—¿Si no suspendo ninguna asignatura me dejarás ir?

El repentino brillo en los ojos de Ruth lleva a Lara a actuar con rapidez.

—Eso como mínimo, porque tampoco me vale que me vengas solo con aprobados raspados —dice—. Y no solo depende de eso —añade, alarmada por la posibilidad de que se ponga las pilas solo para fastidiarla.

Que su hija haga un gran esfuerzo académico debería ser motivo de satisfacción, no de disgusto. Pero hace ya tiempo que la lógica ha dejado de funcionar en lo que respecta a su relación con Ruth. Lara se ha visto arrastrada a un campo de batalla puramente emocional con ella, y eso aporta un ingrediente de impredecibilidad con el que le cuesta una barbaridad manejarse.

—¡Buf!, qué harta estoy de que me pongas pegas a todo lo que te pido —se queja amargamente Ruth—. Qué difícil lo pones siempre, mamá —le echa en cara—. ¿Por qué no puedes ser más como papá?

Es un ataque directo dirigido al que sabe perfectamente que es el punto débil de Lara: las comparaciones con su ex. Lara respira hondo una vez. Dos. No quiere saltar, porque sería seguirle el juego a Ruth. Por muy odioso que le parezca, ella es la adulta y la que tiene que mantener la calma ante sus provocaciones. Ha ejercido ese rol desde que su hija pasó de ser una dulce niña a una adolescente hostil, así que ya tiene práctica. Sin embargo, las cosas han cambiado. Ella ha cambiado. O está en proceso de hacerlo. Se

acuerda de lo que le dijo Amaya en el bar: «Dales caña, que se lo merecen».

—¿Te gustaría que fuese como tu padre? —le pregunta a Ruth, con una calma que hasta a ella la sorprende.

—Pues sí, la verdad. Para muchas cosas podrías ser como él.

—Muy bien. De acuerdo —dice Lara—. Si quieres, puedo comenzar a comportarme como él desde ya mismo.

Ruth la mira fijamente. Ya no hay solo enojo en sus facciones. También asoma la incertidumbre en forma de un ceño ligeramente fruncido.

—¿Significa eso que me vas a dejar ir con Marta?

A Lara le asombra su ingenuidad, hasta que recuerda que sigue siendo una criatura de dieciséis añitos.

—No. Tenía otra cosa en mente.

—¿El qué? —pregunta una decepcionada Ruth.

—En lo que pensaba más bien era en hacerte las maletas y que te vayas a vivir con tu padre una temporada, para así yo poder hacer lo que me dé la gana con mi tiempo —le contesta—. Que es exactamente lo que hizo tu padre cuando nos divorciamos —dice—. Desentenderse de ti —remata con rabia.

Es consciente de que está siendo demasiado severa con Eduardo. Que esa afirmación final es una verdad a medias. Es cierto que él no peleó por la custodia ni medio segundo, pero tampoco se puede decir que la haya desatendido del todo. Pero le repatea que sea a ella a quien le toque lidiar con el día a día, comerse todas esas discusiones y sacrificar su vida personal en mayor medida que él, que tan solo tiene que limitarse a entretenerla un par de fines de semana al mes. No entiende que, siendo ella la que ha estado a su lado la mayor parte del tiempo, cuidándola día y noche, se haya convertido en la mala de la película, mientras que su ex ha asumido el papel del bueno sin hacer nada para merecérselo, recibiendo como recompensa por una actitud que bordea la negligencia nada más y nada menos que la adoración de su hija.

La reacción de Lara pilla a Ruth por sorpresa. Está acostumbrada a que su madre adopte una postura apaciguadora cuando discuten, no a que eche más leña al fuego. Aunque no es la primera vez que

la escucha decir que su padre le ha dedicado a Ruth menos tiempo que ella, nunca lo ha hecho con esa rotundidad y vehemencia. Y jamás antes había sugerido que se fuese a vivir con él. Tanta novedad la deja sin palabras, algo a lo que su madre tampoco está nada habituada.

—Entonces, ¿qué? —interviene Lara—. ¿Prefieres que sea como tu padre o sigo siendo la de siempre?

El silencio de su hija le vale como respuesta.

—Ya me lo imaginaba —dice Lara—. Anda, termina de desayunar, que vas a llegar tarde a clase. —Da por concluida la conversación.

Cuando sale por la puerta de la cocina en dirección a su dormitorio, siente una mezcla de gozo y arrepentimiento. A medida que pasa el tiempo, el poder de esa segunda emoción va desvaneciéndose, dejando en su lugar una reconfortante sensación de que ha hecho lo que debía. Que esa es la senda que debe continuar recorriendo si quiere provocar cambios positivos en su vida. El profundo bienestar que le produce se ve interrumpido bruscamente cuando, nada más sentarse en el despacho que Lara ocupa en la editorial, Julián, su jefe, la llama por la línea telefónica interna y le pide que se pase a verle en cuanto pueda. Normalmente, cuando tiene que comunicarle algo personalmente, es él quien se suele pasar por su despacho. Lara lo interpreta automáticamente como una mala señal. Lamentablemente para nuestra protagonista, lo es.

Tras un brevísimo intercambio de cortesías, más frío de lo normal, su superior inmediato va directamente al grano.

—Ya no te vas a encargar más de la novela de Rocío Peralta.

—¿Qué?

—Se lo he asignado a Sonia.

Lara abre la boca para solicitarle una explicación, pero es ella misma la que la ofrece.

—Te lo ha pedido la chica, ¿verdad?

—Es una decisión mía y de nadie más.

—Que se basa en lo que te ha contado sobre lo que pasó el otro día en la reunión que tuvimos.

—Simplemente se debe a que quiero que Sonia se familiarice con ese perfil de autora. Cada vez vamos a tener más proyectos de esa clase y tú no vas a dar abasto. Además, a ti te necesito para otra cosa.

—Pero es que nunca hemos cambiado de coordinadora con el proyecto ya iniciado.

—Acabamos de empezar, apenas hemos hecho nada más que firmar el contrato.

Aun siendo eso así, Lara tiene claro que lo que ha motivado ese cambio no tiene nada que ver con una optimización de los recursos ni con ninguna otra cuestión de tipo organizativo. Y no le cabe duda de que Julián está al tanto de que ella lo sabe.

—Si es lo que has decidido, lo respeto. Pero creo que al menos me merezco la verdad —dice ella.

Él es algo más que un jefe para Lara. Fue quien se arriesgó apostando por ella para cubrir una vacante de editora que surgió hace unos años, cuando no era más que una correctora sin experiencia para ese puesto. No solo le ofreció esa gran oportunidad, sino que desde entonces ha ejercido como su mentor. Le debe mucho al hombre que tiene enfrente, pero también ella ha sacrificado cosas por la editorial, entregándose en cuerpo y alma para demostrarle a él y a la dirección de la compañía que no se equivocaron al escogerla.

Julián se echa hacia atrás para poder apoyarse en el respaldo de su ergonómica silla de oficina de piel sintética. Es un lustro mayor que Lara, pero su aspecto invita a pensar que es justo al revés. Aparte de poseer una genética privilegiada, es un hombre que se cuida mucho. Sobre su escritorio hay una foto en la que aparece junto a su marido Nacho, sujetando un premio que recibió hace siete años. Entre el Julián que se ve en esa instantánea y el que tiene delante no hay evidencia alguna de envejecimiento. La misma mata de pelo negro, la misma tez bronceada y el mismo cuerpo trabajado en el gimnasio.

—Por mucho que insistas, no me vas a escuchar decir lo que quieres que diga, Lara —sentencia—. Así que te tendrás que conformar con esto.

Para ella eso viene a ser una especie de confirmación de su versión de los hechos.

—De acuerdo —se rinde Lara.

Había confiado en que la momentánea pérdida de control que sufrió durante el encuentro con la joven autora no le trajese consecuencias. El que sí que las haya tenido le duele especialmente. A Lara no se le da nada bien procesar sus propios errores; es muy severa consigo misma, sobre todo cuando se producen en el ámbito laboral. Envidia profundamente a la gente que no permite que sus meteduras de pata les afecten tanto como ella.

—Estupendo, porque te necesito muy centrada en la tarea que voy a encomendarte.

La curiosidad por conocer cuál va a ser su siguiente encargo la ayuda un poco a frenar la espiral de remordimiento y autoflagelación que se ha desatado en el interior de su mente.

—Es también un escritor novato —le comenta Julián mientras extrae un folio de una carpeta de color azul cielo y se lo acerca a su subordinada—. Pero viene de un mundo muy diferente del de Rocío Peralta.

Luego deja que Lara lea detenidamente el contenido del documento que reposa sobre la mesa. El título provisional de la obra es *La risa de Najma*. El protagonista es un trabajador social que recibe la misión de llevar a buen término el acogimiento familiar de una refugiada de nueve años llegada de Afganistán. La novela, aunque es una historia de ficción, está basada en las experiencias personales del autor, cuyo trabajo es el mismo que el del personaje principal. Al final hay un texto en el que se detalla brevemente la trayectoria profesional del escritor. Su nombre y apellidos le resultan familiares de inmediato, pero la voz de Julián le impide poner a su memoria a trabajar.

—Te he agendado una reunión con él para este viernes. Para que os conozcáis y le expliques todo.

—Genial —dice Lara, con la atención dividida entre su jefe y la identidad de su nuevo cliente.

—Lara.

Ella mira fijamente a Julián, alertada por el tono que ha empleado. Lee en sus ojos a la perfección lo que le va a pedir.

—No la fastidies con esto, ¿vale?

—Vale.

—Sabes que estoy… que estamos muy contentos contigo. Valoramos muchísimo tu esfuerzo, tu compromiso y tus capacidades —dice él—. Pero aquí nadie pude vivir de sus éxitos pasados, por muy grandes que sean. Ni tú, ni yo, ni ninguno de los que estamos por debajo de los dueños. Cada día es como si empezásemos de nuevo.

—Lo sé.

—Un tropezón lo podemos tener cualquiera. Dos, si son muy seguidos, puede ser un problema para según quién —continúa Julián —. Yo sé que a veces es muy complicado evitar que lo que traemos de fuera nos influya aquí dentro. Pero hay que hacerlo, Lara, porque en alguna ocasión quien toma las decisiones no es la persona más comprensiva del mundo.

Ella asiente con la cabeza para dejarle claro que ha captado su mensaje: «Si por mi fuera, me olvidaría de tu cagada del otro día. Pero por encima de mí hay más gente. Y esos no te tienen el cariño que te tengo yo».

Aunque no considera que sea justo que baste con un desliz para que se ponga en duda la buena labor que lleva realizando los últimos años, asume que en el mundo empresarial no siempre son los méritos de un empleado lo que más se valora. Hay otros factores que tener en cuenta, y algunos de ellos poco tienen que ver con el trabajo en sí.

—Te prometo que todo va a salir bien.

—No espero menos de ti —le dice Julián, entregándole la carpeta azul.

De vuelta en su despacho, lo primero que hace es releer el nombre del autor de *La risa de Najma*. Al hacerlo descubre de inmediato por qué le sonaba tanto. Aun así, busca dentro de la carpeta hasta que da con el currículum del escritor. La foto que lleva adjunta le confirma que se trata de quien ella pensaba. Alguien de

su pasado. Alguien tan importante para ella que le extraña no haberle reconocido al instante.

—Dani —susurra.

Ha cambiado, por supuesto. Pero menos de lo que cabría esperar después de veinticinco años. Lleva el pelo mucho más corto que entonces y parece haber ganado algo de peso a juzgar por la densidad de su semblante. Pero son sus mismas facciones, de eso no le cabe duda. Son unos rasgos difíciles de olvidar debido a los recuerdos tan intensos a los que van asociados.

Lara rememora la promesa que acaba de hacerle a su jefe de que todo va a ir como la seda. Ahora que sabe exactamente de quién se trata y cuál es su historia en común, teme haberse precipitado.

—Dani —repite en voz baja, maldiciendo su suerte.

# Capítulo 10
## EL MÁS EXCITANTE

Para conocer la razón por la que Lara considera que su futuro laboral se acaba de complicar peligrosamente es necesario retroceder hasta el inicio de la primavera de 1999. Es una época en la que compagina sus estudios universitarios con un trabajo de fines de semana como taquillera en unos multicines que hace muy poco se acaban de abrir en las afueras de Madrid. Ahí ha conocido a Daniel, el futuro trabajador social y escritor a tiempo parcial que se le va a cruzar de nuevo en el camino en el momento más inoportuno para ella.

Pero lo que nos interesa ahora mismo es el antes, no el después.

Dani le entró a Lara por los ojos nada más verle aquel primer día que la pusieron a su cargo para que él le enseñase el procedimiento de venta de entradas. Físicamente no podía ser más su tipo. Alto, de pómulos pronunciados y mandíbula cuadrada, con el pelo largo y esa estética *grunge* de vaqueros raídos y camisas de cuadros abiertas que la vuelve loca. Es un año y pico mayor que Lara, lo que también juega a su favor a los ojos de ella.

Más que su apariencia, lo que cautivó a Lara fue su manera de ser. Era inteligente, pero no de esos que se empeñan en demostrárselo a los demás constantemente. Tenía el tipo de sentido del humor que a ella le agradaba: un pelín negro y perfectamente dosificado. A Lara la echaban para atrás las personas que estaban todo el rato haciendo el payaso. Dani elegía siempre el momento más idóneo

para hacer alguna broma. Tenía las ideas claras y transmitía seguridad en todo lo que hacía, pero también era flexible y cedía ante las preferencias de los demás cuando era necesario. De la amabilidad y paciencia que demostró al adiestrar a Lara también tomó buena nota.

Cuando creía que su opinión acerca de él no podía mejorar, Dani tuvo un gesto con ella que la terminó de conquistar. A las pocas semanas de entrar a trabajar en los cines, Lara estuvo durante gran parte de su turno aplicando mal un descuento, de forma que no se estaba quedando debidamente reflejado en el sistema informático. Dani había sido el encargado de explicárselo, pero como Lara tenía la cabeza en otro sitio ese día, se le había olvidado seguir las instrucciones desde el principio. Al ser detectado su error por parte de un supervisor, Dani había dado la cara por ella diciendo que se le había olvidado explicarle el nuevo método para introducir las promociones en su terminal de venta, y que la culpa era suya y no de ella. Quizá no la habrían despedido, pero seguro que se habría llevado una buena bronca. Exactamente la misma que se llevó Dani por un despiste que en realidad no cometió.

Lara cree que nadie ha notado que Dani le gusta mucho, pero la verdad es que a ninguno de sus compañeros de trabajo le extrañaría que su amistad se convirtiese en algo más. Aunque he de informaros de que existen dos obstáculos para eso suceda. El primero es que Lara no tiene demasiado claro lo que Dani siente por ella. Hay momentos en que le da la impresión de que ella le gusta; otros en que él se muestra muy opaco. Incluso distante.

El obstáculo número dos se llama Roberto.

Es un acomodador que a veces realiza suplencias en las taquillas. También es el hermano de Carolina, la chica con la que mejor se lleva Lara de todo el personal de los multicines. Es a través de ella como se ha enterado recientemente de que Dani lleva un año sin salir con nadie, después de estar casi tres con su anterior novia. Pero no nos desviemos del tema, que era el turno de Roberto.

La atracción que Lara siente por Roberto es de una naturaleza muy diferente a la que Dani ejerce sobre ella. Lo de Roberto es algo más primitivo y animal, no tiene tanto que ver con cómo es o cómo

se comporta con ella. Su aspecto no tiene nada que envidiarle al de Dani y en su mirada se puede leer con claridad el siguiente mensaje: conmigo no te vas a aburrir jamás. Quizá lo más apropiado sería decir que, mientras que Dani le gusta, Roberto la excita, lo que no es poca cosa para alguien que acaba de estrenar la veintena. Con él, el flirteo ha sido más evidente, pero el problema es que Lara no es la única con la que tontea cuando tiene ocasión, si bien parece que no lo hace tan en serio con las demás como con ella. Al menos eso es lo que Lara se dice a sí misma.

Ya puestos en antecedentes sobre el triángulo amoroso que componen Lara y los dos chicos que han entrado a formar parte de su vida recientemente, podemos centrarnos en los eventos que van a tener lugar esta noche. Los tres implicados, junto con Carolina, su novio Sergio y otra taquillera llamada Inés, han acudido a un local por la zona de Atocha para asistir a un concierto del grupo en el que toca el primo de Dani.

Lara está hecha un mar de dudas. Tiene la sensación de que algo importante va a suceder esa noche. Mientras se preparaba en casa, ha tomado la decisión de liarse con Dani si es que él no da el paso antes de que se marchen a casa. Como mínimo pretende revelarle lo que siente por él, para poder aclararse definitivamente. Pero cuando ha visto a Roberto salir por la boca del metro en la que han quedado todos, irresistible con su chupa de cuero sobre camiseta blanca ceñida y ese pelo rebelde en el que dan ganas de hundir las manos para domarlo, su resolución ha flaqueado. De modo que ha vuelto a la primera casilla y va a esperar acontecimientos en vez de anticiparse a ellos.

Durante el concierto, tanto uno como el otro le prestan más atención a la música que a ella, lo que le hace plantearse un escenario con el que no contaba: irse a casa de vacío. Es cuando termina la actuación y deciden tomarse algo en un bar de copas cercano cuando la cosa cambia. Roberto se separa temporalmente del grupo, pues necesita encontrar un cajero en el que poder sacar dinero, pero promete reunirse con ellos más tarde.

De camino hacia el garito al que se dirigen, Dani se coloca a su lado e inicia una conversación de la manera más prometedora

posible.

—Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que he hecho? —bromea ella, sintiendo un repentino y delicioso hormigueo en el estómago.

—¿Cuándo me ibas a contar que ahora eres crítica literaria?

La decepción se mezcla con la vergüenza. Y también le dan ganas de darse la vuelta y estrangular a Carolina, ya que cuando le comentó que había empezado a escribir para una revista cultural que publicaba una asociación de alumnos de su universidad, la había obligado a prometerle que no se lo contaría a nadie. Se había arrepentido de inmediato, pues pedirle a Carolina que guardase un secreto era como pedirle al agua que no mojase.

—Es una tontería —trata de restarle importancia Lara—. Solo es un fanzine que se reparte en mi facultad. Y yo creo que no se lo lee nadie.

—A mí me gustaría hacerlo.

—Pues es una pena, porque no llevo ninguno encima.

—Tráetelo al curro el próximo día.

—Sí, claro, para que os estéis riendo de mí todo el fin de semana.

—Yo no se lo enseñaría a nadie si tú me lo pides.

Al contrario que con su amiga, está convencida de que él no rompería su palabra.

—Da igual. Con que te lo leas tú ya me daría corte.

—No entiendo por qué. Si escribes en una revista es para que te lean.

—Ya, pero no es lo mismo que lo hagan unos desconocidos a que sea alguien como tú.

—¿Como yo?

«Sí, alguien por quien estoy tan colada, a ver si te enteras de una vez», piensa Lara.

—Ya veré si te dejo que lo leas —intenta zanjar el asunto.

—Si no, tendré que pasarme por Filología para pedir uno.

—No te lo darían porque no eres uno de los nuestros. Es algo muy exclusivo.

—Mentira.

—¿Y por qué te interesa tanto saber lo que opino sobre los libros que me leo?

—No lo sé. Simplemente me apetece hacerlo.

—¿Es solo por eso?

Lara se gira para mirarle a los ojos. Es más importante lo que vea en ellos cuando le conteste que las palabras que escoja para hacerlo.

—No, hay algo más —se sincera él.

—¿El qué?

Su respuesta nunca se produce por culpa de lo que sucede a continuación. A pocos metros de Lara y Dani, un chaval muy joven que está discutiendo con otro más mayor empuja a este último, provocando que trastabille y a punto esté de caerse de espaldas sobre la acera. Lo que evita que lo haga es la intervención de Dani, que lo sujeta antes de que se desplome, depositándolo con suavidad en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta.

El tipo no dice nada, sino que se limita a quedarse tumbado boca arriba con una absurda expresión de felicidad en el rostro. Resulta obvio enseguida que está tan ebrio que no se da cuenta de nada de lo que pasa a su alrededor. Su agresor se marcha de allí como si la cosa no fuese con él, así que le dejan allí tirado y continúan su camino.

El incidente ha alterado el orden de marcha, de forma que ahora Sergio y Carolina se han situado a ambos lados de Dani, los tres comentando entre risas lo que ha sucedido. Lara siente que ha perdido una oportunidad de oro con él. Le fastidia que no haya dejado que el borracho ese se abriese la cabeza contra los adoquines, y que no hubiese seguido prestándole toda su atención a ella. Se consuela pensado que todavía tiene toda la madrugada por delante para salirse con la suya.

El bar al que han ido está abarrotado, pero consiguen hacerse un sitio al fondo. Nada más ubicarse, Sergio y Dani van a por la primera ronda de bebidas, e Inés empieza a contarles a Carolina y Lara una historia sobre unos vecinos de su edificio que montan unas fiestas muy locas. Lara apenas se entera de nada por culpa de la música

que sale a borbotones de los altavoces repartidos por la sala, y porque todavía le está dando vueltas y vueltas a su diálogo *interruptus* con Dani.

Cuando los chicos regresan con las copas, lo hacen acompañados de Roberto. Es precisamente el recién llegado el que le entrega su vaso de tubo lleno de ron con naranja, aprovechando la ocasión para quedarse a su lado y charlar con ella. Su voz potente y grave se impone sin dificultad sobre la canción que está sonando en ese instante, en la que Shakira se queja amargamente de no ser capaz de quitarse de la cabeza a alguien a quien ama desesperadamente.

—Estás muy guapa, Lara —le dice mirándola fijamente.

Le podría haber hablado sobre la previsión del tiempo para el día siguiente, que el efecto habría sido igual de estimulante. Hay algo que emana de él que apela directamente a sus instintos más primarios. No sabe si es su mirada, su olor o su mera cercanía. Lo que es indudable es que le cuesta resistirse a su influencia. Ni siquiera el tener a Dani a escasos dos metros de distancia atenúa esa sensación de gozosa indefensión ante sus encantos.

—Gracias. Tú también —acierta a decir mientras se esfuerza por controlar sus impulsos más carnales.

—No es que normalmente no lo estés. Pero hoy…, bueno, ya sabes lo que quiero decir —apunta él, con una sonrisa que tiene más graduación que el cubata que sujeta entre sus manos.

Y tanto que lo sabe. Lara se ha maquillado y vestido como si fuese a dar las campanadas en directo en Televisión Española. No ha dejado nada al azar, motivada por su premonición de que no iba a ser una noche cualquiera. Sin ir más lejos, lleva puesta una blusa tan escotada que le ha ocultado a su madre su existencia. Y ha tenido que montar una trama digna de una película de espías para poder salir de casa con ella sin que nadie se diese cuenta. Cree que la reacción de Roberto ante su aspecto ya es suficiente para que haya merecido la pena ese esfuerzo.

—Que estás tremenda, vamos —puntualiza él de un modo tan innecesario como bienvenido.

Roberto es todo lo contrario a Dani. Directo y claro.

—Si sigues así voy a pensar que quieres algo —dice Lara, dejándose enredar en su tonteo.

Lara no desea que pare. O puede que sí. Lo cierto es que no sabe lo que quiere, solo está improvisando sobre la marcha.

—Yo sí que quiero algo, pero sé que tú no —dice él.

—¿Qué significa eso?

Robert levanta la barbilla en dirección hacia Dani, que le acaba de contar alguna historia a Sergio que provoca las carcajadas del novio de Carolina.

—No sé lo que quieres decir.

—No te hagas la tonta. Lo sabes perfectamente —dice él.

«¿Tanto se me nota?», piensa Lara. Le extraña que así sea, ya que se ha esforzado por disimularlo ante los demás con el mismo ahínco con el que ha estado mandándole señales a Dani de lo que realmente siente por él. Al parecer ha fracasado en lo primero; y está por ver si con lo segundo ha alcanzado algún éxito, por pequeño que sea.

—Dani es un poco raro —le comenta Roberto, como si le estuviera leyendo la mente—. Somos amigos desde hace un montón de años y todavía no le conozco de verdad. No sé si es porque quiere ir de misterioso o si no lo hace aposta, pero muchas veces no sé qué tiene en la cabeza.

—Sí, a mí también me pasa.

—Y con las tías es muy… especial.

—¿A qué te refieres?

Roberto se encoge de hombros antes de dar un buen trago a su bebida.

—Creo que no debería estar contándote esto —comenta a continuación.

—¿Por qué?

—Porque es mi amigo y no me mola nada hablar mal de él a sus espaldas —le responde—. Ya sé que a vosotras os encanta hacerlo, pero yo paso.

—¿A nosotras?

—A las tías en general.

—Eso es muy machista, Rober.

—¿Decir la verdad es machista?

—Es que no es verdad. Yo no lo hago, por ejemplo.

—Serás la única.

Lara no se lo tiene en cuenta porque sabe que a Roberto le encanta ir provocando a todo el mundo y muchas de las cosas que salen por su boca no las dice en serio. Y porque le preocupa más que lo que le está ocultando acerca de Dani sea algo muy negativo. Se pregunta si quizá el chico que le gusta tiene una especie de lado oscuro que ella desconoce. Al fin y al cabo, no lleva ni tres meses formando parte de su vida.

—En cualquier caso, si yo fuera tú no esperaría a que él se lance. Si necesitas saber si quiere algo contigo, más te vale que se lo preguntes directamente —le sugiere—. O que pases página y busques a alguien con quien no tengas que rayarte tanto.

Está claro que la sutileza no es una de las virtudes de este chico. Pero en cambio sí que posee otras que saltan inmediatamente a la vista, y que en este preciso momento le resultan irresistibles a Lara. Sus defectos, algunos de los cuales ya ha empezado a intuir, le parecen irrelevantes al contemplar esa cara tan mona que tiene y percibir esa confianza en sí mismo que segrega como si fuese el aroma embriagador de una flor salvaje.

Roberto se termina su copa dándole otro trago más largo que el anterior.

—Voy a por más —anuncia—. ¿Tú quieres otra?

—No, gracias —contesta Lara meneando su vaso, en el que todavía queda algo de líquido.

—Vale, pues ahora vuelvo —dice él—. Y a lo mejor cuando regrese ya has tomado una decisión —añade inclinándose sobre ella para poder susurrárselo al oído.

Luego se marcha dejando atrás a una Lara a la que todavía no le ha dado tiempo a procesar sus últimas palabras. Primero tiene que lidiar con la excitación que le ha producido la íntima proximidad del cuerpo de Roberto. No le encuentra ninguna lógica al influjo que ejerce Roberto sobre ella. Imaginárselo pegado a ella, sin separación alguna entre sus pieles, la pone tan cachonda que hasta se ruboriza.

Busca con la mirada a Dani con la esperanza de hallar en él el tratamiento para esa fiebre tan repentina que le ha entrado. Durante un brevísimo instante sus ojos se encuentran. Pero él rompe el contacto visual entre ambos de inmediato, siguiendo a lo suyo. No le ha sonreído ni le ha dedicado gesto alguno. A todos los efectos es como si en el lugar de Lara hubiese una pared. En esa reacción tan pobre encuentra Lara la prueba definitiva que necesitaba para llegar a la conclusión de que en realidad él no siente nada especial por ella. No va a esperarle más. Y tampoco va a esperar a que Roberto vuelva a su lado.

Lara se termina de golpe su ron y va tras los pasos del chico que sí se ha dignado a prestarle la atención que cree merecerse. Lo localiza apoyado de espaldas contra la barra, en una postura que le hace pensar que ha previsto su llegada.

—He decidido que sí que voy a pedirme otra —declara cuando llega hasta él.

—¿Y eso es lo único que has decidido?

—¿Tú qué crees?

Roberto esboza otra de esas sonrisas imbatibles que causan estragos en el vientre de Lara.

—Creo que cuando nos pongan las copas no vamos a volver con los demás —responde él.

—La verdad es que teníamos unos altavoces encima y me estaba dejando la voz al hablar —bromea ella.

—Y olía raro, como a trapo sucio.

—Además, junto a la puerta seguro que no hace tanto calor.

—Y así estamos más cerca de la salida por si nos apetece ir a un sitio más tranquilo.

—¿Y a ese sitio iríamos con los demás? ¿O solo tú y yo?

—Si te digo la verdad, ya no recuerdo con quién más hemos venido.

Su ocurrencia hace reír a Lara. Ya no va a parar de hacerlo en toda la noche, excepto cuando tiene la lengua demasiado ocupada con la de Roberto todas las veces que se besan.

Sé que tendría que indicar cuál de esos besos es el que da título a este capítulo, pero todos son igual de ardientes. Escoged vosotros el

que más os guste.

Pasado un tiempo, Carolina va en su busca, alarmada por la repentina desaparición de ambos. Cuando da con ellos le bastan diez segundos de conversación para averiguar lo que ha estado sucediendo entre los dos durante todo ese rato. Lara está convencida de que, al reunirse de nuevo con el resto de la pandilla, se lo contará a todos nada más llegar. Le da igual que lo haga. Está disfrutando tanto con Roberto que todo lo demás le sobra. La sospecha de que ha sido su cuerpo —y no tanto su corazón o su cerebro— el que le ha escogido a él y no a Dani no le quita el sueño. Lo único que quiere es divertirse y dejarse de complicaciones, y eso es algo que tiene garantizado con Roberto.

—¿Quieres venirte conmigo a casa? —le propone él cuando vuelven a quedarse a solas.

Roberto vive en un piso compartido situado en la zona de Cuatro Caminos. La idea de marcharse con él le parece de lo más apetecible, pero hay un gran problema.

—Me encantaría, pero no puedo llegar más tarde de las dos a casa —dice ella—. De hecho, tendría que irme ya.

Lara visualiza a su madre echándole la bronca e imponiéndole un castigo desproporcionado por pasarse de la hora. Durante una fracción de segundo valora la posibilidad de aceptar la invitación de Roberto y desafiar a Jimena presentándose mucho más tarde de lo que tiene permitido, apestando a sexo. Pero ni siquiera la enorme capacidad de seducción de él es rival para el temor que le infunde la ira de su madre.

—Qué pena —se lamenta él.

—Lo podemos dejar para otro día.

—Claro —dice Roberto, rodeándole la cintura con su brazo y atrayéndola hacia él—. ¿Mañana te viene bien?

—A lo mejor —dice Lara.

Se dan un último beso. Ni más ni menos apasionado que el resto, pero yo personalmente es el que elegiría. Por si os interesa mi opinión.

Luego van a despedirse de los demás. Lara descubre que Dani e Inés ya se han marchado, sin haberse molestado en despedirse de

ellos.

—No querrían interrumpiros —indica Carolina al detectar la expresión de sorpresa de Lara.

No es eso lo que la tiene algo desconcertada. Honestamente, ella habría hecho lo mismo en su lugar. Lo que ocupa sus pensamientos es otra cosa: el que se hayan ido juntos. No tiene por qué significar nada. Inés no está soltera, aunque es cierto que tiene una relación algo frágil con su novio, pues lo han dejado y han vuelto dos veces ya. Y Dani…, la verdad es que con él es imposible saber a qué atenerse. Igual quien de verdad le gusta es Inés y ni ella ni nadie se han dado cuenta.

«Ese ya no es mi problema», trata de convencerse a sí misma.

# Capítulo 11
AHORA

La historia de Lara, Daniel y Roberto no ha acabado todavía. Aún hay cosas que debéis saber acerca de lo que pasó aquel año en que se conocieron los tres. Tened paciencia, lo descubriréis muy pronto. Pero antes tenemos que viajar al presente de nuevo.

Allí dejábamos a Lara muy preocupada al descubrir la identidad del autor de *La risa de Najma*. No es que un par de días después haya encontrado una solución y esa sea la razón por la que hoy ya no está pensando tanto en ello, sino que la vida tiene esa cosa tan curiosa de que no para nunca. Y no hay método más eficaz para que una deje de darle vueltas a un problema que el que surja otro tan angustioso o más que el anterior. Como, por ejemplo, que te llame la tutora de tu hija a la hora de la comida para comunicarte que la han amonestado por participar en una pelea con otras alumnas.

La información que le ha facilitado el colegio es la siguiente: Ruth, su amiga Marta —cuya implicación no sorprende a Lara— y una tal Raquel se han liado a tortas en uno de los aseos del centro. En concreto, las dos primeras contra la tercera, que es la que peor parada ha salido de la trifulca. Nada grave, pero le han quedado marcas en el cuerpo que confirman que fue la perdedora del combate, mientras que Marta y Ruth han salido indemnes. Sobre quién inició la pelea no hay ninguna certeza. Raquel asegura que fueron a por ella sin mediar palabra. Marta, que reconoce que fue quien asestó el primer golpe, dice que lo hizo porque la otra la

insultó y la escupió. Ruth respalda la declaración que ha realizado su mejor amiga y afirma que ella tan solo intervino para tratar de separarlas, cosa que Raquel niega, responsabilizándola de los arañazos que tiene en un brazo.

El resultado es que Ruth va a pasarse el recreo estudiando en la biblioteca durante lo que queda de semana y la siguiente, ya que no tiene antecedentes por ese tipo de conducta. A Marta, que sí los tiene, la han sancionado con una expulsión de tres días.

Aunque tiene ganas de llamar por teléfono a su hija para preguntarle por lo que ha pasado, decide que va a esperar a volver a casa para escuchar su versión de los hechos. Se promete a sí misma que se lo va a tomar con calma, y que no va a dejarse influir por sus prejuicios sobre Marta y su historial tan conflictivo.

Ruth tiene el detalle de ir a recibirla a la entrada cuando Lara llega al hogar que comparten.

—Hola —la saluda su hija.

—Hola.

—Supongo que te habrán llamado del colegio.

—Ajá.

—¿Y qué te han contado?

—Que Marta y tú os habéis peleado a una compañera que se llama Raquel. Que Marta dice que fue la chica quien la provocó. Y que tú has dicho que solo querías separarlas —le resume Lara—. ¿Es eso lo que pasó?

—Te juro que fue culpa de la otra, mamá. Llamó «puta gorda» a Marta. Y es que no es la primera vez que se mete con ella. Pero esta vez también la escupió. Así que Marta ya no pudo aguantarse más.

—Y le pegó.

—Sí.

—Raquel dice que tú también le pegaste.

—Yo solo me metí para separarlas. Lo que pasa es que me agarró del pelo y al intentar soltarme creo que la arañé en el brazo, porque me estaba haciendo mucho daño —se justifica—. Pero fue solo para defenderme.

Se la ve sinceramente arrepentida. Y el hecho de que haya ido en su busca para dar la cara en lugar de esconderse en su cuarto,

sumado a la actitud humilde que está mostrando, contribuyen a que Lara le otorgue al menos el beneficio de la duda.

—Ya sé que Marta hizo mal en pegarle, pero también hay que ponerse en su lugar. Le había pedido un montón de veces que la dejase en paz y no hacía ni caso. Esa tía la odia. Y encima está medio loca.

—¿Y por qué la odia?

Ruth se piensa tanto la respuesta que su madre presiente que va a maquillar la verdad en su propio beneficio.

—Dice que el año pasado se rio de ella delante de todo el mundo porque su padre vino muy borracho a la fiesta de aniversario del colegio.

Lara estuvo presente en esa celebración, pero no recuerda haber visto a nadie en ese estado.

—¿Y eso es verdad? —pregunta.

—¿Lo de su padre?

—No, Ruth, hija mía. Lo de la broma.

—No lo sé. A lo mejor.

Lara se conoce tan al dedillo el diccionario Ruth-Español que sabe que eso significa que existe un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que sea cierto.

—O sea, que fue Marta quien lo empezó todo —acusa Lara.

Que su hija se haya visto envuelta en un incidente como ese, por mucho que supuestamente haya actuado en defensa propia tras intentar detener la pelea, la irrita, eso por descontado. Sin embargo, la auténtica causa de su malestar no es otra cosa que la mala compañía que considera que es Marta para su hija, cuestión que acaba de ser confirmada por lo que ha sucedido esa misma mañana.

—Estoy cansada de repetirte que no me gusta nada que andes con Marta. Esa chica no hace más que atraer los problemas.

—Es mi mejor amiga.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—Pues que eso no cambia nada. Lo empeora.

El semblante de Ruth pasa tan rápidamente de reflejar contrición a hostilidad que Lara sospecha que todo era una fachada, tal como

ha sucedido en otras ocasiones. No puede olvidar el hecho de que todavía no ha tomado una decisión sobre el asunto del viaje a Cádiz, por lo que es muy posible que su hija estuviese fingiendo para no perjudicar sus opciones de obtener el permiso que tanto desea.

—¿Ahora también me vas a elegir a mis amigas?

—Solo te estoy diciendo que Marta no te conviene.

—Tú no tienes ni idea de lo que me conviene o no me conviene —le reprocha, elevando el volumen de la voz—. Tú lo que quieres es controlar todo lo que hago.

—Yo no controlo nada. A la vista está —se lamenta Lara—. Lo único que quiero es lo mejor para ti.

—Será más bien lo mejor para ti.

—Es lo mismo.

—Y una mierda —le espeta su hija.

—Ruth, no me hables así. Te lo pido por favor.

—Pues no me toques las narices.

—¿Que yo te toco las narices?

—Sí, todo el día. Siempre.

—No puedes estar hablando en serio.

—Todo lo que hago y todo lo que digo te parece mal. Toda la ropa que te pido que me compres te parece mal. Hasta mis amigos te parecen mal.

—Eso no es así.

—Sí que lo es.

—No, lo que pasa es que como tu padre te dice que sí a todo, te crees que conmigo va a ser igual.

—No metas a papá en esto otra vez, ¿vale?

—Tu padre forma parte de esto sin necesidad de que yo tenga que meterle o no. Eso es lo que significa ser padre, aunque a él no le dé la gana entenderlo.

—Ni que tú fueses la madre perfecta.

—Por lo menos me esfuerzo en serlo.

—Pues se te está dando fatal —dice Ruth—. Será por eso por lo que no quisiste tener más hijos.

—¿Qué has dicho? —pregunta una incrédula Lara.

Ruth se queda muy callada y rehúye la mirada de su madre, como si supiese que ha ido demasiado lejos. Lara tiene que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no liarse a gritos con Ruth. En lugar de eso, permanece también en silencio tratando de dilucidar qué ha podido llevar a su hija a pensar algo así. Tan solo se le ocurre una posibilidad.

—Ha sido tu padre el que te ha contado eso, ¿verdad?

—¿El qué?

—Lo de que no quería tener más hijos —contesta Lara, apurando la poca paciencia que le queda.

—No lo sé.

Lara recuerda que Ruth le preguntó hace muchos años por qué no tenía ningún hermanito o hermanita. Su madre le había respondido que ella era una hija tan maravillosa que no habían necesitado tener más, con el fin de no tener que exponerle una verdad mucho más compleja. Y ahora, al parecer, su ex le había ofrecido una explicación diferente. Y totalmente falsa. Eso la enfurece, pero también se culpa por no haber sido completamente sincera con Ruth cuando tuvo la ocasión de serlo.

—Tu padre te ha mentido. Yo sí que quería tener más hijos.

—Y entonces, ¿por qué no los tuvisteis? ¿Era papá el que no quería?

Lara es una mujer muy perspicaz. Sabe que a Ruth se le ha presentado una oportunidad de oro para desviar la conversación hacia un tema que no sea su relación con Marta, y la está aprovechando. Odia seguirle el juego, pero tampoco puede permitirse otra cosa que no sea desenmascarar a Eduardo.

—El problema no fue que tu padre no quisiera tener otro hijo, sino que no estaba dispuesto a cumplir con su parte.

Lara se da cuenta enseguida de que no se ha expresado con claridad, a tenor del gesto de confusión que se dibuja en el rostro de Ruth.

—Cuando te tuvimos, te crie prácticamente yo sola. Tu padre acababa de montar su empresa y se pasaba todo el día trabajando. A veces incluso lo hacía por las noches —afirma Lara—. Cuando ya eras algo más mayor, me ofrecieron un puesto mejor que el que

tenía. Era lo que siempre había soñado, pero suponía tener que pasar de trabajar solo cuatro horas al día a hacerlo a jornada completa. Acepté sin dudarlo, a pesar de que tu padre no estaba de acuerdo con que lo hiciese.

—¿Por qué?

—Pues porque estaba muy cómodo con la vida que llevaba. Él podía dedicarse en cuerpo y alma a su querida empresa porque ya me tenía a mí para encargarme de la casa y de ti —le contesta Lara —. Y ahora que yo no iba a tener tanto tiempo libre, veía que se le acababa el chollo y tendría que hacer algún sacrificio.

Su memoria se inunda con el recuerdo de las amargas discusiones que tuvieron en aquella época. Fue tal la presión que recibió por parte de su ex para que renunciase a pasar de ser correctora a asumir la responsabilidad de una coordinadora editorial, que estuvo a punto de ceder para complacerle. Fue la primera vez que no lo hizo. Y a la larga le costó su matrimonio.

—Se libró de tener que echar una mano en muchas cosas porque contratamos a Petra para que nos ayudase con las tareas domésticas. Y en otras me tocó a mí hacer un esfuerzo para exprimir mi horario. No dije nada y me conformé. Pero cuando me propuso que tuviésemos otro hijo, le dije que solo lo haría con la condición de que él redujese su jornada laboral para colaborar más en todo. Y él se negó.

Durante una temporada, Lara albergó dudas acerca de si ella había sido la principal responsable de que no hubiesen tenido más hijos al haberse mostrado tan inflexible con ese tema. Luego llegó a la conclusión de que no era así. Lo hizo al comprender dos cosas. La primera, que el culpable del deterioro en la relación no había sido otro que Eduardo, con su actitud egoísta respecto al ascenso de Lara. La segunda, que le habría sido muy sencillo compensárselo aceptando la mayor implicación en las tareas domésticas y familiares que ella le había planteado cuando hablaron posteriormente de tener más hijos. Lara tenía la certeza de que habría bastado con ello para disipar sus inquietudes acerca del porvenir de su matrimonio, que había sido la razón esencial por la que se había resistido a tener

más descendencia. Por lo tanto, para ella el único responsable era él, por anteponer sus proyectos profesionales a todo lo demás.

En todo aquel asunto también había metido baza su propia madre, cómo no. Y no precisamente para bien, pues Jimena le había sugerido a Lara que, de haberlo deseado lo suficiente, habría tenido otro hijo a pesar de la oposición de Eduardo a colaborar más en casa. Y que darle esa especie de ultimátum había sido un error. Ese día Jimena había puesto a prueba la capacidad de aguante de Lara como nunca antes. Pero entre la mediación de su padre, tan infrecuente como oportuna en esa ocasión, y el carácter sumiso de Lara, la cosa no había ido a más. Hoy en día Jimena seguía empeñándose todavía en ignorar que no era una cuestión de haberlo deseado más o menos, sino de que la falta de compromiso de Eduardo había sido la señal definitiva que necesitaba Lara para percatarse de que su matrimonio tenía fecha de caducidad, y de que sumar un nuevo miembro a su familia ya no tenía por tanto ningún sentido.

—Así que si tu padre te vuelve a decir que fui yo la que no quiso tener más hijos, ya sabes que te está mintiendo. Fue él quien no quiso asumir su responsabilidad para hacerlo posible.

Lara no sabe interpretar con exactitud la expresión que muestra el semblante de Ruth. Tiene claro que ya no es la mueca desafiante de hace un rato ni la falsa docilidad previa a esta. Se trata más bien de una seriedad difícil de descifrar.

De cualquier forma, su hija se ha salido con la suya. Al rememorar esos episodios tan desagradables, se le han quitado a Lara todas las ganas de seguir discutiendo con ella sobre su pelea en el colegio, su poco recomendable amiga Marta o lo buena o mala madre que es. Ruth parece aceptar esa tregua porque se queda en silencio, pensativa.

—Voy a ducharme —señala Lara—. Ya hablaremos más tarde.

Deja a Ruth sumida en sus pensamientos y se dirige hacia su dormitorio. Una vez allí, se sienta al borde de la cama, mucho más agotada que cuando entró por la puerta tan solo unos pocos minutos antes. Recrea mentalmente la conversación que acaba de tener, deteniéndose en la parte en la que su hija la acusó de querer

controlar su vida y de que todo lo que hacía le parecía mal. Se da cuenta enseguida de que eso es precisamente lo que ella le echaba en cara a Jimena cuando vivía con ella. «¿Será que me estoy convirtiendo en ella?», se pregunta aterrada. Se cuestiona si acaso el origen de su cada vez más dañada relación con Ruth no es la rebeldía adolescente de su hija o las malas influencias, sino ese tan nocivo patrón de conducta de Jimena que ella está repitiendo de un modo inconsciente.

Cuando dio a luz a Ruth, lo primero que se propuso fue ser un tipo de madre muy diferente al que ella había conocido. Jimena solo había cumplido en el plano material, pues a Lara nunca le había faltado de nada. Pero a nivel afectivo se sentía una auténtica huérfana. Había tenido que arrancarle prácticamente de las manos las escasas dosis de cariño que había obtenido de ella. Había transcurrido tanto tiempo desde la única vez que le había confesado sentirse orgullosa por algo que había conseguido Lara, que ya no estaba segura de si había sido un sueño. A partir de entonces, cualquier logro importante que había alcanzado había sido recibido por Jimena como si fuese el mínimo exigible, restándole cualquier mérito que tuviese.

Sentir que está siguiendo los pasos de su madre y repitiendo sus errores la desasosiega más que ninguna otra cosa de las que le han sucedido últimamente. Lo percibe como una traición a sí misma, como un crimen imperdonable. El cuerpo le pide levantarse e ir en busca de Ruth para pedirle perdón y prometerle que va a cambiar. Si no lo hace es debido a que hay otra emoción que se impone a su cargo de conciencia: el odio. Solo su resentimiento hacia Eduardo es mayor que su miedo a estar transformándose en una figura maternal perniciosa. Es más, también le culpa a él de ese hecho. De no haber arruinado su matrimonio, es muy probable que ella hubiese podido cumplir con esa promesa de ser la mejor madre posible para Ruth. Ha sido el veneno que su ex le inoculó con su actitud rancia y su falta de compromiso lo que la ha obligado a comportarse de esa manera con su hija.

Lara lamenta con todas sus fuerzas haberle hecho el favor de cambiarle el fin de semana que tenía que pasar con Ruth para que

pudiese tener libre el siguiente. Hace el firme juramento de no volver a cometer el mismo error. Y esta vez está dispuesta a no quebrantarlo. No le piensa pasar ni una más a su ex.

Es tal su rencor, que lo somatiza contrayendo los dedos hasta que adquieren el aspecto de garras. De haber tenido delante a Eduardo se habría abalanzado sobre él para despedazarlo. Se tiene que conformar con hacerlo a distancia. Toma su teléfono móvil y abre una aplicación de mensajería. Le llamaría, pero sabe que estará demasiado ocupado e ignorará su intento de ponerse en contacto con él, tal como ya hacía en ocasiones cuando estaban casados. Así que compone un texto en el que vuelca toda su ira. El primer borrador le sirve para quedarse bien a gusto, pero después de leerlo un par de veces decide quitar los insultos y un comentario muy ofensivo sobre su muy mejorable labor como padre.

*Cómo te atreves a decirle a Ruth que yo no quería tener más hijos!!!*

*No te voy a consentir que le mientas, ni en eso ni en nada más, así que ten mucho cuidado con lo que le dices a partir de ahora.*

*Ni se te ocurra volver a manipularla ni ponerla en contra mía. Me he callado muchas otras cosas, pero ya estoy harta.*

*Preocúpate menos de llenarle la cabeza de mentiras y de consentirla tanto, y más de educarla bien, porque hoy tu hija se ha peleado en el colegio con otra chica. Y la han amonestado.*

Le da a enviar y se queda un par de minutos esperando la confirmación de que ha sido recibido y leído. Como de lo primero recibe en ese momento la verificación correspondiente, sale de la aplicación y decide darse una ducha para relajarse un poco. Bajo el chorro de agua caliente que baña su cuerpo se le ocurren un par de cosas más que podría haber aprovechado para reprocharle. También unos cuantos insultos más creativos que los que inicialmente había escrito y posteriormente eliminado. «Los dejaré guardados en la aplicación de notas rápidas para que no se me olviden», planea mientras se enjabona.

Eduardo no le contesta hasta después de que Lara y Ruth han terminado de cenar. Su respuesta no contiene referencia alguna al hecho de que Lara le haya tachado de mentiroso. Su exmarido se limita a pedirle más información acerca del incidente en el que se ha visto involucrada Ruth.

*Yo no te voy a contar nada, así que moléstate en llamar a tu hija y preguntarle a ella.*

*Y ya de paso, piensa un poco en por qué suceden ciertas cosas y por la responsabilidad que tienes de que pasen. Alguna vez en tu vida tendrás que hacerlo, digo yo.*

*Por cierto, que sepas que ya no voy a aceptar ningún cambio más con lo de los fines de semana. Búscate la vida para la próxima vez que prefieras irte de viaje con Victoria en vez de pasar tiempo con tu hija.*

Se ha enterado a través de Ruth que el motivo por el que Eduardo le pidió hacer esa modificación del calendario no fue otro que una escapadita romántica con su nueva novia a San Sebastián, donde se alojaron en un casoplón que pertenece a uno de los clientes de su empresa. «Se acabó lo de ser yo la más tonta de todas», piensa Lara.

No recibe ninguna nueva comunicación por parte de él. Ignorarla en la medida de lo posible ha sido su táctica preferida desde que se divorciaron y sustituyeron sus conversaciones telefónicas o en persona por el intercambio de mensajes. Ni siquiera ahora que ella ha elevado el tono se digna a añadir algo, aunque sea solo para defenderse de sus acusaciones. Lara se imagina que se desahogará con su querida y jovencísima Vicky, a la que le dirá que Lara se ha vuelto loca de repente. O que debe estar en esos días del mes. Con el paso del tiempo Eduardo ha acabado saliendo más a su padre, un auténtico machista, que a su madre, una mujer a la que Lara, a pesar de todo lo que ha sucedido, le sigue tiene el mismo aprecio que le tenía antes de separarse de su hijo.

Algo más tarde, cuando Lara va a acostarse y pasa por delante de la puerta cerrada del dormitorio de Ruth, cree escuchar la voz de su

hija hablando con alguien por teléfono. Supone que debe ser su padre, pero no tiene ganas de pegar el oído a la madera y tratar de averiguarlo. Tan solo le apetece tumbarse, cerrar los ojos y abandonarse al sueño. Necesita más que nunca del poder reparador de una noche de plácido descanso, ya que a la mañana siguiente va a tener lugar su primera reunión con Daniel Beltrán Romero.

Su Dani.

# Capítulo 12
## EL QUE LE ROBARON

Han pasado varios meses desde que Lara se lio con Roberto tras el concierto. Ella se fue a casa temiendo que aquello no fuese a ser más que un rollo esporádico, pero lo cierto es que acabó consolidándose en una relación de pareja. Una que al principio fue maravillosa, llena de diversión y nuevas emociones. Con Roberto aprendió a poner a prueba sus límites y a rebasarlos. Se atrevió con nuevas sustancias a las que siempre había tenido mucho respeto. Experimentó lo que fue su verdadero despertar sexual entre sus brazos. A Roberto le encantaba saltarse las normas, y convirtió a Lara en su cómplice en numerosas ocasiones. Donde ella antes veía peligros, ahora solo veía oportunidades para poder extraerle todo el jugo a la vida.

En el fondo, siempre supo que no estaba siendo ella misma y que aquel no era un tipo de existencia muy sostenible. Pero era todo tan novedoso, intenso y excitante, que no fue capaz de ver más allá de lo que tenía delante. Porque incluso en sus mejores momentos juntos hubo señales que anunciaron lo que estaba por venir. Solo que ella se negó a prestarles atención. Hacerlo habría significado tener que renunciar a todos esos placeres tan embriagadores.

Ha estado tan distraída por ellos, que no se ha percatado de que otras facetas de su vida se han resentido a una velocidad alarmante. Se han visto afectados negativamente aspectos tales como su salud física y mental, sus estudios universitarios, al ambiente familiar y los

vínculos con su círculo de amistades. Ni siquiera cuando su relación con Amaya se tambaleó llegó a plantearse si se le estaba yendo todo de las manos. Por suerte, en vez de pensar, como haría cualquiera, que todo se solucionaría milagrosamente, Amaya decidió tomar cartas en el asunto.

Tuvo una conversación muy seria con Lara hace dos semanas. Para nuestra protagonista fue una de las más desagradables que había mantenido hasta la fecha, incluyendo las discusiones con su madre; pero también fue la más importante de todas. Amaya no le dijo nada que ella no supiera ya de antes, solo que escucharlo de boca de otra persona —y no una cualquiera, sino de la que se había convertido en su mayor apoyo a lo largo de los años— hizo que se le cayese la venda de los ojos definitivamente. Solo entonces fue de verdad consciente de todos los elementos que habían convertido lo que tenía con Roberto en algo tóxico: sus constantes celos, su agresividad latente, el control al que la tiene sometida y la anulación de su voluntad, por ejemplo. Había llegado un punto en el que todas sus decisiones las tomaba él. Y la mayoría de ellas estaban teniendo como principal consecuencia el aislamiento social de Lara.

Lara sabe que lo más lógico sería romper con Roberto, pero se ve incapaz de hacerlo. No se debe tanto al miedo que tiene a su reacción, sino que todos esos momentos especiales que ha compartido con él —y no son pocos, todo hay que decirlo— son un gran impedimento para dejarle. Se lo ha pasado tan bien que volver a su anterior existencia se le antoja una condena. Se vale de todo tipo de argumentos para negar la realidad: que ella será capaz de hacer que Roberto cambie, que él solo quiere lo mejor para ella y por eso pretende tener el control, que la gente envidia lo apasionada que es su relación. Así que lleva varios días sumida en una lucha interna que está amenazando con arrasar con su cordura.

Así llegamos a la Nochevieja de 1999. Lara va a recibir al año 2000 acudiendo a una fiesta que va a tener lugar en una famosa discoteca que hay por la zona de Alonso Martínez, en compañía de su chico y de la pandilla de la que él lleva formando parte toda la vida. Entre ellos se encuentra Jorge, el primo de Dani, el que toca en el grupo tras cuyo concierto su amistad con Roberto se transformó

en algo más. De ahí que no le sorprenda descubrir a través de Jorge que Dani va a asistir también al evento, pero más tarde. Desde aquella noche en la que cerca estuvo de confesarle sus sentimientos, ambos se han distanciado considerablemente. No es que se lleven mal, pero han pasado a ser compañeros de trabajo y nada más. Ella procura evitarle siempre que puede y sospecha que él hace lo mismo. En breve no tendrán que seguir preocupándose por hacerlo, pues Roberto ha decidido que Lara y él van a buscarse otro trabajo de fines de semana en cuanto empiece el nuevo año.

La inminente aparición de Dani la pone todavía más nerviosa de lo que ya está. Roberto lleva unos días de especial mal humor. Lara había confiado en que se le hubiese pasado ya, pero tras un par de desagradables contestaciones que él le ha dado, le ha quedado claro que ni siquiera la perspectiva de una noche de diversión ha contribuido a suavizar su carácter. Por si fuera poco, cada vez que los dos salen a tomar algo, a Roberto le altera negativamente la presencia de otros chicos cerca de Lara. Al principio no fue así, pero, tras el verano, su comportamiento se volvió muy territorial con respecto a ella. Era como si el haber estado un mes alejado de Lara le hubiese metido ideas extrañas en la cabeza. Y desde entonces las cosas no han hecho más que empeorar en ese sentido. Es por eso por lo que Lara procura hablar solo con las chicas del grupo durante los escasos intervalos de tiempo en los que Roberto se separa de su lado. Porque tiene la constante sensación de que, aunque él no esté presente, se las ingenia para no perderla de vista en ningún momento.

Con quien más confianza tiene de todas las amigas de Roberto es con la novia de Jorge, que se llama Blanca. En las pocas veces que han coincidido, ha notado que existe cierta tensión entre ella y Roberto, pero eso no ha evitado que haya sido quien mejor ha acogido a Lara. Le está muy agradecida por su hospitalidad, ya que, entre la diferencia de edad —todos son cuatro años mayores que ella, como Roberto— y que son todos muy distintos al tipo de gente con la que está acostumbrada a tratar, integrarse le está costando un poco.

—Me gusta mucho tu vestido —le dice a Lara cuando se quedan las dos a solas mientras Roberto y Jorge van a por sus bebidas.

—Es muy normalito, pero gracias.

—Es superelegante.

—El tuyo sí que es espectacular —le comenta Lara.

Blanca lleva un vestido largo sin mangas de color violeta azulado, cuya superficie está decorada con unas figuras florales hechas con algún tipo de pedrería. La pieza ciñe a la perfección su voluptuoso cuerpo, dándole un aspecto de estrella de cine paseando por la alfombra roja de unos premios. En comparación, el sencillo atuendo negro de tirantes y escote alto que ha escogido Lara pasa totalmente desapercibido.

—Necesito urgentemente ir al baño —dice Blanca—. ¿Me acompañas?

Lara duda acerca de su respuesta. Si Roberto regresa antes de que ellas lo hagan, se va a preguntar dónde está. Dado su actual malhumor, eso no anticipa nada bueno. Su mirada se desvía automáticamente hacia donde han desaparecido Roberto y Jorge.

—Venga, que no vamos a tardar nada —le dice Blanca, adivinando sus pensamientos.

Luego tira de ella en dirección a los aseos, dejándola sin otra opción que la de seguir sus pasos. Al llegar, descubren que hay una cola de chicas esperando su turno para entrar. No son muchas, pero a Lara le preocupa que vaya a retrasarse demasiado su regreso junto a los demás. Va a sugerir que prueben suerte más tarde cuando Blanca le dice algo que se lo impide.

—¿Ha pasado algo entre Róber y tú? —le pregunta—. Que igual no es cosa mía, pero es que tiene una cara de cabreo que asusta.

—Lo sé. Pero no es por nosotros —dice Lara—. Es que ha tenido una movida con su hermano.

No le puede contar nada más que eso. No porque no quiera, sino porque Roberto no le ha facilitado más información al respecto, a pesar de su insistencia en averiguar qué ha sucedido entre ellos que le tiene tan trastornado.

Blanca se la queda mirando muy fijamente en silencio. A Lara le da la impresión de que hay algo más que le quiere preguntar, pero

no se atreve a hacerlo. Y eso que es una chica muy directa, que no se anda con demasiadas sutilezas cuando algo despierta su curiosidad. Eso le ofrece una pista acerca de la gravedad del asunto que no se decide a abordar. Sea lo que sea, Lara sospecha que es algo que no le va a hacer nada de gracia escuchar, así que toma la iniciativa para lograr esquivarlo.

—¿Qué tal llevas lo del carné de conducir? —se interesa—. Creo que la última vez me dijiste que querías presentarte al examen a principios de año.

Blanca muerde el anzuelo de inmediato.

—No he ido en todo el mes, así que me da a mí que voy a tener que dejarlo para más adelante.

—¿Cuántas clases prácticas llevas?

—Un montón, la verdad. Pero todavía no me siento muy segura.

—Yo quiero apuntarme en verano.

—Pues a este paso te lo vas a sacar tú antes que yo.

—No creo.

—Ya lo verás.

Para alivio de Lara, no se vuelve a tocar ningún tema pantanoso durante todo el rato que tardan en regresar al rincón donde se ha ubicado su grupo. Nada más llegar le explica a Roberto que ha ido con Blanca al baño, adelantándose a la que seguro iba a ser su pregunta. Él asiente muy serio y se limita a entregarle la bebida que le ha pedido.

—Gracias, amor —dice ella.

Roberto se relaja considerablemente tras ingerir sus dos primeras copas de Johnnie Walker con Coca-Cola. Baila, hace bromas con lo del efecto 2000 y ríe como los demás. Tras la tercera hasta se muestra tan cariñoso con Lara como en sus primeros tiempos juntos. Vuelve a ser el mismo chico de entonces, divertido y seductor. Es tal su cambio de actitud que Lara fantasea con que no se trate de una circunstancia pasajera, fruto únicamente del jolgorio que los rodea y del efecto desinhibidor del alcohol y de alguna de las otras cosas que se ha metido, sino que esté frente a un fenómeno más duradero en el tiempo.

Y es entonces cuando aparece Dani.

No hay nadie con él en ese momento, a pesar de que Jorge ha informado a Lara de que iba a ir a acompañado de su propio grupo de amigos. Dani va vestido con un traje que le queda estupendo. Los demás chicos, incluido Roberto, lucen una indumentaria similar. Pero mientras que ellos parece que le han pedido prestado el traje a alguien, el de Dani aparenta estar hecho a su medida.

A los primeros a los que saluda son a su primo y su novia. Luego continúa con el resto, con los que ha coincidido en alguna otra ocasión en los conciertos de Jorge y su banda. Cuando les llega el turno a Roberto y Lara, ella cree detectar que la sonrisa que ha estado dedicando a todo el mundo se atenúa ligeramente. Primero choca su mano con la de Roberto, que lo recibe amigablemente. Sabiendo lo mal que se le da disimular cuando algo o alguien le molesta, Lara asume que no está fingiendo. Lo cierto es que no ha existido ningún mal rollo entre ellos desde que él y Lara se convirtieron en pareja. Eso es algo que siempre le ha resultado muy chocante a ella, a tenor de lo celoso que ha descubierto que es su novio. Pero Roberto a veces tiene ese tipo de contradicciones, por lo que no le da mayor importancia.

A Lara la llegada de Dani la afecta de un modo muy diferente. Se siente incómoda. Y repentinamente consciente de su cuerpo. Ambos se besan en las mejillas con torpeza. Dani dice «Feliz año». Ella también. Y eso es todo. Él prosigue con su ronda de saludos como si ella fuese una más. Su indiferencia la exaspera, señal de que esa es una herida que no está tan cerrada como había creído.

Tras unos minutos de charla con Jorge y Blanca, Dani se marcha para reunirse con la gente con la que ha acudido a la fiesta. Lara se esfuerza por quitárselo de la cabeza. Pero no puede. Una y otra vez se imagina lo que estará haciendo en ese instante. Si Roberto se ha percatado de hasta qué punto la tiene distraída su compañero de trabajo, no da señales de ello y sigue a lo suyo, disfrutando de la fiesta. Hasta descuida la estrecha vigilancia a la que normalmente la somete cuando salen por ahí. Así que Lara decide que ya no puede más y, con la excusa de que necesita ir de nuevo al servicio, va en busca de Dani.

Se lo encuentra hablando cerca de la barra con otros dos chicos que no le suenan de nada. Él no detecta su presencia hasta que la tiene al lado. Cuando la ve, no puede esconder su sorpresa.

—Hola —farfulla él.

—¿Podemos hablar? —pregunta Lara—. A solas —dice a continuación, mirando de reojo a sus dos acompañantes.

Asume que no es de muy buena educación lo de saltarse las presentaciones. No es nada propio de ella actuar de ese modo, pero necesita resolver esa cuenta pendiente que tiene con él lo antes posible. Todo lo demás le importa un rábano.

Dani se gira hacia sus amigos, que le devuelven la mirada en silencio. Luego se miran entre ellos antes de volver a mirar a Dani. Finalmente, este mira a Lara. Todo sucede en el espacio de dos segundos y en completo silencio.

—Os dejamos a lo vuestro —anuncia uno de los desconocidos.

—Gracias —dice Lara, recuperando sus modales.

Está tan impaciente que no espera ni a que se hayan alejado un metro para dirigirse de nuevo a Dani.

—¿A ti te pasa algo conmigo? —le espeta.

Ha sonado como a una mezcla a partes iguales de interrogación y afirmación.

—No. ¿Por qué?

—¿Que por qué? —exclama ella, genuinamente asombrada.

—Es que no sé a qué te refieres.

—Pues a que antes me has soltado un «Feliz año» y has pasado de largo, por ejemplo. Y a que llevas desde que estoy con Roberto pasando de mí descaradamente —le acusa—. Antes hablábamos un montón en el trabajo y ahora haces como si yo fuese invisible. No sé…, ¿tienes miedo a que te contagie algo, o qué?

Dani se queda muy callado. Lara no sabe si se debe a que está mordiéndose la lengua o intentado escoger sus siguientes palabras con mucho cuidado.

—¿Es porque estoy con Róber? ¿Tanto te molesta?

No hace falta que él diga nada. Su semblante le ofrece la confirmación de sus sospechas.

—Joder, Dani, pues haberme dicho algo —se lamenta ella.

—Pensé… —vacila él—. Pensé que tenía más tiempo.

—Pues te equivocabas.

—O a lo mejor no —se rehace él—. A lo mejor hice bien en esperar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que dejaste muy claro que le preferías a él.

—Porque no sabía que había una alternativa.

—Sí que lo sabías.

—Para nada —miente Lara—. ¿Te crees que puedo leer la mente o algo así?

—Algo así.

Tiene ganas de empujarle. Tiene ganas de insultarle. Tiene ganas de culparle a gritos por todos los malos momentos —cada vez más frecuentes— por los que está pasando por culpa de su sórdida relación con Roberto. También tiene ganas de que él la abrace. Quizá es de lo que más ganas tiene de todo, pero no se lo va a reconocer abiertamente a nadie. Mucho menos a la persona que tiene delante.

—Pasó lo que pasó, Lara. Es mejor para todos dejarlo estar —dice Dani—. Ya no merece la pena darle más vueltas, porque no va a cambiar nada —señala—. Además, tú estás bien con Roberto, ¿no?

A Lara siempre le ha costado descifrar a Dani, por lo que no puede determinar a ciencia cierta si está siendo sarcástico. ¿Se habrá enterado de alguna manera de cómo se ha ensuciado lo que hay entre Roberto y ella? Lara tan solo se ha sincerado con Amaya al respecto. Pero su amiga se había dado cuenta de lo que pasaba antes de que ella se lo contase. ¿Quién le podía asegurar que nadie más se había percatado de aquello? Esa misma noche, sin ir más lejos, le había dado la impresión de que Blanca iba a hacerle algún comentario de ese tipo.

Si Dani no está al tanto de la realidad, Lara tiene ante sí una oportunidad inmejorable de poner solución a su ignorancia. Está tentada de hacerlo. Sería liberador. Y quizá provocaría en Dani la reacción que tanto ansía ver en él. O puede que, tal como le acaba de señalar él, ya sea demasiado tarde para otra cosa que no sea pasar página.

—Sí, nos va muy bien —le engaña ella.

Es incapaz de mirarle a los ojos para decírselo.

—Me alegro mucho por vosotros —declara él.

Tras ese intercambio de falsedades, Dani se despide diciendo que tiene que volver con sus amigos. Lara asiente con la cabeza, derrotada, y musita un débil adiós que no se oye entre el estruendo de la música y el sonido que produce su corazón al resquebrajarse todavía más. Lleva haciéndolo un tiempo. Lentamente, pero sin pausa.

Si por ella fuese, se marcharía ya a casa. Teme que si se queda va a tener que recurrir a emborracharse o pedirle a Roberto que le dé un cachito de una de las pastillas de color rosa que sabe que siempre que sale lleva encima. Porque si no, no va a poder soportar esa angustia y frustración que la carcomen por dentro. Resignada a su suerte, se da la vuelta para dirigirse a la zona donde supone que seguirán los demás. Al hacerlo, se arrepiente de inmediato de no haber hecho caso a su instinto y haberse largado cuando podía. Porque frente a ella, a pocos metros de distancia, ve que se encuentra Roberto, parado de pie en medio de la discoteca y lanzándole una mirada que hace que se le hiele el alma. No le cabe duda de que lleva allí observándola lo suficiente como para haber presenciado al menos una parte de su conversación con Dani.

Paralizada por completo, contempla como Roberto se aproxima a ella. Parece como si la gente que le rodea percibiese la ira que bulle en su interior, porque se van apartando de su camino a medida que él avanza. Roberto nunca le ha puesto la mano encima, pero Lara tiene la terrible sensación de que eso va a cambiar. Por suerte se equivoca.

Por ahora.

—Vamos fuera —le pide a Lara cuando la tiene al alcance de su mano—. Necesito tomar un poco el aire.

Su tono de voz es calmado, pero en sus ojos brilla un fuego peligroso. Para Lara es imposible establecer si lo que más le conviene en esa situación es negarse o acceder a sus deseos. Finalmente, opta por seguirle la corriente con la intención de apaciguarle.

Le tranquiliza un poco el hecho de que Roberto se detenga a la entrada, en lugar de conducirla a un lugar más apartado. Junto a la puerta hay varias personas, lo que le hace sentirse lo suficientemente segura de que no va a suceder nada grave. Él aprovecha para encenderse un pitillo. Le ofrece otro a su chica, pero Lara hace un gesto con la cabeza para indicarle que no. Sin la protección de su abrigo, siente como el frío exterior muerde su piel, compitiendo con la gelidez que atenaza sus entrañas desde que se ha reunido con Roberto de nuevo.

—¿Qué se cuenta Dani? —le pregunta él tras darle una larga calada a su Marlboro.

A Lara no la pilla por sorpresa que Roberto se valga de su típica estrategia pasivo-agresiva para hacerle ver el disgusto que le ha producido descubrir que ha estado charlando con el compañero de trabajo de ambos.

—Nada especial. Me lo he encontrado de camino al baño y solo estábamos saludándonos —miente Lara con la esperanza de que Roberto no los haya estado espiando todo el rato que han estado juntos.

—Pues sí que habéis tardado en deciros hola. Sobre todo, teniendo en cuenta que ya lo habíais hecho antes.

Arrastra las palabras por culpa de todo el *whisky* que lleva encima, pero eso no le hace sonar menos amenazador.

—Bueno, también le he preguntado con quién ha cenado y esas cosas.

—Ya.

Lara se frota los antebrazos. Lo hace porque necesita entrar en calor y porque quiere hacerle ver a su acompañante que se está congelando viva ahí fuera. Apelar a su empatía no suele dar resultado, pero está tan desesperada por escabullirse que lo va a intentar todo. Como él sigue a lo suyo, fumando en silencio y ajeno al sufrimiento térmico de Lara, opta por ser más directa.

—Me voy para dentro, que me estoy helando.

—Sí, eso. Vete —dice él—. Total, ya has cumplido con tu misión. Joderme la noche. Como siempre. Como cuando estuvimos en casa de Jaime.

Lara ha procurado olvidar lo que sucedió aquel día en el que uno de los amigos de Dani montó una fiesta porque sus padres se habían ido a pasar el fin de semana a la playa. Lara le contó a otro de sus amigos algo que no debería haberle revelado, provocando que Roberto quedase como un mentiroso ante él. No lo había hecho a propósito, pues no sabía que Roberto le había contado otra versión de la misma historia a su colega. De haberla avisado con antelación, no habría tenido ningún problema en haberle mentido ella también. Roberto se había pillado un cabreo monumental, el peor desde que estaban juntos. El viaje de vuelta, con ellos dos solos en el coche de Roberto, había sido una pesadilla que se había esforzado por borrar de su mente.

—Me lo estaba pasando de lujo, ¿sabes? —continúa él, hablándole con desprecio—. Hacía tiempo que no disfrutaba así. Y entonces te he visto ligando con Dani y se ha ido todo a la mierda.

—No estaba ligando con él.

—¿Te crees que soy gilipollas, Lara? —pregunta él, dando un paso hacia delante que le sitúa a menos de un brazo de distancia de ella —. Os estaba viendo desde primera fila. Seguro que hasta habéis quedado para follar un día de estos.

—Te juro que entre Dani y yo no ha pasado nada. Si casi no hemos hablado desde que tú y yo estamos juntos —se defiende Lara —. Se te está yendo la olla, Róber —dice en voz alta, arrepintiéndose enseguida de haberlo hecho.

—Tú no tienes ni idea de cómo me pongo cuando se me va la olla de verdad. Y más te vale que no tengas que verlo.

Sus ojos enrojecidos se clavan en los de Lara, provocándole un escalofrío que nada tiene que ver con la baja temperatura ambiental a la que está sometida. «Soy idiota. Tenía que haber roto con él hace siglos», se recrimina a sí misma.

—Pensé que tú eras diferente —dice él—. Pero eres tan zorra como todas las demás —añade, inclinándose sobre ella.

Su aliento, que apesta a alcohol y rencor, golpea a Lara en el rostro. Cada fibra de su ser le pide a gritos que se largue de allí tan rápido como pueda. Que esa violencia verbal está a un pequeño paso de convertirse en física. Sin embargo, sus músculos se niegan a

cumplir esa orden tan acuciante que acaban de recibir. Tiene el absurdo pensamiento de que si no se mueve se volverá invisible para él, como si estuviese flotando en medio del mar, acechada por un gran tiburón hambriento.

—Al menos sí que me sigues sirviendo para una cosa —le susurra Roberto, con tal malicia que se le ponen los pelos de punta.

A renglón seguido, rodea la cintura de Lara con un brazo y la atrae hacia él hasta que sus cuerpos se aprietan el uno contra el otro. Ni siquiera cuando los labios de Roberto se aplastan con virulencia sobre los de ella y le introduce la lengua con fuerza, puede Lara superar su parálisis. Tampoco cuando él estruja su nalga derecha con la otra mano.

—Ni para eso me vales ya —le echa él en cara ante la pasividad de Lara.

Al separarse de ella, se tambalea un poco, pero logra mantener el equilibrio. Luego le lanza una mirada cargada de desdén a su novia ante de dar media vuelta y cruzar la puerta de la discoteca hacia su interior.

Lara se siente tan menospreciada que apenas puede disfrutar del alivio que le supone haberle perdido de vista. Se acuerda de todas las veces que, viendo en una película o una serie cómo abusaban de alguna mujer, se imaginaba que, de estar ella en esa situación, se resistiría mordiendo, dando puñetazos y patadas o arañando a su agresor hasta que sus dedos chorreasen sangre. Ahora que ha experimentado en primera persona el poder paralizante del miedo, ha comprendido que a veces las cosas no son tan fáciles como parecen.

Su mirada se cruza con la de una chica que se encuentra cerca de la entrada del local. La vergüenza que siente ante su escrutinio, a pesar de que no tiene ni idea de si se ha percatado de lo que acaba de suceder, es tan abrumadora que la obliga a rotar ciento ochenta grados para poder romper el contacto visual con ella.

De pie en medio de la calle, sintiéndose más sola que nunca, Lara se plantea seriamente marcharse a casa. Prefiere un millón de veces más dar por perdido el bonito abrigo que le trajo su prima Laura de la tienda de Gap en Londres, que enfrentarse a lo que le espera allí

dentro si decide seguir los pasos de Roberto. No solo le aterra tener que vérselas con él de nuevo, sino también tener que tratar con los demás. Cree que la humillación a la que la ha sometido Roberto se le ha quedado grabada a fuego en el semblante, por lo que cualquiera que la tenga delante podrá adivinar lo que ha ocurrido como si lo tuviese escrito en la frente.

Está tan concentrada en tomar una decisión sobre lo que debe hacer o no, que no detecta la presencia de la persona que se ha acercado a ella hasta que no la tiene encima.

—¿Lara? —escucha que alguien dice a sus espaldas.

Reconoce de inmediato la voz de Dani. Su peculiar timbre, suave y profundo, es fácilmente identificable para ella. De ahí que se mantenga muy quieta y no se gire hacia él. Su estrategia de enterrar la cabeza bajo tierra resulta del todo infructuosa, pues el recién llegado la rodea hasta tenerla frente a frente.

Al principio, Lara es incapaz de levantar la vista del suelo. Cuando finalmente lo consigue se encuentra con la honda expresión de preocupación que nubla el semblante de Dani. No consigue aguantarle la mirada más de un segundo.

—¿Estás bien? —quiere saber él.

Las emociones se agolpan dentro del corazón del Lara, formando una masa confusa y alborotada que rebosa por todos lados. Está la vergüenza por lo que ha sufrido a manos de Roberto. La rabia por habérselo permitido. El pánico que la sobrecoge al pensar en lo que le depara su futuro más inmediato. La sorpresa que le ha causado la llegada de Dani, que hace tan solo unos minutos se ha despedido de ella de una manera que se le ha antojado muy definitiva. También hay mucho odio. Hacia ella misma, hacia su novio y hacia Dani. Principalmente hacia este último, aunque sea el menos culpable de todos. «O quizá sí que lo es», se corrige.

—He visto que salíais juntos y que luego solo entraba Róber —justifica él su aparición.

—¿Ahora de repente sí que te importo? —pregunta Lara, dando rienda suelta a su enfado.

—Yo solo…

—¿Qué ha pasado con eso de que ya es tarde y de que es mejor que cada uno vaya por su lado? —le recrimina ella, poniendo algunas palabras en su boca que en realidad no han salido jamás de ella.

—¿Te ha hecho algo Róber?

Que ignore tanto su exagerada acusación, así como el tono ofensivo con el que se ha dirigido a él, mostrando un sincero interés por su situación, la desarma momentáneamente. Tanto que a punto está de contarle la verdad. Si no lo hace es porque teme que Dani vaya tras Roberto y la cosa acabe mucho peor. En el estado en que se encuentra su chico, le ve perfectamente capaz de hacer cualquier barbaridad.

A pesar de la supuesta indiferencia que ha venido mostrando Dani, el hecho de que haya estado pendiente de ella y haya salido en su busca le hacen albergar pocas dudas acerca de lo que él está dispuesto a hacer por protegerla. Esa es una reflexión que primero la reconforta. Pero, inmediatamente después, le provoca una enorme indignación.

—La culpa es tuya, no de él —responde ella.

Se arrepiente de haberlo dicho al instante. Mucho más cuando comprueba que Dani encaja sus palabras con una mueca de dolor, como si le acabasen de clavar un cuchillo en el estómago.

—Siento mucho que… —balbucea él.

—¿Y de qué me vale ahora a mí que lo sientas? ¿Eh? —le interrumpe ella, al borde del llanto.

—Yo…

—¿Tú qué? —le suelta con brusquedad.

—Yo…

Lara quiere dejar de comportarse de una manera tan hostil. Es cierto que si le hubiese dicho lo que sentía por ella a su debido tiempo no estaría ahora con Roberto. Pero el que la ha maltratado no es él. Es otro a quien debería estar atacando verbalmente, no a Dani. Pero hace rato que ha soltado las manos del timón y navega sin rumbo.

—¿Sabes lo que te digo? —exclama colérica y a la vez exhausta—. Que por mí os podéis ir todos a la mierda ya mismo.

Lara da por terminada la conversación y se marcha de allí a toda prisa, en dirección opuesta a Dani, la discoteca y todas las personas que hay dentro de ella. Las lágrimas brotan finalmente de sus ojos, mientras se le envenena el alma irremediablemente. Siente que ha cometido un gran error. Y que lo va a estar lamentando toda la vida.

# Capítulo 13
AHORA

Aunque el cuerpo de Lara se encuentra en el presente, su mente ha viajado hasta aquella despedida tan amarga del año 1999. Al día siguiente de aquella terrible Nochevieja, llamó a los multicines para pedir la baja voluntaria y comunicar que ya no volvería más a su puesto de trabajo.

Con Roberto no tuvo que tomarse tantas molestias, ya que no volvió a saber de él. Al principio se temió lo peor. Que fuera algún tipo de treta por su parte y que tarde o temprano volvería para acosarla. Siendo alguien tan posesivo y celoso como era él, no le cuadraba que la dejase escapar tan fácilmente. Pero fue exactamente lo que sucedió, para su inmenso alivio, pues ni intentó ponerse en contacto con ella para disculparse, como había hecho en alguna ocasión anterior en la que le había faltado al respeto, ni la emboscó a la salida de su casa o de la universidad con intenciones más perversas. Simplemente se desvaneció, como una pesadilla tras el paso de las horas.

Lara se alegró de ello, pero a la vez lamentó haber roto con él, pese a lo mal que la había tratado en el tramo final de su relación. La culpa de esa incongruencia la tenían los buenos momentos que habían pasado juntos, que habían dejado en ella una huella muy profunda que se negaba a desaparecer. No lo hizo hasta que se dio cuenta de que la persona con la que los había compartido no era alguien real, sino un espejismo. Una ilusión alimentada por todas

esas experiencias tan intensas y nuevas para ella que él le había proporcionado. El verdadero Roberto era el que le había hecho tanto daño después.

Dani también salió de su vida por la vía rápida. La tristeza que le produjo su pérdida fue más pura y duradera que la que le causó la de Roberto. Tenía la sensación de que les podría haber ido muy bien juntos. Que se le había escapado de las manos la oportunidad de estar con alguien realmente especial. Un poco como le pasó con Miguel en su momento. Llegó a interpretar ambos episodios como señales de que sobre ella pesaba algún tipo de maldición. Que nunca tendría suerte en el amor. Luego esa sensación se esfumó momentáneamente cuando conoció al que ha sido su único marido. Pero desde su divorcio, esa pesimista percepción sobre su futuro sentimental se ha instalado de nuevo en su corazón.

Supongo que ahora entendéis por qué le inquieta tanto que Dani haya regresado a ella. Es evidente que ni Lara es la misma ni probablemente lo es él, pero la forma en que sus caminos se separaron hace casi veinticinco años no invita al optimismo. A pesar de todo el tiempo que ha pasado desde aquellos acontecimientos, recordarlo todavía le produce algo de vergüenza por lo mal que gestionó ciertas cosas entonces. Era muy joven, sí, pero eso le suena ahora a excusa.

En cualquier caso, tras su metedura de pata con la creadora de contenido, lo que menos necesita Lara es introducir esa variable tan emocional en la ecuación. Hubiese preferido que no existiera ningún tipo de vínculo previo entre ella y el nuevo escritor con el que tenía que lidiar. El que sea Dani no solo le genera una incertidumbre sobre su futuro laboral, sino que también remueve una parte de su pasado de la que no tiene muy buen recuerdo. Aquel triángulo amoroso tan desdichado le originó un desequilibrio que le costó mucho enmendar. Tuvieron que pasar años hasta que recuperó la confianza en sí misma y en los demás.

Que Dani haya entrado en escena le resulta por tanto desafortunado. Pero no del todo inesperado. Desde que hace casi ya un mes cumplió los cuarenta y cinco, le ha acompañado día y noche el presentimiento de que se halla ante un momento crucial en su

vida. No hay ninguna lógica detrás de ello, es tan solo una corazonada. La primera señal de que algo peculiar estaba en marcha la tuvo con sus insólitos ataques de ira en el supermercado y durante su reunión con Rocío Peralta, los cuales ya han propiciado cambios importantes en la dinámica de sus relaciones con personas muy cercanas a ella. En ese sentido, la irrupción de Dani no es sino otro indicio a favor de su teoría. No puede ser una mera casualidad. Lo que no tiene tan claro es qué tipo de catalizador va a ser él, ni si su intervención va a tener consecuencias positivas o negativas con respecto a ese proceso de renovación al que se ha visto de repente arrastrada.

Faltan escasos segundos para que empiece a despejar esa incógnita, pues su jefe acaba de golpear con los nudillos en la puerta cerrada de su despacho para anunciar su llegada.

—Adelante —dice Lara en voz alta, lo que lleva a Julián a abrir la puerta a medias y asomar por el resquicio que se crea.

—Hola, Lara —saluda Julián—. ¿Estás libre ahora?

Es una pregunta más bien retórica, pues han acordado previamente que despejaría su agenda y estaría disponible para lo que Julián cree que va a ser una presentación entre dos personas que no se han visto jamás. Lara no le ha confesado su secreto. Es una jugada arriesgada, pues Dani puede desmontar su farsa delante de su jefe a las primeras de cambio. Lara cuenta con hacerse la despistada llegado el caso.

—Sí, lo estoy —contesta ella, levantándose de la silla y acercándose a la entrada.

Julián abre la puerta de par en par e invita a su acompañante a que penetre antes que él en la estancia. Lara respira hondo y esboza la mejor sonrisa de bienvenida de la que es capaz. Está nerviosa, pero menos de lo que se esperaba. Quizá porque, en vez de desasosiego, lo que está experimentando es una curiosa excitación.

Físicamente, Daniel Beltrán no ha cambiado mucho. Como ya pudo apreciar en la foto de su currículum, lleva el pelo bastante más corto. No parece que sea una cuestión de escasez, sino que más bien se trata de una elección voluntaria. Ha ganado peso, pero sigue siendo un hombre esbelto, señal de que se ha estado cuidando. En

su rostro de forma triangular se pueden vislumbrar los mismos rasgos de siempre: las cejas inclinadas hacia arriba, la nariz delgada y recta y una boca de labios finos. La mayor novedad es la poco frondosa barba que ocupa los laterales y la parte inferior de su cara.

Lara no sabe si Julián le ha facilitado a Dani su nombre y apellidos. Y también ignora si a su antiguo compañero de trabajo y amigo le ha bastado con esa información para reconocerla. Constata que no ha sido así al establecer por primera vez contacto visual con él y contemplar su genuina sorpresa al descubrir su identidad.

—Ella es Lara Mateos —la presenta Julián—. Se va a encargar de la coordinación editorial de tu novela, como te he explicado antes.

Lara le concede a Dani tres larguísimos segundos para que decida si va a hacerle saber a Julián que ambos tienen un pasado en común. Como su nuevo cliente no da muestras de ser capaz de superar por sus propios medios el estupor que le ha producido toparse con Lara, ella toma la iniciativa antes de que ese incómodo silencio despierte las sospechas de su jefe.

—Encantada, Daniel —le dice, ofreciéndole su mano derecha.

Él mira su extremidad como si se hubiese criado lejos de la civilización y no comprendiese el significado de ese gesto. Finalmente, consigue reaccionar y se la estrecha. Es un apretón firme, a pesar de que todavía sigue algo confundido.

—Igualmente.

Lara le mira fijamente, enviándole mentalmente el mensaje de que solo van a tener que seguir con esa pantomima un poco más. Su predicción no puede ser más acertada.

—Bueno, pues yo me marcho para que os podáis conocer mejor y para que Lara te explique más detenidamente todo lo que viene a continuación —indica Julián—. Te aseguro que te dejo en las mejores manos, Daniel.

A Lara le asalta una sensación repentina de haber pasado por eso mismo muy recientemente. Es prácticamente la misma frase que empleó Julián cuando le presentó a Rocío Peralta. Lara ruega en silencio para que el resultado no sea el mismo que el que obtuvo con la joven autora.

Nada más comprobar que su jefe ha cerrado la puerta al salir, Lara retoma la palabra.

—Veo que me has reconocido.

Dani asiente con la cabeza varias veces, muy despacio, sin dejar de observarla como pasmado.

—Cuánto tiempo —dice él.

—He hecho la cuenta —le informa ella—. Veinticuatro años y cinco meses.

—Vaya —murmura él—. De repente me siento muy viejo.

Dani sonríe de un modo que transporta a Lara hacia ese pasado tan amargo que solo el paso de innumerables estaciones ha podido dulcificar un poco.

—Pues estás igual —comenta ella—. Y no lo digo porque ahora vaya a trabajar para ti.

—Tú tampoco has cambiado mucho —opina él—. Y no lo digo porque ahora vayas a ser mi editora.

Lara no está de acuerdo con él. Cree que su embarazo, que no fue nada sencillo, y sus altibajos con el tema del peso, así como todo lo relacionado con el deterioro y la disolución final de su matrimonio, se han cobrado un precio sobre su cuerpo. No es que considere que aparente más edad de la que tiene. Pero tampoco menos, como es el caso de Dani. Se pregunta si su estupendo estado de conservación se debe a que ha llevado una vida más tranquila que la suya.

—Todavía no me creo que seas tú —le confiesa él, regalándole otra sonrisa.

El reencuentro inicial está siendo de lo más alentador para Lara. Lo que viene a confirmar esa teoría que dice que los peores temores que le florecen a una suelen ser infundados la mayoría de las veces. Se promete a sí misma recordárselo la próxima vez que se agobie preventivamente por un problema inexistente.

Aun así, es consciente de que tarde o temprano tendrán que hablar sobre lo que sucedió durante el breve pero intenso periodo en el que fueron amigos, y en el que cerca estuvieron de convertirse en algo más. Si lo mira con perspectiva, puede que incluso sea algo imprescindible para ella, como si se tratase de un asunto que no

sabía que tenía pendiente, y el hecho de no haberlo resuelto todavía le impidiese superar lo que pasó. Lara alberga la esperanza de que, cuando ese momento llegue, hayan estrechado lazos lo suficientemente fuertes como para que no peligre su puesto de trabajo.

—¿Te apetece que nos sentemos? —propone ella, señalando en dirección a una pequeña mesa redonda que hay en una esquina de su despacho.

—Muy bien —accede él.

Lo normal habría sido tener esa conversación con Dani en una de las dos salas de reuniones que hay en las oficinas. Pero la única que quedaba libre es la misma en la que espantó a la *youtuber*, y Lara es de esas personas que cuando les preguntan si son supersticiosas dicen que no, pero que sí lo son en cuanto se las pone a prueba.

—¿Llevas mucho trabajando aquí? —le pregunta Dani nada más acomodarse los dos frente a frente.

Antes de contestarle, Lara le echa un vistazo rápido a las manos entrecruzadas que Dani apoya sobre la superficie de la mesa. En ninguno de los dedos lleva un anillo. Lara trata de ignorar la satisfacción que le produce su descubrimiento recordándose que se ha propuesto ser lo más profesional posible.

—Unos… dieciséis años ya —calcula ella sobre la marcha.

—Es mucho.

—Sí que lo es. Aunque primero empecé como correctora, antes de que me ofreciesen mi puesto actual.

—¿Y lo de ser crítica literaria? —dice Dani—. ¿Has seguido con ello?

A Lara le sorprende gratamente que se acuerde de aquello. Ella misma llevaba siglos sin pensar en su breve incursión en ese mundillo.

—Lo dejé en cuanto terminé la universidad.

—Filología, ¿no?

—Exacto —asiente ella—. Y yo he visto que tú terminaste Trabajo Social.

—Tardé más de lo normal en sacarme la diplomatura, pero sí.

Lara reprime el impulso de preguntarle a qué se debió ese retraso. No es que sea una información demasiado relevante para ella, pero de repente le ha entrado una inmensa curiosidad por conocer cada dato relacionado con la vida que ha llevado Dani desde que sus caminos se separaron, por insignificante que sea.

—¿Y cómo es que te ha dado por escribir una novela? —pregunta Lara.

—Pues porque me rompí la tibia.

—¿Perdona?

Dani sonríe antes de aclarar su extraña respuesta.

—Hace unos años me lesioné jugando al fútbol y no me quedó otra que quedarme en casa de baja durante unas cuantas semanas. Como me aburría mucho, mi novia me sugirió que escribiese para entretenerme. A pesar de que me gusta mucho leer, yo creía que no iba a ser capaz de escribir nada. Pero resulta que me equivocaba. En lo que más tardé fue en dar con una idea para el libro, pero en cuanto se me ocurrió, fue todo más rápido de lo que pensaba.

Escuchar que Dani está con alguien le produce una decepción que Lara intenta disimular con una sonrisa demasiado exagerada. El hecho de que la actual situación sentimental de Dani vaya a evitarle ciertas distracciones le aporta un débil consuelo.

—Les enseñé el borrador a varias personas. Les gustó y me animaron a que lo enviase a alguna editorial. Lo hice, pero ninguna se interesó en publicarlo. Eva, mi novia, me dijo que lo presentara a algún premio literario, por probar algo diferente. —La nueva mención a su pareja le arranca otra mueca igual de artificial que la anterior a Lara—. Y así es como mi novela llegó hasta vosotros.

Aunque *La risa de Najma* no había ganado el concurso organizado por la editorial, Julián había decidido apostar por ella. Hacía tiempo que no invertían en autores noveles que no fuesen personas conocidas, como los creadores de contenido para redes sociales de los que llevaba una temporada encargándose en exclusiva Lara, hasta su tropiezo con Roccialta. A su juicio, que su jefe haya decidido hacer una excepción con Dani dice mucho de la calidad y del potencial de la obra de su antiguo compañero de trabajo.

—Me hizo muchísima ilusión que os pusierais en contacto conmigo. La verdad es que todavía no me lo he terminado de creer —admite él abiertamente.

Hay una expresividad en sus rasgos que no estaba allí cuando Lara le conoció siendo un veinteañero. Es quizá el cambio más notable que ha percibido en él hasta el momento. Se pregunta si a lo mejor lo que sucedió entre ellos fue un factor que influyó en que dejase de ser tan inescrutable. También se cuestiona si él estará notando algo diferente en ella. Ya sea para mejor o para peor.

—Créetelo, porque lo has conseguido —dice Lara—. Y no es nada fácil, sobre todo teniendo en cuenta que es lo primero que escribes.

—Lo sé. Por eso me está constando tanto asumirlo.

—Ya has hecho lo más difícil, Dani, que es crear un relato tan emocionante y auténtico como es el de Najma y Darío, y confiárselo a las personas adecuadas. Ahora solo falta darle el toque final y hacérselo llegar a la gente para que lo disfrute tanto como lo he hecho yo.

—¿De verdad te ha gustado?

—Mucho.

Está siendo totalmente sincera. La historia de la refugiada afgana y el trabajador social al que encargan la misión de buscarle un hogar ha logrado conmoverla casi desde el principio. La forma de escribir de Dani es sencilla y directa. Puede que no tenga la habilidad literaria de un escritor más experimentado, pero lo compensa con una gran capacidad para describir los sentimientos y emociones de los personajes, y para lograr involucrar al lector en la trama a través de ello. Es evidente que se ha valido de sus propias vivencias personales —Darío es su *alter ego*, salta a la vista—, pero luego ha sabido plasmarlas a la perfección en cada página. Que se trata de una novela que ha escrito desde el corazón es algo que nadie le puede negar.

—Y estoy segura de que le va a gustar a un montón de gente más —señala ella.

—Eso espero.

—Ya verás como sí.

Es más un deseo que una predicción, pero una parte importante de la labor de Lara es mantener motivados a los autores. A pesar de que en su vida privada no ha sabido manejarse en general con optimismo, sí que se le ha dado especialmente bien inculcárselo a los escritores con los que ha colaborado. «Consejos vendo que para mí no tengo», que diría su abuela Luisa. Si al final la despiden, cree que con las habilidades que se ha visto obligada a desarrollar a lo largo de su trayectoria laboral, la mejor opción sería buscarse un trabajo de psicóloga.

—¿Hay que empezar ya, o podemos seguir poniéndonos al día? —pregunta Dani, sacándola de sus pensamientos.

—Tenemos tiempo para las dos cosas —responde Lara, a la que en realidad le apetece más lo segundo que lo primero.

—¿Qué ha sido de ti durante todos estos años? —quiere saber Dani—. Aparte de lo de tu trabajo.

Lara preferiría que se hablase más de él que de ella, pero entiende que para recibir a veces hay que dar primero.

—Me casé, tuve una hija y luego me divorcié —le resume ella, que ve innecesario entrar en más detalles.

—¿Cómo se llama tu hija?

—Ruth.

—¿Y cuántos años tiene?

—Demasiados —bromea ella.

Dani ríe su ocurrencia. Ese sonido la transporta de nuevo al pasado, al día en el que acudió con toda su pandilla de los multicines a un karaoke después del trabajo. Fue uno de los mejores momentos que compartió con Dani y el único en el que le vio soltarse un poco.

—Dieciséis recién cumplidos —le informa Lara.

Echa mano de su móvil y le enseña una foto en la que están las dos juntas, que se hicieron precisamente el día de su último cumpleaños.

—Tiene tu sonrisa —comenta Dani.

—Se parece bastante más a su padre —confiesa ella—. Físicamente —matiza de inmediato—. ¿Tú tienes hijos?

—No —contesta él con rotundidad.

Lara se queda callada, dándole la oportunidad de que elabore un poco más su respuesta. No lo hace. De repente, vuelve a ser el Dani que ella conoció. Serio e indescifrable.

—Yo hay días que me pregunto en qué estaría pensando cuando la tuve —dice Lara, apagando su teléfono y depositándolo sobre la mesa.

—Ya. Me lo imagino —se solidariza él—. Tengo una sobrina que va a cumplir quince este verano, así que sé a lo que te refieres.

Lara no se acuerda muy bien de si Dani tenía uno o más hermanos. Mucho menos de sus nombres.

—Dales ánimos de mi parte a sus padres —dice Lara.

—Lo haré.

A Lara le da la impresión de que él se ha retraído de pronto. Es posible que simplemente vuelva a ser él mismo, y que haya sido la sorpresa que le ha causado toparse con ella lo que le ha llevado a bajar sus defensas y a comportarse de un modo distinto al habitual. «No —se corrige mentalmente—. Ha sido cuando le he preguntado si tenía hijos cuando su actitud ha cambiado». Al comienzo de *La risa de Najma*, la mujer del protagonista acaba de perder al hijo del que estaba embarazada de veinticinco semanas. Lara se pregunta si ese puede ser también uno de los episodios biográficos que ha introducido Dani en su libro. Sea ese o no el caso, está claro que charlar sobre temas personales ha afectado negativamente al buen ambiente que se había creado entre ellos al principio.

—Seguro que vamos a tener tiempo para seguir actualizándonos más adelante —interviene Lara para tratar de reconducir la situación —. Así que, si te parece bien, te explico un poco todos los pasos que vamos a seguir para convertir tu novela en el *best seller* del año.

—Me parece bien.

Cuarenta minutos más tarde, ya finalizada su reunión con Dani, Lara reflexiona en la soledad de su despacho sobre qué tal ha ido todo. La primera conclusión a la que llega es que la cosa ha salido mucho mejor que con Rocío Peralta. Lo que no era demasiado complicado, todo hay que decirlo. La segunda es que tiene motivos suficientes como para no temer ya tanto por su futuro laboral más inmediato. Aunque el entusiasmo inicial de Dani se ha diluido al

abordar cuestiones más íntimas, lo cierto es que, al redirigir la conversación hacia el terreno de lo profesional, su disposición ha mejorado considerablemente. Ha sido como ver asomar el sol tras el paso de un nubarrón gris. Otra buena noticia es que han logrado eludir el espinoso asunto del abrupto final de su amistad años atrás. Por mucho que necesite cerrar esa herida, considera que todavía es temprano para agitar ese avispero. Ahora que las peores expectativas sobre su reencuentro no se han cumplido, se merece disfrutar todo lo que pueda de esa sensación tan placentera que la invade.

—Esto pinta bien —se anima a sí misma en voz alta.

# Capítulo 14
## EL MÁS MISTERIOSO

¿Tenéis algún recuerdo del verano del 2002? Yo sí. Uno muy bueno y uno muy malo. Perdí a alguien que era muy importante para mí, pero al día siguiente de su funeral conocí a la persona que hace que tenga sentido levantarme de la cama cada mañana. La vida a veces tiene estas cosas. Te da lo que más quieres, pero a cambio se cobra el precio que a ella le da la gana, sin ofrecerte al menos la oportunidad de regatear un poco. O de poder financiar el pago.

Pero estoy divagando.

Aquí la importante es Lara. Es a ella a quien elegí de entre todas las clientas que entraron aquel día en el supermercado. Es mi privilegio como la persona que está narrando esta historia, ¿no os parece? ¿Que si tengo algún motivo para haberla escogido a ella en lugar de a Paz, a Gabriela, a Miriam o a Yolanda? Por supuesto que sí. De todas ellas es con quien más me identifico, por ejemplo. Hay otras razones, pero no vienen al caso.

Ya estoy divagando otra vez. Lo siento.

Lara salió tan escaldada de lo que sucedió aquella noche de fin de año con Roberto y Dani, que acabó harta de los tíos. Desde ese día, cerró su corazón a cal y canto, ignorando a todo aquel que se atrevió a tocar en la puerta pidiendo permiso para entrar. Al principio, pensó que no tardaría en recaer; tan escasa era la fe que tenía en su fuerza de voluntad. Pero, con el paso de los meses, cada

vez se fue convenciendo más de que no estaba preparada para meterse en otra relación. Para Lara solo existían dos tipos de chicos: los que eran tan fríos como una bolsa de hielo abandonada durante años en el rincón de un congelador, y los que ardían tanto que te quemaban la piel incluso a metros de distancia. Había probado suerte con los dos, y con ninguno le había ido nada bien. De existir alguna excepción, estaba convencida de que no tendría la suerte de cruzarse con ella.

Dos años y medio después, ha logrado mantenerse firme en su decisión de seguir con su dieta sentimental. No ha sucumbido a ninguna de las innumerables tentaciones que se le han presentado. Es cierto que ha tenido algún que otro rollo de una noche, pero se dice a sí misma que no cuentan porque iba muy borracha. Esos escarceos siempre han sido con completos desconocidos, gente anónima con la que las posibilidades de un reencuentro estuvieran situadas entre cero y nada.

Está especialmente orgullosa de haber esquivado una bala en concreto: la de un compañero de clase en la universidad que parecía ser un príncipe salido de un cuento, pero acabó siendo el malo de una película de terror. Está convencida de que, si fue capaz de resistirse a sus encantos, significa que podrá con cualquiera. Esa supuesta capacidad suprema de autocontrol está a punto de enfrentarse a una auténtica prueba de fuego, en la forma de un viaje a Ibiza con sus amigas de la facultad con el que van a celebrar su graduación. Tres de ellas, incluida Lara, superaron el último curso el año anterior, pero como a la cuarta no le fue posible hacerlo, se solidarizaron con ella y pospusieron su viaje hasta que también terminase la carrera.

Dos de sus compañeras de aventura, Sara y Aurora, están también solteras. A diferencia de Lara, su situación no responde a una decisión voluntaria. A la primera la acaba de dejar su novio, mientras que Aurora es víctima de un amor no correspondido por el que todavía no ha tirado la toalla, por lo que no tiene ojos para nadie más. Tan solo la última de las cuatro, Judit, tiene pareja. Lleva saliendo ininterrumpidamente con Sergio desde el instituto, y son los favoritos en todas las apuestas de su entorno para ser los primeros

en irse a vivir juntos, casarse, tener hijos y abrirse un plan de pensiones privado. Sergio es el único chico que conoce Lara que no puede incluirse en ninguna de las dos categorías en las que ella divide al género masculino. Le ve como alguien irrepetible, como una especie de unicornio cabalgando elegantemente en medio de una manada de hienas.

La actitud con la que cada una de ellas afronta el viaje es muy distinta. Sara va dispuesta a arrasar con todo y con todos. Ha leído que la mejor manera de superar una ruptura es desfasar. Quiere comprobar cuanto antes si es cierto eso que dicen de que un clavo saca otro clavo, por lo que su plan es pasarse toda la semana dando martillazos. Luego está Aurora, que viene a ser algo así como la sombra de Sara. Una fiel discípula que hace todo lo que su maestra le propone. No va tan desbocada como su amiga, pero hará todo lo posible por no quedarse atrás. La siguiente, Judit, es a la que menos le emociona el plan que han organizado. Ella hubiese preferido una alternativa más modesta. Una escapada de fin de semana a una casa rural, por ejemplo. Así no tendría que alejarse tanto de su querido Sergio. Pero no se ha atrevido ni siquiera a sugerirlo, sobre todo teniendo en cuenta que las demás la han estado esperando durante todo un año para poder celebrar la finalización de sus estudios universitarios.

Por último, tenemos a Lara.

Ella no encaja en ninguno de esos tres perfiles. Sus expectativas no van más allá de divertirse con sus amigas y ponerse morena. Su idea, más bien, es verlas venir. De hecho, se ha propuesto en secreto actuar un poco como la guardiana de las demás, aunque sospecha que Judit va a ejercer ese rol también. Lo que pasa es que con Judit no se puede estar segura. El noventa y nueve por ciento del tiempo se comporta como una buena chica, sensata y responsable. El uno por ciento restante obedece a un momento concreto en el que se salió del personaje y las dejó a todas boquiabiertas. Como el incidente tuvo lugar justo cuando salieron a tomar algo sin la compañía de Sergio, Sara opina que fue el modo mediante el cual su amiga liberó toda la energía fiestera que se le había ido acumulando a lo largo de todos esos fines de semana

caseros que compartía con su novio, que eran la inmensa mayoría. Ha pasado mucho tiempo desde esa última vez que cedió ante su lado oscuro, por lo que sus amigas vaticinan que ya le va tocando purgarse de nuevo. Y qué mejor ocasión que la que ofrece un viaje a Ibiza.

La primera noche ha servido un poco como toma de contacto para todas menos para Sara, que no va a dejar pasar ni una sola oportunidad para darlo todo allí donde vayan. Ni siquiera la consiguiente resaca mañanera que está padeciendo le va a hacer replantearse su estrategia.

—Vamos a tener que turnarnos para vigilarla —sugiere Judit mientras desayuna con Aurora y Lara, aprovechando que Sara sigue durmiendo la mona en su habitación del hotel.

Se dirige más bien a Lara, pues sabe que Aurora no tardará mucho en unirse a la causa de su mentora.

—Pues cuando te toque a ti se nos va a escapar seguro —dice Aurora—. Te has pasado toda la noche mirando al móvil, tía.

—¿Yo? —dice Judit.

—Sí, tú —la acusa Aurora—. No sé cómo no te has arruinado ya con todos los SMS que le mandas a Sergio.

—No son tantos.

—Déjame tu móvil y lo comprobamos —propone Aurora.

Judit se abalanza sobre su flamante Samsung con tapa y pantalla a color, porque sabe que, si no lo pone a buen recaudo, su amiga se lo quitará para cotillear sus mensajes. Ha hecho bien, pues puede leer perfectamente en los ojos color avellana de Aurora que esa era precisamente su intención de no haberse adelantado ella con tanta rapidez. Lara decide echar mano de su Nokia por si acaso, no vaya a ser que Aurora quiera consolarse hurgando en su dispositivo.

—Lo más fuerte de todo es que seguro que eres tú la que le estás controlando a él —apunta Aurora.

—Yo no le controlo —se defiende Judit—. Ni él a mí.

—Lo de él me lo creo, porque es un santo, el pobre —dice Aurora, recogiéndose su larguísima melena azabache en una cola de caballo —. Pero tú seguro que no duermes pensando en qué estará

haciendo. Y eso que sabes que se va a pasar toda la noche jugando con la consola que le regalaste.

—Pero ¿qué te pasa a ti conmigo hoy? —se queja Judit.

—Es envidia —interviene por primera vez Lara—. Ya le gustaría a ella estar todo el rato recibiendo mensajitos de su Julen.

—Julen es historia, tía —miente Aurora—. Pasa de mí, así que yo voy a pasar de él.

—Sí, claro —dice Lara—. Por eso te has apuntado al mismo gimnasio al que va él.

—Eso ha sido casualidad.

—Venga, tía, pero si te pilla en la otra punta de la ciudad —dice Lara.

—Así hago más ejercicio para llegar hasta allí —argumenta Aurora.

—Sí, claro —se ríe Lara.

Su boca se abre en un bostezo descomunal del que enseguida se contagian sus dos acompañantes. No ha dormido muy bien por culpa de una pesadilla de la que ya apenas recuerda nada. Tan solo que en ella aparecía una profesora de francés que tuvo aquel año que estudió el idioma en una academia de su barrio. Había sido idea de su madre que se apuntase, pero al final Lara había abandonado al poco tiempo de empezar, como sucedía con muchos de los proyectos que emprendía empujada por Jimena.

Tras desayunar, bajan a la piscina porque no les apetece ir hasta la playa. Sara hace acto de presencia casi cuando están recogiendo para ir a comer. Su cara redonda de rasgos casi infantiles, tales como una nariz pequeña y respingona, le da un aire de inocencia que nada tiene que ver con su verdadera personalidad. Por la forma en que las mira cuando las saluda, todas sus amigas anticipan que su cerebro está tramando alguna maldad. No tardan mucho en descubrir que estaban en lo cierto.

—Cambio de planes para esta noche —les anuncia nada más sentarse en una de las tumbonas de las que se han adueñado.

Se suponía que iban a visitar un sitio llamado Amnesia, una de las discotecas más famosas de la zona. Si la alternativa que les va a ofrecer Sara es más económica, el poder ahorrarse el precio de la entrada es algo que a Lara le suena de maravilla. No lleva ni dos

días en Ibiza y ya se ha gastado bastante más de lo que esperaba a esas alturas del viaje. A lo caro que está todo allí hay que sumarle el redondeo por la conversión al euro del que numerosos negocios se están aprovechando descaradamente para ganar más dinero. Lara se pasa el día usando la calculadora de su Nokia para hacerse una idea de la equivalencia en pesetas de todos sus pagos, y siempre recibe malas noticias al obtener el resultado. Al ritmo que lleva, el presupuesto con el que cuenta se le va a agotar mucho antes de lo previsto.

—¿Os acordáis del tío con el que estuve hablando ayer? —les pregunta Sara.

«¿Cuál de los doscientos?», piensa Lara.

—Sí —dice Aurora, siempre lista para complacer a su ama.

—No —responde simultáneamente Judit.

—Sí, tía —dice Sara—. El guiri con la camisa blanca y el collarcito de cuentas.

—Ni idea.

—Bueno, da igual —dice Sara—. Lo importante es que me invitó a una fiesta superexclusiva en un sitio que se llama Can no sé qué. O Caló no sé qué. No me acuerdo bien.

—Ah, genial. Seguro que no tiene pérdida —dice Judit.

—Me dio una tarjeta con la dirección, ¿vale? Viene un mapa y todo —les explica Sara.

—¿Y te invitó solo a ti? —quiere saber Lara.

—Le pregunté si podía llevar a mis tres guapísimas e interesantísimas amigas y me dijo que sí, que cuantas más mejor.

Lara, como toda buena mujer paranoica e insegura que se precie de serlo, se imagina inmediatamente que van a acabar siendo víctimas de alguna siniestra organización dedicada al tráfico de personas y órganos.

—Pues muy exclusiva no debe ser la fiesta cuando van invitando a cualquiera y encima te dicen que lleves a quien te dé la gana —comenta Judit, que se fía todavía menos que Lara.

—Perdona, pero yo no soy cualquiera —se hace Sara la digna.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Y es gratis? —pregunta Lara—. A ver si al final nos va a costar más que ir a Amnesia —se teme, dejando claro cuál es el factor determinante para ella, más incluso que la posibilidad de acabar siendo vendida por partes a un puñado de ricachones sin escrúpulos.

—No hay que pagar entrada. Y encima hay barra libre de bebida y comida —les asegura Sara.

—Pues habrá que apuntarse, ¿no? —dice Aurora, para sorpresa de nadie.

—Va a ser la caña —sentencia Sara, dando la cuestión por decidida.

Ni Judit ni Lara ofrecen más resistencia, por lo que unas horas más tarde están descendiendo del taxi que las ha llevado hasta la zona oeste de la isla, muy cerca de un pueblo llamado San José. La lujosa colección de coches que hay aparcados delante de la casa y la fastuosidad de esta despejan cualquier duda que albergase Lara acerca de la exclusividad del evento.

Tras entregar la tarjeta que le dieron a Sara a un par de voluminosos porteros embutidos en trajes veraniegos de color beis, acceden a una carpa que han instalado en la entrada de la vasta parcela. Allí son atendidas por una de las tres mujeres que se están encargando de recibir a los invitados. Es una altísima chica de piel negra cuya vestimenta debe de costar mucho más que las de las cuatro chicas juntas. La azafata les da la bienvenida y a continuación le entrega a cada una de ellas una máscara que retira de una estantería repleta de ellas. Todas simulan el rostro de un gato y cubren tan solo la parte superior de la cara, desde la nariz hasta la frente. Cada una tiene un diseño único. La de Sara es completamente negra, excepto por unas líneas rosas que hacen las veces de pestañas y por un símbolo con forma de tridente del mismo color que hay dibujado en el centro de la frente. La de Aurora es dorada y está cubierta de purpurina. También se ve un símbolo en el mismo lugar que el de Sara, pero en su caso son tres ondas horizontales paralelas. La de Judit es blanca y está recubierta por una capa de terciopelo muy suave. Su símbolo son dos triángulos puestos uno encima del otro, formando un reloj de arena. La que le han facilitado a Lara posee una superficie grisácea y angulosa. La

parte que rodea los ojos está decorada con motivos florales de color azul y amarillo, y sobre ellos se ve una figura que representa una mano humana completamente abierta.

—Una vez que entréis solo hay dos reglas —les dice la chica—. La primera es que debéis llevarla siempre puesta —les explica, tocando ligeramente la máscara que le ha facilitado a Sara—. La segunda tiene que ver con vuestro símbolo.

Les cuenta que cada símbolo aparece en tan solo dos de las máscaras que están repartiendo a los invitados. Y que su objetivo será dar con la persona que lo lleva y averiguar todo lo posible sobre ella.

—¿Es como una especie de juego? —pregunta Aurora.

—Algo así.

«Casi hubiese preferido que fuesen ladrones de órganos», piensa Lara, a la que no le apetece demasiado socializar con nadie que no sean sus compañeras. Por la reacción de las demás, es evidente que a ellas sí que les ha entusiasmado la idea. «Creo que voy a pasar de la regla número dos y a cruzar los dedos para que a quien le haya tocado mi símbolo haga lo mismo», se propone Lara.

Una vez fuera de la carpa, Sara sugiere que recorran juntas tanto el interior de la casa como los terrenos que la rodean para hacer tiempo hasta que lleguen todos los invitados, antes de separarse e ir en busca de sus misteriosos gemelos de símbolo. Nadie le pone pegas a su plan de acción, así que comienzan a explorar la villa en la que van a pasar la noche.

La sección frontal, precedida por una amplia pradera de césped perfectamente cuidado, está dominada por un interminable porche que atraviesa el eje central del edificio principal y progresa hacia la parte trasera de la vivienda, como si fuese un túnel. En lugar de continuar en esa dirección, el grupo gira hacia uno de los laterales. Allí se topan con un comedor exterior en cuyo centro hay una larguísima mesa llena de bandejas con comida de lo más apetitosa, protegida por un velador. Bajo una pérgola situada en las proximidades, hay un par de personas que llevan delantales y gorros de cocina y están preparando todavía más delicias. Por medio de una escalera de piedra se llega hasta una zona superior, en la que

destaca un gran árbol de copa muy frondosa. Alrededor de él hay tres pilares hechos de madera, con relieves de formas geométricas labrados en su superficie. Estas columnas sirven de soporte para tres anchas y cómodas hamacas que también están enganchadas al tronco del árbol.

Ya que están allí deciden probar alguno de los manjares que tienen a su alcance, antes de proseguir hacia la parte trasera de la villa que vislumbraron antes. Allí también hay dos áreas diferenciadas, pero de mayores dimensiones. En la más cercana al porche hay una piscina gigante de forma rectangular. De cada una de sus cuatro esquinas parten sendas plataformas elevadas amuebladas con mesas, tumbonas y bancos. Descendiendo por una escalinata se llega a la segunda área. Es un vasto mirador con vistas al mar que se ha convertido en una discoteca para la ocasión. Hay instalada una enorme barra para servir bebidas, y en uno de sus extremos se ve a una joven DJ con el pelo oxigenado pinchando música.

Lara y sus acompañantes aprovechan para pedirse la primera copa de la velada antes de proseguir su recorrido. El otro lateral de la residencia consiste en un pequeño jardín con palmeras. Al igual que el resto de los sectores exteriores que han visitado, está iluminado por pequeños faroles de estilo oriental, ubicados en el suelo o colgados de cualquier soporte u objeto disponible para ello. También se ven por todos lados pequeños grupos de personas debidamente enmascaradas, aunque ninguna de ellas porta los símbolos asignados a las cuatro jóvenes. Muchos de los presentes parecen extranjeros. Su aire exótico y la elegancia de su vestimenta provocan que Lara se sienta completamente fuera de lugar.

Desde allí cruzan una inmensa puerta acristalada para penetrar en el interior de la vivienda. La planta baja es una interminable sucesión de salas de estar, salones y baños, aunque lo que más llama la atención de Lara es una desmesurada cocina. El mobiliario es muy moderno y las paredes están abarrotadas de cuadros de arte tan abstracto que a Lara le da dolor de cabeza intentar descifrar el contenido de algunos de ellos.

En el siguiente piso están las habitaciones. Son tantas y tan grandes, que Judit bromea diciendo que si se quedan a pasar el resto de sus vacaciones en una de ellas es muy posible que nadie se dé cuenta de ello. Hay un tercer nivel que es más pequeño que los otros dos, pero la puerta doble que da acceso al mismo está cerrada. La escalera interior por la que han estado ascendiendo hacia los demás niveles continúa un poco más hacia arriba, conduciendo hasta una azotea que hace las veces de solárium. Desde allí se contempla una panorámica del Mediterráneo todavía más espectacular que la del mirador, y se pueden apreciar con más claridad los dos islotes que hay cerca de la costa.

—Qué puta pasada, tías —dice Sara.

Es un buen resumen de todos los comentarios de admiración y asombro que han ido sucediéndose durante todo el tiempo que han tardado en completar su exploración inicial de la apabullante villa.

—No me quiero ir de aquí nunca —declara Aurora.

—Yo igual —comenta Sara—. Hasta me conformaría con dormir en una de las hamacas de abajo, si no hay un cuarto libre para mí.

—Igual el dueño de la casa tiene tu símbolo y le puedes convencer para que te deje quedarte —sugiere Lara.

—Ojalá —suspira Sara.

—Sea quien sea el que te toque, seguro que es alguien que está forradísimo —augura Judit.

—O forradísima —apunta Lara.

—Como mínimo tenemos que conseguir que nos inviten a otra fiesta como esta —se marca como objetivo Sara.

—A mí me basta con que no se piensen que me he colado y me echen —bromea Judit.

Al acercarse a uno de los bordes de la azotea, Lara se percata de un detalle que le había pasado desapercibido en su momento. Las palmeras del jardín por el que han deambulado antes están colocadas de tal manera que componen una perfecta espiral. Y la que ocupa el centro de la formación está coronada por una figura de porcelana que representa a una mujer ejecutando un paso de baile apoyada en una sola de sus piernas.

Desde su posición, también comprueban que ya ha llegado mucha más gente que la que había cuando aparecieron ellas.

—Bueno, chicas —dice una emocionada Sara—. Vamos a la caza del millonario.

Lara no comparte su ansia por participar en el juego de las máscaras. No sabe muy bien por qué, pero su estado de ánimo no es nada propicio para la ocasión. Su apatía es tal, que durante todo el tiempo que han dedicado a inspeccionar la finca ha estado muy pendiente de localizar algún rincón apartado en el que poder refugiarse para que nadie la encuentre. Cree haber dado con uno, pues un poco más allá del gran árbol rodeado de los pilares de madera ha visto que se levanta una caseta que tiene toda la pinta de ser un almacén de herramientas de jardinería y mantenimiento. Duda mucho que alguien se detenga por allí, teniendo en cuenta la abundancia de alternativas mucho más glamurosas.

Está a punto de revelarle su hallazgo a Judit, por si ella tampoco está muy por la labor y la quiere acompañar a su escondite. Pero su amiga se le escapa antes de que pueda hacerlo, rumbo a un lugar enigmático al que se dirige como si tuviese prisa por llegar. También Lara la tiene, aunque en su caso es por esfumarse, por lo que camina a paso ligero y con la cabeza gacha hacia su destino. Se pasa todo el trayecto temiendo que alguien la detenga al reconocer el símbolo que lleva en la frente, pero afortunadamente llega sana y salva a las inmediaciones de la caseta.

Al rodearla, descubre que en su parte posterior arranca un camino de tierra que desciende trazando una curva muy pronunciada hacia un sitio que desde las alturas han podido vislumbrar. Movida por la curiosidad —y también por la esperanza de que la lleve hasta un emplazamiento donde todavía le sea más fácil pasar desapercibida —, lo recorre.

Sus pasos la llevan hasta un reducido espacio rodeado de unos paneles hechos por lo que parece bambú, en el que todo el suelo está cubierto de una multitud de diminutas piedras blancas. En el centro hay una estatua metálica de un Buda adoptando su clásica postura de meditación. Delante de ella hay un cuenco que contiene una gran vela encendida, seguramente la responsable del intenso y

peculiar aroma a sándalo que inunda las fosas nasales de Lara nada más llegar. Nuestra protagonista habría podido dedicar algo más de tiempo a estudiar su entorno si no fuese porque descubre que no está sola.

Dándole la espalda hay un hombre de elevada estatura, que lleva su pelo rubio recogido en un moño alto. Va vestido con un pantalón marrón claro y una camisa de lino que lleva arremangada, bajo la que se intuye una musculatura bien esculpida.

El tipo se gira lentamente hacia ella.

Antes de que complete su movimiento, Lara tiene un presentimiento acerca de lo que se va a encontrar dibujado en su máscara de gato de color rojo. Efectivamente, se trata de una mano humana completamente abierta.

«No me lo puedo creer», piensa sin molestarse en calcular la ridícula probabilidad que había de que se diese esa tremenda conciencia. Ella, que se ha afanado todo lo posible por evitarlo, seguramente ha dado con su gemelo de símbolo mucho antes que sus amigas.

Ve como la mirada azul del desconocido se desplaza hacia la parte superior de su máscara, y como a continuación esboza una sonrisa de reconocimiento, por lo que considera que ya es demasiado tarde para una retirada.

—Qué suerte —dice él.

Su acento escandinavo confirma lo que su aspecto ya proclama. Visto de frente, su cuerpo es todavía más impresionante. Si a Lara le dijesen que acaba de desembarcar de un barco vikingo, no le extrañaría nada.

—Sí, es increíble —dice Lara, expresándose con menos alegría que él.

—A no ser que me hayas… seguido —dice él.

Ha tardado en dar con la palabra que buscaba, pero por lo demás habla un castellano bastante decente.

—No, no —niega Lara vehementemente—. Ha sido casualidad.

—¿Seguro? —pregunta él burlón.

—Seguro.

Se quedan unos segundos mirándose mutuamente, hasta que él toma la iniciativa y se presenta.

—Me llamo Patrik.

—Yo soy Lara.

Aunque la mitad de su rostro permanece oculto, ella le echa unos treinta años más o menos. Nunca se le ha dado demasiado bien lo de estimar la edad de la gente, de todas formas.

—¿De qué conoces a Hanna? —pregunta él.

—Eh…, pues… —vacila Lara—. Es que no sé quién es Hanna —se rinde.

—La dueña de la casa.

—Ah, vale —dice Lara—. ¿Y tú de qué la conoces? —trata de mandar la pelota a su tejado.

—Es mi tía —contesta él.

—Oh.

—Si quieres luego te la presento.

—Estaría bien. Así puedo darle las gracias por invitarnos. Y decirle que tiene una casa alucinante.

—Pues tenías que ver la que tiene en Estocolmo.

—¿Es más grande que esta?

—El doble.

Lara se muere de ganas de preguntarle a qué se dedica su tía para saber de dónde saca el dinero para poder permitirse dos mansiones como esas. Si es que no tiene más, claro. Pero le da vergüenza hacerlo. La verdad es que se siente un poco cohibida en su presencia. Y también intrigada. Ya no le fastidia tanto que se hayan frustrado sus planes para saltarse la norma número dos de la fiesta. Ahora le molesta mucho más la número uno, pues le encantaría poder contemplar el semblante de Patrik en todo su esplendor. Algo le dice que debe de ser tan cautivador como el resto de su cuerpo.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio para poder sentarnos? —propone ella.

En realidad, no sabe por qué ha dicho eso, cuando ella lo que quiere es justo lo contrario. No le importa seguir de pie, si con eso se garantiza seguir únicamente en su compañía.

—Aquí estamos bien —afirma él—. Además, no me apetece saludar a nadie más.

—¿Conoces a mucha de esta gente?

Patrik asiente con la cabeza.

—Pues yo creo que aquí no te van a encontrar.

—Esa era la idea.

—Entonces, a lo mejor prefieres que te deje solo.

Lara contiene el aliento a la espera de que él le diga si eso es lo que desea. Siente como, una a una, todas las defensas que tan meticulosamente ha ido erigiendo para protegerse de los hombres y de su mal criterio para escogerlos se tambalean. La belleza del que tiene delante es tan sobrecogedora que nubla su juicio.

—No puedes irte todavía.

—¿Por el juego?

Patrik no le responde de inmediato. Sus ojos azules la observan detenidamente, agazapados tras los huecos que hay en su máscara.

—¿Qué juego? —bromea él.

Una hora después, se han contado sus vidas el uno al otro. La de Patrik ha sido mucho más fascinante que la de Lara, pero él la ha escuchado con el mismo interés que hubiese mostrado de haber sido ella la primera astronauta en pisar Marte. La voz, los gestos y las miradas de Patrik la seducen con tal intensidad que llega un momento en que lo único en lo que puede pensar es en pasar a la acción y dejarse de tanta conversación. Esa conexión instantánea, cargada de deseo, que se ha creado entre ambos es una cosa que tampoco le ha pasado desapercibida a él.

Nadie ha bajado hasta donde se encuentran a molestarles. Ni tampoco aparece nadie para interrumpir el apasionado beso que se dan, que la incomodidad que le produce su máscara no le impide a Lara disfrutar.

Ha sucedido todo muy rápido, como en un sueño intenso pero efímero.

—Ven, vamos a buscar a mi tía —dice él.

A Lara no le puede importar menos su tía, por muy rica que sea. Lo único que quiere es quedarse allí para siempre, entre sus musculosos brazos. El mundo que hay más allá de la sinuosa

escalera que los separa de él no le interesa lo más mínimo. Se deja arrastrar por Patrik con desgana, echando la vista hacia atrás, hacia la estatua de Buda, pidiéndole en silencio que use sus poderes para retenerlos allí a los dos para toda la eternidad.

Por el camino, Patrik pregunta a un par de conocidos por el paradero de Hanna. Siguiendo las indicaciones del último de ellos, se dirigen a una de las plataformas que hay alrededor de la piscina. Pero, cuando llegan allí, no hay ni rastro de la propietaria de la villa.

Uno de los presentes le cuenta a su sobrino que se ha retirado a su habitación debido a una jaqueca muy persistente.

—Voy a ver cómo está —dice Patrik—. Sígueme.

Lara le acompaña hasta el interior de la casa. Al pasar por uno de los salones cree ver a Judit a lo lejos en un sofá, besándose sin la máscara puesta con una chica de pelo rizado que tampoco la lleva colocada. «No puede ser —se dice a sí misma—. Debe de tratarse de alguien que se le parece mucho».

En el rellano del tercer piso, Patrik le pide a Lara que le espere allí.

—Es mejor que entre yo solo a verla.

Luego golpea con los nudillos en la puerta que las chicas se encontraron antes cerrada. Un hombre de unos cincuenta años, completamente calvo y con el rostro muy curtido por el sol, le abre y le permite el acceso. Cuando Patrik sale unos pocos minutos después, no lleva puesta su máscara. Es más guapo todavía de lo que se había imaginado Lara, y no siquiera la inquietud que empaña su semblante atenúa su atractivo.

—Cada vez está peor —le dice Patrik—. La vamos a llevar al hospital.

—Vaya.

—Voy a llevarlos yo —le informa Patrik.

—Muy bien.

Patrik se la queda mirando sin decir nada. Solo entonces se da cuenta Lara de que eso es un adiós.

—Espero que no sea nada y que tu tía se recupere pronto.

—Gracias.

Lara se acerca a él y le da un beso en la mejilla. Cualquier otra opción más íntima le parece que habría estado fuera de lugar dadas

las circunstancias. Él hace un gesto de despedida con la mano antes de regresar rápidamente al interior de la estancia de la que ha salido. No se han intercambiado números de teléfono ni promesa alguna para volver a verse.

Lara quiere pensar que quizá él está demasiado preocupado por la situación de su tía como para poder pensar en otra cosa. Pero lo cierto es que no sabe si se debe a que no tiene un interés excesivo en volver a verla, a pesar de que le ha dado la sensación de que entre ellos se ha establecido algo especial. Lara es de ese tipo de personas que creen en el destino, e interpreta su inesperado encuentro frente a la estatua de Buda como un guiño de este. «A lo mejor lo de su tía se soluciona rápido y le da tiempo a volver a la fiesta», se consuela.

Cuando más tarde se encuentra con Sara y Aurora, y ponen en común sus peripecias, su historia es la más interesante, a gran distancia de la segunda. El gemelo de símbolo de Sara se había tomado alguna sustancia que no le había sentado nada bien, y la joven se había cansado enseguida de sus incoherencias. Aurora ha tenido una suerte similar, pues la suya era una treintañera que no hablaba nada de español, por lo que su conversación con ella ha sido también muy breve. Así que ambas se han marchado al mirador para ahogar su decepción en alcohol. De Judit no saben nada, y Lara tampoco les revela que cree haberla visto dándose el lote con una chica en uno de los salones. Si en realidad era su amiga, prefiere que sea ella la que lo cuente, si lo considera oportuno.

—Tenemos que aguantar hasta que tu vikingo vuelva —propone Sara.

—Eso, que yo quiero ver cómo está de bueno —se une Aurora.

—¿Y si no regresa? —pregunta Lara.

—Pues mañana te coges otro taxi y te plantas aquí preguntando por él —dice Sara—. Si es necesario te lo pagamos entre todas —añade.

—No puedo hacer eso, tía —se escandaliza Lara.

—¿Por qué no? —dice Aurora—. Tienes la excusa perfecta: que quieres saber qué tal está su tía.

—Ya, como si ya fuese una más de la familia, ¿no? —dice Lara.

—Yo en tu lugar ni lo dudaría —opina Sara—. Eres la única que ha ligado, y encima con un buenorro forrado de pasta, así que tienes que ir a por todas.

—Solo nos hemos dado un beso —indica Lara.

—Eso en Suecia es casi lo mismo que una pedida de mano —apunta Aurora.

—Sí, claro —dice Lara—. No te flipes tanto, anda.

—Igual son de la familia real —elucubra Sara.

—¿En Suecia tienen rey? —pregunta Aurora.

—Creo que sí —contesta Sara.

Lara deja que sus amigas continúen con sus fantasías de película de Disney durante un rato más. Luego se pide otra copa. Si va a tener que seguir aguantándolas lo que queda de noche, va a necesitar reblandecer su cerebro con alguna de sus bebidas favoritas. No quiere que se le vaya la mano, pues en el caso de que Patrik aparezca, pretende estar lo suficientemente sobria.

Lo cierto es que podría haberse tomado unas cuantas más, pues para cuando el personal de seguridad las invita amablemente a que se marchen de la propiedad una vez que ha finalizado el evento, a Patrik no se le ha visto el pelo. La que sí se les ha unido, muy a última hora, es Judit. Se presenta ante ellas portando una máscara diferente a la que le entregaron a su llegada. Una que ni siquiera es de gato, sino de tigre. La única que han visto de esa clase. Ni que decir tiene que se abalanzan sobre ella para que les explique dónde —y con quién— ha estado durante todo ese tiempo.

—No os lo puedo contar. Es un secreto —les suelta.

La retahíla de protestas, ruegos e insultos que recibe no le hacen mella. De hecho, es algo que se va a llevar a la tumba, por si os interesa saberlo. Y yo voy a respetar su decisión, por lo que tampoco vosotros vais a descubrir lo que ha pasado. Lo siento de veras. Quizá, si algún día ella se convierte en la protagonista de un relato como este —y creedme, la vida de Judit daría como mínimo para un libro—, os enteraréis.

A pesar de la insistencia de sus amigas, que se suceden a lo largo de ese día y de los siguientes, Lara no va en busca de Patrik. Tampoco tiene noticias de él durante el resto de sus vacaciones en la

isla. Aun así, el recuerdo del mágico rato que pasó en su compañía la va a seguir acompañando durante los años venideros. Y no son pocas las ocasiones en las que se va a preguntar si estará escrito que sus caminos se vuelvan a cruzar en algún momento.

# Capítulo 15

AHORA

El sonido del timbre de la puerta de su casa sobresalta a Lara. Ha perdido la cuenta de las veces que se ha prometido a sí misma averiguar cómo disminuir el volumen del dichoso aparato, para que no le dé un ataque al corazón cada vez que lo escucha.

Se imagina que debe de tratarse de Ruth, que acaba de bajar a la calle, donde su padre la está esperando para llevársela a pasar el fin de semana con él. «Se le habrá vuelto a olvidar coger las llaves de casa —sospecha—. Y mira que le tengo dicho que lo compruebe siempre antes de salir». Lara abre la puerta dispuesta a reprochárselo, pero las palabras se le quedan congeladas en la boca al encontrarse cara a cara con su ex.

—Hola, Lara.

—Hola —saluda ella con frialdad—. ¿Ha pasado algo?

—No —contesta él—. Solo he subido porque quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—¿Puedo pasar?

A Lara no le hace ninguna gracia la idea de que entre en su casa. Mucho menos teniendo en cuenta que no la ha avisado con antelación de sus intenciones. Es muy típico de él eso de actuar en base a hechos consumados y seguir a rajatabla la máxima de que es mejor pedir perdón que pedir permiso. Si ya la cabreaba cuando estaba casada con él, mucho más ahora que no tiene por qué aguantar sus defectos.

Está tentada de decirle que ahora no puede atenderle y que se marche por donde ha venido. Hasta se visualiza dándole con la puerta en las narices. Pero la nueva Lara todavía no se ha asentado del todo, por lo que recae en su viejo vicio de ceder ante los demás y se hace a un lado para que él puede pasar al interior de la vivienda que una vez compartieron.

Desde el recibidor se puede pasar directamente al salón, y eso es exactamente lo que hace Eduardo, seguido de cerca por la que fue su esposa durante trece años. Como no quiere que su invitado se acomode, Lara no le invita sentarse y ella misma se queda de pie para que Eduardo capte la indirecta.

—Tu dirás —le interpela Lara.

—Vicky y yo vamos a casarnos —va directamente al grano él.

Esa es una de las pocas virtudes que es capaz de reconocerle a su exmarido: que no le gusta andarse con rodeos. Lo que no significa que sea menor el impacto que la noticia tiene en ella. Lara trata de digerir lo que acaba de escuchar, a la vez que se esfuerza en disimular en qué medida le ha afectado.

—La gente suele dar la enhorabuena en estos casos —bromea él ante su prolongado silencio.

Lara reprime por muy escaso margen las ganas que le entran de echarle a patadas de su casa. Le resulta increíble pensar que hubo un momento en su vida en el que se dejó seducir por su sentido del humor.

—¿Y esto es de lo que querías hablar conmigo? —pregunta Lara.

—Sí.

—Pues te podrías haber ahorrado la visita y haberme mandado un mensaje —dice Lara, empleando un tono de voz que refuerza su irritación.

—Pensé que lo más correcto era decírtelo en persona.

«Eso no te lo crees ni tú —piensa Lara—. Lo único que querías era darte el gustazo de ver en directo la cara que ponía cuando me lo contases». Lara permite que esa rabia que lleva toda la vida guardando bajo llave escape libremente de su prisión.

—¿Y exactamente desde cuándo te ha empezado a importar hacer lo correcto? Porque es toda una novedad —le espeta.

—No he venido a discutir contigo, Lara. Solo quería ser yo quien te diese la noticia y que así no tuvieras que enterarte de otra forma.

Una cosa tiene que reconocerle. Que con el paso del tiempo ha suavizado su carácter. En el pasado, habría reaccionado de un modo bastante menos calmado ante un comentario como el suyo.

—Muchas gracias por ser tan considerado, Eduardo —le dice ella con ironía—. No sé qué habría sido de mí si me llego a enterar por la prensa. Qué disgusto me habría llevado.

—No entiendo por qué te pones así.

—¿Ves?, eso sin embargo no es una novedad. Siempre te ha costado entender las cosas.

—¿A qué viene esto?

—¿El qué?

—Esa actitud tan hostil que tienes conmigo últimamente.

—¿Hostil? —exclama una indignada Lara—. ¿Solo porque ya no me muerdo la lengua ni hago lo que quieres que haga significa que soy hostil? No me hagas reír, Eduardo.

—Tú nunca has sido así.

—En eso tienes razón. He cambiado. Ya no soy como esa Lara que te convenía a ti que fuera, que aguantaba todo sin abrir la boca. Ahora soy quien tengo que ser.

—Yo nunca te obligué a nada.

—¿En serio?

—¿Cuándo te impedí yo que hicieses algo?

—Todas las veces que te negaste a hacer lo que te tocaba. O que no me apoyaste cuando lo necesitaba.

—Las decisiones que tomé fueron pensando en el bien de nuestra familia —se defiende él.

—¡Cómo puedes tener tanta cara! —se harta Lara—. ¡Si en el único en quien pensabas era en ti! Tú y tu trabajo. Tú y tus sueños. Tú y tu comodidad. Los demás te dábamos igual —le recrimina ella —. Y no sabes cómo me jode haber tardado tanto tiempo en darme cuenta.

—Eso no es así. Y lo sabes.

—¿Que no es así, dices? ¿Y qué es lo que estás haciendo precisamente ahora? Yo pensaba que querías hablar conmigo de tu

hija y sus problemas en el colegio, cuando lo único que has venido a hacer es a restregarme lo de tu boda. Dime tú qué coño significa eso, anda.

—Yo no he venido a restregarte nada.

Lara suelta un bufido y se cruza de brazos.

—Lo que no tenías es que haber venido —dice.

—Puede que tengas razón —le concede él—. Pensaba que ya habías superado lo de que estuviese con otra persona, pero está claro que me equivocaba.

—A mí me da igual lo que hagas o dejes de hacer. No me puede importar menos.

—Pues no lo parece.

—¿Crees que lo que me molesta es que te vayas a casar? Venga ya, Eduardo, no me fastidies —se ríe ella con desprecio—. Lo que me cabrea es que te presentes aquí sin avisar. O que estés malcriando a Ruth. O que seas tan egocéntrico. Por ponerte solo algunos ejemplos. Eso es lo que de verdad me molesta. No que hayas engañado a otra pobre idiota que no sabe que la única cosa con la que tú estás casado es con tus negocios.

—No te quejabas tanto cuando esos mismos negocios pagaron esta casa. O los viajes. O el resto de tus caprichos.

—¿Mis caprichos? ¿Cómo te atreves a decir que eran mis caprichos? —dice Lara—. Anda y vete a la mierda, Eduardo.

Siente que las entrañas le arden por la ira. La invade la misma sensación de irrealidad que la asaltó en el supermercado y con la *youtuber*. Se apodera de ella una fuerza que la incita a eliminar todos los filtros que regulan su comportamiento y a ceder ante sus instintos más primarios. Su semblante se descompone en una mueca de ferocidad que no le pasa desapercibida a su interlocutor, a juzgar por la expresión de alarma que se dibuja en el suyo. Eduardo abre la boca para decir algo, pero enseguida la cierra. Es como si temiese que, sea lo que sea lo que salga por ella, únicamente vaya a servir para empeorar la situación. Solo se le ocurre hacer una cosa para frenar esa escalada de los acontecimientos.

—Creo que lo mejor es que me marche ya —anuncia.

Su partida habría sido toda una bendición para Lara unos pocos segundos antes. Tan solo pensar en que era posible que su hija estuviese a solas con Vicky en el coche, esperando a su ex, ya era suficiente motivo como para acortar al máximo su encuentro. Pero ahora lo que más desea es que se quede un rato más, para así poder recibir lo que se le viene encima.

Cuando Lara está a punto de desatar todo su odio de un modo que ni ella misma sabe cómo de terrible puede llegar a ser, sucede algo que hace que pise el freno de golpe. Surgida de la nada, relampaguea en su mente la imagen de ellos dos cuando eran mucho más jóvenes, cruzando un puente sobre un río que atravesaba una ciudad de cuento de hadas. Es un recuerdo que está asociado a un instante tan impregnado de felicidad que ni siquiera el veneno que ha emponzoñado todo lo que tiene que ver con su matrimonio ha sido capaz de debilitarlo. Es como si hubiese quedado encapsulado en una de esas bolas de cristal navideñas que aíslan su contenido del resto del mundo con un celo inquebrantable.

—Sí, vete. Por favor —logra decir a duras penas Lara, bajando la cabeza para evitar que el que fue su marido sea testigo de su conflicto interior.

Su furia no se ha desvanecido, sino que sigue bullendo dentro de ella. Pero se ha encontrado con una nueva barrera, más sólida que ninguna otra de las que ha ido derribando salvajemente por el camino. Una construida por un amor que llegó a creer invencible. Hasta que dejó de serlo.

Lara no es plenamente consciente de su marcha. Solo repara en que se ha quedado sola cuando, tras un interminable minuto, levanta la vista del suelo y ve que Eduardo ya no está allí con ella. El que haya sabido controlar sus impulsos más brutales no la enorgullece especialmente en ese instante. Quizá más adelante sí que lo haga. Por el momento solo puede concentrarse en digerir el regusto amargo que le ha dejado su conversación con Eduardo.

Aunque reconoce que le ha sabido plantar cara, no ve en qué medida eso mejora el panorama general. La realidad es que Eduardo sí que ha encontrado a alguien que le quiere y que está dispuesto a compartir el resto de sus días con él, mientras que ella no tiene a

nadie que llene el vacío que hay en su corazón. No se le escapa lo injusta que es la desventaja que tiene con respecto a su ex en ese terreno. Mientras que él ha podido dedicar todo su tiempo libre a cultivar una relación, ella ha tenido que invertir todo el suyo en criar a Ruth.

Lara envidia a esas mujeres fuertes e independientes que no necesitan pareja para poder disfrutar de la vida al máximo. Ella lo ha estado probando durante una larga temporada y no está nada satisfecha con los resultados. La carcome por dentro el no poder compartir sus alegrías y sus miserias con otra persona que las sienta como propias.

Al echar la vista atrás, solo ve oportunidades perdidas. El desánimo la ciega hasta tal extremo que les quita toda la responsabilidad a sus amantes y se la atribuye a ella, ignorando lo que siempre le han parecido evidencias incontestables de justo lo contrario. Ha sido enteramente por su culpa. Lo ha echado todo a perder por sus propios errores. Unas veces porque no ha sabido apreciar lo que tenía. Otras porque no se ha esforzado demasiado en mantenerlo. El egoísmo que ha visto en los demás era en realidad un reflejo engañoso del suyo propio. Ellos eran todos buenas personas antes de conocerla, y fue ella quien los corrompió, quien los erosionó con sus exigencias y quien los alejó de su lado por su defectuosa personalidad.

La esperanza por un futuro mejor que pensaba que había ganado en los últimos días se diluye como si fuese una cucharada de azúcar en una enorme jarra de leche. Ha sido un espejismo, la ilusión de una necia. Y lo peor de todo es que no cree que se merezca otra cosa que no sea esa.

Lara llora en silencio y en soledad. Dos cosas que está convencida de que la acompañarán para siempre.

# Capítulo 16
## EL DE PELÍCULA

Creo que ha llegado el momento de que conozcáis de primera mano los episodios clave que marcaron los dieciséis años que estuvieron juntos Lara y Eduardo. No es posible contarlo todo. Ni creo que sea imprescindible hacerlo. Confío en que baste con las pinceladas que he escogido para pintar el cuadro que compone su relación. No será la más detallista de las obras, quizá. Pero cumplirá con su propósito.

Vamos a empezar por el principio.

Para ello tenemos que viajar hasta mediados del mes de febrero de 2003. Es un jueves lluvioso y lúgubre. Lara regresa a casa después de una aburridísima jornada de trabajo en la academia de enseñanza de español para extranjeros en la que está completando unas prácticas relacionadas con un máster que finalizó el año pasado. Ser profesora es la salida más habitual para alguien con sus estudios, pero Lara no tiene nada claro que esa sea su vocación.

De todas formas, no es su futuro profesional lo que ocupa su mente mientras conduce el Renault Clio azul de segunda mano que le compraron sus padres tras sacarse el carné. A lo que no para de darle vueltas es a la discusión que mantuvo la noche anterior con su madre acerca de la intención que tiene Lara de acudir a la manifestación que hay convocada ese mismo sábado contra la inminente guerra en Irak. A pesar de que se espera que medio Madrid salga a la calle ese día, a Jimena le parece muy mala idea

que su hija se una a ellos. No es una cuestión ideológica, sino que teme por su seguridad. Nunca le han gustado las multitudes y no le cabe en la cabeza que Lara no comparta su inquietud. Su padre se ha mostrado tan equidistante como siempre. Delante de su mujer reconoce que también a él le da miedo lo que pueda suceder. Pero cuando se queda a solas con Lara, le dice que si tiene cuidado no tiene por qué pasarle nada.

Lara se aferra a un argumento para defender su causa: que con casi veinticuatro años no tiene que pedirle permiso a nadie para hacer con su tiempo lo que le dé la gana. A pesar de ello, Jimena no ceja en su intento de convencerla de que reconsidere su postura. Así que sospecha que se pasará toda la cena presionándola sin descanso. No sería la primera vez que Lara acaba cediendo ante ella tan solo para que la deje en paz.

Lara detiene su vehículo detrás de un coche de aspecto deportivo y color gris que se ha parado ante una señal de STOP esperando su turno para incorporarse a un carril que cruza hacia la derecha. Como tiene la cabeza en otro sitio, en cuanto Lara detecta un leve movimiento del automóvil que tiene delante, da por hecho que este va a girar y ella avanza también, sin percatarse de que el conductor que la precede ha abortado su maniobra nada más iniciarla. Como consecuencia de su falta de atención, la parte delantera del Clio de Lara impacta bruscamente con la trasera del deportivo.

—¡Ostras! —exclama Lara, asustada por la inesperada colisión—. Mierda —murmura entre dientes inmediatamente después, cuando se da cuenta de lo que ha pasado.

Los dos vehículos implicados avanzan hasta detenerse en una zona en la que no obstaculizan tanto el tráfico. Del primero de ellos se bajan dos hombres a la vez: el que estaba al volante y el que ocupaba el asiento del copiloto. Son jóvenes, quizá tan solo unos pocos años mayores que ella. El conductor es tan voluminoso que es un milagro que haya podido meterse en el coche. El otro es igual de alto, pero de complexión media, más bien tirando a delgada. Sus actitudes también son muy diferentes. El más grande de los dos está exteriorizando su cabreo de un modo patente. Lara puede leer

perfectamente en sus labios la frase repleta de tacos que está soltando mientras se dirige hacia ella. Su acompañante está sorprendentemente tranquilo. A Lara hasta le parece que está tratando de contener una sonrisa mientras acelera hacia su compañero de viaje pidiéndole que se contenga con un gesto de la mano.

Lara preferiría no salir hasta que los ánimos se calmen un poco, pero tampoco quiere que se interprete su cautela como un gesto de provocación. Así que abandona la aparente seguridad de su pequeño Renault, depositando todas sus esperanzas en que el esfuerzo apaciguador del copiloto surta algún efecto.

—Pero ¿es que no me has visto, joder? —le recrimina el conductor —. ¿Es que estás ciega o qué? —dice con un tono de voz agresivo.

—Carlos —interviene el otro, aproximándose para poder interponerse entre él y Lara llegado el caso—. Tranquilo, tío. Que solo ha sido un despiste. Y no te ha hecho casi nada.

Solo entonces se preocupa el tal Carlos de valorar los daños en su vehículo, que se reducen a una leve abolladura del parachoques. En el de Lara no se aprecia ninguna consecuencia del impacto.

—Sí, pero ya me va a tocar llevarlo otra vez al taller.

—Bueno, estas cosas pasan —señala el otro.

Su serenidad contagia a Lara. Es su primer accidente, y todavía sigue muy intimidada por la corpulencia y la animosidad del conductor. Da gracias mentalmente por que al menos uno de los ocupantes del coche se esté mostrando tan comprensivo con ella.

—¿Por qué no vas a por una hoja para rellenar el parte? —le propone a Carlos su acompañante.

Este accede y regresa al deportivo farfullando algo ininteligible para Lara. Pero se puede hacer una idea general de las hermosas palabras que le debe estar dedicando.

—¿Estás bien? —se preocupa el chico que se ha quedado con Lara.

Tiene un bonito pelo castaño y unos ojazos verdes que no la pierden de vista. Lara estaba tan nerviosa que no se ha percatado hasta ahora de lo guapo que es. Aunque llamarle guapo le parece que es quedarse corta. Tiene un rostro de rasgos tan simétricos que

podría protagonizar la portada de una revista de moda. Quitando al apuesto sueco con el que se besó el verano pasado, Lara no ha conocido a nadie tan atractivo en su vida.

—Sí, ha sido solo el susto —contesta ella.

—Perdona a mi amigo. A veces se pone muy nervioso, pero es buen tío.

—Gracias por tranquilizarle.

—No ha sido nada —le resta él importancia—. Por cierto, me llamo Eduardo.

—Yo Lara.

—Qué casualidad. Tengo una prima que se llama así.

—Pues yo no conozco a ningún Eduardo.

—Ahora ya conoces a uno. Aunque a lo mejor habrías preferido seguir como estabas —dice, señalando el estropeado parachoques de su amigo.

Lara sonríe tímidamente. Le parece que es una conversación un poco surrealista la que están teniendo, dada la situación en la que se encuentran. Escuchándolos es difícil adivinar que acaban de tener un accidente de tráfico.

—¿Yo también tengo que rellenar mi propio parte? —cae en la cuenta Lara.

Estaba tan obnubilada por el aspecto y la simpatía de Eduardo que no se ha preocupado por las consecuencias que puede tener el choque para ella.

—No hace falta. El parte viene con un calco detrás, así cada uno os vais a poder llevar una copia.

—¿Y lo tengo que presentar en mi aseguradora, aunque a mí no me haya pasado nada?

—Sí. Porque si no lo haces a él no le va a cubrir la suya la reparación.

—Pues lo presentaré lo antes posible. Aunque nunca lo he hecho.

—Si llamas a tu compañía te lo explicarán.

Eduardo mira en dirección hacia su amigo, que sigue dentro de su coche, hurgando en la guantera.

—Voy a ver por qué tarda tanto —comenta Eduardo—. No aproveches para escaparte, ¿vale?

—No, no. Aquí os espero.

De hecho, aunque tiene bastante frío, ni se plantea meterse en su coche para coger su parka con forro polar, no vaya a ser que se piensen nada raro.

Tras unos minutos, los dos chicos regresan con ella. Carlos sigue con el mismo talante que antes. Eduardo ejerce de portavoz de ambos y le explica que no han encontrado ningún parte que puedan usar. Le preguntan si ella tiene. Como Lara no lo sabe a ciencia cierta, busca en su propia guantera, con la misma falta de éxito que ellos.

—Si te parece bien, dame tu teléfono y te llamo más tarde para que nos pasemos los datos que necesitamos —sugiere Eduardo.

Para Lara supone tal alivio tratar con él en vez de con el malhumorado propietario del coche, que acepta de inmediato el plan de Eduardo. Este saca de su bolsillo el móvil más raro que ha visto Lara jamás, pues se abre como si fuese un ordenador portátil y cuenta con una pantalla enorme y un teclado completo bajo la tapa. A Lara le da la impresión de que debe ser un aparato muy caro, lo que iría en consonancia con la ropa de marca que viste su dueño. Él anota el número que le facilita Lara y lo almacena en su sofisticado dispositivo.

—Te llamaré luego —le promete él.

—De acuerdo.

Antes de despedirse, Eduardo le dedica una sonrisa de lo más encantadora. Lara lleva unos cuantos años desconfiando por naturaleza de los extraños. Le sobran dedos en la mano para contar las ocasiones en las que no lo ha hecho. Y ahora acaba de darse una de esas raras excepciones. Hay algo que emana de Eduardo que anima a relajarse en su presencia. Es como si lo tuviese todo bajo control. Lara se pregunta si será siempre tan amable con la gente, o si ella ha recibido un trato especial por algún motivo concreto.

Obtiene la respuesta que busca cuando él la llama a su móvil un par de horas después. Tras intercambiar la información imprescindible para los partes del seguro, la sorprende con una propuesta.

—Te va a sonar un poco raro —dice él—, pero me gustaría saber si te apetecería venir conmigo a una fiesta de carnaval la semana que viene.

Más que raro, lo que le resulta es intrigante. Lara no ha podido dejar de pensar en él durante todo el rato que ha estado esperando que se pusiese en contacto con ella. No se ha separado del móvil ni cuando ha visitado el baño. Hasta se ha dado una ducha ultrarrápida para estar el menor tiempo posible alejada de su teléfono.

Aun así, no quiere parecer demasiado desesperada. Y no está acostumbrada a tomar decisiones tan precipitadas.

—No sé —se hace la interesante—. ¿Qué día sería?

—Este viernes no, el siguiente.

Lara finge que tiene que repasar mentalmente una apretadísima agenda repleta de eventos sociales. No tiene nada planeado para esa fecha, aunque lo normal es que salga a tomar algo con Amaya y Bea, sus amigas del colegio.

—¿Y dónde es? —pregunta Lara, retrasando un poco más lo inevitable.

—En un club privado que está en la calle Serrano —responde él—. Puedo invitar a alguien para que venga conmigo, porque soy socio. Y había pensado en ti.

«A pesar de que nos hemos conocido esta misma mañana y hemos estado hablando durante un suspiro», escucha Lara que apunta su lado más paranoico. Pero ha bastado con eso para que el magnetismo natural de Eduardo haya hecho su efecto.

—No tengo disfraz —sigue dando rodeos ella.

—La fiesta es temática. Hay que ir vestido de cantantes famosos —le informa él—. Seguro que algo encuentras. Y si no, dímelo y me encargo de hacerte llegar alguna cosa —le plantea—. Más fácil no te lo puedo poner. Hasta te voy a recoger a casa y luego te llevo de vuelta.

No se puede decir que no esté esforzándose al máximo para tratar de convencerla. Pese a ello, sigue pareciéndole una especie de locura. Pero si se para a pensarlo, no es de las que dan miedo, sino de las otras. De las que una solo ve razones para cometer. Lara se resiste un poco más, hasta que se da cuenta de que quedó

sentenciada en cuanto posó su mirada en aquellos ojos verdes por primera vez.

—Muy bien —claudica finalmente—. Iré contigo.

—Estupendo —se alegra Eduardo—. Va a ser muy divertido, ya lo verás —asegura él—. Y si necesitas ayuda con el disfraz, dímelo.

—Me las apañaré.

—Pues, si te parece, te llamo después del finde para quedar.

—Genial.

En cuanto cuelga, Lara siente la necesidad de compartir la noticia con Amaya. Más que nada para preguntarle si ha hecho bien en aceptar con tanta rapidez la oferta de un completo desconocido. Su amiga le confirma entusiasmada que ha tomado la decisión correcta. Y que si se le ocurre cambiar de idea a última hora ella se ofrece para ir en su lugar.

—Es la primera vez que conozco a alguien que es socio de un club privado —le dice Lara.

—Yo ni sabía que eso seguía existiendo. Es como de peli antigua.

—Sí, suena a eso.

—Vaya racha que llevas, tía. Primero el sueco, ahora este que también parece que tiene pasta… Deja alguno para las demás.

—Con el sueco tampoco me fue tan bien que digamos. No volví a saber nada de él.

—Es que tenías que haber hecho lo que te dijeron tus amigas. Plantarte en la puerta de su casoplón y gritar su nombre hasta que saliera.

—Como si fuese un pirada peligrosa, ¿no?

—Es lo que habría hecho yo.

—Si quieres te doy la dirección y pruebas a ver qué tal te va.

—Yo no tengo tu éxito con los tíos.

—Oh, sí, no paro de quitármelos de encima. Me sobran los novios.

—Eso es porque tú no quieres.

—Es que paso de líos.

—No todos son como el último capullo con el que saliste. Y han pasado siglos de eso —dice Amaya.

—No tanto.

—Entonces, ¿cuál va a ser tu plan con el pijo de los ojos verdes? ¿Otro rollo de una noche y si te he visto no me acuerdo?

—Supongo.

—Pues qué desperdicio.

Lara no está segura de que ese vaya a ser el desenlace de su cita con Eduardo. A diferencia de otros chicos de los que se ha encaprichado, ha notado algo especial en él, pero no sabe si es fruto de lo bien que se portó con ella tras el accidente más que de otra cosa.

Aunque ya han pasado más de tres años desde lo de Roberto, la herida sigue demasiado fresca. Fue tan devastadora la relación que mantuvo con él que todavía no ha recuperado la confianza en sí misma y en los demás que perdió durante aquellos meses.

—También te llamaba para pedirte ayuda con el disfraz —dice Lara.

Amaya no solo le echa una mano, sino que es ella la que prácticamente toma la decisión de que Lara vaya vestida tal como lo hace Alanis Morissette en el vídeo de su canción *Ironic*. Gorro rojo y guantes azul celeste incluidos.

—Pero si no parece que vaya disfrazada —señala Lara cuando se ve delante del espejo.

—Primero —replica Amaya—, Alanis es la puta ama. Segundo, todas van a ir de Madonna o de alguna de las Spice Girls, así que tú vas a ser la más original —argumenta—. Y tercero, si Eduardo adivina de quién vas sin que tú le tengas que decir nada, esa será la prueba definitiva de que él es el indicado.

—Y cuarto —aporta Lara—, me ha salido tirado porque todo es tuyo menos la bufanda.

No es casualidad, ya que su amiga se ha hecho con todas esas prendas como homenaje a su artista favorita de todos los tiempos.

—Y quinto, vas a ir superabrigada. Que con el frío que hace me lo vas a agradecer —añade Amaya.

Si bien como indumentaria para una primera cita no era muy sugerente, como disfraz tiene su punto. Así que al final acepta la propuesta de su amiga.

Según se va acercando el día de la fiesta, más crece en Lara la sensación de que algo importante se aproxima. Escuchar la voz de Eduardo de nuevo cuando la llama para organizarlo todo le produce una emoción que la ilusiona y asusta a partes iguales. Si es una señal de que por fin está preparada para abrir su corazón de nuevo, es algo que todavía está por ver. Pero lo que es indudable es que hacía mucho tiempo que no se le hacía tan larga una espera.

Eduardo cumple su promesa y se pasa a recogerla en su Audi a la hora pactada. Cuando se baja del vehículo, Lara ve que lleva puesto un pantalón negro de cuero, una cazadora del mismo material y una camiseta oscura con el logotipo de Harley-Davidson estampado en el pecho. Lara le mira de arriba abajo con expresión interrogativa.

—Jon Bon Jovi —le aclara él—. La peluca y el pañuelo para la cabeza están en el coche.

—Guay —dice Lara, que no es muy roquera, pero al menos sí que sabe de quién se trata.

—¿Y tú?

Aunque los elementos más distintivos de su disfraz están ya a la vista —el gorro, la bufanda y los guantes—, Lara se abre el abrigo para que él vea todo el conjunto al completo. Es evidente que no ha reconocido su personaje a la primera, pero ella decide darle otra oportunidad.

—No caigo —se rinde él.

Lara siente una pequeña punzada de decepción por su fracaso al intentar identificarla.

—Alanis Morissette —le revela ella.

Eduardo la observa con los ojos entornados. De repente, los abre desmesuradamente.

—¡Es verdad! —exclama—. Es lo que lleva en el vídeo ese en el que salen varias versiones de ella dentro de un coche.

—Exacto —le confirma una exultante Lara.

«He tenido que ayudarle, pero cuenta como prueba superada», se dice nuestra protagonista.

—Es muy original —dice él.

Se le nota complacido e impresionado por su elección. Lara le da las gracias mentalmente a su amiga Amaya por su acierto y su

insistencia.

—¿Lista? —pregunta él.

—Sí.

Eduardo le abre la puerta para que se introduzca en el coche. Cuando pasa a su lado para meterse en el interior del vehículo, Lara se da cuenta de que no se han besado en las mejillas a modo de saludo, distraídos por sus disfraces. No ve que tenga ya mucho sentido hacerlo, así que se despreocupa del asunto.

De camino hacia su destino, aprovechan para conocerse un poco mejor. Eduardo le cuenta que acabó la carrera de Administración y Dirección de Empresas en el CEU hace cinco años. Después estuvo trabajando como consultor júnior en una multinacional, hasta que decidió montar su propia empresa con el apoyo financiero de un amigo, la cual se dedica a ofrecer asesoramiento en temas de *marketing* por internet.

—Cuesta mucho convencer a los clientes para que inviertan en publicidad *online* y en la creación de páginas web para sus negocios, pero yo creo que es el futuro —le comenta él.

Lara usa su conexión a la red sobre todo para enviar y recibir correos electrónicos y descargarse música, pero no dedica mucho tiempo a navegar. Tiene poca paciencia cuando se trata de esperar a que se cargue todo el contenido.

También se entera de que tiene un hermano y una hermana, ambos menores que él, que tiene veintiocho años. Todos viven en un piso de la calle Zurbano, en pleno barrio de Chamberí. Lara se imagina que debe de tratarse de una de esas casas enormes de techos altos en las que uno se puede perder si no presta la atención suficiente. No es el primer chico de familia acomodada que conoce, pero sí el que más se aleja del perfil típico al que ella está acostumbrada. Quizá su ropa le delate, pero no su forma de expresarse ni ninguna otra de sus características personales.

Lara se explaya acerca de sus propios estudios y de su trabajo, pero procura hablarle lo menos posible acerca de su familia. Y eso que Eduardo resulta ser bastante preguntón, aunque se interesa más por las amistades de Lara que por sus padres. Es en ese momento, cuando le está hablando de las que son sus mejores

amigas, cuando por primera vez repara en algo en lo que no había caído hasta ese instante: que va a una fiesta en la que no va a conocer a nadie más que a su acompañante. La ha tenido tan deslumbrada la figura de Eduardo que no se ha detenido a pensar en nada más.

—Ya estamos llegando —la saca él de sus pensamientos.

Tras dejar el coche en un aparcamiento subterráneo, caminan unos pocos metros hasta el lugar en el que se encuentra situado el club del que Eduardo es socio. Este ocupa las últimas plantas de un edificio situado en una esquina de la calle Velázquez, de aspecto antiguo pero muy bien cuidado, que posee una fachada más propia de un palacete. El interior de la construcción es todavía más fastuoso que su exterior. El ascensor que los lleva hasta el quinto piso es el más grande que ha visto jamás Lara. Hasta cuenta con un banco tapizado en su interior, por si alguien necesita ponerse cómodo durante el trayecto. El recibidor al que llegan es también enorme. El suelo está cubierto por una bonita alfombra que conduce a una única puerta de grandes dimensiones vigilada por un hombre ataviado con un impecable uniforme al que no le falta el sombrero de copa. Eduardo se identifica mostrándole un carné con foto, y el conserje les permite la entrada abriéndoles él mismo la puerta.

Un nuevo vestíbulo se presenta ante ellos, todavía más espacioso que el anterior. Frente a ellos se extiende un largo pasillo flanqueado por numerosas puertas acristaladas, mientras que de cada uno de los laterales parte una ancha escalera de caracol de apariencia majestuosa. Todo lo que hay a la vista tiene ese aspecto regio y solemne. Hasta el mostrador que hay en una esquina, atendido por un par de mujeres también uniformadas, parece sacado de una película de época.

Lo normal es que Lara se hubiese sentido como una intrusa desde que puso el pie en aquel lugar. Pero la compañía de Eduardo ejerce sobre ella un efecto balsámico en ese sentido. Siente lo mismo que experimentó cuando tuvo el accidente la semana pasada: que mientras siga a su lado todo va a salir bien. No logra explicarse cómo alguien a quien apenas conoce puede aportarle tal seguridad, pero que se la proporciona es un hecho innegable para ella.

—Qué sitio más alucinante —no puede evitar decir Lara.

—Si quieres te lo puedo enseñar todo —se ofrece él—. Bueno, todo no. Porque hay zonas a las que no vamos a poder entrar.

—Me encantaría.

El club es más extenso y posee más instalaciones de las que Lara se había imaginado inicialmente. La planta en la que se encuentran está formada por un conjunto de salones de diferentes tamaños y estilos de mobiliario. También hay una pequeña biblioteca que incluye una sala de lectura y un taller donde se imparten clases de arte, que cuenta con su propia sala para exposiciones. El siguiente piso alberga una sala de cine, una de baile y un área destinada para juegos como el billar y los naipes, además de un gimnasio. En el tercer nivel están el restaurante, otra zona de juegos destinada a los socios más jóvenes, un pequeño auditorio para conciertos y la amplia discoteca donde va a tener lugar la fiesta de carnaval.

—Más arriba hay un ático, pero hoy está cerrado.

—Qué pena.

Eduardo se acerca a ella y le susurra algo al oído en tono conspiratorio.

—Igual sí que te lo puedo enseñar luego.

Luego se separa de ella y le guiña un ojo. A continuación, se pone la peluca y el pañuelo que ha estado sujetando en su mano todo el rato.

—¿Preparada para darlo todo, Alanis? —le pregunta.

—Estoy lista, Jon.

—Pues vamos a ello.

La discoteca tiene dos niveles. El más bajo lo ocupa la pista de baile y dos barras. También hay un rincón donde se ven varios sillones en los que poder sentarse para descansar. El nivel superior está formado por una serie de palcos que hacen las veces de reservados. Ambas secciones están a tope de gente. Hay más variedad de disfraces de la que había predicho Amaya, aunque no faltan ni varias Spice Girls ni un par de Madonnas. En el caso de los chicos, predominan las estrellas de rock. Pero lo que más llama la atención de Lara es un grupo de cuatro personas que llevan un trabajadísimo disfraz de Abba. De camino hacia allí, Eduardo le ha

explicado que es un evento organizado por los miembros más jóvenes del club y por hijos de socios. Por eso no le extraña que la media de edad de los presentes sea tan baja. La fiesta oficial de carnaval del club tendrá lugar al día siguiente.

Con los primeros acordes de *Cuando tú vas* de Chenoa tronando en lo altavoces, Eduardo empieza a presentarle a Lara a sus amigos. Los nombres y las caras van registrándose en su cerebro, para segundos después borrarse por completo. Lara se siente estudiada y juzgada como nunca antes en su vida. Más por ellas que por ellos. Tan solo la presencia continua y cercana de Eduardo, que no se separa de su lado ni por un instante, evita que se sienta intimidada. Su atención se centra casi exclusivamente en Lara. Hasta para ir al baño eligen el mismo momento, aunque cada uno va al que le corresponde. Tanta dedicación es algo que la reconforta en lugar de agobiarla, ya que le da la impresión de que, en el caso de quedarse sola, nadie va a preocuparse de ir a hacerle compañía. Ha detectado una hostilidad disimulada hacia ella, aunque no sabe si su percepción es acertada o fruto de la inseguridad que le genera el encontrarse en un ambiente que no es el suyo.

Lo que menos hacen Eduardo y Lara es hablar. Invierten mucho más tiempo en reírse de las payasadas de algunos de los presentes, producto de sus esfuerzos por interpretar a los personajes de los que van disfrazados. Y en bailar. Principalmente en bailar. En eso también Eduardo demuestra estar muy capacitado, da igual lo que le echen. Tiene que ser Lara la que le pida una tregua de lo agotada que está.

—Necesito descansar un poco.

—Sé cuál es el sitio ideal para hacerlo —le dice él, empleando el mismo tono misterioso de antes.

Eduardo le pide que le espere a la salida de la discoteca porque tiene que pedirle a alguien una cosa. Intrigada, ella le obedece. Unos pocos minutos después, Eduardo se reúne con ella.

—Es por aquí —le dice, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al tramo de escaleras que ascienden hasta el último piso, que supuestamente está cerrado.

En el rellano al que conducen los escalones se ven dos puertas. Una es más grande que la otra. Eduardo camina hasta esta última y la abre con una llave que se ha sacado del bolsillo de su cazadora de cuero. Tras recorrer de punta a punta un salón que supera en lujos y comodidades a todos los que ha visto anteriormente, atraviesan un arco de medio punto que conduce a un pasillo decorado con cuadros de paisajes marítimos, el cual termina en la estancia más increíble de todas las que sus ojos han visto hasta ese momento.

Se trata de una gran terraza cubierta cuyas paredes y techo están completamente acristalados. La espectacular vista del cielo y la ciudad que se despliega ante Lara casi provoca que le pasen desapercibidos los deliciosos aromas de la abundante flora que la rodea, formando un auténtico jardín botánico de trazado laberíntico.

—Es… flipante —manifiesta en voz baja Lara, por miedo a perturbar la belleza y la paz que envuelven al lugar.

—Sabía que te gustaría.

—Es que no había visto nada tan bonito en mi vida.

Igual está exagerando un poco. Lara ha estado en algún lugar del mundo que podrían disputarle ese honor a lo que tiene delante. Pero es que la noche invita a cometer excesos.

Lara lleva desde que salió de casa queriendo preguntarle algo a Eduardo. Ha estado esperando el momento oportuno para hacerlo. Y no se le ocurre uno mejor que ese.

—¿Por qué me has invitado a venir contigo?

Él se la queda mirando en silencio, tomándose su tiempo para escoger muy bien sus siguientes palabras.

—Por la misma razón por la que tú has aceptado, supongo.

Su respuesta le arranca una sonrisa a Lara. Es tan perfecta como el paraíso que la rodea.

—Sígueme —le pide Eduardo.

Navegan por el jardín hasta dar con el rincón que estaba buscando él. Prácticamente ha tenido que tirar de Lara para evitar que se detuviese ante cada maravillosa planta y flor con la que se cruzan. Se trata de una zona más despejada, ubicada justo en una de las esquinas de la sala. Desde allí se puede ver con más claridad esa parte de Madrid. Al ser el edificio más alto que hay en las

proximidades y estar situado en un ancho cruce de calles, apenas hay obstáculos que entorpezcan una maravillosa visión del corazón de la capital.

Tienen cerca un par de cómodos sofás de diseño vanguardista, pero Lara prefiere quedarse de pie, pegada al cristal. Sus sentidos están tan ocupados en procesar tantos embriagadores estímulos que su organismo ha relegado el agotamiento físico que sufre a un segundo plano. Eduardo permanece a su lado en absoluto silencio. Pero no es la ciudad lo que observa. El único objeto de su interés es la chica que contempla ensimismada el manto estrellado que la cubre.

Lara no se percata del escrutinio al que la está sometiendo Eduardo hasta que le escucha hablar.

—Yo sí que no había visto nada tan bonito en mi vida.

Ella se gira hacia él, que la mira fijamente con unos ojos que parecen querer bebérsela de un trago. A Lara la invade esa misma sed. Así que, cuando Eduardo posa sus labios sobre los suyos, bebe con avidez de ellos.

Y no para hasta haberse emborrachado perdidamente de él.

# Capítulo 17
AHORA

Lara odia los domingos todo lo que se puede y más. Si no fuese porque su lista de responsabilidades le impide permitirse el lujo de malgastar las últimas veinticuatro horas de la semana, se las pasaría enteras tirada entre la cama y el sofá. Lo que más echa de menos de su juventud no es una piel libre de arrugas o esa energía inagotable que la impulsaba, sino el hecho de que daba igual el día que fuese.

Este domingo que acaba de empezar no va a ser una excepción. Más bien lo contrario: se va a convertir en uno de los peores de su vida.

Ha quedado con Amaya para tomarse un café en la vivienda en la que ella reside con su marido y sus dos hijos, en el barrio del Pilar. En otras circunstancias, sería una manera estupenda de salvar tan triste día, pero el problema es que la llamada durante la que su mejor amiga la convocó para pasar la tarde juntas la ha dejado muy preocupada, pues Amaya le había comentado que tenía que verla lo antes posible para hablar de un tema importante. Tiene sus sospechas sobre lo que pueda querer decirle, pero le angustia pensar en las posibilidades. Lo que menos necesita ahora Lara son más malas noticias. Quedan todavía más de siete meses para que acabe el año y considera que ya ha cubierto su cupo de sobra.

El aspecto que presenta su amiga cuando le abre la puerta de su piso acrecienta su inquietud. Amaya es una persona que suele cuidar

mucho su imagen personal. Se maquilla hasta para echarse la siesta. Pero lo que tiene ante sí es una mujer que parece haber sido rescatada de una cueva en la que ha permanecido encerrada durante varios días. Se la ve muy pálida y ojerosa. Y consumida, como si llevase un tiempo sin alimentarse debidamente.

—Hola, guapa —la recibe su anfitriona.

Es un saludo menos entusiasta de lo habitual en ella. Lara hace como que no se ha dado cuenta y la abraza con la misma fogosidad de siempre. Al hacerlo constata que la notable pérdida de peso que ha creído detectar en ella a simple vista es real.

—Estamos solas —le comunica Amaya nada más separarse sus cuerpos.

—¿Y eso?

—Mario y los peques se han ido al cine.

—Ah, vale.

Lara lo interpreta como otra mala señal. «Lo que tiene que contarme debe ser tan grave que prefiere no hacerlo delante de ellos», piensa.

—Así estamos más tranquilas —dice Amaya, cuyo semblante muestra una seriedad impropia en ella.

—Claro.

Lara sigue a su amiga hasta el salón.

—¿Te apetece un té o un café? —le pregunta Amaya.

—¿Tú qué vas a tomar?

—Un té con leche y canela.

—Yo lo mismo.

—Pues siéntate donde quieras y enseguida vuelvo.

—Voy contigo, y así te ayudo.

—No hace falta. Mejor espérame aquí.

A Lara le da la impresión de que no es una sugerencia, sino una orden. Como si su amiga necesitase un momento de soledad. Es por ello por lo que decide complacerla y tomar asiento.

A su regreso, Amaya porta una bandeja de desayuno en la que además de sus bebidas hay un plato con un generoso trozo de tarta de manzana.

—Es de La Oriental —le informa Amaya nada más depositarla en la mesa y sentarse al lado de su invitada.

Lara abre los ojos emocionada. La tarta de manzana es su postre favorito. Y encima elaborada en una de sus pastelerías preferidas.

—Es toda para ti.

—¿Tú no quieres?

—No. He comido muy tarde —se excusa Amaya—. Y queda mucha más, así que ya me tomaré un cachito después de la cena.

Lara ataca la tarta de inmediato. El dulce siempre la ha ayudado a calmar la ansiedad.

—Está riquísima —dice.

Amaya esboza una débil y triste sonrisa. A cada segundo que pasa, más irreconocible le resulta a Lara. Es como si una suplantadora se hubiese adueñado de su casa y pretendiese reemplazarla.

—¿Qué tal tu semana? —le pregunta Amaya—. ¿Has vuelto a hablar con Dani?

Lara la puso al día acerca del reencuentro con su antiguo compañero de trabajo. Amaya es la única persona de su entorno que está al tanto de su historia en común. De lo que todavía no la ha informado es de la desagradable discusión que mantuvo con su ex hace dos días. Ni tiene demasiadas ganas de hacerlo.

—No —contesta Lara—. Hasta que no terminemos la revisión de su novela no creo que volvamos a vernos.

—¿Y no has pensado en quedar con él fuera de la ofi? Para poneros un poco más al día, quiero decir.

—No.

Estuvo tentada de proponérselo a Dani. Pero Lara prefiere no mezclar lo personal con lo profesional ahora que su posición dentro de la editorial está en entredicho.

Amaya le da un largo sorbo a su té y se queda muy pensativa. A Lara le ha sorprendido que ese haya sido el único comentario relacionado con Dani. Lo normal es que hubiese curioseado un poco más al respecto. O que hubiese bromeado con ella sobre el asunto. Si hay una persona con la que no está nada acostumbrada a tener

que sufrir silencios incómodos es con su Amaya. Pero eso es precisamente lo que está sucediendo.

—¿Qué peli han ido a…?

—El melanoma se ha propagado —la interrumpe su amiga.

—¿Qué?

—Tengo afectados los pulmones y los huesos.

De todas las opciones que se había planteado, esa era la peor de todas con diferencia. A Amaya le habían detectado un melanoma en estadio III hacía más de una década. Aunque el grosor que presentaba cuando se lo diagnosticaron era problemático, no hallaron evidencia alguna de metástasis en las pruebas que le habían hecho en aquel momento y en los años venideros. Los médicos nunca habían descartado al cien por cien que se acabase produciendo, pero todo parecía indicar que la probabilidad de que se hubiese extendido a otros órganos era muy baja.

—No puede ser —dice Lara, moviendo la cabeza de lado a lado.

Amaya abre la boca para decir algo, pero inmediatamente después pierde por completo la compostura y comienza a llorar desconsoladamente. Lara la abraza y se une a su llanto. Ninguno de los disgustos que ha tenido en las últimas fechas se puede equiparar con la desolación que la embarga. Sus problemas le parecen insignificantes en comparación. Le da hasta vergüenza haberle contado lo de sus ataques de ira a principios de mes, cuando a lo mejor ya sabía lo de su enfermedad.

Cuando Amaya consigue recuperarse lo suficiente, le cuenta a Lara que hace unas semanas empezó a notarse muy débil y fatigada. También a veces le costaba respirar un poco. Cuando a todos esos síntomas se les unió un dolor persistente en la cadera y la parte superior de las piernas, decidió ir al médico. Teniendo en cuenta sus antecedentes clínicos, le hicieron una serie de pruebas cuyos resultados le comunicaron la semana anterior, en los que se reflejaba la presencia de células cancerígenas en sus pulmones, en la pelvis y en el fémur de ambas piernas.

Lara quiere preguntarle por qué no le ha dicho nada hasta ahora. Pero eso ya es lo de menos. Cree que sus razones habrá tenido. Hay cuestiones mucho más importantes que esa. Como, por ejemplo,

cuál es el tratamiento que van a seguir los médicos para intentar curarla.

Amaya le explica que lo primero que van a probar es un método llamado inmunoterapia, que ha demostrado ser efectivo para este tipo de situaciones. Si no surte el efecto deseado, la única alternativa es la quimioterapia, pues el cáncer está demasiado extendido como para poder extirparlo mediante cirugía.

—Y si eso tampoco funciona… —dice Amaya—, sería cosa de unos pocos meses. Semanas, incluso.

«Esto no puede estar pasando», piensa Lara. Su amiga ha sido la única fuente de apoyo y alegrías que ha permanecido constante en su vida. Nunca le ha fallado. Siempre ha estado ahí cuando la necesitaba. Sin ella se sentiría tan perdida como si le arrebatasen el sentido del equilibrio. No quiere ni pensar en esa posibilidad.

—Tiene que salir bien —ruega Lara, sin darse cuenta de que lo ha dicho en voz alta.

—Eso espero.

No hay atisbo de esperanza en su deseo. Amaya es la viva imagen de una persona que anticipa con claridad una derrota y no ve modo de evitarla. Lara tiene la sensación de que cualquier palabra de ánimo que escuche va a caer en saco roto.

—¿Lo saben los peques?

—No. Solo se le hemos contado a mis padres y a mi hermana. Y ahora a ti —le comunica Amaya—. Pero creo que notan que algo me pasa. Y cada día voy a sentir más dolor y a tener más problemas. Deberíamos decírselo, pero no encuentro el momento.

El labio le tiembla a Amaya cuando habla de sus hijos. Lara trata de ponerse en su piel. Se imagina teniendo que darle una noticia así a Ruth, que no es mucho mayor que Lucas y Sofía, y se le congela el alma. Aunque, en realidad, lo verdaderamente duro no es eso, sino la terrible perspectiva de no poder estar viva para ver cómo crecen y se convierten en adultos.

—No me extraña. Yo no sabría ni por dónde empezar.

—Va a ser muy duro, pero ya no me quedan fuerzas para seguir fingiendo delante de ellos.

—Normal.

—Estoy muy cansada, tía. Muy muy cansada —dice Amaya, apoyándose sobre el hombro de su amiga.

Lara posa su mejilla sobre la parte superior de la cabeza de Amaya, mientras acaricia su rostro con delicadeza. Luego la agarra de la mano y aprieta con suavidad, concentrándose para poder transmitirle toda su energía. Ambas permanecen unidas y en absoluto silencio.

—Ya estoy mejor —dice Amaya tras separarse de Lara al cabo de un rato.

—¿Seguro?

—Sí. La verdad es que me ha venido muy bien desahogarme un poco —le comenta—. Pero no quiero seguir hablando más del tema. Cuéntame tú algo, anda. Pero que sea alegre, por favor.

Lara piensa en cómo podría complacer a su amiga. El problema es que últimamente en su vida todo han sido malas noticias. Desesperada, pasea su mirada por el salón en busca de algo que le sirva de inspiración, con la misma falta de éxito.

—¿Tan mal te está yendo? —bromea Amaya.

Lara no le responde de inmediato. No porque le dé vergüenza reconocer que está pasando por una mala racha, sino por el pudor que le produce contarle sus desgracias a alguien a quien le acaban de detectar un cáncer en un estado tan avanzado.

—Vaya amiga más penosa que tienes —dice Lara—, que ni sabe animarte cuando más lo necesitas.

—Eres la mejor amiga del mundo, Lari.

—Tú también. No sé qué habría hecho sin ti todo este tiempo.

Amaya esboza una sonrisa, esta vez menos mortecina.

—Yo sí que habría estado perdida sin ti —confiesa.

Lara tiene las emociones tan a flor de piel que teme que vaya a ponerse a llorar de nuevo.

—¿Es por Ruth por lo que estás así? —pregunta Amaya.

—Sí —contesta Lara—. Y por mi ex. Y por mi madre. Y por el trabajo.

—Vaya.

—Pero no sé si el problema son ellos o soy yo.

—¿A qué te refieres?

Lara respira hondo antes de responder.

—Yo nunca pensé que las cosas me irían como me están yendo. Estoy muy insatisfecha con mi vida. Y con la persona en que me he convertido. Es como si me hubiese decepcionado a mí misma —confiesa—. Echo la vista atrás y me da la impresión de que siempre me he equivocado cuando he tenido que tomar las decisiones importantes. Y lo peor es que creo que voy a volver a cagarla una y otra vez —asegura—. Mírame ahora, por ejemplo. Deprimiéndote con mis mierdas después de lo que acabas de contarme. Debería estar dándote ánimos y escuchándote yo a ti, no quejándome de tonterías.

—No son tonterías. Y he sido yo la que te he pedido que no hablásemos más de eso.

—Sí, pero también querías que te contase algo alegre.

Amaya clava sus ojos en los de Lara.

—¿Sabes qué es lo que realmente quiero? —pregunta a continuación.

—¿El qué?

—Ser útil durante todo el tiempo que me quede, por poco que sea.

—No digas eso. Vas a tener un montón de años para aguantarme y darme buenos consejos.

—Tú no necesitas buenos consejos.

—¿Y qué es lo que necesito entonces?

—Para empezar, dejar de pensar en el pasado y en lo que te habías imaginado que tendrías cuando llegases a esta edad. Céntrate en lo que tienes y has logrado, que es mucho. No en lo que has perdido —dice Amaya—. Y si te falta algo, nada te impide ir a por ello. Tienes todo el tiempo del mundo por delante para conseguirlo.

La última frase de Amaya la hace sentirse todavía más culpable por la situación.

—Ya te lo dije el otro día —continúa su amiga—. Llevas demasiado pensando en otros antes que en ti. Ya es hora de que hagas justo lo contrario. Y que el resto se las apañen como puedan. Bastante has hecho ya por todos ellos.

—Lo sé.

—Menos conmigo, claro. A mí me vas a tener que mimar más que nunca.

—Por supuesto. Tú pídeme lo que quieres —dice Lara—. De hecho, debería mudarme aquí contigo y mandar a Ruth una temporada con su padre.

—Casi es mejor que nos mudemos todos nosotros a tu casa, que es más grande y vamos a estar mucho más cómodos.

—Yo encantada.

—Eso lo dices porque nunca has tenido que convivir con mis hijos.

—Pero sí con la mía. Y Ruth vale por dos cuando se trata de darme disgustos.

—Si es un cielo de niña, por Dios.

—Con todo el mundo menos conmigo —se lamenta Lara—. No sé qué es lo que le habré hecho para que me trate así.

—Ser una madraza.

—No creo que ella piense lo mismo que tú.

—Pues entonces se equivoca.

A Lara nada le gustaría más que estar de acuerdo con su mejor amiga. Pero lo que sucede es que el fondo es consciente de que ella posee su propia cuota de responsabilidad en lo concerniente al deterioro de la relación con su hija. El bienestar de Ruth ha sido siempre su principal objetivo, pero quizá los medios que ha empleado para proporcionárselo no hayan sido los más adecuados. El error no ha estado en el porqué, sino en el cómo. Pero es mucho más sencillo echarle la culpa a los demás. A Ruth. A su ex. A cualquier otro menos a ella. Es más fácil fabricarte un buen villano en el que volcar todo tu odio que hacer un poco de honesta introspección.

—Qué complicado es a veces todo —dice.

—Qué me vas a contar a mí.

—¡Joder! —exclama una avergonzada Lara—. Perdóname, Amaya. Soy lo peor.

—No pasa nada.

—A saber por lo que estás pasando.

—Bueno, no soy la única en el mundo con un cáncer tan chungo.

—Ya, pero a mí los otros me importan un pimiento.

—Pues a ver si es verdad y empiezas a pensar más en ti misma, tía.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé. Solo te estaba tomando el pelo.

Verla bromear la anima un poco. Lara admira en Amaya que nunca haya dejado que nada ni nadie mine su fortaleza. Confía en que ahora no vaya a hacer una excepción con su enfermedad.

—Gracias por contármelo —le dice Lara—. No ha tenido que ser fácil.

—Contigo todo es muy fácil, Lari. Eres única.

Emocionada, Lara se desliza por el sofá y abraza a su amiga.

—Sabes que te quiero muchísimo —dice Lara, al borde de las lágrimas de nuevo.

—Yo también te adoro —dice Amaya con la voz entrecortada.

—Todo se va a solucionar, ya lo verás.

—Seguro que sí —afirma Amaya— Y lo mismo te digo.

Que, a pesar de la que tiene encima, su amiga siga siendo capaz de pensar en los problemas de Lara hace que el amor que siente por ella se multiplique, reforzando todavía más si cabe un vínculo entre ambas que hasta la fecha ha demostrado ser indestructible. Sin embargo, jamás antes se ha tenido que enfrentar a un enemigo tan temible como el que está devorando el cuerpo de Amaya.

«Juntas lo venceremos», se promete Lara.

# Capítulo 18
## EL QUE MÁS NECESITABA

Han pasado nueve meses desde el beso que Lara y Eduardo se dieron en aquel lugar tan maravilloso en el que tenían prohibido estar. Ha habido muchos más, aunque ninguno se puede equiparar a ese primero. Pocas cosas hay que sean comparables a un primer beso entre dos personas que se acaban de enamorar. Ganar la lotería. La risa de un bebé. Ciertos sabores de helado. No muchas más.

Lo de «estáis hechos el uno para el otro» es algo que últimamente han escuchado mucho Eduardo y Lara, pese a lo poco que llevan saliendo. Ellos mismos están asombrados por lo bien que les va. Sobre todo ella, pues había contraído una alergia a las relaciones duraderas que amenazaba con no desaparecer nunca. Le había bastado con un par de citas más con él para darse cuenta de que no tenía sentido resistirse más a la evidencia de que Eduardo no encajaba con ninguno de los tipos de hombre de los que se había propuesto mantenerse alejada.

Eduardo ha aceptado esa buena fortuna con naturalidad, sin cuestionarse absolutamente nada. Ella, que sabemos que no es precisamente la persona más confiada del mundo, teme que estén viviendo en una especie de burbuja que puede estallar de un día para otro. El que provengan de ambientes muy distintos la preocupa. Es cierto que no ha causado ninguna fricción entre ellos,

pero también lo es que sus respectivos círculos sociales y familiares han permanecido fuera de la ecuación hasta el momento.

Y eso es algo que está a punto de cambiar.

Lara va a conocer a los padres de su chico ese mismo día, en una comida en su casa organizada con motivo del cumpleaños de la madre. También va a ver por primera vez a su hermana —con su hermano Gustavo ya coincidió en una fiesta, y le cayó muy bien—, pero eso la inquieta mucho menos. Le angustia bastante más tener delante a Ramón, el padre de Eduardo, del que lo poco que ha oído no ha sido demasiado halagüeño. No es que Eduardo le haya hablado directamente mal de él, pero siempre que lo ha hecho ha detectado cierta reserva que bien podría confundirse fácilmente con temor.

Cuando Eduardo le pidió que le acompañase a la celebración para presentársela oficialmente a su familia, Lara tuvo que disimular su falta de entusiasmo. Le apetece tan poco, que ha estado fantaseando durante los días previos con la posibilidad de una oportuna gripe o un esguince de tobillo que le impidiera acudir al compromiso. Le parece que todavía es muy pronto para dar ese paso, y que supone correr un riesgo innecesario. Preferiría que su relación estuviese más asentada, y no entiende qué prisa hay por abrirla a los demás, con lo a gustito que están ellos dos solos. Pero al ver lo ilusionado que estaba Eduardo, decidió ceder y aceptar su invitación. A Lara le cuesta una barbaridad decir que no. Y más aún cuando se trata de su novio.

La casa de los padres de Eduardo es tal como se la había imaginado. Muy espaciosa y de aire clásico. Sus propietarios encajan a la perfección con ella. Ramón es un hombre alto, cuya complexión se corresponde con la de un hombre que practica ejercicio con frecuencia. Lleva el pelo engominado y peinado hacia atrás y su expresión es la de alguien a quien es mejor no llevar la contraria. Su mujer es también alta y delgada, pero su mirada y sus gestos transmiten una calidez infinitamente mayor que la de su marido. En cuanto a Nuria, la hermana de Eduardo, es el prototipo de una niña bien de familia acomodada. A Gustavo se le nota menos la clase social a la que pertenece, que en el caso de Eduardo es más

indetectable todavía. Es como si a medida que fueron llegando al mundo se hubiese ido acentuando más el estereotipo. También está presente la abuela materna de Eduardo, que se llama Teresa, y que guarda un gran parecido en aspecto y actitud con su hija.

Ramón saluda a Lara como haría con alguien al que está convencido de que no va a volver a ver durante el resto de su vida. No es una frialdad hostil, sino más bien indiferente. Gloria compensa el desinterés de su esposo derrochando afecto hacia su invitada. Lara no ha visto en su vida un matrimonio formado por dos cónyuges más distintos el uno del otro.

Tras las presentaciones, Ramón hace una señal a sus dos hijos para que vayan con él al salón.

—Dejemos que las mujeres vuelvan a la cocina —dice—. Tengo que hablar de un tema importante con vosotros dos.

Al escucharle, Lara empieza a sospechar que Eduardo se ha valido de eufemismos al hablarle de su padre. Al calificarlo de «tradicional» seguramente quería decir «machista». Con «serio» es muy posible que se estuviera refiriendo a que era «arrogante». Así que supone que lo de «estricto» viene a significar que es un «tirano».

Lara no tiene ni idea de cocinar. Y, a juzgar por la desenvoltura que muestran la madre, la abuela y la hermana de Eduardo, es la única de las presentes en su situación. Aunque nadie le ha pedido que eche una mano, se ofrece a ayudar por una cuestión de buena educación, confiando en que le digan que no hace falta que haga nada. Pero Gloria, probablemente con la intención de que se sienta integrada, le sugiere que corte en rodajas unos tomates que van a servir con un queso artesano y anchoas. Como no quiere quedar mal y piensa que no puede ser tan difícil llevar a cabo algo que ha visto hacer a su madre muchas veces, acepta la tarea sin rechistar. Para su sorpresa, no se le dan nada mal los primeros cortes.

—Eduardo nos ha dicho que eres profesora —comenta Gloria.

—Bueno, aún no. Estoy haciendo unas prácticas en una academia donde se enseña español a extranjeros —les aclara—. Pero sí, esa es la idea.

Ve innecesario explicarles que en realidad no tiene muy claro lo de dedicarse a la enseñanza. Que su sueño inconfeso es trabajar en el

mundo editorial.

—Suena muy interesante —opina Gloria—. Te estará permitiendo conocer a gente de todo el mundo.

—La verdad es que sí.

Las labores que ejerce en el centro no implican mucho trato con los estudiantes, pero tampoco ve oportuno matizárselo.

—Nuria quiere especializarse en derecho internacional, así que es algo que tenéis en común —dice Gloria.

—No es lo mismo —replica su hija.

A Lara le da la impresión de que la comparación no le ha hecho demasiada gracia a la hermana de Eduardo. Lo que viene a corroborar su hipótesis de que Nuria no ha heredado la simpatía de su madre y su abuela.

—Ya lo sé, cielo —dice Gloria—. Solo creo que se parece un poco.

—No se parece en nada —insiste una Nuria que parece realmente ofendida.

Lara cruza mentalmente los dedos para que no le toque sentarse al lado de la más joven de la familia. Tener que aguantar su tono tan condescendiente durante gran parte de la noche puede llegar a ser una tortura.

—Intenta cortarlos un poco más finos —oye Lara que alguien le dice desde muy cerca.

Sin que se haya percatado de ello, Teresa se ha aproximado para supervisar su trabajo.

—Vale —dice Lara, recuperándose del sobresalto.

—Déjala tranquila, mamá —acude Gloria al rescate—. Ven aquí y dime si la salsa está ya lista, por favor.

Lara detecta por el rabillo del ojo que está siendo observada. Al girarse en esa dirección, descubre que Nuria la está mirando fijamente. Lara sonríe para tratar de mitigar la incomodidad que le produce su escrutinio. Nuria la imita, pero su sonrisa se le antoja tan forzada como la de una actriz al escuchar que le han dado el premio a otra.

Decide concentrarse en la tarea que le han encomendado. Pero no puede quitarse de encima la sensación de que a cada paso que da está siendo vigilada y juzgada escrupulosamente por las personas

que la rodean. El nerviosismo que la invade le juega una mala pasada cuando el filo del cuchillo que aferra en la mano derecha resbala sobra la superficie del tomate y sale disparado contra uno de los dedos que lo sujetan, produciéndole un corte en la piel que comienza a sangrar de inmediato.

A pesar del dolor y de la abundante hemorragia, Lara permanece quieta y en silencio. Por absurdo que parezca, para ella es más importante que nadie se dé cuenta de lo que ha sucedido que tratar con rapidez su herida.

—Mamá —dice Nuria, señalando la mano de Lara.

Al verse delatada, no le queda otra que declararse culpable.

—Me he cortado —reconoce.

Gloria actúa con rapidez y serenidad para solventar la pequeña crisis que se desata en la cocina. Para ello tan solo cuenta con la inestimable ayuda de Teresa, porque Nuria se limita a presenciarlo todo desde una distancia prudencial, como si temiese contagiarse de algo. Por suerte, el corte no es demasiado profundo, por lo que el sangrado se detiene tras tapar la herida con un trapo limpio, dándole tiempo a que Gloria vaya a buscar el botiquín que guardan en uno de los aseos que hay en la vivienda. Pasados unos minutos, le retiran el improvisado vendaje para aplicarle un desinfectante, antes de volver a cubrir el dedo con una tirita.

Aunque todo ha quedado en un susto, el incidente no hace sino aumentar su agitación. Se siente torpe, fuera de lugar y avergonzada. Ni siquiera los atentos cuidados de Gloria o las cariñosas palabras de Eduardo sirven para apaciguarla. Hay un momento en que hasta se plantea fingir que está mareada y pedirle a su chico que la lleve a casa. Pero al final opta por quedarse y aguantar el chaparrón. Al menos se lleva una alegría cuando descubre que la van a sentar entre Eduardo y su hermano, lejos de las dos personas cuya presencia la tiene completamente intimidada: Ramón y su áspera hija.

—Qué buena pinta tiene todo —dice Eduardo.

Lara está de acuerdo. También le parece que la cantidad de comida que han preparado es excesiva. Apenas queda hueco en una mesa que no es precisamente de reducidas dimensiones. Y sabe que

a todos esos entrantes los va a seguir un descomunal besugo al horno como plato principal. A lo que hay que sumar la enorme tarta que van a tomar como postre. Pero ni se le ocurre compartir esa opinión con nadie más. De hecho, se propone abrir la boca lo menos posible. Cree que ya ha atraído lo suficiente la atención sobre ella con su accidente doméstico.

—Es una pena que Jacobo no pueda estar —dice Nuria—. Sabes que le encanta tu comida.

—No pasa nada, hija —dice Gloria—. Lo primero son los estudios.

El novio de Nuria se encuentra en Estados Unidos completando un máster. De ahí su ausencia. Lara se pregunta si será tan *majo* como su novia. «Mejor que no esté aquí, por si acaso», piensa.

—A la boda de Covadonga sí que va a poder venir —anuncia Nuria.

—Qué bien —dice Teresa—. A tu prima le va a hacer mucha ilusión.

Es prácticamente la única aportación que va a realizar la abuela de Eduardo durante el resto de la comida, pues se concentra exclusivamente en dar buena cuenta de lo que va cayendo en su plato, demostrando una voracidad que sorprende a Lara. Hasta ella misma participa más que Teresa en la conversación, aunque lo evita siempre que puede.

La abuela de Eduardo no es la única de entre los presentes que permanece muda. Tampoco Ramón hace comentario alguno mientras todos comen y charlan sobre la inminente boda y otras cuestiones familiares. A Lara le da la impresión de que su expresión facial es de contrariedad más que de seriedad, pero no le conoce lo suficiente como para saberlo con certeza. Tiene que pasar un buen rato hasta que se escuche su voz.

—¿Cuántas veces te he dicho que el móvil no se trae a la mesa? —se dirige con severidad a su hijo Gustavo.

Todas las miradas se centran en el mediano de los tres hermanos, que ha sido pillado infraganti mientras consultaba disimuladamente el dispositivo que lleva metido en el bolsillo de su pantalón.

—Es que estoy esperando un mensaje urgente —se justifica el aludido.

—Me da igual —dice Ramón—. Es una falta de respeto hacia todos los demás.

—Tampoco me parece que sea para tanto —dice Gustavo.

—Lo es —le corrige con contundencia su padre—. Así que, si tan importantes son para ti esos mensajitos, levántate de la mesa y vete a tu cuarto para leértelos. Pero si lo haces, no vuelvas aquí hasta que hayamos terminado.

Lara percibe un cambio dramático en el ambiente. Hasta ella se pone en tensión a pesar de no estar implicada.

—Ramón… —dice en voz baja Gloria.

Su marido hace un gesto con la mano para pedirle que no intervenga.

—¿Y bien? —le pregunta a su hijo—. ¿Qué va a ser? ¿Tus amigos o tu familia?

Gustavo devuelve el teléfono al lugar del que lo ha sacado y pincha un pedazo de las croquetas que su abuela ha elaborado para introducírselo en la boca. Ramón no dice nada. Tan solo asiente con la cabeza y sigue con lo que estaba haciendo antes.

Durante un interminable minuto, nadie dice nada. Únicamente beben de sus vasos o mastican su comida. Muy lentamente en ambos casos. Lara aprovecha para espiar discretamente a los restantes comensales, saltándose deliberadamente a Ramón. Teresa no parece haberse dado cuenta de lo que ha sucedido. Gloria mira como ensimismada el contenido de su plato. En Nuria cree detectar una cierta satisfacción por los acontecimientos, lo que le revuelve un poco el estómago. El semblante de Gustavo está crispado por una rabia interior que está tratando desesperadamente de digerir. Cuando Lara se gira hacia Eduardo, sus miradas se cruzan. Su chico le sonríe, pero su gesto no surte el efecto habitual en ella.

—¿A que no sabéis a quién me encontré el otro día por la calle? —dice Nuria para romper el silencio.

Nadie se apunta a jugar a las adivinanzas, así que es la propia joven quien se responde a sí misma.

—A Luis Salgado.

A Lara ese nombre no le dice nada.

—¿Y qué se cuenta? —pregunta Gloria.

—No lo sé. Me vio e hizo como si no me conociera. Así que yo hice lo mismo —contesta Nuria.

Lara envidia a ese tal Luis por haberse ahorrado tener que tratar con Nuria, que cada vez le cae peor.

—Iba con un chico un poco… raro —prosigue la hermana de Eduardo.

—¿Raro por qué? —pregunta Gloria.

—Tenía muchísima pluma.

—¿Y eso te parece raro? —pregunta Eduardo, quitándole la palabra de la boca a Lara.

—Hombre, muy normal no era. Tenías que ver qué pintas llevaba —argumenta Nuria.

—¿Iban cogiditos de la mano? —pregunta Ramón con un desprecio más que evidente.

—No. Pero casi —le informa su hija.

—Pues que se esperen un poco a que gane las elecciones el comunista de Zapatero y ya hasta podrán casarse —opina Ramón—. Qué vergüenza.

A Lara no le gusta hablar de política. Aunque, bien mirado, no cree que el matrimonio homosexual sea una cuestión de política. Es sencillamente una cuestión de tolerancia y de respeto a los derechos humanos. Por esa razón está a punto de abandonar la táctica del avestruz y sacar la cabeza de debajo de la tierra para salir en defensa del tal Luis Salgado y de su amigo. Pero antes de que pueda cumplir con su propósito, Gloria se incorpora y anuncia que va a traer el pescado para servirlo. Lara sospecha de inmediato que ha adelantado la llegada del plato principal como un modo de precipitar un cambio de tema.

—Te ayudo, mamá —se postula Eduardo.

—No hace falta, cariño. Ya me encargo yo.

Lara agradece mentalmente que Gloria no haya aceptado el ofrecimiento de su hijo. Quedarse sin la compañía de Eduardo, aunque sea por un breve espacio de tiempo, se le antoja una idea espantosa. Se imagina que Ramón y su hija aprovecharían para lanzarse sobre ella y convertirla en un entrante más.

La siguiente hora le sirve a Lara para corroborar las teorías que ha ido construyendo sobre la marcha acerca de las dinámicas establecidas entre los miembros de la familia. Está claro que Nuria es la favorita de Ramón, que Gustavo es una especie de oveja negra y que Eduardo no comparte muchas de las ideas de su padre, pero procura no llevarle demasiado la contraria públicamente. Gloria es un enigma.

Es inexplicable cómo una mujer tan atenta y con un carácter tan dulce ha podido soportar tantos años al lado de un hombre tan hosco y desagradable. Lara no considera que ella pueda permitirse el lujo de alardear de tener unos padres ejemplares, pero al menos entre ellos hay una relación de igualdad que no cree que se haya dado nunca entre Ramón y Gloria.

Se pregunta cuánta parte de su padre y cuánta de su madre hay en Eduardo. Si tiene que juzgar por su experiencia hasta la fecha, diría que ha salido claramente más a ella. Pero no llevan tanto tiempo juntos como para descartar definitivamente que haya heredado alguno de los rasgos de personalidad más detestables de Ramón. En eso —y en todas las incómodas reuniones familiares que le quedan por delante si lo suyo con Eduardo prospera—, piensa Lara mientras ve como Gloria sopla las velas y escucha como todos menos su marido le cantan el cumpleaños feliz.

Llega el momento de dar los regalos. De manos Ramón, la homenajeada recibe un bolso de Hermès que canta a la legua que no se ha encargado él de elegir. A medida que los demás le van entregando sus obsequios, crece una gran inquietud en Lara. Eduardo le pidió que fuese ella quien escogiese el de ambos. Lara aceptó esa responsabilidad a pesar de las reticencias que tenía. Al fin y al cabo, desconocía por completo los gustos de Gloria. Eduardo le proporcionó alguna información al respecto, pero lo cierto es que la decisión de comprarle unos botines de tacón bajo y punta cuadrada ha sido enteramente suya. Y ahora duda seriamente de que haya sido acertada.

Está tan nerviosa por la situación que, cuando Gloria los saca de la caja, Lara mira hacia otro lado para no ver su reacción, como si

fuese a presenciar cómo un cuerpo impacta contra el suelo tras caer desde un décimo piso.

—Son preciosos —escucha que dice la mujer—. Me encantan.

Solo entonces se ve capaz Lara de mirar en su dirección, tras decidir que Gloria está siendo sincera.

—¿De verdad que te gustan? —necesita que le confirme—. Tengo el recibo por si los quieres cambiar.

—Son divinos, Lara. Muchísimas gracias. A los dos.

Mientras Gloria le da un beso de agradecimiento a su hijo mayor y a Lara, Nuria aprovecha para estudiar de cerca los botines.

—¿Donde los has encontrado? —pregunta—. Es que me suena mucho haberlos visto en algún sitio rebajados —añade.

«Qué cabrona», piensa Lara.

En su mundo, comprar un regalo a buen precio no le resta valor al detalle. Pero seguramente en el de Nuria debe ser algo humillante, de ahí que suponga que su comentario es malintencionado. Y además no es cierto. Para adquirir los zapatos, que les han costado muy caros a Eduardo y a ella, no se habían beneficiado de ningún descuento.

—Son de una tienda de la calle Ayala. Y no estaban rebajados —se ve obligada a decir.

—Pues me estaré confundiendo con otros —recula Nuria, esbozando otra sonrisa falsa marca de la casa.

Lara se pregunta si la hermana de Eduardo se portará así con todo el mundo, o si es que tiene algo personal contra ella. Teniendo en cuenta que se acaban de conocer, no se le ocurre qué ha podido hacer para suscitar en ella esa animadversión. El caso es que, entre su actitud y la tensión que le genera la presencia de Ramón, le han fastidiado la comida.

—¿Me enseñas otra vez tu cuarto? —le pide a Eduardo una vez que la entrega de regalos ha finalizado.

Tira de él hacia la puerta suavemente para no darle opción a elegir su respuesta. En cuanto están a solas en su habitación, Lara entorna la puerta hasta casi cerrarla. Luego se acerca a su chico para poder hablarle en voz baja.

—¿Te importaría que nos fuésemos ya? —le pregunta—. Me duele un poco la cabeza. Por lo del dedo y los nervios, supongo.

No quiere decirle la verdad para no herirle. Que no soporta estar ni un minuto más en compañía de los miembros más antipáticos de su familia. La experiencia ha sido tan desagradable que se ha llegado a plantear si le merece la pena seguir con Eduardo, a pesar de lo enamorada que está de él. Tener que tratar en el futuro con ese tipo de personas quizá sea un precio demasiado elevado para ella. Es una complicación con la que no contaba. Y viene a reforzar una idea que ha estado rondándole desde que empezaron a salir: que el pertenecer a ambientes sociales tan diferentes va a ser una piedra enorme en su camino. Sabe que su negativismo está haciendo de las suyas otra vez, pero aun así no puede quitarse esa inquietud de la cabeza.

En lugar de contestarle, Eduardo vuelve sobre sus pasos y cierra del todo la puerta de su dormitorio.

—¿Crees que no conozco perfectamente cuál es la primera impresión que se lleva la gente de mi padre y de mi hermana? —dice él, demostrando que no le ha pasado desapercibido nada de lo que ha sucedido.

—No es por eso, es que…

—No te preocupes. No me voy a ofender porque me digas lo que piensas de ellos. Si quieres lo hago yo para que no tengas que ser tú quien lo diga en voz alta —le propone—. Mi padre es un capullo y mi hermana una cabrona.

—Tampoco es eso.

—Pues yo creo que me estoy quedando corto —bromea—. Siento que hayas tenido que pasar por esto, Lara. Pensaba que esta vez sería diferente, pero está claro que he sido demasiado optimista —le confiesa—. En el fondo, no son malas personas. El problema es que a mi padre lo educaron así. Si piensas que él es duro, tenías que haber conocido a mi abuelo. Y a Nuria le falta madurar un poco y conocer gente distinta a la que está acostumbrada.

Se le ve muy apesadumbrado. Como si la forma de ser de su padre y su hermana fuesen responsabilidad suya.

—Tu madre y tu abuela son un amor. Y Gustavo es muy majo —trata de animarle.

—Menos mal. Si no, no habrías llegado ni a sentarte a la mesa.

—Mis padres también son muy… especiales. Pero no en el buen sentido.

—No creo que conocerlos sea peor que esto —dice Eduardo, señalando hacia la puerta.

—No hay prisa por comprobarlo.

—Sería lo justo. Para compensar lo de hoy.

—No ha sido para tanto.

No es la primera vez que Eduardo muestra interés en que le presente a sus padres.

—Gracias por venir. Y por aguantarlos —dice él.

—De nada.

—Eres la chica más increíble del mundo. Lo mejor que me ha pasado en la vida es haberte encontrado.

Lara siente exactamente lo mismo por él. Pero, en lugar de comunicárselo mediante palabras, lo hace a través de un beso. El contacto con sus labios produce un efecto sanador en ella. Toda la ansiedad que se ha ido acumulando en su interior en las últimas horas se evapora como por arte de magia. Se siente tan feliz entre sus brazos que le resulta disparatado haber llegado a pensar que su familia podría suponer un obstáculo insalvable para su relación. Lo que hay entre ellos es mucho más poderoso que eso. Muchísimo más.

No existe nada ni nadie en el mundo que pueda separarlos.

# Capítulo 19

AHORA

—¿Has vuelto alguna vez a ir a los cines? —le pregunta Dani—. Como clienta, quiero decir.

—La verdad es que no —le contesta Lara—. ¿Y tú?

—Hubo una temporada en que iba bastante, después de dejar de trabajar allí. Me pillaban muy cerca de casa de mis padres.

—Es verdad —dice ella—. Me acuerdo de que un día que vinieron a verte trajeron cena para todos. Eran encantadores. ¿Qué tal están?

—Mi padre murió hace unos años —contesta él—. Un infarto. Y eso que nunca había tenido problemas de corazón —le explica—. Al principio fue muy duro, sobre todo para mi madre —le cuenta—. Pero ya está mejor.

—Me alegro por ella.

—Gracias.

Lara le da un largo sorbo a su café con leche mientras piensa en lo impredecible que es la vida a veces. No es el repentino fallecimiento del padre de Dani lo que la ha llevado a hacer esa reflexión, sino el hecho de haber quedado con su antiguo compañero de trabajo fuera de su oficina para tomarse un café con él. Había bastado un sencillo mensaje de Dani proponiéndole que se vieran para que Lara rompiese el juramento que se había hecho a sí misma de mantener su relación con él dentro del terreno de lo estrictamente profesional. Ni siquiera se había establecido un debate interior. Había aceptado al instante, sin valorar pros y contras ni

darle las mil y una vueltas que ella solía dedicarle a cuestiones tan personales como esa.

—¿Y tus padres qué tal están? —quiere saber Dani.

—Bien. Igual que siempre.

—Si no recuerdo mal, tu madre te daba mucha caña.

—Pues tienes buena memoria.

—Se te notaba enseguida cuando habías tenido una discusión con ella.

—Es que me sacaba de quicio. Y lo sigue haciendo en cuanto tiene oportunidad.

Lara es la que ha escogido el sitio donde está teniendo lugar su encuentro. Dos barrios enteros separan la editorial de la cafetería, que cuenta con una pequeña sala alejada de la entrada y de los transeúntes que caminan por la calle. Para ella es esencial reducir al mínimo posible el riesgo de que alguien de su empresa los vea juntos.

—¿Has seguido en contacto con alguien de aquella época? —pregunta Dani.

—No —responde rápidamente Lara.

—Me lo imaginaba.

Ella pensaba que el tema tardaría en salir un poco más. Que primero tratarían asuntos más intrascendentes. Que antes de viajar al pasado se quedarían un rato más en el presente. Pero también asume que lo que sucedió aquella Nochevieja de hace veinticuatro años es una losa de la que deben librarse para poder seguir adelante.

—No lo hice bien —dice Lara.

—¿Cómo?

—Me tenía que haber despedido mejor de todos —dice ella—. Bueno, al menos de los que os portasteis bien conmigo.

Él se queda callado durante unos segundos. Lara casi puede escuchar cómo la mente de Dani se traslada hacia el momento en que sus caminos se separaron.

—No fue culpa tuya —dice tras esa pausa—. No te dejamos más opción que esa.

La declaración de Dani le produce un gran alivio. Si bien ha pasado mucho tiempo y a él no le falta razón al considerar que Lara prácticamente se vio obligada a dar la espantada, no había descartado del todo que siguiese herido por las palabras finales que le dedicó.

—Yo estaba muy mal, pero lo pagué con quien no debía —dice Lara.

—Éramos muy jóvenes. No sabíamos nada de la vida.

—Sí. La verdad es que con lo que sé ahora no habría consentido tantas cosas.

—Y yo habría actuado de un modo muy diferente.

No hace falta que sean más explícitos. Ambos lo vivieron en primera persona y saben perfectamente cuáles fueron los errores. Visto todo desde la perspectiva que ofrece la distancia en el tiempo, es más fácil reconocerlos.

—Pensé en llamarte para arreglar las cosas —dice Dani—. Para que al menos pudiéramos seguir siendo amigos.

—Yo también —miente Lara.

Porque lo cierto es que se esforzó mucho en pasar página rápidamente. Y para conseguirlo tuvo que extirpar por completo a Dani y a todas las demás personas conectadas con Roberto. Alguna vez ha tratado de imaginarse cómo habría cambiado su vida de no haber tomado una medida tan extrema.

—Pero no lo hice —dice él—. Y es algo que siempre he lamentado. Así que me alegro un montón de poder tener esta nueva oportunidad, con la que ya no contaba.

«¿Oportunidad para exactamente qué?», se pregunta Lara.

—Será el destino —dice ella.

—¿Sigues creyendo tanto como entonces en el horóscopo y esas cosas?

—Ya no. Se me pasó.

—Pues igual tienes que retomarlo —bromea él.

—A lo mejor —ríe Lara.

Dani baja la mirada hacia su taza y juguetea con ella girándola sobre el plato con los dedos. Lara aprovecha para estudiar el pequeño tatuaje que se ve en la parte interna de su codo, justo

debajo de donde se pliega la piel. El día anterior no se lo pudo ver, ya que llevaba puesta una camisa de manga larga que lo tapaba. Como hoy va vestido con un polo, el dibujo queda a la vista. Sin embargo, Lara no logra descifrar de qué se trata. Es una especie de símbolo que ella nunca ha visto antes.

—Es un lobo —dice Dani—. Aullando.

—Iba a preguntártelo justo ahora —se justifica Lara al verse sorprendida espiando el tatuaje.

Él despliega su brazo del todo y lo orienta para que Lara pueda verlo con más claridad. Ahora que cuenta con la información que le ha proporcionado Dani, le es mucho más sencillo identificar la silueta de trazo minimalista y abstracto de un lobo con la cabeza alzada.

—Es muy bonito. Y original. Nunca lo había visto.

El viejo Dani no habría añadido más, obligando a Lara a que tener que sonsacarle qué es lo que hay detrás de la elección de ese diseño. O a quedarse con las ganas de saberlo si prefería no preguntárselo. Pero el nuevo Dani se encarga personalmente de resolver el misterio.

—Es un recordatorio —dice—. De uno de los primeros casos de acogimiento familiar en los que trabajé. Uno que acabó muy mal.

—Vaya.

—Fue tan duro que me planteé muy seriamente dejar lo que estaba haciendo y dedicarme a otra cosa —continúa explicándole—. Pero al final no lo hice. Y no sabes lo que me alegro.

Hay un brillo en sus ojos que a Lara le resulta tan novedoso como el que él se esté abriendo tan fácilmente a ella.

—El lobo representa el coraje. El no rendirte a las primeras de cambio. El intentar encajar el golpe y seguir adelante —dice—. Aunque te parezca una chorrada, verlo ahí día tras día me ha ayudado mucho. No solo a nivel profesional.

La luz que bañaba sus pupilas se apaga de golpe.

—No me parece que sea una chorrada —apunta Lara—. Me parece muy… inspirador.

—Gracias.

Ella misma ha pensado en alguna ocasión en tatuarse. En su momento, la presión ejercida por otros —unas veces su madre, otras

su ex— la llevó a desestimar la idea. Ahora le da pereza hacerlo, pero todavía no lo ha descartado del todo.

Una mujer, acompañada de dos niñas pequeñas, entra en la estancia, y las tres ocupan una mesa cercana a donde están ellos. Al verlas le viene a la mente Amaya y su terrible situación. No había pensado en ella desde que vio a Dani esperándola en puerta de la cafetería, señal de lo concentrada en el presente que ha estado durante todo ese tiempo que ha compartido con él. Antes de su charla no había dejado de pensar en ella ni cinco minutos seguidos. El haberse olvidado de Amaya la hace sentirse culpable, a pesar de que es consciente de que su preocupación no le va a hacer ningún bien ni a su amiga ni a ella misma.

—¿Estás bien? —oye que le pregunta Dani.

Su inquietud y posterior remordimiento han debido de reflejarse manifiestamente en su semblante, sin que Lara se haya dado cuenta.

—Sí, estoy bien. Es que… —vacila—. Estaba pensando en una amiga mía que lo está pasando muy mal.

—¿Te la ha recordado mi tatuaje?

—No, no ha sido por eso —dice Lara—. Ha sido al verlas a ellas —le aclara, señalando discretamente con la cabeza en dirección a las recién llegadas—. Mi amiga tiene un hijo y una hija de la misma edad.

—¿Y qué es lo que le pasa? Si es que quieres contármelo, claro.

En un escenario diferente, Lara respetaría la privacidad de Amaya. Pero el que Dani haya compartido una información tan personal con ella la empuja a saltarse esa norma. Además, algo le dice que a su amiga no le va a importar que lo haga.

Así que se lo cuenta.

—Lo siento mucho. Espero que el tratamiento dé resultado y se recupere.

—Yo también.

Lara ha invertido una cantidad considerable de su tiempo libre de los últimos días en investigar por internet acerca de la dolencia de Amaya, en busca de algún dato alentador. Pero no ha hallado demasiados.

—Creo que me acuerdo de ella —dice Dani—. Era una chica bajita y rubia que tenía una risa que se oía a la legua, ¿puede ser?

—Sí, es ella.

—Era muy simpática.

—Lo sigue siendo.

—¿Desde cuándo sois amigas?

—Desde siempre. Nos conocimos en preescolar, así que imagínate.

A Lara se le hace un nudo en la garganta al pensar que quizá no vayan a envejecer juntas. Siempre andan haciendo planes de lo que van a hacer cuando se jubilen y sus hijos abandonen el nido. Una vuelta completa al mundo es lo mínimo con lo han estado soñando.

—Si te sirve de algo, el padre de Eva sufrió un cáncer bastante agresivo y lo acabó superando.

—Pues ojalá pase lo mismo con Amaya.

La mención de la pareja de Dani le ofrece la excusa perfecta para dejar aparcado el severo problema de salud de su amiga, al menos temporalmente.

—¿Eva y tú estáis casados?

—Somos pareja de hecho.

—¿Y cuánto lleváis juntos?

Dani frunce el ceño mientras hace un cálculo mental.

—Trece años. No. Catorce —se corrige.

Lara no se atreve a preguntarle si tienen hijos. Teme que la parte de la novela que ha escrito Dani donde la mujer del protagonista pierde un bebé durante el embarazo sea un episodio autobiográfico. Y como cuando ella le habló de Ruth él no dijo nada, sospecha que no debe de ser padre.

—Espero conocerla algún día —dice Lara, más por rellenar el silencio incómodo que se ha creado entre ellos que porque su comentario obedezca a un deseo real.

Dani se limita a asentir con la cabeza muy levemente. Su expresión se ensombrece, al igual que sucedió al final de su reencuentro en el despacho de Lara. Aquel día Lara decidió ignorar ese cambio tan notable en su estado de ánimo. Hoy, en un ambiente muy distinto, que invita más a sincerarse, decide que va a cambiar de estrategia.

—Ahora eres tú el que se ha puesto un poco triste —afirma.

La mirada de Dani, que se había desplazado a kilómetros de distancia de allí, regresa de ese destino desconocido. Sus ojos se clavan en los de Lara, que no cede ante su escrutinio.

— Eva y yo estamos pasando por una crisis —dice él.

—Ah.

Su revelación la pilla por sorpresa, a pesar de que su charla se ha convertido en algo más íntimo de lo que había esperado. Lara trata de disimularlo, pero nunca se le ha dado demasiado bien esconder sus emociones.

—Igual no te lo tenía que haber dicho —recula él.

—Todo lo contrario —reacciona con rapidez ella—. A mí me ha venido muy bien contarte lo de mi amiga.

Dani rompe el contacto visual entre ambos y se inclina un poco hacia delante, con la mirada fija en la superficie de la mesa que los separa.

—No sé, a lo mejor es solo una mala racha. Algo pasajero.

—Puede ser.

—Ya, pero no es el mejor momento, ¿verdad? Justo cuando estoy a punto de publicar mi primer libro.

—Estas cosas pasan cuando pasan. De hecho, suelen ser muy inoportunas. Te lo digo por propia experiencia —indica ella—. Que no quiero decir que te vayas a separar, como yo, no me malinterpretes —matiza enseguida, preocupada por haber metido la pata.

Dani le cuenta que la pandemia les pasó mucha factura. El estrés que acumuló Eva, que es enfermera, a causa de los turnos interminables, de la carga de trabajo y de las durísimas situaciones a las que se tuvo que enfrentar, afectó muy negativamente a su convivencia. Aunque Dani reconoce que ya arrastraban algunos problemas desde tiempo atrás.

—Antes, cuando no estábamos de acuerdo con algo, lo acabábamos solucionando con bastante rapidez. Ahora nuestras discusiones son eternas y repetitivas. Y a veces por auténticas tonterías —se lamenta él—. No sé si es una cuestión de desgaste, de exceso de rutina o de expectativas que no se han cumplido.

—Las relaciones son muy complicadas.

—Mucho.

—Y la gente cambia —opina Lara—. Te puedo asegurar que mi marido no era la misma persona al principio que al final. Seguramente yo tampoco —asume—. Si te sirve de algo, yo de lo que más me arrepiento es de no haber hablado con claridad de lo que sentía cuando todo empezó a desmoronarse. Igual de haberlo hecho no habrían cambiado las cosas, pero al menos no me habría quedado con esa duda.

—Es un buen consejo.

—Que no es nada fácil seguir, también es verdad. Decirle a la cara a la persona que quieres todo lo que no te gusta de ella o te hace sentir mal no es tan sencillo como parece. Y nunca sabes cómo se lo va a tomar.

Lara cree que de haberse sentado con Eduardo para tener esa conversación él habría reaccionado mal. Con el paso del tiempo, su carácter se había agriado, y ya no encajaba las críticas con el mismo buen talante que al comienzo de su matrimonio. Aun así, le habría gustado haberlo intentado en lugar de almacenar todo ese resentimiento en su interior.

—Hemos pensado también en buscar ayuda —dice Dani—. Ir a terapia, quiero decir.

—Es buena idea. A una escritora con la que trabajé hace unos años le fue muy bien con eso. Creo que hasta tengo guardado en uno de mis cajones la tarjeta de la terapeuta a la que fue.

—Veo que no soy el único que le cuenta sus penas a su editora.

—Es que entra dentro de mis funciones —bromea Lara.

—No lo sabía.

—Es un servicio gratuito que solo ofrezco yo. Y únicamente a un grupo muy selecto de mis autores.

—Pues qué suerte he tenido de que me hayas escogido para ser uno de ellos.

—Te lo debía por haber tenido tanta paciencia conmigo cuando me enseñaste a manejar el programa ese que usábamos para vender entradas. Menuda guerra te di.

—Para nada. Fue un placer.

La sonrisa de Dani remueve sentimientos antiguos que habían permanecido aletargados en su interior durante más de dos décadas. Tamizarlos a través de la experiencia no solo no les ha restado fuerza, sino que ha añadido pureza a la mezcla. La intensidad de esa sensación la asusta. Su cabeza se llena de imágenes que no puede permitirse tener. Y su cuerpo responde a ellas de un modo que escapa a su dominio. «Tienes que salir de aquí», se ordena a sí misma.

—Necesito hacer una visita al baño —se ve obligada a decir como excusa para desaparecer, aunque sea momentáneamente, sin resultar grosera.

Lo que realmente necesita es un poco de soledad para poder domesticar sus emociones. No entraba dentro de sus planes alcanzar ese nivel de confianza. Es como si no hubiesen estado separados durante todos esos años. Bastaron unos pocos meses de amistad para que entre ellos surgiese algo que ha demostrado ser más fuerte que el tiempo.

—Céntrate, Lara —le dice a la imagen que le devuelve el espejo del aseo.

Se pregunta por primera vez si ha hecho mal en quedar con Dani fuera de la oficina. Si está poniendo en peligro su puesto de trabajo por ceder ante el seductor poder de la nostalgia. Es consciente de que ha hecho las cosas al revés. Debía haber meditado su decisión antes y no ahora, que ya es demasiado tarde para echarse atrás.

—Tampoco es que haya pasado nada —argumenta—. Solo somos dos viejos amigos tomándose un café.

«Él está con alguien, además», piensa. Y necesitaban tener esa conversación sobre el pasado para que no se les atragantase posteriormente. «En realidad, esto se puede considerar una reunión de trabajo más —se dice a sí misma—. Una vez que nos hemos quitado esa espinita, ya no tiene por qué haber más distracciones».

Ya más sosegada, sale del servicio convencida de que ha recuperado el control. Para evitar volver a perderlo le propone a Dani que aprovechen para hablar de un par de temas relacionados con *La risa de Najma*. Él acepta, pero a Lara le da la impresión de que lo hace como con resignación. O quizá son imaginaciones suyas.

Más tarde, regresando ya sola a casa, Lara solo se permite un único pensamiento acerca de Dani que se sale del ámbito de lo profesional: que el paso del tiempo le ha hecho mucho bien, limando sus defectos y acentuando sus virtudes.

«Justo lo contrario de lo que me ha sucedido a mí», se mortifica.

# Capítulo 20
## EL MÁS DULCE

Paremos un momento para retomar la historia de Lara y Eduardo. Es la primavera de 2006. A lo largo de los últimos tres años su amor no ha hecho más que fortalecerse. Ha demostrado estar hecho a prueba de familiares odiosos y de cualquier otra amenaza de ese nivel. Desde hace unos meses viven juntos en un piso de alquiler que un amigo de Eduardo les ha dejado a muy buen precio, cerca del parque de la Dehesa de la Villa. El traslado le ha proporcionado a Lara una doble alegría: poder pasar más tiempo con la persona que ama y menos con su agobiante madre. Ni que decir tiene que Jimena trató de convencerla de que era demasiado pronto para independizarse con su novio. Pero ese combate lo tenía perdido desde el principio, pues las ganas que tenía Lara de hacerlo eran incontenibles.

La vida les sonríe a los dos en más sentidos que el sentimental. La empresa de Eduardo se ha consolidado en su sector y está empezando a reportarle interesantes beneficios tras mucho esfuerzo y sacrificio por su parte. Lara ha encontrado su hueco en el terreno de la corrección de textos, combinando un contrato de media jornada en una pequeña empresa de servicios editoriales con algún que otro trabajo por cuenta propia. No gana tanto dinero como le gustaría, pero está convencida de que algún día le llegará una buena oportunidad para mejorar y prosperar en su profesión. Tampoco es algo que le quite el sueño. Nada lo hace. Eduardo insonoriza sus

miedos e inseguridades con su mera presencia. Y la colma de detalles románticos.

Por eso le extraña tanto que para su tercer aniversario se haya limitado a reservar mesa en un restaurante que tampoco es una cosa de otro mundo. Para celebrar su primer año juntos organizó una escapada de fin de semana a Lisboa, y para el segundo viajaron a Florencia. Así que Lara se había ilusionado mucho debido a esos antecedentes tan maravillosos. Su decepción aumentó cuando además descubrió que ni siquiera iba a ser una cena, sino una comida, debido a que Eduardo tenía esa noche de viernes un compromiso muy importante con uno de sus principales clientes.

Lara piensa que lo malo de tener a un novio que se esmera tanto en ese tipo de cosas es que, cuando no lo hace, resulta más llamativo que si no la tuviese tan bien acostumbrada. En boca de su amiga Amaya, «eso es porque llevas tanto tiempo comiendo jamoncito del bueno, Lari, que ya no quieres otra cosa. Acuérdate de cuando vivías a base de chóped». También se siente un poco culpable por haberse acomodado, dejando que sea siempre él quien se encargue del tema. Aunque cree que, de haber tomado ella la iniciativa, las obligaciones laborales de Eduardo habrían reducido bastante las posibilidades.

Decide hacer caso a su mejor amiga y alegrarse de la suerte que ha tenido de encontrar a alguien como Eduardo, que la mima tanto. Conociéndole, hasta es posible que en un futuro cercano la compense de alguna fantástica manera por esa mundana celebración de su aniversario.

Eduardo la pasa a recoger a la salida del trabajo en un taxi. A diferencia de Lara, que porta una bolsa que contiene el regalo que le ha comprado —el modelo más reciente de iPod—, él no parece llevar nada encima. «Quizá es tan pequeño que lo lleva guardado en el abrigo —piensa ella—. O puede que se le haya olvidado comprarme algo». Eso le restaría todavía más magia a su aniversario. Nota también que Eduardo está como distraído. Hasta nervioso. Y no suele ser habitual en él, que es capaz de mantener la tranquilidad incluso en las situaciones más adversas.

—¿Va todo bien? —pregunta Lara tras darle un frugal beso en los labios.

—Sí —responde él—. Es que tenía que preparar un informe para lo de esta noche y no me ha dado tiempo. Me va a tocar ponerme a ello por la tarde, y no sé si lo podré terminar.

«O sea, que la sobremesa va a ser corta», piensa Lara.

—Qué faena —dice, pensando tanto en ella como en él.

—Bueno, no pasa nada —comenta Eduardo—. Disfrutemos de la comida y ya pensaré luego en cómo me las apaño.

El restaurante se encuentra situado en la calle Orense. Es el típico sitio de aspecto tradicional donde seguro que se come muy bien. Pero, a juicio de Lara, le falta algo del glamur que demanda la ocasión.

—Tenemos una reserva a nombre de Eduardo del Castillo para las dos y media.

La persona que les atiende, una mujer de piel morena con unas enormes gafas redondas, consulta algo en un grueso cuaderno abierto que hay colocado sobre un atril.

—No. No la tienen —dice al cabo de unos segundos.

—¿Perdón? —dice Eduardo.

—No tenemos ninguna reserva con ese nombre.

—A ver si es que dijiste mi nombre —apunta Lara—. Mira a ver por Lara Mateos.

La mujer echa un vistazo rápido —demasiado rápido, quizá—, antes de anunciarles que tampoco ese nombre se encuentra en la lista.

—¿Y tenéis alguna mesa libre? —pregunta Lara.

—No —contesta la empleada del establecimiento.

A Lara le extraña la pasividad que está mostrando Eduardo. Cuando le mira a la cara cree incluso detectar un asomo de sonrisa, como si encontrase aquello de lo más divertido.

—A lo mejor el taxista que les ha traído aquí puede sugerirles otro sitio al que ir —dice la camarera.

Lara la mira con expresión de incredulidad.

—Creo que es muy buena idea —opina Eduardo.

Lara no detecta ni enfado ni ironía en su tono de voz. Lo ha dicho completamente en serio.

—Que tengan suerte —les desea la mujer.

Eduardo le hace un gesto a Lara para que salgan a la calle. Está tan desconcertada que no ofrece resistencia alguna.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Lara cuando abandonan el restaurante.

—Lo que nos ha dicho esa mujer tan amable.

—¿Estás de coña?

—No.

Una vez dentro del vehículo, le confirma a Lara que no se trata de una tomadura de pelo al pedirle al taxista que los lleve a un lugar donde puedan celebrar su tercer aniversario juntos.

—Creo que tengo una idea —dice el hombre.

Es ahí cuando Lara se huele que hay gato encerrado.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta.

El silencio de su novio es de lo más revelador.

—Muy bien. Me haré la tonta —dice Lara.

Eduardo la mira y sonríe maliciosamente, confirmando su teoría de que nada de lo que está sucediendo es fortuito. La invade una gran alegría al darse cuenta de que al final sí que ha organizado algo especial para su tercer aniversario, que se entrelaza con el remordimiento por haber pensado mal de él.

Lara trata de adivinar cuál puede ser el lugar al que están siendo conducidos. Se le ocurren algunas opciones, pero no es hasta que toman un desvío cuya señalización incluye la palabra «Aeropuerto» cuando se le hace la luz.

—¿Nos vamos de viaje?

Eduardo se encoge de hombros como única respuesta.

—Dímelo ya, por favor, que estoy de los nervios —exagera ella.

—Yo estoy tan perdido como tú —dice Eduardo—. Si quieres, pregúntale a él —añade, señalando al taxista.

—Sí, claro —se queja Lara.

Al final no le queda otra que esperar.

—Lo sabía —dice al comprobar que su destino era el aeropuerto de Barajas.

Pero ni siquiera cuando bajan del vehículo y Eduardo abre el maletero para sacar las dos maletas que contiene, se digna a revelarle a Lara cuál es el sitio al que van a volar. Lo único que consigue arrancarle es el dato de que ha contado con la ayuda de su amiga Amaya para hacerle el equipaje. «Y no me ha dicho nada, la muy cerda», piensa Lara. Tiene que esperar hasta que llegan al mostrador de facturación para descubrir a dónde ha planeado llevarla.

—¡Brujas! —exclama entusiasmada.

No le debería sorprender tanto, ya que le ha comentado en más de una ocasión a su novio que es una ciudad que le encantaría visitar. Y es evidente que él había tomado buena nota de ello.

Un largo abrazo y un par de ardorosos besos después, Lara le pregunta si lo de la reunión con su cliente era también mentira.

—La tengo el próximo viernes, no este.

—Qué fuerte, cómo me lo he creído todo —dice ella, propinándole un cariñoso puñetazo en el hombro.

—No veas lo que me ha costado no contarte la verdad. Se te notaba muchísimo lo decepcionada que estabas.

—¿En serio? —se extraña una Lara que se creía más hábil a la hora de disimular sus emociones.

—Han sido las dos semanas más largas de mi vida —afirma él—. Pero ha merecido la pena solo por ver la cara que has puesto.

Pocas cosas le hacen gozar más que recibir una sorpresa tan deliciosa y romántica como esa.

—Cada año te superas más, amor —le felicita Lara.

—A lo mejor me estoy poniendo el listón muy alto.

—Si quieres, del próximo aniversario me encargo yo. Y así descansas un poco y coges fuerzas para el siguiente.

—Era broma. Sabes que me encanta hacer estas cosas. Y tú no te mereces menos.

—Ay, por Dios, es que eres el novio perfecto —dice Lara, mordiéndose el labio inferior de puro gusto.

—El novio perfecto te habría hecho la maleta sin tener que pedirle ayuda a nadie.

—Eso habría sido ya lo más —opina Lara—. Que, por cierto, ya hablaré con Amaya de ese tema.

—¿De verdad que no te ha contado nada?

—Nada de nada. Y eso que estuve ayer mismo con ella.

—Sí que sabe guardar un secreto.

—Cuando le conviene —apunta Lara.

—No seas muy dura con ella. Piensa que gracias a su colaboración te has podido llevar esta sorpresa.

—Es lo único que la va a salvar de que rompa nuestra amistad.

—Nos toca —dice Eduardo al percatarse de que les ha llegado el turno para completar el *check-in*.

A partir de ese momento, el viaje se convierte en un auténtico cuento de hadas, sumiendo a Lara en un interminable estado de júbilo y enamoramiento. A su llegada, no les da más tiempo que a instalarse en el precioso hotel que ha reservado Eduardo. Cenan en un restaurante que hay en la misma calle, para luego regresar a su alojamiento y hacer el amor con una fogosidad que roza lo temerario. Es un milagro que no los echen del hotel esa noche.

Al día siguiente, se ponen el traje de turista y recorren los lugares más emblemáticos de Brujas. Comienzan por lo que les queda más a mano, que es la plaza Burg y los edificios históricos que la rodean, tales como el ayuntamiento y la Basílica de la Santa Sangre. Desde allí caminan hasta el Grote Markt, donde pasean frente a las pintorescas casas gremiales. A continuación, suben hasta lo alto del campanario Belfort y se deleitan con una vista panorámica del centro que quita el aliento.

Paran para comerse unas patatas fritas muy célebres en la zona, que acompañan con unas cervezas. Ya con el estómago lleno, se unen a una ruta a través de los canales de la ciudad, que se convierte enseguida en la actividad favorita de Lara. Montados en una pequeña embarcación, recorren los rincones más mágicos de Brujas, hasta llegar al más mágico de todos: el parque Minnewater. Sus sendas y jardines están organizados alrededor de una gran superficie de agua conocida como el Lago del Amor. Es un paraje que parece sacado de un relato de fantasía, pues hasta cuenta con su propio castillo y varias leyendas vinculadas con su pasado.

Un puente antiguo atraviesa el lago de lado a lado, y Lara y Eduardo lo recorren cogidos de la mano, parándose a mitad de su trayecto para contemplar a los cisnes que se deslizan plácidamente sobre el agua.

—Es el sitio más alucinante en el que he estado —confiesa Lara.

—¿Más que Escocia?

—Creo que sí.

Aquel también fue un viaje increíble lleno de instantes muy especiales. Pero hay algo en ese rincón del mundo en el que se encuentra que le resulta insuperable. El paisaje posee una hermosa irrealidad que no es equiparable a nada que haya presenciado con anterioridad. Es como si se hubiese transportado al interior de un cuadro de un maestro de la pintura.

—Me alegro un montón de que te esté gustando tanto.

—Es el mejor regalo que me podías haber hecho —dice Lara—. Es muchísimo mejor que el mío.

—El iPod me viene genial.

—Ya, pero ahora me parece muy cutre en comparación con esto —señala, abriendo los brazos para abarcar el asombroso paisaje que tiene delante.

«Por no mencionar que me ha costado cinco veces menos, como mínimo», piensa.

—Te olvidas de que también lo estoy disfrutando yo —argumenta Eduardo—. Así que es como si me lo hubiese regalado a mí mismo en vez de a ti.

—Era yo la que quería venir a Brujas. A ti te apetecía más Ámsterdam.

—Y me habría equivocado, porque tienes toda la razón. Este sitio es único —reconoce él—. Y nada nos impide visitar Ámsterdam en otra ocasión.

La idea de compartir muchos otros viajes junto a Eduardo la inunda de una dicha que hace que hasta se maree un poco. Su nivel de felicidad se dispara hasta cotas inusitadas, lo que la lleva a arrimarse a su chico y a apoyar la cabeza sobre su hombro, mientras trata de absorber toda la belleza que la rodea con el propósito de

atesorarla en su memoria y recurrir a ella cuando vengan tiempos peores.

Tras unos minutos más en silencio, durante los que se establece una reconfortante comunión entre ellos y su entorno, se ponen en marcha rumbo al otro extremo del puente. Nada más atravesarlo él le desvela un secreto.

—Dicen que si cruzas este puente con la persona a la que amas, ese amor durará para siempre —le informa—. Así que no se me ocurre un lugar mejor para hacer esto.

Eduardo posa la rodilla izquierda en el suelo y saca de uno de los bolsillos de su cazadora una cajita aterciopelada de color gris oscuro, que procede a abrir de inmediato. En su interior hay un anillo. Los cinco pequeños diamantes que recubren su superficie centellean con regocijo al recibir de lleno la luz del sol. Hipnotizada por su brillo, a Lara le comienzan a temblar las piernas por la incontenible emoción que la embarga. Se tapa la boca con las dos manos para evitar que el corazón se le salga por ella.

—Hasta que te conocí yo no tenía ni idea de que era posible que te pudiese importar más otra persona que tú mismo. Ni que se pudiese querer tanto a alguien. Es una locura lo que siento por ti. Contigo todo es mil veces mejor que sin ti. Y lo que más deseo ahora mismo es que lo que tenemos no se acabe nunca.

Eduardo extiende el cofrecillo que contiene la sortija en dirección a la mujer que ha inspirado sus palabras de amor, cuyo rostro está ya cubierto de lágrimas.

—¿Quieres casarte conmigo, Lara Mateos?

Decirle simplemente que sí, incluso gritándolo a pleno pulmón para que la oigan en toda Europa, se le antoja una respuesta muy pobre. Por lo tanto, tras asentir varias veces con la cabeza, Lara le coge de la muñeca y tira de él para que se levante. Luego se abalanza sobre su novio para besarle con pasión. Percibe que entre ambos se acaba de crear un vínculo irrompible, tan firme e imperecedero como el puente construido sobre el Lago del Amor en el que él le ha pedido matrimonio.

—Te quiero —dice Lara, resumiendo en tan solo dos sencillas palabras una miríada de emociones y sentimientos.

—Yo también te quiero —le corresponde Eduardo—. Y te prometo que siempre te querré.

Lara cierra los ojos y se abandona al éxtasis que satura cada una de las células de su cuerpo, convencida de que su futuro marido jamás romperá ese juramento.

# Capítulo 21
AHORA

Hubo una época en la que a Lara le encantaba acudir a eventos como aquel. Aun cuando en muchas ocasiones no eran sino compromisos laborales, ella no los veía como tales. Procuraba pasárselo bien mientras hacía contactos o establecía relaciones que pudiesen resultarle útiles. De esa Lara más joven y entusiasta quedaba cada vez menos. Prueba de ello era lo que le había costado vestirse, maquillarse y arrastrarse hasta el hotel donde iba a tener lugar la presentación del primer disco de una pareja de jóvenes *tiktokers* cuya autobiografía había editado Lara dos años antes.

Aunque su experiencia con ellas había sido muy positiva —siempre las ponía como ejemplo de cómo a veces los prejuicios sobre ese tipo de creadoras de contenido en internet no podían ser más erróneos—, era mayor la desgana que sufría por tener que asistir al acto y el posterior convite que el aprecio y la admiración que sentía por ellas.

Macarena y Claudia se habían conocido en la consulta de una psicóloga que trataba los trastornos de la conducta alimentaria mediante técnicas grupales. La amistad que surgió entre ellas las había llevado a abrirse una cuenta conjunta en TikTok donde sobre todo mostraban coreografías creadas entre las dos. Su popularidad había ido en aumento hasta convertirlas en un pequeño fenómeno que había desembocado en su debut como cantantes profesionales

bajo el nombre de Odoru. Tras publicar un par de sencillos, al fin iban a sacar un álbum con diez canciones.

Quitándolas a ellas mismas y a los padres de Macarena, Lara no conoce a ninguno de los otros asistentes al acto. «Otra razón más para haberme quedado en casa», piensa. Lo único que evita que decida darse media vuelta y desaparecer de allí nada más llegar es el recibimiento tan cálido que recibe por parte de las artistas. Ambas se abrazan a Lara como si formara parte de sus vidas desde que nacieron. Sabía que le habían cogido cariño, pero no que la echasen tanto de menos. En los dos minutos y medio que su agente les permite dedicarle a Lara antes de prácticamente arrancarlas de su lado, la ponen atropelladamente al día de las últimas novedades en su vida. Lara únicamente puede asentir con la cabeza y meter algún que otro monosílabo en la conversación.

Lara vuelve a quedarse sola. Lo cierto era que había estado en su mano evitar esa situación, pues la invitación incluía a un acompañante. Únicamente se lo había comentado a Ruth, pero su hija no estaba disponible porque esa tarde tenía el ensayo final con su grupo de la escuela de teatro en la que estaba apuntada. Como hasta última hora Lara no tenía claro si iba a acudir o no al evento, había preferido no comprometerse con nadie más.

El acto va a tener lugar en un gran patio interior que hay en el hotel, que se asemeja al claustro de un monasterio. La primera parte consiste en una entrevista a Macarena y Claudia realizada por una conocida presentadora de programas de televisión, seguida de un breve concierto en el que las dos chicas interpretan tres de sus nuevos temas. Por último, se sirve un cóctel compuesto por una mezcla de canapés de estilo oriental. Lara había pensado inicialmente en picar algo y tomarse una copa de vino para cumplir con el expediente, pero al verse tan sola y apetecerle tan poco socializar con desconocidos, decide marcharse de allí discretamente.

Antes de que pueda llevar a cabo su plan de retirada, escucha que una voz femenina muy aguda pronuncia su nombre. Su esperanza de que sea a otra Lara a la que estén llamando se desvanece cuando se da la vuelta y ve que la madre de Macarena camina hacia ella con una gran sonrisa en la cara.

—No te había visto —dice la mujer, cuyo nombre Lara es incapaz de recordar en ese momento. Le suena que era poco común y que empezaba por la letra *a*.

Tiene una apariencia tan juvenil que podría ser perfectamente el tercer miembro de Odaru. Como tuvo a su hija con tan solo dieciséis años, la diferencia de edad entre ellas no es muy grande. El vestido y el peinado que lleva le quitan más años todavía.

—Es que estaba sentada al fondo —dice Lara mientras se dan dos besos.

—Muchas gracias por haber venido. Las chicas te adoran y les hacía mucha ilusión que estuvieras hoy aquí con ellas.

—No me lo podía perder por nada del mundo.

—¿Qué tal las has visto?

—Han estado muy bien. Y no las he notado nada nerviosas.

—Pues esta mañana hemos tenido una pequeña crisis y creía que íbamos a tener que anularlo todo.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—Maca se ha levantado con un dolor de tripa muy fuerte. Resulta que, como no se dormía, se puso a comer chuches en mitad de la noche. Y le sentaron fatal.

—Pobrecilla.

—Entre eso y que no había descansado nada, casi no se tenía en pie.

—Pues yo la he visto estupenda.

Lara la busca con la mirada para reevaluar su aspecto a la luz de la nueva información de la que dispone. De repente, sus ojos se detienen en la figura de un hombre que le había pasado desapercibido hasta ese momento. No es muy alto, pero tiene un cuerpo muy musculoso de los que se obtienen trabajando duro en el gimnasio. Hay algo en su semblante que le resulta muy familiar. No sabe si es por sus ojos ligeramente rasgados, su rostro ancho o por algún otro de sus rasgos. Cuando él ríe la ocurrencia de una de las personas con las que está charlando, su perfecta dentadura incrementa esa sensación de reconocimiento.

La madre de Macarena no se ha percatado de que Lara tiene su atención dividida entre ella y otro de los invitados, y sigue

contándole algo sobre un pódcast al que van a ir próximamente su hija y Claudia.

—Perdona —la interrumpe Lara—, ¿sabes quién es ese de ahí? —le pregunta, señalando disimuladamente al tipo que captado su interés.

—¿Quién? ¿El calvo de la chaqueta azul claro?

—No. El que tiene al lado, que lleva la camisa blanca arremangada.

En vez de eso, Lara ha estado a punto de decir «el que va vestido como un empotrador». Pero no lo ha visto muy apropiado.

—Ese es Miguel —le informa su interlocutora—. Ha compuesto alguna de las canciones del disco. Incluida una que es mi favorita y que se llama *Hasta que lo digas*.

Una luz se enciende en un rincón de la memoria de Lara que llevaba décadas sumido en la oscuridad, desencadenando una serie de recuerdos: un beso a escondidas cerca de la casa de sus padres; otro que no debió dar; una bolsa tirada en el suelo que contiene regalos de cumpleaños que nunca pudo entregar.

«No puede ser», piensa Lara.

Pero lo es.

Todo encaja. Su nombre, su cara, su dentadura de actor de Hollywood. Hasta su profesión. No puede ser otro que su primer amor verdadero. Al que perdió por culpa de sus inseguridades y la inoportuna intromisión de un chico irresistible que se llamaba Pablo.

«Miguel —le nombra Lara dentro de su cabeza—. Ese Miguel».

—¿Le conoces de algo? —le pregunta la madre de Macarena.

—Eh…, no —balbucea Lara—. No le conozco de nada —se reafirma en su mentira, desviando la mirada del hombre que ha surgido directamente desde su más tierna juventud para llegar de nuevo hasta ella.

«Y no es el primero», piensa. A Lara la invade la misma extraña sensación que tuvo cuando descubrió que Daniel había regresado a su vida. Era como si el destino estuviese disfrazando de casualidades acontecimientos encaminados a producir una gran transformación en Lara. «¿Qué será lo siguiente? ¿Encontrarme con Roberto en la sala de espera de mi dentista?». Al pensar en él, un escalofrío le recorre

el cuerpo de punta a punta. Puestos a elegir, preferiría mucho más tropezarse con Patrik, el misterioso sueco. O con el tío que conoció en una discoteca en Valencia durante las fallas, que tenía una lengua y unos dedos con los que todavía sueña de vez en cuando.

Se siente como la protagonista de una de esas historias románticas en las que la trama está deliberadamente manipulada para zarandear emocionalmente a los personajes sin descanso. «Pero esto es la vida real. No estoy en *El show de Truman*», piensa.

—¿Quieres que te lo presente? Es supersimpático.

«Adara», recuerda repentinamente Lara el nombre de la mujer que le acaba de hacer ese ofrecimiento.

Por algún motivo, aceptar su propuesta le parece una malísima idea. Remover el pasado es como lanzar una moneda al aire. Con Dani ha salido cara, por ahora. Pero con Miguel igual le sale cruz. Y no le apetece jugársela. Tiene demasiadas cosas en las que pensar como para añadir una más.

—No hace falta —responde Lara—. Es que su cara me sonaba de algo, pero no es quien pensaba que era.

A pesar de eso, mira una última vez en dirección a Miguel, aprovechando que Adara está distraída preguntándole a un camarero que se ha aproximado a ellas por la comida que hay en la bandeja que porta.

Tiene que reconocer que la madurez no ha limado su atractivo. Los cambios en su imagen —pelo más largo, tez más curtida, cuerpo de entrenador personal— han convertido a un chico que ya era guapo en un hombre muy apuesto. Se pregunta si su carácter bondadoso también se habrá potenciado. Le conoció en una edad muy temprana. Y en los casi treinta años que han pasado han podido sucederle muchas cosas.

Sus pensamientos se ven interrumpidos cuando la mirada de Miguel se cruza con la suya. Lara rompe el contacto visual entre ambos con mayor brusquedad de la que le hubiese gustado, alarmada por verse sorprendida mientras le estudiaba desde la distancia.

«Mierda», se lamenta.

—Esto está buenísimo —le dice Adara, refiriéndose a la pequeña tosta recubierta por una especie de paté rosado y unas bolitas semitransparentes de color morado.

—¿Qué es? —pregunta Lara, tratando desesperadamente de disimular su agitación.

Teme que Miguel la haya reconocido y en ese mismo instante esté caminado hacia ella. Está tan preocupada por que así sea, que ni se entera de lo que le está contando la madre de Macarena acerca del mordisqueado canapé que sujeta en su mano derecha.

—Suena delicioso —improvisa Lara cuando Adara termina su explicación—. Igual debería ir a por el camarero que los lleva —añade, viendo en ello una oportunidad inmejorable de escapar de la que cree que es la inminente llegada de Miguel. O directamente para marcharse del hotel sin mirar atrás.

Pero desaparecer sin ni siquiera despedirse no le parece un comportamiento demasiado elegante por su parte. Sus buenos modales se ven recompensados cuando pasa el tiempo y Miguel no hace acto de presencia. Charla un poco más con Adara, hasta que decide que ha llegado el momento de volver a casa. Se lo comunica a la madre de Macarena, usando como excusa que tiene que ir a recoger a Ruth a la escuela de teatro. En realidad, es el padre de una de sus compañeras el que la va a acercar a casa cuando terminen el ensayo, pero ese dato se lo reserva para ella.

—Voy a despedirme de las chicas —le dice a Adara.

—Muchas gracias por venir a apoyarlas.

—A vosotras por invitarme.

Le sabe mal escaquearse tan rápido, pero si ya no tenía el cuerpo para demasiada fiesta, mucho menos con Miguel rondando por los alrededores. Antes de partir en busca de las artistas, echa un rápido vistazo hacia la zona donde vio por última vez a su antiguo novio. Allí ahora no hay rastro de él. «A lo mejor se ha tenido que ir ya», piensa esperanzada.

No localiza tampoco a Macarena y Claudia a simple vista, así que se ve obligada a deambular un poco por el gran patio en el que se está celebrando el evento. Cuando por fin da con ellas, se lleva un

disgusto al descubrir que Miguel se encuentra entre las personas que les están haciendo compañía en ese momento.

—Qué mala suerte —murmura para sus adentros.

Se plantea seriamente esfumarse sin decir adiós. Estima que igual es preferible quedar mal con las *tiktokers* que tener que esperar un tiempo indeterminado a que Miguel se aleje de ellas. También sopesa la posibilidad de coger el toro por los cuernos y hablar con Miguel. Pero descarta esta última alternativa de inmediato.

Tras meditarlo durante unos segundos, decide darse otros cinco minutos más para ver si se le abre la oportunidad de despedirse de ellas sin la incómoda presencia de Miguel. Para evitar que él la vea mientras espera, se oculta tras una de las gruesas columnas que sujetan una enorme pérgola de madera. Convencida de haber escogido un buen escondite, hace un poco de tiempo revisando y contestando los mensajes de WhatsApp que tiene pendientes de gestionar. Acaba tan enfrascada con ellos que no se percata de que alguien se ha detenido frente a ella. Alguien que emana un profundo olor a perfume masculino.

—¿Lara?

Se lleva tal susto que el teléfono sale despedido de entre sus manos. Ella manotea infructuosamente para agarrarlo, pero tan solo consigue impulsarlo todavía más lejos. Lo único que evita que se estampe contra el suelo son los reflejos del hombre que lo atrapa al vuelo. Uno cuya identidad habéis adivinado vosotros mismos, me imagino.

Lara valora la opción de fingir que es otra persona. Pero le faltan el valor y la habilidad para hacerlo.

—¿Miguel?

Él sonríe al verse reconocido.

—No estaba seguro de si eras tú —dice.

—Yo tampoco. Por eso antes no te he saludado.

De cerca, él parece todavía más fuerte si cabe. A Lara se le ocurre que quizá su tremenda forma física se debe a que compagina su faceta de compositor musical con la de monitor de gimnasio.

—Es que ha pasado mucho tiempo —comenta él, devolviéndole su dispositivo.

—Sí. Un montón.

Lara cree estar teniendo el *déjà vu* más potente de toda su vida. Solo que, en realidad, no está siendo víctima de una negligencia de su percepción, sino que esa sensación se debe a que vivió exactamente lo mismo con Dani hace bien poco. Sin embargo, sucede algo que le hace pensar que la conversación quizá vaya a tomar un rumbo muy diferente a la que sostuvo con el autor de *La risa de Najma*.

—No te lo vas a creer, pero hace nada soñé contigo —le confiesa él.

—¿De verdad?

Él asiente despacio con la cabeza varias veces seguidas, observándola detenidamente, como si dudase de si lo que tiene delante es un espejismo o algo real. Lara no se atreve a preguntarle sobre el contenido de ese sueño, así que se limita a quedarse a la expectativa.

—¿No te parece mucha casualidad? —apunta él.

—Sí que lo es —dice ella sin demasiada convicción.

Lo que pasa es que la opinión de Lara sobre el tema del azar se ha visto muy afectada por ciertos acontecimientos recientes. Considera que en su caso hay una mano negra detrás de esas supuestas coincidencias. Y tener a Miguel frente a ella es otra prueba más que le sirve para refutar esa teoría. Sea quien sea el responsable de manejar su destino, sospecha que se lo tiene que estar pasando pipa con ella.

—Igual era una señal —dice él.

—A lo mejor.

Los ojos de Miguel parecen querer atravesar el cráneo de Lara para poder echar un vistazo en su interior. Ella, que sigue todavía un poco bloqueada debido a su inesperada aparición, no sabe qué decir. No ayuda tampoco su temor a que él le guarde algún tipo de rencor por el modo en que se produjo su ruptura. Eran unos críos, pero no sabe si Miguel va a demostrar ser tan comprensivo como Dani.

Pasan unos incómodos segundos hasta que Miguel, que ha dejado de mirarla con tanta intensidad, habla de nuevo.

—¿De qué conoces a Maca y Claudia?

—Trabajé con ellas en la publicación de su libro.

Eso la lleva a informarle acerca de su labor como editora. Él también le cuenta todo lo relativo a su trayectoria profesional dentro del mundo de la música, pero aporta muchos más detalles al respecto que Lara. De hecho, a partir de ahí la conversación se centra mucho más en él que en ella, convirtiéndose practicamente en un monólogo de Miguel. Así es como ella se entera de que está casado y que tiene dos hijas que provienen de una relación anterior.

Lara no recuerda que le gustase tanto hablar de sí mismo. Le da la impresión de que, en las pocas ocasiones en que es Miguel quien le pregunta algo a ella, es tan solo una excusa para luego poder explayarse a gusto sobre determinado asunto que tiene más que ver con él que con ella. Ha perdido además gran parte de la humildad que mostraba cuando tenía diecisiete años. La manera en que habla de sus logros y cualidades personales denota una vanidad de la que carecía cuando salía con él. Sí que ha mantenido su expresividad, pero ahora a Lara le resulta demasiado exagerada, como si hubiese perdido la capacidad de modularla.

Ella se pregunta si alguna de esas características personales negativas que ahora le parecen tan evidentes no estarían ya presentes cuando le conoció, aunque fuese en menor medida. Su memoria ha tendido a veces a idealizar ciertos hechos y a ciertas personas. Quizá ese chico tan espléndido que habitaba en su pasado no lo fue tanto, y lo que siempre había interpretado como una gran oportunidad desperdiciada no lo había sido en la medida en que ella pensaba. También veía posible que la vida que hubiese llevado fuese la responsable de esas alteraciones. Se le ocurre que quizá su desliz con Pablo era uno de los desencadenantes del cambio que se ha producido en él.

En un momento dado, a Lara se le hace muy obvio que él ha empezado a flirtear con ella. A pesar de que su manera de ser la repele un poco, su atractivo físico es apabullante. Y hace tiempo que Lara no se ha sentido tan deseada por alguien. Por eso no puede evitar fantasear con la idea de entrar en su juego y ver hasta dónde los conduce. El que Miguel sea un hombre casado debería echarla

para atrás. Pero hace semanas que Lara ha abandonado su zona de confort en lo que a ciertos valores se refiere.

El problema es que él no le da tiempo a explorar algo más el terreno antes de tomar una decisión.

—Me ha encantado hablar contigo, pero tengo que irme ya —le comenta Miguel—. ¿Qué te parece si me das tu número de teléfono y quedamos otro día tú y yo solos?

Remata su pregunta con una sonrisa que deja poco espacio para la imaginación. No hay que ser una pitonisa para adivinar qué es lo que tiene en mente. Aunque Lara no está habituada a esa falta de sutileza, no es algo que le desagrade. La respuesta de su cuerpo ante la perspectiva de poder darse una buena alegría es todavía más indudable que las intenciones de Miguel. Es casi como si anticipase el placer que un hombre como ese puede proporcionarle. Su voluntad tendría todas las de perder en una situación como esa nueve de cada diez veces.

—Mejor no —dice Lara—. Es que ahora estoy con alguien —se justifica.

Lara se sorprende tanto a sí misma como a Miguel, cuya expresión denota que no es esa la contestación que esperaba. Seguramente porque está acostumbrado a obtener otro tipo de resultados cuando hace un uso tan descarado de sus armas de seducción. Eso explica que lo encaje con tan poco estilo.

—No recuerdo que eso fuese un problema para ti cuando estuvimos juntos —le suelta.

«Pues al final va a ser que sí que me guarda algo de rencor», piensa Lara. Como es una coyuntura que se lleva planteando desde que le ha visto por primera vez esa tarde, no la pilla totalmente desprevenida.

—Pues ya ves que ahora sí. — Lara se encoge de hombros—. Será que ya no soy la misma que era.

—Tú te lo pierdes —afirma él, haciendo gala de una confianza que, en lugar de atraerla, la espanta definitivamente.

Y que le confirma que ha hecho muy bien en ignorar sus instintos más primarios.

—Yo también me tengo que ir —dice ella—. Me ha gustado volver a verte —añade.

Miguel tuerce el gesto y suelta un bufido.

—Ya lo veo —ironiza.

Lara fuerza una sonrisa y decide despedirse con la elegancia que le está faltando a él.

—Cuídate mucho. Y enhorabuena por las canciones que les has compuesto a las chicas.

No le da oportunidad a réplica y se marcha del hotel con la cabeza bien alta. «Ya les mandaré un mensaje a Macarena y Claudia para disculparme por irme sin decirles adiós».

Lara ha sido sincera cuando le ha dicho a Miguel que se ha alegrado de verle. No porque haya compartido un rato agradable con él, ni mucho menos. Sino más bien porque le ha servido para darse cuenta de que es posible que algunas de las decisiones que ha creído tomar equivocadamente a lo largo de su vida hayan sido realmente beneficiosas para ella. Quizá en su momento vio síntomas en Miguel que le hicieron provocar inconscientemente su ruptura. A lo mejor ella no fue la única infiel de los dos, y se estuvo culpabilizando innecesariamente por su conducta. Entiende que reinterpretar así el pasado puede ser visto como una maniobra un poco tramposa, pero eso no impide que busque algo de consuelo en ello.

Lo que ha sucedido la lleva a pensar irremediablemente en Dani y en lo diferente que fue su reencuentro. Con él se sintió más cómoda, comprendida y valorada. Mientras que con Miguel quiere poner toda la distancia posible, con Dani es todo lo contrario. A pesar de lo peligroso que pueda ser para su futuro profesional, espera ansiosa volver a verle y escuchar su voz.

«Y que pase lo que tenga que pasar».

# Capítulo 22
## EL MÁS SALVAJE

Para ser testigos del siguiente capítulo de la vida en común de Lara y Eduardo, tenemos que trasladarnos al verano del año 2008. Los ya marido y mujer están pasando el fin de semana en un pueblo de Cantabria llamado Valquemada, donde va a tener lugar la boda de Felipe, el socio con el que Eduardo montó su empresa y que aportó la mayor parte de la inversión inicial que hizo posible el lanzamiento del proyecto. La familia de Felipe tenía sus raíces en esa pequeña localidad y era una de las más ricas e influyentes de la zona. Su tío, Teodoro Orozco, era el dueño de un importante grupo empresarial con intereses por todo el norte del país, del que el padre de Felipe era el director financiero.

Siguiendo el consejo de su amigo, Lara y Eduardo han adelantado su viaje para poder hacer algo de turismo por los alrededores. Tras un par de noches en la ciudad de Santander, se han desplazado a Valquemada el día antes del enlace para así poder dedicar algo de tiempo a conocer el pueblo un poco mejor.

Felipe ha tenido el detalle con su socio de facilitarle un alojamiento gratuito a las afueras del municipio, en un área situada entre la playa y la linde de un bosque situado en la parte oriental de Valquemada. Es una vivienda propiedad de su padre, en la que Felipe y su futura esposa suelen residir cuando veranean allí. Aunque por fuera tiene el aspecto de la típica casa de pueblo antigua, la reforma a la que fue sometida hace unos años la ha dotado de

muchas de las comodidades de las que carecía inicialmente. La construcción no es muy grande, pero cuenta con un amplio jardín en perfecto estado de conservación.

Según se aproxima el acontecimiento que los ha llevado hasta allí, más piensa Lara en su propia boda, que se celebró a finales de la primavera del año anterior. A pesar de que a su matrimonio no le puede ir mejor, el recuerdo que tiene Lara del día en que formalizaron su unión no es demasiado bueno. La ansiedad que le generó la presencia de su madre y de algunos de los miembros de la familia de Eduardo le impidió disfrutar por completo del evento. La mayor parte del tiempo estuvo deseando que las agujas del reloj avanzasen rápidamente, para que Eduardo y ella se pudiesen quedar por fin a solas y librarse de toda esa gente que no hacía sino enturbiar el ambiente. Ni siquiera pudo saborear como se merecía el beso que se dieron cuando el cura los nombró oficialmente marido y mujer, debido a la tensión que la atenazaba.

De aquel día tan solo salva una cosa: la lectura de los votos nupciales. Hubo concretamente uno de los que le dedicó Eduardo que la conmovió hasta las lágrimas. El hombre al que había entregado su corazón le prometió que cada noche le preguntaría si era la mujer más feliz del mundo. Si ella le contestaba con un «no», destinaría el día entero a conseguir que su siguiente respuesta fuese un rotundo «sí». Hasta la fecha no había faltado a su juramento ni una sola vez. Ni había obtenido nada que no fuese una respuesta afirmativa de su esposa.

Dedican la mañana de ese viernes de mediados de julio a recorrer las principales calles de Valquemada. Felipe y su novia les han recomendado que visiten la zona donde suele ubicarse un mercadillo local. Aunque oficialmente solo se celebra los martes y los sábados, siempre suele haber algún puesto disponible entre semana. De entre los poquitos que se encuentran montados, hay uno en el que se entretienen más. Está atendido por una señora mayor, alta y de constitución robusta que cuenta con una ayudante muy especial: una niña de unos seis o siete años con unos enormes ojos marrón canela que no les quita la vista de encima a los recién llegados,

estudiándolos con tanta curiosidad como si fuesen dos seres venidos de otro planeta.

En el pequeño tenderete hay expuesta una tentadora colección de mermeladas, confituras y tarros de miel, así como varias bandejas de dulces de apariencia igualmente apetitosa.

—Me lo llevaría todo —dice Lara.

Ha sido ella, que es mucho más golosa que Eduardo, la que se ha visto atraída de inmediato hacia allí.

—Podríamos cogerle algo a Felipe y Susana, para agradecerles lo de la casa.

Ya se habían mostrado muy generosos con ellos con el regalo de bodas, pero a Lara le pareció buena idea tener algún detalle más con ellos.

—¿Qué crees que les puede gustar más? —pregunta Eduardo.

—No lo sé —duda Lara.

La mujer que atiende el puesto les pregunta si se están refiriendo a Felipe Orozco. Eduardo le contesta que así es.

—Ya no se pasa tanto por aquí como antes —dice la señora—, pero cuando era pequeño le encantaban mis alitas de ángel —los informa, señalando unos bollitos de hojaldre—. Y también le llevaría un tarro de la mermelada de mora, plátano y chocolate blanco. Es la que más le gusta a todo el mundo.

—Esta miel también está muy rica —se anima la niña a decirles, regalándoles una sonrisa que compite en dulzura con los manjares que vende.

—Pues no se hable más —dice Lara, cogiendo el frasco que ha tocado la cría con la punta de sus dedos.

Compran también los otros dos productos que ha mencionado la que quizá sea la abuela de la jovencísima dependienta.

—Decidle que lo habéis comprado en el puesto de Olaya, aunque seguro que se lo imaginará —les comenta la mujer—. Y dadle la enhorabuena de mi parte.

—Es el puesto de Olaya y Lucía —la corrige la niña, de repente muy seria.

—Uy, perdón —se excusa la mujer—. Tienes toda la razón, mi vida —añade, guiñándole un ojo a sus clientes.

Tras hacerse con su azucarado botín, Lara y Eduardo escogen uno de los restaurantes que hay en las inmediaciones y se sientan para almorzar. Él pide un solomillo de ternera al queso de Tresviso y ella opta por unas almejas a la marinera. De postre comparten una tarta de manzana casera que está entre las mejores que ha probado Lara, toda una experta en el tema. Luego aliñan la sobremesa con un par de cafés y un vasito de crema de orujo.

—Podría acostumbrarme a vivir así —dice Lara—. Viajando de un sitio a otro, comiendo tan bien, tomándome las cosas con toda la calma del mundo…

—Yo también.

Lara duda mucho que él se pudiese adaptar a ese modo de vida. Para Eduardo el trabajo es una pasión de la que no podría prescindir. A ella es algo que le cuesta comprender. No es que odie su profesión, pero tampoco es un elemento imprescindible en su vida. Podría sustituirla por cualquier afición o pasatiempo. No comparte el afán por la productividad de su marido. Como le conoce tan bien, sabe que no es únicamente el enriquecimiento económico lo que le impulsa a esforzarse tanto. El poder demostrarle a su padre que es capaz de igualar su éxito como empresario es una motivación tan importante para Eduardo como lo pueda ser el ganar dinero. Esa cada vez más creciente dedicación a su trabajo no está suponiéndole ningún problema a Lara por ahora. Confía en que, cuando él alcance ciertos objetivos, aflojará un poco el ritmo.

—Voy a salir un segundo para llamar a mi padre —dice Eduardo—. Si quieres vete pidiendo la cuenta.

Ramón recibió a principios de semana el alta hospitalaria tras una operación en el hombro, y Eduardo está muy pendiente de saber cómo le está yendo durante los primeros días tras su vuelta a casa. Lara y él fueron a verle antes de su partida, lo que le permitió comprobar a nuestra protagonista algo que ya sospechaba: que Ramón es un enfermo pésimo.

Unos minutos después, cuando él regresa al interior del restaurante después de su conversación telefónica, a Lara le ha dado tiempo a pagar la comida y hacer una visita al baño.

—¿Qué tal está? —pregunta Lara.

—Igual que ayer.

«Pobre Gloria», piensa Lara. Una vez que sus hijos se han independizado, le está tocando a ella aguantar sola al insufrible de su marido. Lara no conoce a nadie que tenga tanta paciencia como la madre de Eduardo.

—Solo tenía ganas de hablar de la crisis financiera mundial —dice él—. Me ha soltado una charla sobre las hipotecas basura, el desplome bursátil y el rescate de bancos que me ha dado dolor de cabeza.

—¿Otra vez? Pero si el día que fuimos a verle no hablaba de otra cosa.

—Para él no hay otro tema que ese —afirma Eduardo—. A ver, que yo también estoy preocupado, pero es que lo suyo es pura obsesión. Parece que se va a acabar el mundo.

A Lara le inquietan las noticias sobre economía que no paran de llegar desde Estados Unidos, pero, como los detalles técnicos se le escapan, no sabe muy bien si las consecuencias serán tan nefastas como algunos están empezando a predecir.

—¿Y tu madre qué te ha dicho?

—No he podido hablar con ella porque se estaba echando la siesta.

—Debe estar agotada.

—Ya viste las ojeras que tenía el otro día.

—Es una santa.

—Y tiene más energía que el resto de la familia junta.

—No sé de dónde la saca.

—Y yo no sé qué sería de mi padre si no la tuviera a ella.

—Pues hay veces que no parece que él sepa la suerte que tiene, por cómo la trata.

Lara teme haberse propasado un poco. Pero si a Eduardo le ha molestado su franqueza, no da muestras ello y se limita a asentir con la cabeza varias veces. Luego se mira distraídamente las uñas, en un gesto que Lara sabe muy bien que delata su preocupación. No por su padre, sino por su madre, ya que es plenamente consciente de que existen muchas más posibilidades de que el complicado carácter de Ramón empeore con los años y acabe convirtiendo la

vida de su mujer en un auténtico infierno. Lara quiere con locura a Eduardo, pero no le ve reuniendo el valor necesario para enfrentarse a su padre y recriminarle ciertos comportamientos. Y no cree poseer la autoridad moral para poder echárselo en cara, pues ella muestra las mismas dificultades a la hora de plantarle cara a su propia madre.

La única razón por la que su relación con Jimena no se ha tensado todavía más es que ya no viven bajo el mismo techo. Aun así, la mujer que le dio la vida —y que por ese motivo parece creerse con el derecho a amargársela cuando le plazca— se las ingenia para seguir exasperándola de vez en cuando con sus comentarios pasivo-agresivos y sus críticas disfrazas de supuestos consejos. Como ya es costumbre en ella, reserva todos sus halagos para todo el que no sea Lara. Con Eduardo es tan amable y atenta que da la impresión de que su hijo es él, y Lara, la nuera que ha venido a robárselo.

—¿Nos vamos? —dice Eduardo con evidentes ganas de aparcar ese asunto.

—Vale.

Para esa tarde han planeado dar un paseo por el cercano bosque de Garaño, que recibe su nombre de un estrecho río que lo cruza de un extremo a otro. Es otra de las recomendaciones de Felipe, así que, a tenor de lo acertadas que han resultado ser todas las anteriores, anticipa algo bueno.

El lugar supera con creces las expectativas de Lara. La tupida masa de olmos y fresnos que los rodea ejerce un efecto apaciguador que le aporta una gran serenidad. Al penetrar en la espesura, se ha visto trasladada a un universo paralelo en el que no tienen cabida padres gruñones, madres asfixiantes ni economías maltrechas. Allí dentro se siente aislada de todos los problemas del mundo.

En cuanto se topan con el cauce del río, lo siguen hacia el interior del bosque en completo silencio. La paz que reina a su alrededor invita a no interrumpir con el sonido de la voz humana las conversaciones entre los pájaros, el silbido que produce el viento al bailar entre las ramas de los árboles o el murmullo del agua. Lara y Eduardo son bienvenidos, pero no dejan de ser unos intrusos en ese dominio de la naturaleza.

Un cuarto de hora más tarde, llegan a la que a Lara le parece la parte más hermosa de todas las que han visto. Allí, la frondosa vegetación protege con su abrazo un pequeño salto de agua, como si este fuese un secreto que solo puede ser revelado a unos pocos elegidos. Lara se siente muy afortunada por poder contarse entre ellos, pues pocas cosas ha presenciado que sean más bonitas que esa. No se trata tan solo de una belleza puramente estética. El paisaje posee también una cualidad espiritual que potencia su belleza. A Lara le da la impresión de que, si alguien permanece allí el tiempo suficiente, todas sus heridas, tanto exteriores como interiores, se curarán.

—Qué pasada —susurra Eduardo, tan impactado por lo que le rodea como Lara.

—Este sitio es increíble.

—Ya sé dónde quiero que me entierren cuando me muera —bromea él.

Lara cierra los ojos y deja la mente en blanco. Los sonidos y aromas del bosque se introducen en ella libremente, haciéndola partícipe de su insuperable armonía. Se queda tan ensimismada que no se da cuenta de que Eduardo se ha ido aproximando a ella hasta que siente el pecho firme de su marido apretarse contra su espada. Sus brazos envuelven a Lara desde detrás, a la vez que sus labios se posan sobre la piel de su cuello con delicadeza. La proximidad de Eduardo le arranca una sonrisa de puro placer. El amor que siente hacia él la supera. Si no fuese porque la tiene sujeta, cree que se elevaría levitando hacia el cielo de pura felicidad.

Lara se gira y besa a Eduardo poniendo todo su corazón en ello. Ese sí que habría sido un beso digno para su boda. Pero más vale tarde que nunca.

—Te quiero —dice Lara.

—Yo más.

Ni siquiera las gotas de lluvia que comienzan a caer sobre ellos arruinan el momento. Solo cuando el agua arrecia con más fuerza se deciden a abandonar ese mágico rincón del bosque de Garaño.

El inesperado chaparrón —se nota que no han pasado muchos veranos en el norte o no les parecería tan extraño— los obliga a

acelerar el paso de vuelta a casa. No están demasiado lejos de su alojamiento, pero cuando llegan a su destino están empapados.

Y tremendamente excitados.

No esperan ni a llegar al dormitorio para empezar a arrancarse mutuamente las prendas que los cubren, salpicando de agua el suelo, los muebles y las paredes debido a sus frenéticos movimientos, más propios de animales salvajes que de seres humanos. Devoción y lujuria se mezclan hasta hacerse indistinguibles.

Eduardo tumba a Lara sobre la cama boca arriba para poder quitarle la ropa interior. Luego lame, mordisquea y besa cada centímetro de su piel, empleando la técnica idónea para cada una de las zonas más sensibles del cuerpo de su mujer. Se toma su tiempo, llevando a Lara al borde del éxtasis con tan solo el hábil uso de su lengua, sus labios y la punta de sus dedos. Cuando ella ya no puede más y está tan húmeda como las vestimentas que han ido dejando tiradas a su paso, aferra el miembro endurecido y pulsante de su amante y lo introduce en su sexo. Lara hunde su mano en el pelo mojado de Eduardo y le aprieta la cabeza contra sus pechos, mientras enrosca sus piernas en las de él para atraerlo. Cada embestida de Eduardo la eleva un poco más hacia la cumbre de su placer. El ritmo es enloquecedor. Los gemidos de ella y los gruñidos de él componen la sinfonía perfecta para acompañar su arrebato, hasta que el clímax final estremece sus cuerpos al unísono.

Lara saborea la abrumadora euforia que la invade. No ha sentido nada ni remotamente parecido a aquello. Por la expresión de sobrecogimiento e incredulidad que muestra el rostro de Eduardo, cree que para él también ha sido un fenómeno único. Ni uno ni otro saben hasta qué punto están en lo cierto, pues acaban de plantar una semilla que germinará hasta producir la fruta más maravillosa de todas.

# Capítulo 23
AHORA

Lara no recuerda cuándo fue la última vez que entró así de nerviosa a una de esas reuniones que tiene todos los viernes con Julián para ponerle al día acerca del estado de cada uno de los proyectos que ella gestiona. Probablemente era algo que no le sucedía desde sus inicios como coordinadora editorial. Le fastidia enormemente que, después de tantos años demostrando su valía, haya bastado con un único desliz —por muy valiosa que sea la incorporación de Rocío Peralta a su cartera de autores— para que ciertas personas dentro de la editorial pongan en entredicho su labor. Sabe que Julián no es uno de ellos, pero si hay alguien a quien no quiere fallar es a él.

Su jefe la recibe en su despacho tan impecablemente vestido como siempre. Da igual la estación del año que sea, él siempre parece salido de la portada de una revista de moda. Alguna vez él le ha confesado que gran parte del mérito le corresponde más bien a su marido, que trabaja en el departamento de protocolo y relaciones institucionales de una multinacional del sector de la moda. Lara no puede estar más de acuerdo con él, pues no ha conocido a nadie que muestre tanto acierto y sofisticación en su vestimenta.

—Pasa, mujer. No te quedes ahí en la puerta —dice Julián.

Su sonrisa contribuye a aplacar un poco la ansiedad de Lara.

—Coge uno si quieres —le ofrece él, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a una bandeja en la que todavía quedan varios

cruasanes de pequeño tamaño y diferentes sabores.

Julián siempre suele tener algún dulce sobre su mesa para ofrecer a sus visitantes, y ese día no ha hecho una excepción. Los nervios han impedido que Lara haya desayunado adecuadamente, así que se da el capricho de comerse uno recubierto de chocolate blanco y trozos de pistacho. Luego empieza a informar a su superior más inmediato, dejando para el final todo lo que tiene que ver con la publicación de la novela de Dani. Cuando le toca hacerlo, procura que no se le note que para ella es el más especial de todos sus encargos.

—¿Qué tal es él?

—¿Quién?

—Quién va a ser —dice Julián, enfatizando su extrañeza con un leve encogimiento de hombros—. Daniel Beltrán.

Tiene toda la lógica del mundo que le haya hecho esa pregunta. Su amigo de juventud es un fichaje nuevo para la editorial, por lo que muchos detalles acerca de su personalidad y su pasado están todavía por descubrir para la gente que trabaja allí.

—Es muy… simpático —contesta Lara.

Su jefe no dice nada, confiando seguramente en que ella elabore más su respuesta. Pero Lara no añade nada más.

—¿Y eso es todo?

—Es que he tratado muy poco con él —se justifica Lara—. Pero yo creo que nos va a poner las cosas muy fáciles. Ya te he dicho antes que ha aceptado todos los cambios que le hemos sugerido hasta ahora.

—No me refería a eso.

—¿Ah, no? —pregunta Lara, temiendo que sus esfuerzos por aparentar que para ella Daniel es uno más de los autores con los que trabaja sean en vano.

—Quería saber si te había contado algo más personal acerca de él. Sé que eres muy buena ganándote la confianza de la gente.

—Es que no me ha dado tiempo —dice Lara, sonando un pelín airada, como si Julián estuviese poniendo en entredicho sus capacidades.

—Vale, tranquila. Solo era una pregunta de lo más inocente.

—Perdona, es que he discutido con Ruth esta mañana y estoy un poco susceptible —improvisa sobre la marcha.

Julián la mira fijamente, como si tratase de medir la cantidad de sinceridad que contienen de sus palabras. Esa es al menos la sensación que tiene Lara, que se remueve inquieta en su asiento.

—¿No hay nada más que me tengas que contar? —dice él.

Llevarte tan bien con tu jefe tiene muchas ventajas. Pero también algunos inconvenientes. Como, por ejemplo, que hayas contribuido a que te conozca tan bien que ocultarle algo se convierta en una tarea muy complicada.

Lara trata de contestarle con rapidez que no tiene nada más que añadir. Pero lo que sale por su boca es un torpe graznido. Tras carraspear para poder aclararse una garganta en la que se le ha atravesado el desasosiego, logra por fin ofrecerle su respuesta.

—Yo creo que ya te lo he contado todo.

—¿Seguro?

La insistencia de Julián desata su pánico. «¿Se habrá enterado de mi cita secreta con Dani? —piensa—. No era una cita secreta. Era una reunión discreta de trabajo», se corrige inmediatamente.

—Sí, seguro —se reafirma Lara, procurando mostrar una seguridad de la que carece—. ¿Por qué lo dices?

El director editorial coge su *smartphone* y desliza el dedo varias veces por la superficie hasta dar con lo que busca. Luego empuja el dispositivo hacia Lara para que pueda ver lo que hay en la pantalla. Su colaboradora, que se está imaginando que va a contemplar una imagen de Dani y ella sentados en la cafetería en la que quedaron, cual pareja de famosos pillados por un *paparazzi*, se lleva un inmenso alivio al comprobar que lo que tiene delante es una fotografía que se hizo con las *tiktokers* el día de la presentación de su álbum.

—¡Ah, vale! —exclama Lara, sintiendo que se ha quitado un enorme peso de encima.

Macarena y Claudia habían incluido esa foto en una publicación de Instagram que Lara había visto la noche anterior, en la que le agradecían muy cariñosamente su asistencia al evento. Se le había olvidado por completo comentárselo a Julián.

—Están teniendo mucho éxito con el disco, así que he pensado que vamos a proponerles el lanzamiento de una nueva edición de su libro —le dice Julián.

—Me parece que es una idea estupenda.

—Como todas las que tengo.

—Bueno, todas, todas… —bromea ella.

Julián levanta un dedo para advertirle que no siga por ahí, esbozando una sonrisa de complicidad.

—Quiero que seas tú la que se encargue de organizarlo todo —le dice a continuación.

—¿No se lo vas a pedir a Sonia?

—Tú fuiste la que decidió apostar por ellas. Así que lo justo es que lo lleves. Además, está claro que esas chicas te adoran.

—Como todos los autores con los que trabajo.

—Bueno, todos, todos… —le devuelve Julián la burla.

Lara abandona poco después el despacho con un ánimo muy distinto al que tenía cuando entró. En vez de ver debilitada su posición dentro de la editorial, cree que se ha reforzado. Y el secreto de su pasado en común con Dani sigue estando a salvo.

Decide celebrarlo esa misma noche dándose el capricho de pedir que le traigan la cena de su restaurante tailandés favorito, en lugar de preparársela ella. Como Ruth va a ir a la fiesta de cumpleaños de una amiga llamada Silvia —y encima se la van a traer a casa después—, tiene toda la noche por delante para disfrutar de unos *dumplings* de langostino y un buen plato de pollo en salsa *massaman*, mientras empieza a ver la nueva temporada de *Los Bridgerton*.

Después de tragarse los dos primeros episodios, hace una pausa para ir a la cocina en busca de un postre. Calcula que le va a dar tiempo a ver otro más antes de que vuelva Ruth, así que se vuelva al sofá con un cuenco lleno de una generosa ración de helado de *stracciatella*. Nada más ponerse cómoda y darle al botón del mando para reproducir el siguiente capítulo, escucha la melodía de su teléfono móvil que tiene asociada a las llamadas de su hija.

Lara hace un ruido con la boca para exteriorizar su fastidio. Luego coge el iPhone que ha dejado sobre la mesa que hay junto al sofá.

—A ver qué quiere ahora esta —dice antes de pulsar el icono verde que hay en su pantalla.

Teme que se haya puesto en contacto con ella para decirle que al final va a tener que ir a recogerla porque la madre de su amiga Martina, que es quien la iba a traer de vuelta, no va a poder hacerlo. Lara se prepara para recibir la noticia y disimular el malestar que le supone tener que renunciar al comodísimo plan con el que pretendía terminar la noche.

—Dime —contesta.

El sollozo que le llega desde el otro lado de la línea telefónica hace que se le encoja el estómago.

—¿Ruth?

—Mamá —oye que su hija dice con un tono de voz lastimoso.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunta una alarmada Lara.

—¿Puedes venir?

Ruth gimotea de nuevo, lo que provoca que su madre se levante del sofá y camine instintivamente hacia la puerta del piso, como si fuese a ponerse a correr para ir en busca de su hija.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien te ha hecho algo?

—No. Estoy bien. Solo necesito que vengas a recogerme.

Su llanto contradice la afirmación sobre su estado.

—Dime dónde estás y voy enseguida —dice Lara, desplazándose hacia su dormitorio para ponerse un calzado más adecuado para conducir.

El resto de su atuendo no es el que normalmente llevaría para salir a la calle, pero eso ahora no le puede parecer menos importante.

Ruth la informa de que está sentada en un banco situado frente a un Mercadona que hay al final de la calle donde vive Silvia.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —le asegura Ruth—. Es que he tenido una discusión muy gorda con Marta —le revela—. Y no quiero ir con los demás. Solo quiero volver a casa.

El llanto le impide pronunciar la última palabra con normalidad.

—Vale —dice Lara, más tranquila gracias a la explicación de su hija—. Tú quédate ahí, que llego en veinte minutos —calcula sobre

la marcha—. Ahora voy a colgar, pero en cuanto me monte en el coche te vuelvo a llamar.

—Vale.

—No tardo nada.

Justo cuando va a cortar la comunicación, escucha de nuevo a su hija.

—Mamá.

—Dime, cielo.

—Gracias —dice Ruth con la voz entrecortada por la emoción.

—De nada —se enternece su madre.

Lara se entera durante el trayecto de lo que ha sucedido. Al parecer, al poco de empezar la fiesta, que se celebraba en una sala multiusos dentro de la urbanización de la cumpleañera, Marta le había pedido a Ruth que la acompañase fuera para tomar un rato el aire. Luego la había llevado hasta un parque infantil que había cerca de allí, donde Ruth había descubierto el verdadero plan de su amiga, pues las estaban esperando cuatro chicos con los que había quedado Marta sin contarle nada a Ruth, para darle una sorpresa. Su intención había sido usar la fiesta de cumpleaños como excusa para poder irse con ellos sin tener que dar explicaciones a sus padres, y pretendía que Ruth la acompañase. Lo había dado por hecho, más bien. La hija de Lara, que no conocía en persona a esos supuestos amigos de Marta, pero que había oído rumores muy inquietantes sobre dos de ellos, se negó a marcharse con el grupo, ofreciendo como razón principal el que no quería hacerle el feo a Silvia de desaparecer de su fiesta nada más llegar. Al principio, Marta había intentado convencerla de buenas maneras, para lo que había contado con la colaboración de sus amigos. Pero al ver que Ruth no cedía, había pasado a mofarse de ella, tachándola de cobarde y aburrida. La había acusado también de no ser una verdadera amiga, y de traicionarla por escoger a Silvia antes que a ella. La reacción de Marta había sido tan furibunda y desproporcionada, que Ruth no había encontrado las palabras para defenderse. Las miradas burlonas de los cuatro chicos tampoco habían ayudado mucho a que Ruth recuperase el aplomo. Al final se habían largado, dejándola allí sola y humillada debido a los injustos e hirientes comentarios que le

había dirigido su amiga, que se había despedido de ella de un modo muy despectivo y cruel.

Ruth no es capaz de explicar qué es lo que ha pasado. Le asegura a su madre que no ha existido ningún problema previo entre las dos, y que Marta no ha mostrado jamás un comportamiento tan agresivo hacia ella en el pasado. Lara ha sopesado decirle que el historial de su amiga sí que presenta varios antecedentes de violencia, aunque la destinataria no haya sido Ruth. Pero se lo ha pensado mejor. También se ha callado el «te lo dije» que se siente más que autorizada para decirle, sabedora de que lo que más necesita en ese momento su hija de ella es su consuelo, no su condescendencia.

Nada más verla aparecer, Ruth se lanza a los brazos de Lara con una desesperación que le rompe el corazón a su madre. Hacía mucho tiempo que no se abrazaban de un modo tan sentido como ese, por lo que no puede evitar alegrarse un poco. A pesar del sufrimiento que está padeciendo Ruth, cree que lo que ha acontecido quizá pueda servir para abrirle los ojos, y que verá al fin qué tipo de persona es Marta. Y lo poco que le conviene. No descarta que se acaben reconciliando, pues si hay una cosa voluble en el mundo son los sentimientos de los adolescentes. Pero su discusión sienta un precedente que es posible que a la larga resulte definitivo.

—¿Estás segura de que no quieres volver a la fiesta? —pregunta Lara—. Igual sirve para que te animes un poco.

—Es que me van a preguntar por Marta, y no me apetece tener que contárselo a nadie más.

—¿No se va a molestar Silvia?

—No creo. Le voy a mandar un mensaje diciéndole que me he puesto mala y que has venido a recogerme, y listo —dice Ruth—. Es muy maja, así que no se va a enfadar por eso.

«No como una que yo me sé», piensa Ruth, que si sigue mordiéndose la lengua va a terminar por partírsela en dos.

—Solo quiero irme a casa y meterme en la cama.

—Sé que no suena tan divertido como estar con tus amigos, pero yo estaba a punto de ponerme una serie y comerme un bol enorme de helado. Igual te apetece unirte.

Ruth esboza una triste sonrisa como única respuesta. «Eso no es un sí, aunque tampoco es un no», dice Lara para sus adentros.

—Sé que ahora estás muy dolida, pero en mi opinión has hecho muy bien en no irte con ellos si no es lo que querías hacer —la felicita Lara—. Has demostrado ser una chica muy valiente que no se deja intimidar por nadie.

Ruth abraza de nuevo a su madre mientras derrama nuevas lágrimas. Solo que, en esta ocasión, no son de pena. Madre e hija permanecen en silencio y sin moverse durante un largo minuto. Esos sesenta segundos hacen más por desintoxicar su relación que varias horas de conversación.

En el camino de vuelta, Lara trata de averiguar cuáles son esos alarmantes rumores que ha escuchado Ruth acera de los chicos con los que se ha marchado Marta. A pesar de la poca simpatía que le despierta la conflictiva amiga de su hija, teme que le pueda suceder algo malo. Cuando Ruth se resiste a revelarle lo que ha oído acerca de alguno de ellos, su madre le expone cuál es el motivo que hay detrás de su curiosidad.

—Me da igual lo que le pase —dice Ruth, que no puede ocultar la rabia que le ha causado el trato que ha recibido por parte de su amiga.

—Tampoco es eso, cielo.

—Ahora no te pongas de su lado —la advierte Ruth.

—Ya sabes lo que opino de Marta, así que no deberías dudar de qué lado estoy —replica Lara—. Pero eso no significa que quiera que le pase algo malo.

Está convencida de que Ruth tampoco lo desea. Es el rencor que lleva dentro el que habla en su lugar.

—Estará bien —dice la joven—. No es la primera vez que queda con ellos.

Es un argumento que no termina de convencer del todo a Lara. Pero no pude hacer otra cosa que confiar en que su hija no esté equivocada.

Al llegar a su hogar, Lara ya no tiene ganas ni de helados ni de romances de la alta sociedad inglesa del siglo XIX, así que, en vez de

intentar persuadir a Ruth de que no se acueste tan pronto, se une a su causa.

—Buenas noches —se despide Lara de su hija.

—Hasta mañana.

Lara se da la vuelta para dirigirse a su habitación.

—Mamá —escucha que la llama su hija.

—¿Sí?

Ruth no dice nada al principio, como si le estuviese costando encontrar las palabras.

—Siento… siento ser tan… —titubea—. Siento ser a veces como soy contigo —logra expresarse tras mucho esfuerzo.

Lara mira fijamente a su hija, cuyos ojos rezuman arrepentimiento.

—Yo también siento ser una madre tan pesada —dice Lara—. No pienses que es porque quiero controlar tu vida. Es porque para mí no hay nadie más importante que tú y me preocupa mucho que te pase algo malo —confiesa.

—Lo sé.

—Esta noche me has demostrado que tengo que confiar más en ti y en que seas capaz de tomar las mejores decisiones. Perdóname si no lo he hecho hasta ahora.

Ruth aprieta los labios tratando de contener las lágrimas.

—Estoy muy orgullosa de ti —dice Lara, abrumada por la misma emoción que embarga a Ruth—. Si te he hecho pensar lo contrario, no era esa mi intención. Es que ser madre es… complicado. Hay veces que…

Su propio llanto le impide continuar. Un profundo sentimiento de culpa le oprime el pecho y tapona su garganta. Cree que, a pesar de que su propósito era acertado, le ha estado fallando a su hija durante mucho tiempo. Que, en algún momento, sin darse ella cuenta, ha permitido que su desencanto y sus frustraciones hayan malogrado su relación con ella. Si bien Ruth no se lo ha puesto fácil en determinadas ocasiones, ella es la adulta. Y eso hace que se sienta la mayor responsable de entre las dos por haber permitido que las cosas hayan llegado tan lejos sin ponerles remedio.

—Tú también eres la persona más importante del mundo para mí —logra decir Ruth.

Como ni una ni otra están ya en condiciones de seguir usando las cuerdas vocales, se transmiten mutuamente su infinito amor con un nuevo abrazo. Han hecho bien, pues no siempre con las palabras basta, por muy bien elegidas que estén.

A la mañana siguiente, Ruth le comunica a su madre que Marta le ha enviado un larguísimo audio pidiéndole perdón.

—Dice que se le fue la pinza. Que había tenido un mal día y lo pagó conmigo —le explica Ruth—. Que me estuvo echando mucho de menos toda la noche y que no ha podido dormir por la vergüenza.

Lara abre la boca para decirle a su hija que no se fíe del todo de su amiga. Pero antes de que el sueño la venciese la madrugada anterior, se hizo la promesa de permitir que Ruth descubriese las cosas por sí misma en la medida de lo posible. Su ha propuesto tratar de no influir en ella con sus opiniones y darle más espacio para que llegue a sus propias conclusiones. No va a ser fácil, pero ahí delante tiene la primera oportunidad que se le ha presentado para cumplir con su más reciente juramento.

—Supongo que no le pasó nada y que llegó bien a casa —dice Lara.

—Sí, eso parece.

—Me alegro —apunta Lara—. Y espero que se arreglen las cosas entre las dos.

Ruth la mira entre sorprendida y recelosa. Pero no verbaliza su suspicacia.

—¿Qué te apetece desayunar? —pregunta Lara.

—No sé.

—Tenía pensado hacer un poco de pan tostado con tomate y aceite.

—Ay, sí, qué guay —dice Ruth—. Me cambio y te ayudo a prepararlo.

Ahora la asombrada es su madre. Últimamente, su hija ha colaborado más bien poco en las tareas domésticas. Ese cambio de actitud le hace sospechar que igual también ella ha tenido alguna

conversación nocturna con su almohada. Si hay algo que le vendría especialmente bien a Lara es encontrar una aliada en alguien que se había estado transformando paulatinamente en una especie de enemiga. Reconducir la situación con ella le aportaría una energía que podría emplear en otras facetas de su vida.

«Por fin un poco de luz entre tanta oscuridad», piensa esperanzada.

# Capítulo 24
## EL MÁS CULPABLE

En seis años pueden pasar muchas cosas; que un rey suceda a otro, por ejemplo. Ese es aproximadamente el tiempo que ha transcurrido desde la noche en que Lara y Eduardo concibieron a Ruth. La llegada de su hija trajo más alegría a su matrimonio. Al menos al principio, porque luego todo cambió a peor, lenta pero inexorablemente.

Lo que comenzó menoscabando su relación fue el hecho de que Eduardo se tuviera que volcar todavía más en su empresa para evitar que la crisis financiera mundial se la llevase por delante. Eso no solo provocó que Lara se tuviese que encargar ella sola de los cuidados de Ruth, con el desgaste físico y mental que aquello le supuso, sino también que se dejasen de producir practicamente de la noche a la mañana esos íntimos y fabulosos momentos románticos entre marido y mujer que tanto habían fortalecido su unión en el pasado. Prestarle tanta atención a su profesión llevó a Eduardo a descuidar a su familia. Aunque eso molestaba a Lara, se abstuvo de reprochárselo, pues creía que se trataba de una situación puntual y que, cuando la situación se estabilizase, Eduardo asumiría sus responsabilidades como padre y les dedicaría el tiempo que se merecían tanto su hija como ella.

Desgraciadamente, se equivocó en sus predicciones.

Cuando la tempestad económica amainó un poco, Eduardo siguió dándole prioridad a su trabajo, argumentando que en cualquier

momento todo podía empeorar de nuevo, y que la única manera de estar bien preparado ante esa eventualidad era aumentar la facturación y los recursos de la empresa todo lo posible. Él siempre ponía el ejemplo de los osos que ingerían grandes cantidades de comida antes de entrar en hibernación, lo que hizo que Lara cogiera una manía irracional a esos animales.

Una vez más, Lara se mostró muy prudente a la hora de echarle en cara a su esposo que no estaba muy conforme con el desigual reparto de las tareas domésticas. En las escasa ocasiones en que ella protestó al respecto, él contraatacó diciéndole que, gracias a la prosperidad de su negocio, se podían permitir tener esa casa y sus restantes comodidades. Lara habría renunciado de buen grado a varias de ellas a cambio de poder contar con la compañía y la ayuda de Eduardo, pero en lugar de sentarse a hablarlo con él con total franqueza, transmitió su disconformidad de un modo indirecto: aceptando el puesto de coordinadora editorial que le ofreció su jefe.

Lo que vino a continuación ya lo conocéis. Eduardo reaccionó muy mal a la decisión de Lara y al hecho de que tuviesen que contratar a una persona para que los ayudase en casa, lo que ella interpretó como un gesto cargado de egoísmo por su parte. Con el paso del tiempo, Eduardo había ido adoptando algunos de los comportamientos y actitudes de Ramón, su padre, olvidándose de lo nocivos que le habían parecido años atrás cuando se los había visto poner en práctica a su progenitor.

Aunque Lara ya no se callaba tanto las cosas, siguieron sin afrontar sus problemas de un manera abierta y honesta, permitiendo que la frontera que se había creado entre ellos creciera y creciera sin límite. El desinterés ha sustituido a la entrega mutua; la rutina, a la magia. Ya hace mucho que él no le pregunta cada noche si es la mujer más feliz del mundo. Su relación, que siempre había estado basada en la transparencia, se ha vuelto opaca. Se han gestado secretos. Secretos como el que está a punto de producirse.

Es un día de principios del verano del año 2014. Lara se ha trasladado hasta un lugar llamado Tamarit, en la costa de Tarragona. Allí, en un antiguo y espectacular castillo, se va a celebrar el matrimonio civil de su jefe Julián y su prometido Nacho, cuya familia

es originaria de esa provincia. Lara ha acudido a la ceremonia sola, pues Eduardo tenía que viajar en esas fechas a Italia por motivos de trabajo y ese le ha impedido acompañar a su mujer. Ese compromiso no estaba programado cuando recibieron la invitación para asistir al enlace, sino que surgió posteriormente. Según Eduardo, era una oportunidad única que no podía dejar pasar. Pero por muy razonable que pudiese parecerle su excusa, Lara no había podido evitar preguntarse si no sería una especie de castigo por haber aceptado el nuevo puesto. La relación entre Eduardo y Julián nunca había sido demasiado cercana, pero desde que el director editorial había promocionado a su mujer, se había vuelto más fría. Incluso se había llegado a plantear si su marido no estaría desarrollando la misma mentalidad homofóbica de su padre. Quería pensar que ese no era el caso, pero cada vez le costaba más concederle a Eduardo el beneficio de la duda.

Durante la ceremonia y el cóctel posterior, no puede quitarse de encima la sensación de que lleva escrita en la cara la frase «crisis matrimonial». A pesar de que no le ha confesado a nadie del trabajo sus problemas con Eduardo, el hecho de haber acudido a la boda sin él, por muy justificada que esté su ausencia, le parece una señal muy evidente del distanciamiento que se está produciendo entre ambos. Le da la impresión de que la gente la está juzgando con la mirada constantemente, cuchicheando a sus espaldas en cuanto se aleja de ellos.

Antes de la cena, que va a tener lugar en un patio interior del castillo, llama a su madre por teléfono. En realidad, no es con ella con quien quiere hablar, sino con su hija, que está pasando el fin de semana con sus abuelos. Aunque Ruth contesta a sus preguntas únicamente con monosílabos, le basta con escuchar su voz para que se le levante el ánimo.

Las bromas de los compañeros de trabajo con los que le ha tocado sentarse en la mesa contribuyen a que se olvide temporalmente de sus preocupaciones. Lara se deja contagiar por fin del ambiente festivo que la rodea. Para cuando empiezan a sonar las primeras canciones escogidas por el DJ, y Lara ya está tomándose la primera

copa de la noche, lo único que tiene en mente es procurar divertirse lo máximo posible.

Así sucede, hasta que Nacho le presenta a dos de sus amigos, que son pareja. El marcado acento italiano de uno de ellos le devuelve a la memoria a su marido. Lara cae en la cuenta de que Eduardo le había prometido llamarla desde Italia a lo largo del día para preguntarle por la boda, y no lo ha hecho todavía. No cree tampoco que lo vaya a hacer siendo las horas que son ya. El incumplimiento de su promesa, al que en otras circunstancias no habría dado mayor importancia, es más que suficiente como para amargarle la velada. Se le quitan las ganas de seguir bailando y bebiendo. Lo que le pide el cuerpo en ese instante es alejarse de todo ese bullicio de caras sonrientes y risas interminables en busca de la soledad que le permita poder procesar adecuadamente sus sentimientos.

Del modo más discreto posible, se escabulle por una puerta que lleva a las entrañas del castillo. Se acuerda de que la hermana mayor de Julián le ha mencionado la existencia de un sendero empedrado que lleva hasta una pequeña cala que queda justo debajo de la imponente fortaleza. No tarda mucho en dar con ella, ayudada por la luz de la rebosante luna que domina el firmamento. Teme que alguien más haya sentido la necesidad de bajar hasta allí en busca de refugio. Por suerte, descubre que va a tener ese maravilloso rincón para ella sola.

Lara se descalza y camina sobre la arena hacia el mar, atraída por el relajante sonido de la marea, que la invita a aproximarse hasta la orilla. Se detiene antes de que el agua pueda mojar sus pies; luego cierra los ojos y se concentra en su respiración. No ha podido elegir un sitio mejor si lo que pretendía es serenarse y purificar sus pensamientos. El murmullo de las olas, el olor que la brisa marina lleva hasta ella y el suave y refrescante tacto de la arena entre los dedos de sus pies se conjuran para aportarle una calma que no había experimentado en años.

Al cabo de un rato, cuando abre los ojos de nuevo, detecta movimiento a su izquierda. Al girarse en esa dirección, ve que una figura humana se está acercando a ella desde el extremo norte de la playa, donde el saliente rocoso sobre el que se asienta una parte del

castillo impide seguir más allá. Su reacción inicial es la de sentirse en peligro. La oscuridad que la envuelve y el aislamiento al que se ha sometido voluntariamente la hacen verse vulnerable. Al distinguir que se trata de un hombre —y bastante alto—, su inquietud crece hasta el extremo que sopesa seriamente regresar a paso ligero por donde ha venido.

Algo hace que reprima su instinto de huida, permitiendo que el tipo se aproxime lo suficiente a ella como para que la luz de la luna ilumine sus facciones. Lara le reconoce de inmediato. Es el fotógrafo que han contratado Julián y Nacho para que inmortalice su unión. A Lara no le cabe duda de que se trata de él, pues han sido varias las ocasiones en las que su rostro anguloso y su tez morena y curtida por el sol han captado su atención durante la jornada. Nadie diría que es guapo en el sentido más clásico de la palabra. Pero la suma de sus rasgos, su porte y su mirada a Lara le resulta bastante seductora.

—Hola —la saluda el fotógrafo.

—Hola.

—Eres una de las invitadas, ¿verdad?

—Sí.

—Te he visto desde arriba —dice él, haciendo un gesto leve con su cabeza en dirección al castillo.

—Ah.

—No quería molestarte, solo saber si te encuentras bien.

Su pronunciación es muy clara, como si hubiese entrenado su dicción. Y tiene una voz grave y sensual que Lara desea seguir escuchando.

—Estoy bien —responde ella—. Necesitaba un poco de… tranquilidad.

—Entiendo.

Lara teme que él lo interprete como una indirecta y se marche, cuando esa no era su intención. Se propone remediarlo de inmediato.

—¿Hasta cuándo tienes que seguir haciendo fotos? —le pregunta, señalando hacia la cámara réflex que lleva colgando del cuello.

—Hace un rato que terminé —le informa él—. Aunque la he traído conmigo porque quiero tomar alguna del castillo desde esta perspectiva.

—La verdad es que la vista es preciosa desde aquí.

—Sí que lo es —está de acuerdo él, observándola fijamente, de espaldas a la que se supone que es la imagen de la que están hablando.

Algo turbada, Lara desvía la mirada hacia el suelo, donde hurga en la arena con su pie derecho.

—¿Eres familia de alguno de los novios? —quiere saber él.

—No. Soy compañera de trabajo de uno de ellos —contesta Lara —. De Julián —aclara.

—¿Y te puedo preguntar a qué os dedicáis?

—Trabajamos en una editorial.

Lara le explica que publican novelas de todo tipo y género.

—Suena interesante.

—Tiene sus momentos.

—Yo leo poco, si te soy sincero. Libros de viaje, más que nada.

—Y de fotografía, supongo.

—También, pero menos —dice él—. No quiero que las ideas de otros influyan demasiado en mi trabajo.

—Claro.

Cuando él dirige su mirada hacia el mar, Lara aprovecha para estudiar disimuladamente su silueta. Ese fugaz vistazo dibuja en su mente un cuerpo fibroso propio de un atleta.

—Dan ganas de bañarse —dice de repente Lara.

Ha soltado lo primero que le ha venido a la cabeza. Su comentario atrae de nuevo la atención del fotógrafo hacia ella.

—Por mí no te cortes —dice él—. Puedo quedarme vigilando tu ropa y tu bolso hasta que vuelvas —añade.

No parece que esté bromeando, como si fuese lo más normal del mundo que alguien se desnude ante un desconocido para darse un chapuzón nocturno en el Mediterráneo. Lara examina la superficie del agua que tiene más a mano, como si estuviese considerando seriamente esa posibilidad. Por el rabillo del ojo detecta que es ahora él quien aprovecha para echarle un buen vistazo a ella. Lara

se ha puesto para la ocasión un vestido palabra de honor más corto y ceñido de lo que suele ser habitual en ella. Es, con mucho, el atuendo más atrevido que ha llevado en años. Probablemente desde que conoció a Eduardo, lo que le parece algo de lo más significativo.

—Aunque si voy a asumir esa gran responsabilidad, creo que al menos debería saber tu nombre —apunta él.

Lara esboza una ligera sonrisa antes de complacer su deseo.

—Lara.

—Yo soy Pablo —se presenta él.

En general, Lara no ha tenido buenas experiencias con los Pablos. El primero con el que se cruzó le costó una relación que por aquel entonces parecía muy prometedora. El segundo fue un profesor de universidad cuya asignatura se le atragantó desde el principio. El siguiente fue un escritor con el que colaboró, que también le puso las cosas muy difíciles. «A lo mejor este rompe la racha», piensa Lara, dando por hecho que van a compartir el suficiente tiempo juntos como para poder comprobarlo.

—No creo que sea muy sensato meterme en el mar de noche después de todo lo que he bebido —comenta Lara a continuación.

—Si quieres, puedo ir contigo para asegurarme de que no te pasa nada —se ofrece él.

Tampoco entonces percibe ella ni siquiera un ápice de ironía en su tono de voz. Por un instante, su propuesta le resulta de lo más excitante. Un poco de espontaneidad e imprudencia supondría toda una novedad en lo que, desde hace mucho, es una vida previsible y monótona.

—¿Y quién vigilaría nuestras cosas mientras tanto? —decide Lara seguirle el juego durante un rato más—. Tu cámara tiene pinta de ser muy cara.

—Creo que puede merecer la pena correr ese riesgo —la sorprende.

Aunque la expresión imperturbable del rostro de Pablo pueda indicar lo contrario, Lara tiene claro que está tonteando con ella. Su sutileza la incita a seguir explorando un poco más ese terreno.

—¿No será todo esto un truco para poder sacarme una foto sin el vestido? —bromea ella.

Siente que, en algún punto desde que ha dejado la fiesta y ha llegado hasta la orilla, se ha desprendido de gran parte de su timidez. Ahora que ninguno de sus conocidos está presente, le apetece jugar a ser otra persona diferente y ver hasta dónde la lleva eso.

—Yo no soy de ese tipo de fotógrafos —contesta él, con esa cara de póker tan impecable que lleva mostrando desde su llegada—. Lo mío son los reportajes para marcas de ropa deportiva.

—Y entonces, ¿lo de hoy qué es? —pregunta Lara.

—Un extra para cubrir gastos de material.

—¿Se gana mucho con las bodas?

—Está bastante bien pagado, sí —afirma él—. Pero lo mejor de todo es que, de vez en cuando, te da la posibilidad de conocer a gente muy interesante.

A Pablo se le escapa el primer gesto que delata sus intenciones: un casi inapreciable alzamiento de su ceja izquierda.

Aunque Lara ha estado fantaseando con la idea del chapuzón bajo la luz de la luna, sabía que no iba a animarse a hacerlo al final. Mucho menos ahora que descubre que acaba de llegar un grupo de personas al mirador en el que se celebró la ceremonia civil hace unas horas. Desde esa privilegiada posición pueden ver perfectamente todo lo que sucede en la playa. Es incluso posible que alguno de ellos sea uno de sus compañeros de trabajo.

—Debería volver ya —dice en voz baja, sin saber a ciencia cierta si el destinatario de sus palabras es Pablo o ella misma—. Así también te dejo que hagas tus fotos.

—¿Ahora que me habías convencido para bañarme, coges y te vas? —pregunta él, esbozando su primera sonrisa de la noche.

Lara siente un calorcillo en el estómago que cerca está de provocar que se replantee su precipitada huida.

—Otra vez será —dice ella, resistiéndose a la tentación.

—Aquí estaré, por si cambias de opinión.

—Muy bien.

Lara da un par de pasos en la dirección opuesta a la orilla. Dos de los pasos que más le ha costado dar en su vida. Luego se detiene y se gira hacia el fotógrafo.

—Encantada de conocerte, Pablo.

—Lo mismo digo, Lara.

Nuestra protagonista se aleja de allí con la sensación de que una parte de ella, quizá la más importante, se queda atrás. A pesar de que intenta por todos los medios olvidarse de lo que ha sucedido, le resulta inviable quitarse de la cabeza a Pablo tras regresar junto al resto de los invitados. No hay canción que la ayude a conseguirlo, ni conversación que la distraiga lo suficiente. En última instancia recurre al alcohol, aun a sabiendas de que es una estrategia muy poco recomendable debido a su poca resistencia y a los años que lleva sin emborracharse. Quizá haya quien piense que se ha puesto a beber porque su propósito no es otro que el de perder el control. No seré yo quien le saque de dudas.

A su segunda copa la habría seguido una tercera de no ser porque el motivo de sus desvelos asoma por el patio en un momento dado. Lara hace un patético intento de ignorarle, pero al final se rinde a las evidencias y deja lo que estaba haciendo para ir a su encuentro. Pablo no muestra ningún tipo de sorpresa al verla aparecer a su lado, como si contara con ello desde que ha puesto un pie allí dentro.

—¿Te has cansado de esperarme? —pregunta Lara, esforzándose para que al hablar no se le note lo achispada que está.

La iluminación de la estancia, mayor de la que había en la pequeña cala, le permite a Lara descubrir detalles acerca de Pablo que le habían pasado desapercibidos con anterioridad. Como el tenue contorno de una cicatriz de unos cinco centímetros de longitud que se eleva recta desde la parte central de su ceja derecha. O la tonalidad ambarina de sus ojos.

—Es que sin ti no era lo mismo —dice él—. Es como si te hubieras llevado la magia contigo.

Hace un par de horas, aquello le habría parecido de lo más cursi a Lara. Pero ahora su piropo produce justo el efecto contrario en ella. Podría pasarse la noche entera escuchándole decir ese tipo de cosas. La tiene tan encandilada que ni siquiera le preocupa lo que sus conocidos se puedan imaginar al verla charlando con él.

Aun así, algo la frena a la hora de seguir con ese coqueteo. No es fácil dejar de ser una misma de un segundo para otro. Ese instante de vacilación hace que su cerebro la traicione, empujándola a decir en voz alta lo que habría preferido que no saliese de su mente.

—Estoy casada.

—Ya somos dos —replica él—. Y ahora que conocemos nuestro estado civil, ¿hay algún otro dato que necesites compartir conmigo?

Avergonzada por su lapsus, Lara baja la mirada hasta detenerla en sus manos, las cuales se han puesto a juguetear involuntariamente con su alianza de matrimonio. Pablo coloca un par de dedos bajo la barbilla de Lara y empuja hacia arriba hasta que el semblante de ella regresa al lugar del que nunca debió de irse.

—Tengo que ir a recoger mi equipo de un cuarto que me han dejado para guardarlo. Luego iré a despedirme de los novios. Así que calculo que en una media hora estaré en el aparcamiento, listo para volver a mi hotel de Tarragona —le informa—. Y me daría mucha pena tener que marcharme solo.

Lara no sabe qué decirle. Solo puede pensar en que media hora se le antoja una cantidad de tiempo muy escasa para tomar una decisión tan trascendental como esa. Aunque, en el fondo, sospecha que ya la ha tomado. La empezó a tomar cuando Eduardo la decepcionó profundamente al reaccionar tan mal a su ascenso profesional, y su ausencia en la boda de Julián solo ha servido para reafirmarla. Así que la capacidad para la persuasión de Pablo es probablemente el factor menos influyente de todos los que la han conducido hasta allí.

—Hasta dentro de un rato —dice él, con una seguridad tal, que Lara cree que ha debido estar leyéndole el pensamiento.

Lara tarda tres minutos exactos en resolver su dilema. Es lo que le ha llevado dar con una buena excusa para poder largarse sin despertar la suspicacia de nadie. Invierte otros veinte minutos en despedirse tanto de Julián y Nacho como de Marisa y Giselle, las dos únicas compañeras de trabajo que aún permanecen en la fiesta. A todos ellos les cuenta que la mezcla de vino, champán y ginebra le ha pasado factura a su estómago, y que ha pedido un taxi para que la lleve a su alojamiento en la cercana localidad de Altafulla. Su

predicción acerca de que ninguna de las dos empleadas de la editorial iba a querer acompañarla, pues se hospedan en el mismo hotel, resulta acertada. Para ellas es todavía muy pronto para dar por terminada la noche.

Cuando Pablo la ve aparecer, puntual a la cita, sonríe abiertamente. Verle contribuye a disipar sus dudas acerca de si le conviene realmente seguir adelante con aquello. Al aproximarse, percibe que emana de Pablo un olor muy agradable que no estaba allí antes, como si hubiese aprovechado para asearse y echarse un poco de colonia encima.

—¿Me habrías esperado si me llego a retrasar? —dice Lara una vez dentro del vehículo, un todoterreno de color gris oscuro.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé.

Pablo se toma una pausa, como si quisiera meditar bien su respuesta.

—La verdad es que estaba seguro de que te apuntarías —dice él finalmente—. Así que habría esperado lo que fuese necesario.

El fotógrafo muestra una seguridad en sí mismo y una serenidad que en opinión de Lara denota que no es la primera vez que hace algo así. Ni la décima. «Pues me alegro de que al menos uno de los dos sepa lo qué está haciendo», piensa Lara. Le consuela saber que en cualquier momento puede decidir ceder ante la vocecita dentro de su cabeza que no para de gritarle que está cometiendo una locura, y echarse para atrás. Algo le dice que Pablo no se va a enfadar porque cambie de opinión. «Y si lo hace, peor para él».

Es un viaje muy corto el que los conduce hasta su destino. Apenas les da tiempo a hablar un poco sobre dónde vive cada uno de ellos. Pablo reside en un municipio de la provincia de Barcelona llamado San Celoni. El que no tenga acento catalán invita a Lara a pensar que quizá no nació allí. Pero como no quiere intercambiar demasiada información personal, se abstiene de preguntarle por su lugar de origen.

Durante el tiempo que tardan en cubrir el trayecto que hay entre el *parking* subterráneo del hotel y la habitación de Pablo, ambos permanecen en silencio. Lara prefiere quedarse callada, para evitar

que sus nervios le vuelvan a jugar una mala pasada y diga algo de lo que luego se pueda arrepentir.

Cuando él abre la puerta y cruza el umbral hacia el interior de la estancia, Lara no le sigue, paralizada por la incertidumbre. La invade la sensación de que la dirección hacia la que escoja dar sus siguientes pasos va a definir el resto de su existencia. Como Pablo está muy ocupado colocando los bártulos que contienen las herramientas de su profesión, no se percata de lo que está sucediendo a sus espaldas. Se da la vuelta para atender a su invitada justo cuando se escucha el clic que anuncia el cierre de la puerta.

Lara le sonríe para disimular el esfuerzo que le ha costado tomar su decisión.

—Tengo que ir al baño —dice ella a continuación.

—Muy bien. Aquí te espero.

Lara asiente antes de meterse en el servicio. Como el resto de las instalaciones del hotel, está muy limpio. Que es exactamente lo contrario a como se siente ella en ese momento. Su apetito sexual pugna con su sentido de la responsabilidad, tirando de ella en direcciones opuestas.

Unos minutos después, sale de su refugio hecha un manojo de nervios. Pero dispuesta a llegar hasta el final.

—Yo nunca he hecho esto antes —confiesa nada más presentarse ante Pablo, pues quiere quitarse ese peso de encima cuanto antes.

Él reduce la distancia que los separa despacio, como si no quisiese realizar ningún movimiento brusco que pudiese espantarla.

—Solo puedo darte un consejo —susurra con esa voz que apela directamente a los instintos más primarios de Lara—. No pienses. Deja que sea tu cuerpo quien tome el control.

Eso es precisamente lo que más teme Lara. Y lo que más la excita, a la vez.

—De todas formas, antes de nada, necesito que me digas si estás segura de hacer esto —le pide él—. Podemos parar cuando quieras, por supuesto. Pero ni siquiera tenemos por qué empezar si no es lo quieres.

Esa muestra de empatía es lo que la termina de convencer.

—Quiero hacerlo —dice ella, aunque su mirada cargada de deseo ya le ha anunciado su voluntad al hombre que tiene enfrente.

Pablo envuelve su cintura con uno de sus largos brazos, atrayéndola hacia él. Luego apoya su otra mano en la mejilla de Lara y se inclina para besarla. El roce de sus labios hace que ella se estremezca de arriba abajo. Siente que la culpa que la atormentaba se derrite como mantequilla sobre pan caliente.

Al principio, deja que sea él quien tome la iniciativa, para ver qué es lo que propone. Pablo no tarda en demostrarle que es un amante experto. La desnuda con habilidad, sin dejar de besarla y acariciarla durante el proceso. Trabaja sobre su piel y su carne trémula con la paciencia y la concentración de un artesano. Cuando envuelve con sus dos manos los pechos copiosos y ligeramente acampanados de Lara, entreteniéndose en sus endurecidos pezones, ella ya no puede aguantar más y decide ponerse a los mandos. Quiere dejarle claro que, aunque es una novata en el tema de las aventuras extramatrimoniales, no lo es para nada en el terreno del sexo.

Lara le quita la ropa con más ferocidad que la que él ha empleado con ella. Luego se arrodilla y le dedica todas sus atenciones al miembro de su amante, que reacciona con gran entusiasmo al contacto con la diestra lengua y las suaves manos de la mujer. Pablo se deja hacer hasta que él también siente que ella le ha llevado hasta el límite. Antes de traspasarlo, le pide a Lara que se coloque a cuatro patas sobre la cama. A continuación, lame su vagina, recreándose con su clítoris hasta que considera que está suficientemente húmeda como para penetrarla, y se pone un preservativo.

Lara y Pablo se embisten mutuamente, cadera contra pelvis enfrentándose con un ritmo frenético. Ella siente que se está hundiendo en un mar de placer, en el que se adentra nadando ansiosa hacia unas profundidades que ya creía exploradas, pero que descubre que todavía albergaban misterios por desentrañar. Lara no sabe si lo que experimenta cuando alcanza la cima son dos orgasmos seguidos, o si en realidad se ha tratado de uno muy largo. De lo que sí que está segura es de que no ha sentido nada parecido en toda su vida. Y que acaba de ponerse el listón muy alto.

En el descanso que se toman antes de volver a las andadas, ella aprovecha para estudiar con más detenimiento el cuerpo de Pablo. Además de su enviable forma física, lo que más le llama la atención es el número de cicatrices que tiene, además de la de la frente. Localiza tres más: una en el brazo izquierdo, a la altura del codo, otra en la rodilla derecha y una última en la espalda, a la altura de uno de sus omoplatos. Todas parecen antiguas. A ojos de Lara, esas marcas no son imperfecciones, sino que aumentan su atractivo de un modo muy peculiar. Él le cuenta que durante muchos años practicó varios deportes de riesgo, algunos por obligación profesional y otros por elección propia.

Una hora después, tan saciada como agotada, Lara le pide a Pablo que la acerque hasta su hotel en Altafulla. El cuerpo le pide que se quede a dormir a su lado, aunque solo sea para maximizar el descanso y poder saborear con más calma lo que acaba de suceder entre ellos. Pero su cerebro, ya de nuevo al frente de las operaciones, la convence de que lo mejor es que se marche. Si su petición decepciona a Pablo, este lo disimula estupendamente.

Cuando se despiden más tarde, Lara está convencida de que esa es la última vez que se van a ver. Es un pensamiento que no le produce tristeza, quizá porque el que vaya a ser un encuentro único e irrepetible lo convierte en algo más especial todavía. Eso no significa que no haya todavía noches en las que añore —a veces con desesperada nostalgia— las hábiles caricias y el sabor de la piel de su fotógrafo favorito.

# Capítulo 25
AHORA

Hay días que nacen torcidos.

Lara empieza a olerse que ese viernes de mediados de junio se le va a complicar nada más levantarse de la cama después de una noche repleta de sueños extraños e inquietantes. El más reciente de todos le ha dejado un regusto muy amargo. Lo único que pude recordar es su final, con ella atrapada en el ascensor de su casa, subiendo a toda velocidad hacia un séptimo piso que ni siquiera existe en su edificio, angustiada por la certeza de que el aparato la estaba llevando a un sitio al que no quería ir. Por suerte, había despertado justo cuando las puertas se abrían para revelarle lo que la esperaba al otro lado.

—Qué mala cara tienes —le dice su hija al verla aparecer arrastrándose por el pasillo.

—He dormido muy mal.

—¿Y eso?

—Me he despertado varias veces.

Es cosa rara en ella, que suele dormir del tirón una vez que logra conciliar el sueño.

—No tenías que haber echado tanta salsa picante a tus *noodles*.

—Sería la primera vez me sientan mal.

—Es que te estás haciendo mayor, mami.

—Ja, ja. Me parto.

—Deberías pasarte ya a las papillas y esas cosas —le aconseja Ruth.

—La primera vez ya no tenía nada de gracia, así que no sigas por ahí o te tiro una zapatilla.

—Buah, eso sí que es de señora mayor.

Lara hace ademán de agacharse para coger una de sus mullidas pantuflas y lanzársela. En cuanto la ve iniciar su maniobra, Lara corre hacia su cuarto de baño y se encierra allí dentro.

—Ya te pillaré —dice en voz alta su madre.

La falta de reposo hace que Lara se sienta muy espesa, lo que entorpece la ejecución de sus tareas matutinas. Mientras unta una tostada, esta se le cae al suelo boca abajo, y poco le falta para echarse sal en vez de azúcar en el café.

—¿Qué planes tiene tu padre para ti este fin de semana? —pregunta a su hija cuando se sientan a desayunar—. ¿O los dos tortolitos van a estar tan liados con los preparativos para la boda que no te van a hacer caso?

—Todavía queda mucho para eso —contesta Ruth, ignorando la pulla que le ha lanzado Lara a su padre.

—Es verdad. Además, seguro que es ella quien se tiene que encargar de todo.

—Ahora ya no.

Lara mira extrañada a su hija.

—¿A qué te refieres?

Al recibir un silencio por respuesta, Lara escruta el semblante de su hija en busca de una explicación. Ruth muestra la misma expresión que lleva poniendo desde que era pequeña cada vez que hace algo que no debe y no quiere que su madre se entere. Lara medita dejarlo pasar, ya que teme que, si logra sonsacarle la información que le está ocultando, lo vaya a acabar lamentando después. Pero su curiosidad vence a su cautela.

—¿Qué es lo que no quieres decirme? —insiste.

—Nada.

—Ruth… —le advierte Lara.

—Que no es nada, no me atosigues.

—Pensé que habíamos acordado ser más sinceras la una con la otra.

Ese es uno de los pactos a los que llegaron tras el incidente con su amiga Marta. El otro fue que Lara no estaría tan encima de su hija, pero sacarlo ahora a colación podría resultarle perjudicial.

—Es que prefiero que sea papá quien te lo cuente.

—Si me voy a enterar de todas formas, ¿qué más da quién me lo diga? —argumenta Lara.

Mientras tanto, se va preparando para el golpe. No cree que vaya a afectarle más que el anuncio de la boda entre Eduardo y su joven y perfecta novia. Pero con su ex todo es posible.

Ruth mira a su madre sumida en la duda. Siendo otro el tema, Lara no la apretaría tanto.

—Si me lo cuentas antes, tendré más tiempo para ir asumiéndolo y no me llevaré un disgusto tan grande como el de la última vez.

—Es que no quiero que papá se enfade conmigo.

—Te prometo que no le diré que me lo has contado. Haré como que me pilla por sorpresa cuando me entere.

—Júralo por los abuelos —le pide su hija—. Y por Amaya —añade rápidamente, consciente de que la relación de Lara con sus padres no es tan satisfactoria como para que baste con apelar a ellos.

La segunda exigencia de Ruth descoloca un poco a Lara. No ha encontrado todavía el momento —ni las ganas— para hablarle de la enfermedad de su mejor amiga, que en unos pocos días va a iniciar el tratamiento para combatir su enfermedad. Siente cierto reparo en involucrar a Amaya en su promesa, pero no lo suficiente como para no querer salirse con la suya.

—Te lo juro por los abuelos y por Amaya.

Ruth asiente complacida, y luego respira hondo antes de soltar la bomba.

—Papá va a vender la empresa.

Al principio no le parece algo tan impactante como se había esperado, sino que lo ve tan solo como una maniobra profesional más de Eduardo. Hasta que va más allá y se pregunta por el objetivo que puede estar buscando él con esa decisión.

—Pero él va a seguir trabajando en ella, ¿no? —le pregunta a Ruth.

La joven se muerde el labio inferior antes de contestar, sabedora de que ahí es donde está la verdadera noticia.

—No tanto como antes. Dice que va a ser más como un consejero o algo así —apunta Ruth—. Porque ahora quiere dedicarle más tiempo a… a otras cosas —se corrige sobre la marcha.

«A su familia —sospecha Lara que iba a decir—. En concreto, a su nueva mujer. Y a la hija que lleva años desatendiendo».

La rabia y la impotencia se desatan en el interior de Lara; no como un fuego que va creciendo lentamente, sino como una auténtica explosión que amenaza con arrasar con todo. «¿Ahora sí, desgraciado? —se lamenta amargamente para sus adentros—. ¿Ahora sí que te parece bien sacrificarte un poco por tu familia y escogerlas a ellas antes que a tu empresa? Y no cuando era yo quien necesitó que lo hicieras, no. Entonces no te dignaste a asumir tus responsabilidades, egoísta de mierda».

Poco le falta para insultarle en voz alta en vez de elegir su mente como terreno donde desahogarse. Tan solo la presencia de Ruth, que la observa asustada ante la posibilidad de haber cometido un terrible error, evita que pierda totalmente el control. Así de evidente debe estar pareciéndole la agonía de su madre.

—No debía habértelo contado —murmura.

Lara niega con la cabeza, pues no le salen las palabras. Lo que sí le salen son las lágrimas. Dos de ellas se deslizan por sus mejillas antes de ser inmediatamente secadas por su dueña.

—Lo siento, mamá.

Lara hace un esfuerzo sobrehumano por recomponerse. No ve justo hacer que Ruth sufra por los pecados de su padre y por el daño que estos le han causado a la que fue su esposa.

—No te preocupes, cariño —dice Lara—. Es solo que hoy estoy muy sensible. Enseguida se me pasa.

Ruth la mira con expresión de escepticismo.

—¿Cuándo va a venderla? —pregunta Lara, luchando por controlar la tormenta de emociones que la zarandea por dentro.

—En septiembre.

Lara no sabe dónde mirar ni dónde meterse. No se ve capaz de mantener mucho más rato la compostura. Tiene ganas de romper algo. O a alguien. Aprieta los puños con fuerza, hasta que las uñas amenazan con rasgar la piel de sus palmas. La visión se le nubla y nota que se marea, lo que la preocupa hasta el punto de que cree que va a perder el conocimiento.

Es entonces cuando siente el abrazo de su hija, que se ha levantado y se ha acercado a ella sin que su madre se haya dado cuenta. Ruth no le dice nada. Tan solo se aprieta contra su cuerpo y le transmite todo el amor que es capaz de sentir por ella en ese instante, que no es poco. La ternura de su hija transforma la ira de Lara en un llanto que le sirve para liberarse de gran parte de su dolor y su desesperación. Sigue sintiéndose rodeada de oscuridad, pero ya ve algo de luz en la distancia. Solo tiene que encontrar el camino que la lleve hasta ella lo más rápidamente posible.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, mi amor.

Ese momento tan especial que ha compartido con Ruth le aporta algo de paz, pero lo que ha sucedido con anterioridad a eso la deja marcada para el resto del día. Y, probablemente, es un factor decisivo para entender lo que le va a suceder más adelante, durante su regreso a casa.

Antes de eso, la mañana le depara otra sorpresa más. Ni mucho menos tan desagradable como la anterior, pero es algo que también la altera los suficiente como para que se incremente su larga lista de preocupaciones. Tiene que ver con Dani.

Hacer tres días, Lara le envió la última versión de *La risa de Najma* para que diese el visto bueno a los cambios sugeridos por la correctora. Teniendo en cuenta que en cada ocasión anterior en la que se ha puesto en contacto con él su respuesta había sido practicamente inmediata, le ha extrañado no haber sabido de él hasta ahora, que es cuando le acaba de enviar un mensaje al móvil para confirmarle que recibió el archivo. Lo que sigue es una conversación corta pero reveladora.

*DANI: Perdona que no te haya contestado antes, pero es que he tenido unos días complicados.*
*LARA: Mucho lío en el trabajo?*
*DANI: No, ha sido por motivos personales.*
*LARA: Espero que no sea nada grave.*
*DANI: Lo es. Eva y yo hemos tenido una discusión muy fuerte y hemos decidido estar separados un tiempo.*
*LARA: Lo siento mucho.*
*DANI: Creemos que es lo mejor para los dos ahora mismo.*
*LARA: Lo entiendo. Con la novela vamos muy adelantados, así que no hay problema si quieres tomarte un tiempo.*
*DANI: No hace falta. Me va a venir bien tener algo con lo que distraerme.*
*LARA: De acuerdo.*
*DANI: Creo que podré completar la revisión antes de que termine la próxima semana.*
*LARA: Genial. Cualquier cosa que necesites, aquí me tienes.*
*DANI: Gracias, Lara. Y buen fin de semana.*
*LARA: Igualmente.*

Lara duda sobre si despedirse con algún emoticono afectuoso, pero al final lo deja como está. Prefiere algo más formal, sobre todo teniendo en cuenta lo que le acaba de contar sobre su novia y él.

La noticia le produce sentimientos encontrados. Por un lado, le apena pensar en el proceso tan doloroso por el que debe estar atravesando Dani en esos momentos, a lo que se suma la preocupación que le genera el evaluar las consecuencias que puede tener su estado de ánimo en el proyecto, que tan bien encaminado iba hasta la fecha. Mezclado con eso se encuentra la tímida ilusión que le ha suscitado enterarse de las serias dificultades a las que se está enfrentado la relación de Dani con su pareja. Es una esperanza culpable, no puede negarlo, pero eso no la hace menos real.

Con el paso de las horas, cada vez le incomoda menos imaginarse un escenario en el que esa separación temporal que han acordado Eva y Dani se convierte en algo definitivo. Él buscará consuelo en su

gente más cercana para superar la difícil situación, y Lara considera que ella se ha ganado un puesto dentro de esa lista. Aunque hayan estado tantos años sin verse, la antigüedad de su relación tiene que contar para algo. Y si Dani no acude a ella, Lara se ofrecerá gustosa para ofrecerle su apoyo. Podría incluso considerarse que entra dentro de sus obligaciones profesionales, pues no sería la primera vez que ejerce de soporte emocional para uno de los autores vinculados con la editorial.

«Y una cosa llevaría a la otra», piensa.

Le sorprende la poca vergüenza que le produce el querer aprovecharse de la desgracia ajena. Pero si lo piensa detenidamente, carece de cualquier responsabilidad con respecto a lo que está sucediendo entre su amigo y la chica de este. Su crisis sentimental viene de antes de que ella reapareciese en la vida de Dani. ¿Y acaso ella no tiene el mismo derecho que el resto del mundo a poder estar con alguien especial? Porque, a esas alturas, sería absurdo negar lo evidente. Dani ha resucitado cosas dentro de Lara que llevaban siglos muertas. Cree firmemente que ambos tienen un asunto pendiente que deben resolver, para comprobar si lo que en su día sintieron el uno por el otro ha sido capaz de soportar el castigo del tiempo. Lo que está por ver es si él piensa lo mismo que ella.

No se pone ningún límite a la hora de ilusionarse con ese futuro tan apetecible. Pero lo que no va a hacer es entrometerse antes de comprobar cómo evoluciona la situación. Cree que lo más conveniente es no precipitarse y esperar su oportunidad. Considera que esa sería la manera correcta de actuar. Hacer otra cosa no encajaría con sus principios. También es cierto que esos principios llevan varias semanas en entredicho, ya que no está nada conforme con el lugar al que la han conducido a sus cuarenta y cinco años de edad.

Durante lo que resta de su jornada laboral, consigue dejar de darles vueltas en la cabeza a ese y a los otros temas que atañen a su vida personal. Pero a la salida, cuando se dispone a coger el metro para volver a casa, sus múltiples inquietudes regresan con fuerza para atormentarla. El resultado de combinar tanta distracción mental con la falta de descanso es catastrófico. Al descender el

último tramo de las escaleras que llevan desde la calle hasta el vestíbulo de la estación, Lara pisa mal y se le dobla el tobillo, provocando que pierda el equilibrio. Trata de aferrarse frenéticamente al pasamanos para detener su caída, sin demasiado éxito. Tampoco logra amortiguar el impacto contra el suelo con sus manos, por lo que su cabeza golpea violentamente contra el duro pavimento.

No le da tiempo a sentir dolor alguno antes de perder el conocimiento.

# Capítulo 26
## EL MÁS AMARGO

Ya lo sé, ya lo sé. No hace falta que lo digáis. Yo he estado muchas veces en vuestro lugar y he sufrido en primera persona el fastidio que supone que te dejen en vilo en medio de un relato para poner el foco en otros acontecimientos que no parece tan urgentes de narrar. Lamento si es este tu caso, pero aquí quien decide el qué, el cómo y el cuándo soy yo. Y no creo que hasta ahora os podáis quejar mucho de cómo estoy manejando las cosas. Podría haberme portado muchísimo peor.

Así que tened un poco de paciencia, que todo llegará. Porque lo que ahora toca es viajar de nuevo al pasado.

En contra de lo que Lara pensó inicialmente tras su apasionada aventura nocturna con el fotógrafo, lo cierto es que aquel fue un episodio aislado que no se ha vuelto a repetir a lo largo de los tres años que han pasado desde entonces. Se ha sentido tentada un par de veces más a reincidir, pero en ambos casos se contuvo. No porque su relación con Eduardo haya ido a mejor, ni mucho menos. Simplemente no se dieron las condiciones adecuadas para hacerlo.

Su vida sentimental y la profesional están siguiendo caminos muy diferentes. Mientras que su matrimonio sigue haciendo aguas, su carrera dentro del mundo editorial va viento en popa, por seguir con las metáforas náuticas. Y eso que no me he montado en un barco jamás. Me da un miedo atroz el mar desde que casi me ahogo durante mi adolescencia. Si no llega a ser porque mi mala

reputación, labrada a base de mis continuas travesuras, obligaba a mis padres a no quitarme el ojo de encima durante demasiado tiempo, habría sucedido una desgracia.

Ya estoy divagando una vez más, disculpadme.

Es lo que tiene echar la vista atrás. Se me mezclan mis recuerdos con los de nuestra protagonista, y eso no está bien. Como ya os he dicho en alguna otra ocasión, esta es su historia, no la mía.

Busquemos a Lara.

Ahí la tenemos, a punto de tener una reunión muy importante con la *influencer* del momento, a la que la editorial quiere convencer para que publique su primer libro con ellos. Los que mandan quieren apostar muy fuerte por ese tipo de autoras y han confiado en Lara para que se encargue de los primeros proyectos. Es algo que la hace sentirse muy orgullosa de sí misma, aunque también le agobia un poco. No sabe qué tal se le va a dar tratar con ese tipo de gente.

Mientras espera en su recién estrenado despacho a que llegue la hora de la cita, Lara hace algo de tiempo repasando las noticias de la tarde en su teléfono móvil. Acaba muy harta del tema enseguida, tras leer sobre la nueva polémica en la que se ha visto envuelto Donald Trump y sobre la comunicación oficial por parte del Gobierno del Reino Unido de su intención de abandonar la Unión Europea. No le apetece que nada le amargue el día, así que decide que debe buscarse otro entretenimiento hasta que comience la reunión.

Según cierra el navegador, ve que le está entrando una llamada de Eduardo. Lara sospecha de inmediato que tampoco le va a gustar nada lo que él va a decirle a continuación.

—No voy a poder ir a recoger a Ruth al entrenamiento —confirma él sus temores—. Hemos tenido un problema muy gordo con la campaña de las cápsulas de café y me tengo que quedar a solucionarlo.

Lara respira hondo. No puede permitirse el lujo de perder la calma justo antes de una reunión tan importante. Tampoco le puede sorprender mucho que su marido incumpla a las primeras de cambio la promesa que le hizo hace poco acerca de que iba a implicarse más en las tareas domésticas.

—Pues apáñatelas como puedas, porque a mí tampoco me va a dar tiempo a ir a recogerla —dice Lara, a pesar de que no es cierto.

—¿Y no puedes pedirle a tu madre que se encargue?

«Poder, puedo —piensa Lara—, pero no me sale de los mismísimos ovarios hacerlo».

—Me lo prometiste —dice Lara.

—Lo sé, pero esto es una urgencia.

—Siempre lo es.

—Es que está siendo un mes muy complicado por aquí.

—¿Y te crees que yo no tengo problemas en el trabajo?

—Supongo que sí —dice él, irritando todavía más a su mujer al considerarlo una suposición y no una certeza—. Pero no es comparable.

Si hay una cosa que enerva a Lara es esa insinuación de que la carrera profesional de él es más valiosa que la suya. Puede que gane bastante más que ella, pero eso no le da derecho a menospreciarla de ese modo tan gratuito. Eduardo se ha debido de dar cuenta de que su comentario no ha sido demasiado acertado, a tenor del intento por matizarlo que realiza a continuación.

—Lo que quiero decir es que a lo mejor hay alguien allí que te puede sustituir —trata de salir del apuro—. Pero es que de esto solo me puedo encargar yo.

—¿Y quién te dice a ti que a mí no me pasa igual?

—Pues si es así, busquemos otra solución lo antes posible.

En el pasado, Lara siempre ha acabado cediendo ante situaciones similares. Ha protestado, le ha echado en cara su actitud y todo eso. Pero al final ha sido ella la que ha dado un paso atrás y ha tenido que poner remedio a sus dejaciones. Sin embargo, esta nueva transgresión supera por primera vez su capacidad de aguante.

—No —se planta Lara—. El que tiene que buscar una solución eres tú.

Se imagina la cara de sorpresa que debe estar poniendo él con tanta claridad como si le tuviese delante.

—Tengo que dejarte porque ya llego tarde a la reunión —dice muy tajante—. Mándame un mensaje en cuanto lo arregles. —Cuelga sin más.

Para Lara se trata de una situación muy novedosa. Eduardo siempre se las ingenia para ser él quien tiene la última palabra, opción que ella ahora le acaba de negar. Siente algo de miedo a lo desconocido, pese a que se ha quedado muy a gusto. Pero como no está acostumbrada a decirle «no» de un modo tan rotundo a su marido, no se queda del todo tranquila hasta que Eduardo le confirma más tarde que ya se ha encargado de resolverlo todo. Lara se resiste a preguntarle el cómo. En parte porque quiere hacerle ver que ella se ha desentendido por completo del tema; pero sobre todo porque teme su respuesta.

Empieza a sospechar que no le va a gustar el método que ha escogido Eduardo para solventar el problema cuando llega a casa y comprueba que allí no hay nadie. De haber vuelto justo después del entrenamiento de voleibol, ya deberían haber llegado hace por lo menos media hora. Lara se dice a sí misma que seguro que hay un motivo positivo detrás de su retraso. Que posiblemente padre e hija están compartiendo tiempo de calidad juntos en algún lugar. En el fondo, sabe que se está engañando a sí misma. Prueba de ello es que ni siquiera se molesta en llamarle para averiguar dónde se encuentran, intuyendo que si lo hace se vendrá abajo su teoría más optimista.

No le sorprende demasiado confirmar más adelante, nada más entrar Eduardo y Ruth por la puerta, muy cerca de la hora a la que suelen cenar, que lo único que ha logrado es posponer su disgusto.

—He estado con papi en su oficina —contesta Ruth al preguntarles Lara dónde habían estado.

«No me lo puedo creer», piensa ella.

—¿Todo este rato habéis estado allí? —se dirige Lara a su marido, con la esperanza de que haya sido tan solo una visita rápida.

—Sí —responde Eduardo con total naturalidad, como si allí no hubiese pasado nada.

Más que el hecho de que se haya llevado a Ruth al trabajo, donde con bastante probabilidad se habrá desentendido de ella aparcándola en una esquina, lo que más cabrea a Lara es esa actitud tan suya de tratarla como si fuese idiota.

—Te han gustado mucho las oficinas de la empresa de papá, ¿verdad? —hurga él en la herida.

—Son muy chulas —opina Ruth.

—Y encima te ha caído un regalo, ¿verdad? —dice Eduardo.

—Sí —responde su hija, sacando del bolsillo de su abrigo un estuche de plástico transparente que contiene varios rotuladores de colores a estrenar, para poder enseñárselos a su madre.

—Qué bonitos, cielo. —Se obliga a esbozar una sonrisa—. Y ahora ve a ducharte, anda, que vamos a cenar enseguida —dice Lara, que no quiere que su hija esté delante para escuchar lo que viene a continuación.

—Antes tengo que hacer los deberes para mañana.

—¿No los has hecho mientras tu padre trabajaba?

—No, porque las cosas que necesitaba estaban aquí —se justifica la niña.

Lara ya no puede más y le lanza una mirada a Eduardo que sería capaz de congelar el sol. Él al menos tiene la dignidad de no seguir fingiendo que todo va bien y también le pide a su hija que haga lo que su madre le ha pedido.

—¿Esto es a lo que te referías cuando me has dicho que lo habías arreglado? —le dice en cuanto Ruth desaparece por el pasillo rumbo a su dormitorio.

—Sí, claro. ¿Qué problema hay?

—¿Estás hablando en serio?

—Llevo un día muy malo, cariño —resopla él—. ¿No podríamos dejar esta discusión para mañana?

—Claro que sí, por supuesto —dice Lara con ironía—. Porque aquí el único que importa eres tú —le reprocha, dispuesta a echar por tierra su patético intento por irse de rositas—. Los demás estamos para servirte y no ser un estorbo, ¿no es eso?

—Pero ¿a qué viene esto?

—¿De verdad te lo tengo que explicar?

—Te lo agradecería, porque no tengo ni idea de cuál es ese crimen tan horrible que he cometido para que te pongas así, simplemente porque Ruth no haya podido hacer los deberes todavía. No creo que

sea un drama que hoy se acueste un poco más tarde para poder hacerlos.

—Joder, Edu, el problema no es ese —se queja Lara, elevando el volumen de su voz.

—¿Y cuál es?

—Que no hace ni una semana que me prometiste que ibas a implicarte más en todo esto —gesticula Lara con la mano derecha, señalando a su alrededor.

—Ya te he dicho que lo de hoy ha sido una excepción. No me puedes pedir que de la noche a la mañana cambie todos mis hábitos. Necesitaré algo de tiempo para hacer algunos ajustes.

—Es que no tendrías que andar buscando un hueco en tu trabajo para nosotros, sino que tendría que ser al revés.

—Estás exagerándolo todo un montón, Lara.

—Más bien me estoy quedando corta —replica ella—. Pero ¿sabes qué? Que la culpa es mía. Porque por haberme callado tantas cosas estos años te has creído que todo iba de lujo. Así que es lógico que ahora te pienses que soy una exagerada —le confiesa—. Aunque tampoco creo que hubiese sido mucho pedir que te hubieras dado cuenta por ti mismo de lo que estaba pasando, la verdad.

Eduardo abre la boca para defenderse de sus acusaciones, pero Lara le impide hacerlo.

—Y ni se te ocurra decirme que antes de que aceptara el nuevo puesto no teníamos estos problemas, te lo pido por favor.

—No es eso lo que iba a decir.

«Aunque es exactamente lo que piensas», está más que convencida Lara. Aun así, le permite que se explique.

—Ya sé que últimamente discutimos mucho, y que las cosas entre tú y yo han cambiado. Pero es lo que pasa cuando tienes hijos, que todo se vuelve más complicado.

—¿Me vas a contar tú a mí lo que supone ser padres? ¿Tú, precisamente? —se indigna Lara, que nota que él la está empujando más allá de los límites de su paciencia—. ¿Me quieres explicar exactamente en qué te ha cambiado la vida a ti? —le pregunta cruzándose de brazos.

Eduardo se queda callado. Lara sabe bien que una de las tácticas preferidas de su marido para desactivar una discusión es aparentar que no se le ocurre nada que decir y esperar en silencio a que a ella se le pase el enfado. No son pocas la veces que le ha servido para salirse con la suya. No va a ser este el caso.

—Estoy esperando a que me respondas —se planta Lara—. Tenemos toda la noche, porque según tú da igual que Ruth se acueste a las tres de la madrugada.

Eduardo hace un gesto de contrariedad con la boca.

—Es que diga lo que diga te lo vas a tomar mal. Así que prefiero esperar a que te calmes un poco antes de seguir con esta conversación —manifiesta él—. Estoy seguro de que, si te paras a pensarlo un poco, verás que no estás siendo nada razonable —añade, haciendo ademán de continuar su camino y dejar a su mujer atrás.

Lara es una persona a la que es realmente difícil sacar de sus casillas. Siempre lo había considerado como una virtud, relacionada con una gran capacidad de autocontrol. Pero ya lleva una temporada oliéndose que en realidad tiene más ver con su falta de carácter y su aversión al conflicto. Que no es una señal de fortaleza mental, sino de debilidad. Interpretarlo como algo positivo ha sido la manera en que se ha persuadido a sí misma de que no era necesario corregir su forma de ser. Mientras tanto, otros se han valido de esa circunstancia para aprovecharse de ella, contando con su propia complicidad para hacerlo. Lara ya no puede volver atrás en el tiempo y cambiar el pasado, pero sí está en sus manos moldear su futuro.

Empezando desde ya mismo.

—Te juro que si cruzas esa puerta lo vas a lamentar —le espeta ella, dando rienda suelta por primera vez en su vida a la rabia que lleva años acumulándose en su interior.

Eduardo la observa con los ojos muy abiertos, como si no la reconociese. Ella se mantiene firme y le fulmina con la mirada.

—Pero ¿te estás oyendo, Lara? —dice él—. ¿En serio estás montando todo esto por una tontería como esa? —pregunta él, enfatizando el término con el que tan desafortunadamente ha

calificado lo que ha sucedido esa tarde con Ruth—. Se te está yendo la cabeza, cariño.

Que la acuse de estar enajenada ya sería suficiente para hacerla estallar. Pero lo que más le duele es el tono condescendiente con el que lleva un rato tratándola. La mente de Lara se llena de todo tipo de insultos. Son tantos que se le atascan en la garganta y ninguno logra salir al exterior. Finalmente, hay uno que se impone a los demás, ya que está segura de que es lo que más daño le puede producir a Eduardo escuchar de su boca.

—Te has convertido en tu padre.

El semblante de Eduardo se contrae, confirmándole a Lara que su ataque ha dado justo en la diana. Más tarde sentirá pena por él y se arrepentirá por su crueldad, pero en ese instante la embarga un feroz regocijo a causa de lo que considera un auténtico golpe de genialidad.

Lara no le quita los ojos de encima, esperando desafiante su contraataque. Cuando este no se produce, ya que Eduardo se limita a negar varias veces con la cabeza y a desaparecer de la vista hacia el interior de la vivienda, siente una profunda decepción. Ha tardado tanto en dar ese paso que le fastidia que su arranque de ira vaya a durarle tan poco. Satisfecha con sus avances, Lara le deja ir sin reiterar sus amenazas.

Con el paso de los minutos, esa sensación de victoria se va diluyendo a una velocidad alarmante, liberando espacio para la duda y el remordimiento. Lara cree que tiene todo el derecho del mundo a recriminarle a Eduardo el incumplimiento de su promesa, pero reconoce que las formas quizá no han sido las más adecuadas. La vieja Lara toma de nuevo el control, culpabilizándose más de lo que debería, permitiendo que los árboles no le dejen ver el bosque.

La familia comparte la cena más silenciosa desde que están juntos. A excepción de Ruth, nadie come demasiado. Lara no es capaz de encontrar las palabras para pedirle disculpas a Eduardo sin que dé la impresión de que no le sigue considerando el principal responsable de lo que ha sucedido. Su marido muestra una expresión seria, pero no parece enfadado. Es más bien como si todavía no hubiese encontrado explicación a la reacción de Lara y

siguiese conmocionado. Es el primero en abandonar la mesa, camino al cuarto que hace las veces de su despacho. Lara está segura de que va a quedarse trabajando allí hasta bien entrada la madrugada, y de que es muy posible que cuando él decida ir a acostarse, ella ya esté dormida. «Ojalá», piensa Lara.

Cuando se queda a solas con Ruth, Lara le pregunta por su día. Es entonces cuando se entera de que Eduardo ni siquiera se tomó la molestia de ir en persona a recoger a su hija a la salida del entrenamiento, sino que mandó a su secretaria a que fuese a por ella. A pesar de lo que la enciende descubrir ese hecho —que además Eduardo ha tenido la desvergüenza de ocultarle—, su encontronazo previo con él ha mermado tanto sus fuerzas que no tiene ganas de levantarse para ir a echárselo en cara.

Lara y Eduardo no vuelven a hablar en lo que queda de noche. Tampoco al día siguiente, antes de que ambos se marchen a trabajar. Pero, a última hora de la mañana, a Lara la llaman desde la recepción de la editorial para informarla de que ha llegado un mensajero preguntando por ella. Al acercarse hasta allí, descubre que Eduardo le ha mandado un enorme ramo de begonias belgas gigantes, la flor favorita de Lara. El presente viene acompañado de una nota:

*Siento haberte fallado ayer, y todas las veces que lo haya hecho sin darme cuenta. Te prometo que no volverá a pasar y que voy a esforzarme por compensártelo. Aunque a veces no te lo parezca, no hay nada más importante para mí que Ruth y que tú.*

*Te quiero. Y te necesito más que nunca.*

*Perdóname, mi amor.*

*Eduardo*

Esa misma tarde se reconcilian tras intercambiar disculpas. Por la noche hacen el amor por primera vez en tres meses. Nada más terminar, abrazados sobre las sábanas, él le reitera su compromiso de cambiar. Sellan la renovación de su pacto con un beso que a Lara le deja un sabor agridulce. Esa sensación tan contradictoria se debe a que la parte de ella que quiere creerle convive con aquella otra

que está totalmente convencida de que no hay verdaderos motivos para hacerlo. Que, en realidad, ya no hay vuelta atrás y la suerte está echada en lo que respecta a su matrimonio.

Lara no sabe cuál de esas dos partes en las que se siente dividida tiene razón. Ni cuál desea que la tenga.

# Capítulo 27
AHORA

El accidente en las escaleras del metro que sufrió Lara se ha saldado con un traumatismo craneoencefálico leve, que tras las pruebas que le realizaron en el hospital no parece que vaya a dejarle ninguna secuela. Ella no recuerda nada de los instantes previos a su caída ni de su traslado posterior a las urgencias del centro sanitario donde la atendieron. Le han contado que una ambulancia la llevó hasta allí, y que supuestamente recuperó la consciencia antes de la llegada del personal que le prestó asistencia médica.

Tras darle el alta, la doctora que la atendió le dijo que debía permanecer al menos durante tres días en absoluto reposo, tanto físico como mental, para evitar el desarrollo de lesiones secundarias. Le recomendaron que evitase leer y hacer uso del teléfono móvil o de cualquier dispositivo similar. También le aconsejaron que siempre estuviese acompañada de alguien, lo que ha provocado que su madre se haya mudado unos días a su casa. Cuando Jimena se había ofrecido voluntaria, Lara había dudado si rechazar su oferta debido a que otra de las indicaciones de la doctora era que no debía exponerse a ninguna situación de estrés durante su convalecencia, lo que descartaría automáticamente la compañía de su madre, pues no conocía una fuente de estrés más evidente para ella que Jimena. Pero, finalmente, había aceptado su ayuda.

Su madre le concede una tregua el primer día, dedicándose principalmente a las tareas domésticas de las que su hija no va a

poder encargarse debido a su estado: limpiar, hacer la compra, poner la lavadora, cocinar. Le da a Lara la conversación justa, ahorrándole las críticas y los juicios de valor habituales en ella. Pero Lara no se engaña. Tarde o temprano volverá a ser la de siempre y la hostigará con sus comentarios. Así que aprovecha esas veinticuatro horas de gracia que le ha dispensado su madre para reunir fuerzas y prepararse para lo peor.

Ha hecho bien en ser tan previsora.

A la mañana siguiente, tras pasar una mala noche que ha provocado que se levante de mal humor, Lara ya no puede más con su aburrimiento y abre el ordenador portátil que la empresa le ha cedido para los días que teletrabaja desde su domicilio. La tarea más urgente de todas las que tiene pendientes es revisar la corrección de la novela que ha quedado finalista de uno de los concursos literarios que todos los años convoca la editorial, así que se pone a ello. Pero, al poco de empezar, nota que le está costando mucho concentrarse en la lectura del texto, así que opta por una actividad más ligera. La gente de *marketing* le ha mandado varias propuestas para las portadas de dos de los proyectos que Lara supervisa, pidiéndole su opinión. Con el primero de ellos su elección es muy clara, pues uno de los diseños destaca sobre los demás por su originalidad y calidad. Con el segundo no lo tiene tan claro.

—¿Estás trabajando?

La inesperada y sigilosa llegada de su madre la sobresalta.

—Un poco —contesta Lara.

—La doctora te dijo que no lo hicieses.

—Es una cosa muy sencilla.

—Ya, pero reposo absoluto es reposo absoluto —dice Jimena—. Y además es sábado. Se supone que no tendrías que estar trabajando, en cualquier caso.

—A ver, mamá, hoy me encuentro mucho mejor, así que no creo que pase nada porque dedique cinco minutos a esto —alega Lara en su defensa—. Tú no te preocupes, que si noto que me duele la cabeza o me mareo, lo dejo.

—Pero es que igual para entonces ya es demasiado tarde.

—Pues yo creo que me viene bien tener algo con lo que entretenerme durante un rato. Estar tumbada todo el día sin hacer nada me estresa más que estar aquí delante del ordenador.

Lara centra de nuevo su atención en la pantalla que muestra los dos diseños de la portada por los que no termina decidirse, confiando en que su madre entienda la indirecta y la deje seguir con lo que estaba haciendo.

—Yo solo digo que es una pena que por no poder soportar el aburrimiento te arriesgues a empeorar, y que tengamos que volver a urgencias.

Lara se siente como cuando era una adolescente y las discusiones con su madre se eternizaban porque tenía que darle un número exagerado de razones a Jimena para que esta se quedase satisfecha.

—No me va a pasar nada, mamá —trata de tranquilizarla Lara.

—Eso no lo puedes saber. No has estudiado medicina.

Lara respira hondo y se gira hacia su madre.

—Hay una cosa que seguro va a hacer que empeore, y no necesito ser una experta para saberlo —le dice a su progenitora, haciendo una pausa dramática antes de continuar—. Que me atosigues con tus neuras.

La expresión de Jimena se endurece.

—¿Preocuparme por tu salud es atosigarte?

—Si no paras de insistir, a pesar de que te he dicho que estoy bien, sí que lo es. Así que, si es verdad eso de que deseas que me recupere, déjame seguir con esto, por favor —le pide Lara con vehemencia.

—Muy bien —replica Jimena, cuyo semblante denota que la solicitud de Lara la ha ofendido—. Si es lo que quieres, allá tú. Pero que sepas que yo te he avisado de lo que te puede pasar si no me haces caso.

—Genial —dice Lara, dándole la espalda para continuar con la labor que tenía entre manos antes de ser interrumpida por su fastidiosa cuidadora—. Tienes mi permiso para decirme «te lo dije» todas las veces que quieras si me estalla la cabeza por dedicarle diez minutitos a mi trabajo.

El incómodo intercambio verbal que acaba de tener lugar ha aumentado la irritabilidad causada por su falta de sueño. Son tres noches seguidas sin otorgarle a su cuerpo el descanso que necesita, y entre medias ha sufrido un accidente que le hizo perder el conocimiento. Demasiado tormento para alguien cuyo estado de ánimo ya estaba bajo mínimos antes de eso.

Refunfuñando algo que Lara no acierta a captar con claridad, Jimena le da finalmente un respiro y se marcha del salón en dirección a otra parte de la casa. Su hija lo celebra en silencio, preguntándose cuánto tardará en apañárselas para volver a sacarla de quicio. No tiene que esperar mucho para averiguarlo.

Una hora después, cuando Lara se acerca a la cocina atraída por el ruido que está haciendo su madre, la descubre cortando apio sobre la tabla que ella misma le regaló hace unos años.

—¿Qué estás haciendo? —se extraña Lara.

—Voy a preparar una crema de verduras para tomar antes de las albóndigas de pollo.

—Pero si te he dicho que teníamos gazpacho de primero.

—Es que he pensado que te vendría mejor esto otro.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntarme antes?

—No quería molestarte mientras trabajabas.

Lara suelta un bufido para mostrar su incredulidad.

—Venga, mamá, que nos conocemos. No me lo has preguntado porque sabías que te iba a decir que no.

Jimena deja el cuchillo sobre la encimera y se gira hacia su hija.

—¿También te vas a enfadar por esto? —le dice—. Por el amor de Dios, Lara, sí que te has levantado con el pie izquierdo hoy. Simplemente he creído que ya que estaba aquí contigo sería buena idea cocinarte algo que sé que tú no sueles hacerte. Pero si llego a saber que te lo vas a tomar así no me molesto tanto.

Lara está más que familiarizada con ese truco tan clásico de su madre de hacerse la víctima cuando no es otra cosa que la culpable. Son años presenciándolo en primera fila. En lugar de reprochárselo, Lara se esfuerza en manejarse con diplomacia.

—Te agradezco un montón que hayas venido para ayudarme estos días, mamá, pero ya no soy una niña pequeña a la que hay que

decirle lo que tiene o no tiene que comer —se ve obligada a recordarle—. Estamos en mi casa, así que necesito que a partir de ahora me consultes las cosas antes de ponerte a hacerlas como a ti te apetezca.

A pesar de que cree que ha escogido con mucha delicadeza sus palabras, el gesto de agravio que se dibuja en el rostro de su madre le dice lo contrario.

—Caray, hija mía, parece que hoy todo lo hago mal.

A Lara se le quitan de golpe las ganas de seguir mostrándose conciliadora. Se percata de que está sucediendo precisamente lo que más había temido que pasase cuando su madre se ofreció a hacerle compañía durante su convalecencia.

«Tenía que haberle dicho que no —piensa—. Habría sido mejor quedar mal con ella en ese instante que tener ahora que aguantar todo esto».

—No me puedo creer que seas tú la que me digas algo así a mí —le recrimina.

El desconcierto que se refleja en la mirada de Jimena, que Lara tiene la certeza de que es fingido, alimenta su indignación.

—No sé cómo te atreves a echarme eso en cara cuando eres tú la que te has pasado toda la vida criticando cada cosa que hacía —le espeta.

—Ya estás otra vez con eso —se defiende la más mayor de las dos mujeres—. ¡Hay que ver qué manía te ha dado con esa historia! —exclama Jimena.

—No es una historia. Es la pura verdad. Y lo sabes perfectamente.

—No es cierto.

—¡Oh, vaya! ¡Qué novedad que me digas eso! Es la primera vez que lo escucho.

—Si alguna vez te he dicho que algo no me parecía correcto ha sido tan solo por tu bien —dice Jimena—. ¿O es que hubieses preferido tener una madre que te hubiera dado la razón como a los locos en vez de advertirte de que ibas a tomar una mala decisión?

Es otra de las viejas tácticas de su madre. Justificar su obsesión por controlar la vida de su única hija basándose en un supuesto interés por su bienestar. Hubo un tiempo en que esa excusa caló en

Lara. Hasta que se dio cuenta de que no era más que otra forma de manipulación emocional; una de tantas que formaban parte del inmenso arsenal de Jimena.

A Lara le hace mucha gracia esa gente que piensa que lo de ser hija única es todo ventajas. No se dan cuenta de lo que supone no poder repartirse con nadie más toda la presión que unos padres ejercen sobre su descendencia. Ella ha sido la única depositaria de los sueños y esperanzas que todo padre y madre desea ver cumplidos a través de un hijo. Y eso es algo que puede llegar a resultar muy asfixiante. Además, Lara no ha podido contar con un hermano o hermana mayor que le haya allanado un poco el camino. Y le habría supuesto una gran diferencia tener a alguien a su lado con quien poder hacer frente a sus padres en ciertos momentos, en lugar de tener que lidiar siempre con ellos en inferioridad numérica.

Aunque su condición física, mental y emocional no es la más adecuada para ello, Lara siente que ha llegado el momento de ser todo lo clara con su madre que debería haber sido en el pasado. Que no va a existir mejor ocasión que esa para sacar a la luz todas las cosas que se ha ido callando año tras año, y que se han amontonado en su interior hasta formar una montaña que, si no escala pronto, la acabará aplastando bajo su peso. No se detiene a valorar las consecuencias, como sin duda alguna habría hecho la vieja Lara. Sencillamente deja que todos sus pensamientos se transformen en palabras, sin aplicar filtro alguno para atenuar su impacto.

—Te voy a decir el tipo de madre que hubiese querido tener, ya que sacas el tema —dice tras hacer una pequeña pausa que le permite tomar impulso—. Me habría encantado tener una madre que de vez en cuando me dijese que estaba orgullosa de mí en lugar de hacerme sentir que la estaba defraudando constantemente, por ejemplo. Una madre que fuese más cariñosa que exigente, que se preocupase más por mis sentimientos y menos por mis logros. Una que no me hiciese sentir la culpable de todos sus problemas.

—Yo nunca…

—Déjame terminar, por favor —la interrumpe Lara—. Y luego me vuelves a decir que estoy equivocada todas las veces que quieras.

Pero primero vas a escucharme hasta el final —le exige.

Jimena aprieta con fuerza los labios como señal de que va a aceptar sus condiciones.

—También habría estado genial tener una madre que me hubiese dejado cometer mis propios errores y aprender de ellos por mí misma, en vez de pretender manejarme como si fuese una marioneta y machacarme con sus críticas día y noche. El tipo de madre que no está todo el día encima de ti, sino que te deja algo de espacio para poder respirar y moverte con libertad.

A medida que su discurso va tomando forma, Lara se va sintiendo cada vez más ligera, como si se estuviese desprendiendo de una pesada mochila que ha cargado sobre sus hombros durante toda una eternidad.

—Una madre que hubiese tenido el detalle de hablar bien de mí cuando había otras personas delante, para que así me hubiese podido ahorrar tanta humillación gratuita. No tienes ni idea de lo que me aterraba la idea de encontrarme a alguna de mis amigas yendo contigo por la calle. Ni idea —reitera.

Jimena sostiene la mirada de su hija con expresión tan seria, que es difícil evaluar hasta qué extremo le están afectando sus acusaciones. Es una mujer que tiene bastante práctica cuando se trata de ocultar sus emociones.

—Pero cambiaría todo eso por una sola cosa —continúa Lara—. Que cuando me separé de Eduardo me hubieses apoyado incondicionalmente. Aunque creyeses que la culpa era toda mía, habría sido maravilloso poder contar con una madre a mi lado que estuviese dispuesta incluso a decir lo contrario de lo que pensaba para proteger a su hija cuando más herida estaba. Tener que soportar tus indirectas fue casi peor que ver cómo se acababa de un modo tan amargo mi matrimonio.

Lara siente un picor en los ojos que anticipa la llegada de lágrimas. Lucha con gran ferocidad para contenerlas, mientras estudia el rostro de su madre en busca de indicios que delaten lo que su descarnado testimonio ha provocado en ella. Por un segundo, cree que sus palabras le han llegado al alma, incitándola a reconsiderar el trato que le ha dispensado a su hija a lo largo de

todos esos años. Pero cuando Jimena se decide a hablar por fin, descubre que ha sido todo un espejismo.

—Ya sé que no he sido una madre perfecta —dice—. Ninguna lo es —añade—. Pero es que tú tampoco has sido precisamente una hija perfecta. Lo que pasa es yo nunca voy a soltarte así a la cara la lista de tus defectos y de todas las cosas que me hubiese gustado que hicieses de otra manera, como acabas de hacer tú.

La reacción de su madre la pilla algo desprevenida. Esperaba otra cosa, incluso viniendo de ella.

—No es que no quieras hablar mal de mí. Es que no puedes porque llevas haciéndolo desde que nací y ya no te queda nada más con lo que atacarme —se revuelve Lara—. Así que no te hagas la digna, mamá, que no cuela.

—Me duele mucho que pienses así. Y es falso lo de que no te apoyé durante tu divorcio.

—No seas mentirosa —replica Lara—. Cuando te conté por primera vez que me estaba planteando la separación, estuviste una semana entera dale que te pego intentando convencerme de que no lo hiciera porque no iba a encontrar a alguien como Eduardo jamás.

—Sí, pero cuando decidisteis seguir adelante lo acepté. Y te ayudé en lo que pude.

—O sea, en nada —exagera Lara.

—Eso no es cierto.

—Bueno, sí, perdona. Se me olvidaba que me ayudaste a buscar un abogado —apunta Lara—. Pero nada más. El resto me lo tuve que comer yo sola —se lamenta—. Mira que me repatea hablar bien de la familia de Eduardo, pero no veas qué envidia me dio ver que se ponían de su parte desde el principio. Ojalá yo hubiese tenido esa suerte.

—Estás siendo muy injusta conmigo, hija.

—Pues así pruebas un poco de la medicina que me has estado dando a mí desde que era pequeña.

Lara comienza a experimentar un incipiente mareo, señal de que debe poner fin a esa discusión y seguir el consejo que le han dado los médicos de evitar exponerse a situaciones estresantes.

—Necesito que recojas tus cosas y te vayas a tu casa, mamá.

Jimena frunce el ceño ante la petición de su hija.

—¿Ahora?

—Sí.

—Pero…

—Vete, por favor. No hagas que tenga que repetírtelo cien veces —le requiere con dureza Lara—. Aunque sea por primera vez en tu vida, no me lo discutas.

—La doctora dijo que no podías quedarte sola —dice Jimena, ignorando su demanda.

—Dijo que no era recomendable, no que fuese obligatorio. Ya estoy mucho mejor, así que me las puedo arreglar yo sola.

—Pues yo no creo que…

—¡Qué te vayas de una puta vez, por Dios! —grita Lara a pleno pulmón.

Jimena encaja el desesperado alarido de su hija como si esta le hubiese propinado una bofetada en la cara. Al principio se queda paralizada, con el rostro descompuesto. Luego abre la boca para decir algo, pero la cierra de inmediato al ver como Lara le da la espalda y se dirige hacia la puerta de la cocina. Antes de traspasar el umbral que conduce al pasillo central de la vivienda, Lara se detiene y le dice algo sin molestarse en darse la vuelta para mirarla.

—Y no hace falta que te despidas cuando te marches.

Luego, con el cuerpo retumbándole aún por la ira que bulle en su interior, sigue su camino y se encierra en su habitación, implorando en silencio que su madre le haga caso y no se le pase por la cabeza ir tras ella, ni siquiera si es para pedirle perdón. Lara está harta de ese ciclo interminable de discusiones y reconciliaciones al que se ha visto reducida su relación con ella. Si eso es lo único que les depara su futuro, prefiere que Jimena desaparezca de su vida para siempre. Teme, además, que si la vuelve a tener enfrente en los próximos minutos pierda todavía más el control y dé con sus huesos de nuevo en el hospital. Puede incluso que no sea la única de las dos a la que tengan que atender los médicos.

Afortunadamente, Jimena no hace acto de presencia y abandona la casa con rapidez, sin pronunciar palabra alguna. Su partida

produce un efecto relajante instantáneo en Lara, que aprovecha para tumbarse en su cama y cerrar los ojos.

Lara no siente el más mínimo arrepentimiento por lo que acaba de suceder. Se dice a sí misma que es un paso que debería haber dado hace mucho tiempo, por lo que tan solo se la puede culpar de haber tardado tanto en darlo. Considera que su madre no se ha hecho merecedora de su empatía, y que ahora la pelota está en su tejado. Si quiere reparar lo que está roto, tendrá que ofrecerle mucho más que una simple disculpa. Y hasta es posible que no sea suficiente con sus esfuerzos, ya que hay cosas que Lara estima que va a ser muy complicado poder perdonar a estas alturas de la vida.

La sensación que tiene de haber hecho lo correcto no impide que repase mentalmente su agrio desencuentro con Jimena mientras está tendida sobre la cama. A diferencia de otras discusiones previas que ha tenido con ella, no se le ocurre cómo podría haber expresado mejor su opinión, ni qué más le habría gustado añadir. Es como si llevase preparándose para esa conversación durante mucho tiempo sin haber sido consciente de ello.

Esa noche duerme por fin a pierna suelta. Quizá se deba más al cansancio acumulado que al alivio que le ha proporcionado sacar todo lo que llevaba dentro. Determinarlo es lo de menos. Lo importante es que ese sueño reparador le va a permitir recuperar gran parte de sus energías.

No sabe hasta qué punto las va a necesitar todas.

# Capítulo 28
## EL DE LA VENGANZA

Tras dos años de lenta agonía desde que Eduardo le regaló aquel ramo de begonias belgas, Lara firmó su divorcio un día gris y lluvioso del mes de septiembre. Nuestra protagonista no supo si interpretar la triste climatología que acompañó al acto ante el notario como una mera casualidad o como un siniestro augurio. Con el paso de los meses, se ha ido decantando por esta última posibilidad. No es que pensase que había hecho mal en dar por finalizado su matrimonio, sino que las cosas no le estaban yendo tan maravillosamente bien como esperaba. Se había librado de un gran problema que le impedía disfrutar de la vida, pero eso no había evitado la aparición de nuevos obstáculos en su camino hacia la felicidad.

Para empezar, la existencia de Ruth le había impedido extirpar por completo a Eduardo de su futuro. Él ya no formaba parte de su día a día, pero estaba obligada a seguir tratando con su ex para todo lo que tenía que ver con la hija de ambos. Aunque Lara se había propuesto no convertir a Ruth en una especie de campo de batalla, al principio los roces con Eduardo habían sido constantes. Hasta la más insignificante de las decisiones que debían tomar había generado crispación entre los dos. El carácter de Lara se resintió debido al desgaste causado por tanto conflicto. También su relación con Ruth se vio contaminada, a pesar de que había hecho todo lo posible por mantenerla al margen.

Si con el tiempo esa tensión se rebajó un poco, fue precisamente gracias a su hija. El día que esta le confesó entre lágrimas que creía que la culpa de que sus padres se llevasen tan mal era de ella, simplemente por existir, Lara se dio cuenta de las imperdonables consecuencias de su incapacidad y la de Eduardo para alcanzar acuerdos sin dejarse influir por el orgullo y el resentimiento. A partir de ahí, sus choques fueron más esporádicos, y Lara puso mucho cuidado en que Ruth no se sintiese responsable de sus desavenencias. Pero gran parte del daño ya estaba hecho, por lo que la convivencia se fue volviendo un asunto cada vez más arduo para madre e hija.

Otro de los motivos del desencanto ante su nueva situación radica en el poco tiempo del que dispone para su vida sentimental. Entre la asunción de una mayor carga de trabajo dentro de la editorial debido a una reorganización interna, y todos los reajustes que se ha visto forzada a realizar a nivel doméstico, apenas puede pensar en otra cosa que no sea sobrevivir hasta el siguiente día. Su actividad predilecta de ocio ha acabado siendo el no hacer nada.

No ayuda tampoco que Eduardo sí que haya logrado rehacer su vida con otra persona. Vicky la fantástica. La que en sus fotos de Instagram aparece siempre joven, guapa y sonriente junto al hombre con el que Lara había creído que envejecería feliz. Nuestra protagonista considera que tiene todo el derecho del mundo a sentir una envidia malsana hacia su exmarido a causa de las ventajas que le ofrece tener que encargarse de su hija tan solo durante un par de fines de semana al mes. A veces ni eso, pues no son pocas las ocasiones en las que quien realmente la cuida es Gloria, o que se queda a dormir con sus primas, las hijas de Nuria. Hay noches en las que Lara lamenta en secreto haber solicitado la guarda y custodia exclusiva. Noches en las que llega a fantasear con lo distinta que sería su vida de no haberlo hecho. A la mañana siguiente suele despertarse despreciándose un poco a sí misma por tener ese tipo de pensamientos. Y, en el fondo, sabe que estar separada de su hija durante muchos días seguidos y de forma habitual sería muy duro para ella.

Después de tantos años viviendo en pareja, le está costando no poder compartir sus penas y alegrías con nadie. Por no hablar de otro tipo de necesidades, tan acuciantes o más que la anterior. Lara añora las caricias íntimas de un hombre. También su sabor, su olor, su dureza. Los juguetes que le han regalado sus amigas le han sorprendido gratamente, pero para ella el placer no es el único ingrediente importante de la receta. El amor, la generosidad con el otro y la experiencia común son elementos imprescindibles para poder disfrutar al máximo del sexo, en su opinión. Aun así, ha llegado a un punto en el que se conformaría con un rápido revolcón con un desconocido, como cuando era una veinteañera. Pero ni para eso tiene tiempo.

—Para eso Dios creo Tinder —le dijo Amaya el día que más amargamente se quejó Lara de ese periodo tan prolongado de sequía.

No era la primera vez que su amiga le sugería que probase suerte abriéndose un perfil en una aplicación de citas. En todas las ocasiones anteriores, ella lo había desestimado sin vacilar, presa de una infinidad de ideas preconcebidas.

—No estoy tan desesperada —había replicado Lara.

—Pues yo creo que sí que lo estás, tía. Y mucho. Además, tampoco hace falta estarlo para querer echar un polvo, digo yo —había opinado Amaya—. Yo te aseguro que es lo primero que haría yo si me quedase soltera. Igual hasta me dejo ya una cuenta hecha, por si acaso —había bromeado.

—Es que no sé… —había dudado por primera vez Lara—. Es como hacer trampas, ¿no crees?

—No me seas tan *boomer*, cari. Que las nuevas tecnologías están precisamente para hacernos las cosas más fáciles. ¿Es que acaso prefieres gastarte una pasta en copas y aguantar a un baboso tras otro en un antro de mala suerte, para al final irte a casa a dos velas? Ni loca, niña. A mí dame Tinder, y tan ricamente.

Su amiga podía ser muy persuasiva cuando se lo proponía.

—Y escucha una cosa —siguió Amaya—. No solo es para follar. También puedes conocer a alguien interesante con el que tener algo más serio.

—No sé yo.

—Hasta que no lo pruebes no lo vas a saber seguro.

—Es que me da palo aparecer ahí, exponiéndome como si fuese un pedazo de carne en el mostrador de una carnicería.

—Qué poco te quieres, tía. Yo creo que como mínimo serías como un maniquí del escaparate del Zara.

—Gracias por el piropo, pero viene a ser lo mismo.

—Si no dejas de ser tan vergonzosa te vas a tener que conformar con el Satisfyer y poco más. Así que tú verás.

Tanta insistencia había acabado por convencerla. Aunque, si era honesta consigo misma, el factor más determinante que la había llevado a cambiar de parecer había sido la prisa que le entró por demostrar a su ex que ella también había pasado página. Si había una idea que la atormentaba era la de que Eduardo creyese que Lara no se había liado con nadie porque todavía le echaba de menos. O porque no había encontrado a ningún hombre que estuviese a la altura de él. No tenía motivos para creer que Eduardo pensase de ese modo, pero la mera posibilidad de que así fuese bastaba para quitarle el sueño.

Cuando llega el momento de escoger candidatos, hay una cosa que Lara tiene muy clara: quiere que su perfil sea el más opuesto posible al de Eduardo. Esa ha sido la primera traba con la que se ha encontrado a la hora de buscar el amor entre las personas que ya formaban parte de su círculo social. La mayoría había llegado a su vida a través de Eduardo, y compartían con él muchas de sus cualidades. Y esa era una piedra con la que no quería volver a tropezar, por muy prejuicioso que fuera. De ahí que se tome su tiempo en decidir con quién se va a quitar ese mal sabor de boca que le ha dejado su matrimonio. Le urge hacerlo, pero tampoco quiere precipitarse, a pesar de que es consciente de que cuantos menos «me gusta» otorgue, más tardará en sacarle algún partido.

Su paciencia tiene recompensa, pues una tarde de domingo da con el tipo ideal. Se llama Javier y es gallego. Tiene tres años menos que Lara, pero su peinado moderno y su aire de surfero le hacen parecer todavía más joven. Se describe en su perfil de Tinder con la siguiente lista de adjetivos: soñador, deportista, curioso, ecologista,

sensible, con sentido del humor y aventurero. Con que la mitad de todo eso sea cierto, ya bastaría para situarse en las antípodas de Eduardo. Pero lo que la termina de convencer para pulsar el corazón verde, en vez de la equis roja, es que termina su presentación con la siguiente cita literaria de William Shakespeare: «El amor no mira con los ojos, sino con el alma». Quizá sea una poco incongruente publicarla en un sitio como ese, donde suele primar lo superficial, pero a Lara le parece toda una declaración de intenciones. Si es que no es una pose.

Unas horas más tarde, descubre emocionada que ha hecho *match* con Javier. Él abre poco después un chat entre los dos, en el que Lara le reconoce enseguida que es la primera vez que hace eso. Javier le confiesa que él tampoco tiene mucha más experiencia que ella. Luego va directamente al grano y le pregunta si le apetecería quedar para tomar algo y así conocerse mejor en persona. Ella acepta y deja que sea él quien elija el lugar.

El siguiente viernes se ven en un bar del barrio de Chueca especializado en la cata de cervezas artesanales que a Javier le han recomendado. A cada una de las cervezas la acompaña una explicación por parte de un camarero sobre sus características, así como una deliciosa y original tapa. Entre cata y cata aprovechan para charlar. Empiezan hablando sobre sus profesiones, de modo que es entonces cuando Lara se entera de que Javier lleva siete años empleado en una tienda-taller de bicicletas, reparándolas y restaurando los modelos *vintage* que les traen los clientes. El que sea una especie de artesano que trabaja con sus manos le parece muy interesante. Y tan distinto a lo que hacía Eduardo que le hace sumar varios puntos de golpe.

Salta a la vista que Javier no ha usado ningún truco para lucir mejor en la imagen que preside su Tinder. Tiene el mismo aspecto que en ella, por lo que debe ser una foto bastante reciente. Lo único que varía es que su tono de pelo es más rubio que castaño, pero bien puede ser culpa de la luz bajo la que se tomó la instantánea. Lo que más le atrae de él es su piel lisa y morena y su gesto risueño. También le gusta su voz, que posee un toque musical que la seduce

desde el principio. Por su complexión deduce que no miente al definirse como deportista. Todo lo demás está por confirmar.

—¿Y qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —quiere saber Lara—. Aparte de lo que pones en tu perfil —dice ella, dando un toquecito con el dedo índice de su mano izquierda sobre su teléfono.

En la aplicación menciona la lectura, el deporte al aire libre y los viajes, pero es una respuesta demasiado genérica, por lo que necesita profundizar un poco más en el tema.

—Ya no me acuerdo de lo que puse —dice él—. Pero, bueno, a lo que más tiempo dedico últimamente fuera del trabajo es a colaborar con una ONG que promueve el uso de medios de transporte más sostenibles y respetuosos con el medio ambiente.

—Como las bicicletas.

—Exactamente.

—Yo llevo siglos sin montarme en una.

—Eso tiene fácil solución.

—¿Vas a intentar venderme alguna ahora mismo?

—No —se ríe él—. Había pensado en que te pasases por la tienda para prestarte una.

—No sé si me voy a acordar de cómo se hacía. Aunque dicen que nunca se olvida.

«¿Pasará lo mismo con lo de ligar?», piensa Lara mientras le da un largo sorbo a su bebida, que tiene un sabor dulce, como a vainilla y chocolate. La verdad es que se siente más cómoda de lo que pensaba que iba a estar por culpa de todo el tiempo que lleva sin tener una cita.

—¿Y tú qué haces cuando no estás trabajando? —le toca a él preguntar.

—Pues si te digo la verdad, cuando llego a casa tengo tantas tareas pendientes para hacer que no me da la vida para nada más —contesta ella—. Criar a una hija es como tener otro trabajo.

Lara quería informar a Javier sobre la existencia de Ruth cuanto antes. Si el que sea una madre soltera va a suponer un problema, mejor averiguarlo cuanto antes. Por eso presta mucha atención a su reacción al enterarse.

—¿Cómo se llama tu hija?

—Ruth.

—¿Y cuántos años tiene?

—Trece, cumplidos hace poco.

Lara no detecta nada en su semblante o comunicación no verbal que le indique que para él supone algún tipo de inconveniente. Más bien lo contrario. Su sonrisa invita a pensar que es algo que le produce curiosidad más que recelo.

—El mío tiene once —dice él.

El que también sea padre soltero explica lo bien que ha encajado la noticia sobre Ruth. Que tengan eso en común la parece algo estupendo. A veces es complicado que alguien que no tiene hijos entienda ciertas cosas. Descubrir que es muy probable que la persona que tiene enfrente haya pasado por un proceso similar al tuyo la reconforta.

—Se llama Daniel —le informa.

Mientras él busca una foto del niño en su móvil para poder enseñársela, Lara retrocede en el tiempo hasta una época en la que conoció a otro Daniel. Pero como aquello no terminó nada bien, escapa velozmente de vuelta al presente y se concentra en la imagen que le muestra su acompañante. En ella se ve a un crío alto y desgarbado vestido con una equipación de fútbol, cuyo rostro guarda poco parecido con el de su padre. Lara supone que ha debido de salir más a su madre. También da por hecho que vive con ella, en lugar de preguntarle a Javier sobre quién tiene la custodia.

Lara le enseña también una foto de Ruth, y luego aprovecha para indagar un poco más acerca de la familia de Javier. Se está ciñendo a un plan cuidadosamente establecido para establecer con rapidez las diferencias entre el origen, la personalidad, la manera de pensar y el modo de vida de su cita con respecto a Eduardo. Casi le interesa más verificar eso que el hecho de si Javier le gusta o no. «Eso ya vendrá después», piensa.

A medida que va obteniendo más información personal sobre él, más le gusta lo que escucha. Javier procede de un entorno humilde, y se vio obligado a dejar muy pronto los estudios para ponerse a trabajar, ya que con el sueldo de sus padres no daba como para

sustentar un hogar formado por un total de siete personas. Gracias a su sacrificio, sus tres hermanos sí que pudieron ir a la universidad.

Javier también le habla de su divorcio.

—Descubrí que me estaba engañando con uno de mis mejores amigos. Y que él no fue el primero con el que había estado desde que nos casamos —no tiene ningún reparo en revelarle.

Lara se pregunta si ella hubiera preferido que el fin de su matrimonio lo hubiese desencadenado también una traición de esas proporciones, en lugar del egoísmo y la falta de compromiso de Eduardo. No tiene muy claro si verse sustituida por otra persona la habría herido más que el que su ex las hubiese puesto a Ruth y a ella muy al final de su lista de prioridades.

—Tuvo que ser muy duro —dice Lara.

—Al principio me sentí el tío más tonto del mundo, porque pensé que había sido el último en enterarme de lo que estaba pasando. Eso me generó una desconfianza brutal hacia los demás, de la que me ha costado mucho tiempo desprenderme.

—A mí me pasó algo parecido —dice Lara, asombrada por la cantidad de cosas que tienen en común los dos—. No me refiero a lo de la infidelidad, sino a lo de la confianza —aclara de inmediato—. Solo que, en mi caso, lo que perdí fue la confianza en mí misma. En mis decisiones. Llegué a creer que todo fue por mi culpa y que en realidad no tenía motivos para quejarme por nada. Encima hubo gente muy cercana a mí que me quiso hacer creer que me había equivocado al divorciarme.

—Entonces, tú lo debiste de pasar peor que yo, porque al menos conté con el apoyo de los míos.

Al pensar en su madre, Lara no descarta por completo la posibilidad de que, incluso ante una deslealtad tan grave como la que sufrió Javier, Jimena hubiese encontrado la manera de justificar a Eduardo y quitarle hierro al asunto.

—Hubo un momento en que me sentí muy sola —manifiesta Lara.

Lo que no le dice es que todavía hay días en los que se siente así.

—A veces no nos damos cuenta de que hay más gente que nos quiere de la que pensamos —comenta él—. Gente a la que le

importamos de verdad —añade—. Yo por eso intento hacérselo saber a los que me rodean tan a menudo como puedo.

—Yo también debería hacerlo —reconoce Lara, genuinamente impresionada por la empatía de Javier.

Empieza a ser evidente que se trata de alguien que da mucha más importancia a sus valores que a sus posesiones, lo que le sitúa en un espectro totalmente opuesto al de Eduardo.

Lara no sabe si él le está causando tan buena impresión por sus propios méritos, o si es su desesperación por que así sea lo que se esconde tras el buen *feeling* que le transmite su cita de esa noche. La aparición del camarero con una nueva tanda de cervezas —la segunda de las tres que van a probar— y una tapa de chistorra con pimento verde frito impide que Lara llegue a una conclusión definitiva al respecto. «A lo mejor son las dos cosas», elucubra para sus adentros.

—Qué buena pinta tiene —dice Lara cogiendo una de las dos generosas raciones del aperitivo que les han dejado sobre la mesa.

—Es todo para ti —le comenta Javier, señalando el pequeño plato que las contiene.

—¿Y eso?

—Soy vegano.

—Ah —dice Lara, que por un instante duda de si debe meterse la chistorra en la boca o devolverla al lugar en el que estaba.

Respeta a los que optan por ese tipo de dieta tan estricta, sobre todo si lo hacen por una cuestión de principios y no por postureo, pero ella se ve incapaz de renunciar a ciertos alimentos. Así que decide comerse la tapa, ahorrándose cualquier comentario sobre lo deliciosa que está, eso sí.

—¿Llevas mucho tiempo siéndolo? —pregunta nada más tragarse el primer pedazo.

—Unos tres años y pico.

«Entonces, no es postureo», deduce ella. Le parece que haber escogido un bar en el que sabía perfectamente que se iba a quedar sin probar alguna de las tapas, en vez de tratar de imponerle sus preferencias culinarias desde el principio, es un gesto que dice mucho de él.

—Por la confianza recuperada —dice él de pronto, alzando la copa con forma de cáliz que les han traído.

—Para no volver a perderla nunca —se une Lara el brindis.

Durante el resto de la cata, Javier sigue dando siempre las respuestas correctas y haciendo lo que debe. Es como si hubiese estado entrenando toda la semana para agradarla. A Lara le viene a la mente esa película en la que el protagonista se ve obligado a repetir una y otra vez el mismo día, lo que aprovecha para ir acumulando información sobre la mujer a la que quiere seducir, para poder al final simular que es el hombre perfecto para ella. No lograr recordar el título. Y tampoco le apetece demasiado hacerlo, ya que era una de las películas favoritas de Eduardo.

El resultado de todo ese despliegue de virtudes y comentarios acertados es que Lara cambia por completo el plan que había diseñado para esa noche. Su único propósito era conocer a Javier, para luego marcharse a casa y decidir tranquilamente si quería verle una segunda vez o no. Pero ya sea por lo a gusto que se ha sentido en su compañía, o por el efecto de todo ese alcohol que casi sin darse cuenta se ha metido en el cuerpo, se anima a proponerle que se vayan a otro lugar para tomarse la última.

—Hay un sitio al que podemos ir andando desde aquí en el que tienen unos cócteles muy ricos —propone él.

—Suena genial.

Al llegar, deben aguardar un rato hasta que se queda libre un espacio en el que puedan sentarse. Su paciencia tiene premio, pues Lara no ha probado en su vida un cosmopólitan tan bien hecho como aquel. Cuando se lo termina y Javier le pregunta si va a querer que se pidan otro, Lara le mira fijamente a los ojos y le responde con otra pregunta.

—¿Vives muy lejos de aquí?

Le resulta curioso que no hayan hablado de ese tema con anterioridad. Aunque no es precisamente saciar su curiosidad lo que la ha motivado a interesarse por ese dato.

—A un cuarto de hora si pedimos un Uber —contesta él, leyendo a la perfección sus intenciones.

—Pues la última mejor nos la tomamos allí —sentencia ella.

Media hora más tarde, se están desnudando mutuamente con un entusiasmo que roza el frenesí. La ardorosa torpeza con la que hacen el amor no le impide a ninguno de los dos disfrutar de la experiencia como si les fuera la vida en ello. Repiten una vez más, tomándoselo con más calma en esa ocasión. Javier se emplea a fondo durante los juegos preliminares, sumergiendo su cabeza entre los muslos de Lara y no retirándola de tan excitante región hasta que los estremecimientos y la humedad que percibe en ella le invitan a penetrarla. Lara se enroca con fuerza alrededor del cuerpo de su amante y se entrega incondicionalmente a un placer que llevaba una eternidad sin paladear. Completamente desinhibida, le pide a gritos entre gemido y gemido que no pare. Salen otras muchas frases por su boca, que no veo apropiado reproducir aquí.

Nada más terminar, Lara le besa en los labios, ordenando a su lengua que le haga saber a Javier lo complacida que está con sus atenciones. Mientras él la recompensa con nuevas caricias, Lara sonríe traviesa, dándole mentalmente una y mil veces las gracias a su amiga Amaya por haberla convencido de abrirse una cuenta en Tinder. También se acuerda de su exmarido, al que manda un mensaje telepático que tampoco voy a poner por escrito.

Pero supongo que os hacéis una idea de su contenido.

# Capítulo 29
AHORA

Como cada vez que ve pasar a alguien montado en bicicleta por la calle, Lara piensa en lo suyo con Javier. Aquello tuvo un inicio muy prometedor, que tras un par de encuentros más de ese tipo cuajó en una relación formal. La única que ha tenido Lara desde que se divorció. Su final, nueve meses después, no fue ni mucho menos tan traumático como la disolución de su matrimonio. Pero la dejó con la misma sensación de haber perdido un tiempo muy valioso, a pesar de que ella y Javier tuvieron sus momentos.

Lo que le sucedió con él fue que todo aquello que al principio le parecía atractivo y cautivador en Javier acabó perdiendo brillo y resultándole insoportable, una vez superada la fase inicial del enamoramiento. Lara se había terminado cansando de tanto paseo en bici, de tantos intentos de persuadirla para que se convirtiese en vegana y de tanta obra de teatro alternativo incomprensible. Javier no era mal tío, pero su rollo no encajaba con el de Lara. La gota que había colmado el vaso era cuando él le había comunicado que estaba pensando seriamente participar en un acto de protesta que habían organizado unos amigos suyos ecologistas, que iba a consistir en lanzar un cubo de pintura sobre el cuadro de *Las meninas* que se exhibía en el Museo del Prado. No creía que fuese a terminar involucrándose, pero el hecho de que se lo estuviese planteando siquiera fue una *red flag* lo suficientemente potente como para que ella decidiera que había llegado la hora de romper la relación. A él le

había dolido mucho perderla, pero Lara ya no tenía edad como para permitirse más experimentos.

Lara era perfectamente consciente de que había cometido un error al obsesionarse tanto con lo de buscar a alguien lo más distinto posible a Eduardo. Javier lo era, de eso no había duda alguna. Quizá demasiado. El problema estaba en que había dejado que fuese su sentimiento de revancha el que guiase a su corazón, lo que en once de cada diez casos es una invitación al desastre. El amor es algo muy valioso, que no debe ser usado como un instrumento para la venganza. Las prisas por demostrarle a Eduardo que ella también podía rehacer su vida con alguien, y que cuanto más opuesta a él fuese esa persona mejor le iría, le habían jugado una mala pasada.

Se consuela pensando que podría haber sido peor. Que esa concepción tan errónea de sus necesidades podría haberla arrojado a los brazos de un hombre mucho menos decente que Javier. Alguien como Roberto, que se hubiese aprovechado de su desesperación para arrastrarla a un rincón oscuro y tóxico del que no hubiese sido tan fácil escapar. En cualquier caso, su nuevo fracaso en el terreno amoroso le hizo imaginarse que lo que le quedaba por delante era un aciago futuro sentimental.

«Ojalá encuentres a alguien que te haga muy feliz —le desea mentalmente Lara a Javier mientras ve alejarse al desconocido ciclista que le ha hecho pensar en él—. Y que le guste la leche de coco tanto como a ti».

El móvil de Lara la avisa de una llamada entrante. Al mirar la pantalla, ve que se trata de su amiga Bea. Aunque la quiere un montón y llegaron a ser tan inseparables como Amaya y ella, su relación evolucionó de un modo diferente. De hecho, antes de que la recaída de Amaya las pusiera en contacto de nuevo, llevaban más de un año sin hablar.

—Hola, Bea.

—Hola.

El tono apagado de su voz pone a Lara en tensión, activando su siempre alerta pesimismo.

—¿Qué ha pasado? —se anticipa Lara.

—Es Amaya.

«No. Por favor. No», ruega Lara en silencio.

—Me acaba de llamar Mario —dice Bea—. Te ha llamado a ti primero, pero me ha dicho que no se lo has cogido.

Lara comprueba que en la parte superior de la pantalla se ve un icono que se corresponde con una notificación de llamada no atendida. Seguramente el ruido del tráfico y las obras que infestan Madrid le ha impedido escucharla.

—El cuerpo de Amaya ha reaccionado mal al tratamiento y lleva desde ayer en la UCI —le informa su amiga.

Lara siente que el suelo bajo sus pies se reblandece, como si la ciudad quisiese tragársela. Tenía pensado contactar con Amaya esa misma noche, para ver cómo iba todo, pero los acontecimientos se le habían adelantado.

—No sé mucho más —continúa Bea—. Mario me ha pedido que te lo cuente yo porque no sabía cuándo iba a poder llamarte de nuevo.

—Voy a llamarle yo ahora mismo.

—Si te enteras de algo más, dímelo, por favor.

—Lo haré.

El marido de Amaya no le contesta a la primera. Aunque está a tan solo dos manzanas de casa, Lara deambula por la zona haciendo algo de tiempo para volver a intentarlo en unos minutos. Por algún motivo, no quiere tener esa conversación delante de Ruth, a pesar de que unos días atrás ya puso a su hija al corriente de la situación.

Con su segundo intento de contactar con Mario tiene más suerte.

—Ahora se encuentra bastante mejor, aunque la quieren tener aquí un poco más, en observación —la tranquiliza él nada más preguntarle Lara por el estado de su mujer—. Pero ayer casi se nos va.

Mario le habla de la respuesta adversa del organismo de Amaya a los medicamentos que le administraron durante el tratamiento, que se ha traducido en serios problemas respiratorios y arteriales que pusieron en peligro su vida. Como le nota extremadamente cansado, Lara prefiere no prolongar demasiado la conversación y le hace una única pregunta más.

—¿Se la puede ir a ver?

—Sí.

—¿Esta misma tarde podría acercarme?

—El horario de visitas es de siete a siete y media.

Lara consulta la hora en su dispositivo. Le daría tiempo a llegar si va en su coche, así que se despide rápidamente de Mario tras confirmarle que va para allá. Luego recorre prácticamente a la carrera la distancia que la separa de su vivienda, donde tan solo se demora en contarle a Ruth lo que ha pasado, sin entrar en muchos detalles. Su hija se ofrece a acompañarla de inmediato —incluso insiste en ello—, pero, aunque Lara le agradece el gesto, prefiere no involucrarla más de lo que ya está.

Cuarenta minutos más tarde, entra por la puerta de la unidad de cuidados intensivos del Hospital HM Sanchinarro. Es allí donde su amiga está siendo tratada de su enfermedad; en concreto, en el Centro Integral Oncológico Clara Campal, que está situado dentro del mismo complejo sanitario. Localiza enseguida a Mario, a pesar de que el cansancio acumulado le hace parecer otro. Está sentado en una esquina de la sala de espera, solo y con la mirada perdida en el horizonte. Hasta que Lara no llega a su altura y le saluda él no se percata de su aparición.

—Hola, Mario.

El marido de Amaya mueve la cabeza en su dirección. Tarda unos segundos en reconocerla. Cuando por fin lo consigue, le regala una sonrisa que es evidente que le ha costado un mundo esbozar.

—Lara —dice él con voz ronca.

A continuación, se levanta para abrazarla. Los dos permanecen allí de pie en silencio durante un buen rato, sirviéndole mutuamente de soporte tanto físico como emocional.

—Creí que la perdíamos —le susurra él cuando se separan, su semblante desencajado por la aflicción que le genera pensar en ese terrible escenario.

—Ha tenido que ser horrible.

—Ni te lo imaginas.

Mario le había explicado durante la conversación telefónica previa que habían mantenido que se hallaba presente cuando Amaya se empezó a sentir mal a los pocos minutos de empezar el tratamiento.

—Estaba tranquila, hasta bromeando con la enfermera, y de un momento a otro se ha puesto a temblar muchísimo. Entonces han empezado a entrar un montón de médicos y me he tenido que marchar.

Él le confiesa que la espera hasta que le comunicaron que habían logrado estabilizarla había sido la más larga y aterradora de su vida.

—Quédate con que eso ya ha pasado —trata de consolarle Lara.

Mario asiente poco convencido.

—¿Dónde están Lucas y Sofía?

—Con mis padres —le contesta él—. Decidimos antes de venir que se quedasen toda la semana con ellos, para que así Amaya estuviese más tranquila cuando volviese a casa después de que le diesen el alta.

—Pues menos mal.

—Sí.

Mario vuelve a tener esa mirada ausente de antes. Lara no puede establecer si su mente está atrapada en la pesadilla que ha debido ser el pasado más reciente, o si se encuentra retenida en un futuro que se presenta incierto. Esté donde esté, Lara le concede el tiempo que necesita tomarse para regresar. Aprovecha para comprobar qué hora es. Al hacerlo, descubre que Ruth le ha mandado un mensaje para saber si ya ha llegado al hospital. Lara le contesta enseguida, conmovida por el interés de su hija.

—Le va a hacer mucha ilusión que hayas venido —le comenta Mario.

—Igual le estoy quitando el sitio a alguien de la familia —dice Lara, que sabe que las visitas a la UCI suelen estar muy limitadas—. Pero es que no podía esperar para verla.

—No te preocupes por eso —dice él—. Entre tú y yo, Amaya te escogería a ti antes que a nadie. Además, sus padres han estado ya este mediodía, y Merche no llega hasta mañana de Brasil —le cuenta Mario, refiriéndose a su cuñada, que estaba de viaje por motivos de trabajo al otro lado del Atlántico.

Cuando, un poco después, les permiten acceder a la estancia donde tienen a Amaya, a Lara se le cae el alma a los pies cuando ve el estado en que se encuentra. Es como si hubiese envejecido diez

años de golpe. Su cutis tiene la textura de una finísima gasa a punto de quebrarse por la presión de los huesos de la cara, que sobresalen como si apenas hubiese carne entre ellos y la piel que los recubre. La figura que se intuye bajo las sábanas que tapan su cuerpo parece igual de consumida que su semblante. Lara hace un tremendo esfuerzo para que no se le note la impresión que le ha causado verla así de desmejorada.

—Mi Lari —murmura Amaya tras comprobar que su marido trae compañía.

Al hacerle Mario un gesto cediéndole el paso, Lara traga con fuerza mientras se aproxima a su amiga, luchando con denuedo por recuperar el aplomo. Amaya voltea el brazo que tiene extendido a lo largo del costado izquierdo para ofrecerle la palma de su mano. Lara la aferra con sumo cuidado, pues tiene la impresión de que, si no mide sus fuerzas, le puede astillar los dedos. Luego acaricia con su otra extremidad la frente de la enferma, desplazándola hacia arriba, en dirección a su cabello.

—¿Cómo estás? —logra decir tras librarse del nudo que tenía atravesado en la garganta.

—He tenido martes peores —bromea Amaya.

Lara sonríe de nuevo, orgullosa por la entereza de su amiga. Duda mucho que en su posición ella estuviera para muchos chistes. En las pocas ocasiones en las que ha estado ingresada en un hospital, siempre se ha sentido muy incómoda y vulnerable al recibir visitas.

—¿Tú cómo me ves? —quiere saber su amiga.

Acostumbrada al torrente que suele ser su voz, a Lara le resulta muy complicado conciliar el débil sonido que sale de esa boca con su propietaria.

—Guapísima, como siempre.

—Hay que ver qué mal se te ha dado siempre mentir.

—Te prometo que me esforzaré en mejorar si tú me prometes a mí que no nos vas a volver a dar un susto como este.

—Mucho pides tú.

Lara se da el lujo de apretar levemente la mano de Amaya, con el propósito de insuflarle ánimo a través de su contacto. La opresión

que recibe de vuelta es tan débil que no está segura de si ha sido real.

—¿Cómo están mis peques? —pregunta Amaya, girándose muy despacio hacia Mario, que se ha colocado al otro lado de la cama.

—Están bien. Y te echan de menos —responde él, justo antes de inclinarse sobre la mujer a la que ama y besarla con delicadeza en los labios.

Lara observa la escena con el corazón dividido entre la ternura que le despierta el gesto y el dolor que le produce no saber a ciencia cierta cuántas veces podrán repetirlo en el futuro.

—Cuando me pase a verlos luego, te mandamos otro vídeo —dice Mario.

—Sí, por favor —le ruega su esposa, cuyos ojos han recuperado el brillo perdido gracias a la mención de sus hijos.

Amaya estudia con detenimiento el semblante de Mario durante un breve instante, deteniéndose especialmente en las inmensas ojeras que sepultan sus ojos.

—Te he dicho que tenías que intentar dormir un poco después de comer —dice a continuación.

—Y es lo que lo he hecho —repone él.

—Otro que no sabe mentir —dice Amaya meneando suavemente la cabeza—. No entiendo por qué te tienes que quedar aquí todo el día, si no puedes entrar a verme más que media hora por la mañana y otra media hora por la tarde.

Sabiéndose descubierto, Mario no pierde el tiempo en negar la evidencia.

—Es que no quiero dejarte sola.

—Ya, pero no me sirves de nada estando como estás, amor. Y tampoco me ayuda pensar que en cualquier momento te puedes desmayar de puro agotamiento.

—Eso no va a pasar.

—O sí —se queja Amaya.

—Hazle caso, Mario —interviene Lara—. Yo puedo pedir mañana el día libre y sustituirte para que descanses un poco.

—Te lo agradezco, pero es que ese no es el problema —confiesa él.

—¿Y cuál es, entonces? —pregunta Amaya.

—Que no puedo estar en casa sabiendo que tú sigues aquí. Ni en casa ni en ningún sitio.

Lara le entiende a la perfección. La vez que Ruth tuvo que pasarse varios días hospitalizada tras ser operada por una lesión en la pierna, ella no pudo mantenerse alejada de su cama durante más de una hora. Y eso que su situación revestía mucha menos gravedad.

Amaya logra arrancarle el compromiso a Mario de que al menos se vaya pronto esa noche a casa. Luego le hace una petición que sorprende a Lara.

—¿Te importaría dejarnos un rato a solas?

Él se muestra también algo extrañado por su solicitud, pero accede a pesar de que seguro que le gustaría apurar el tiempo que le permiten estar con su convaleciente mujer. Tras una cariñosa despedida, se marcha de la habitación.

—Te espero fuera cuando termines —le dice a Lara antes de desaparecer por la puerta.

—Muy bien.

Al mirar de nuevo en dirección a su amiga, se encuentra a esta mirándola fijamente. En su expresión facial hay una seriedad que no estaba antes ahí. Y algo más, que Lara no puede precisar con exactitud, pero que la inquieta de igual manera.

—Supongo que Mario no te ha contado nada de lo que le han dicho los médicos —le dice Amaya—. Pero yo quiero que lo sepas.

Lara presiente que lo que está a punto de escuchar va a romperla por dentro en mil pedazos. Se ve como una náufraga en medio del océano, segundos antes de que una ola gigante caiga sobre ella y la arrastre a las profundidades.

—Los doctores no se quieren arriesgar a que tenga otra reacción tan peligrosa como esta, así que vamos a tener que dejar la inmunoterapia, a pesar de que era lo que más probabilidades tenía de funcionar en mi caso —le revela su amiga—. Con el resto de los tratamientos la esperanza es muy poca. Casi nula.

Lara está tan ocupada tratando de comprender lo que eso conlleva, que no se le ocurre nada que decir.

—No sé cuánto tiempo me queda, Lari. Pero no creo que sea mucho.

La tranquilidad con la que le está explicando Amaya que tiene los días contados la sobrecoge. Esa serenidad resulta tan contradictoria con el mensaje que le ha transmitido, que Lara se agarra a eso para intentar negar la realidad.

—Tiene que haber algo que se pueda hacer —dice.

Amaya cierra los ojos y dice que no con la cabeza.

—Lo único que me puede salvar es un milagro.

Lara no puede más, y se termina de descomponer. Mira hacia el suelo para evitar que su amiga la vea llorar, pero su llanto se torna tan incontenible que es imposible de ocultar a esas alturas. Mezclada con la infinita tristeza que la abruma hay una cantidad considerable de rabia, lo que provoca que sus manos se transformen en puños. Al sentir la caricia de los dedos de su amiga sobre uno de ellos, Lara alza la mirada.

—Me vendría de lujo uno de esos abrazos tuyos tan alucinantes que das —le dice Amaya, con los ojos empañados con la misma pena—. Y creo que a ti tampoco te vendría nada mal.

Lara se echa sobre su amiga y la envuelve sin ninguna cautela. Mejilla contra mejilla, ambas lloran desconsoladas.

—Si no me dejas respirar un poco, voy a vivir todavía menos de lo que pensaba —oye Lara que Amaya le susurra en el oído.

Aunque Lara tiene la sensación de que, si se separa de ella, va a suceder justo lo contrario y la va a perder para siempre, la complace.

—Ahora escúchame bien, porque en cualquier momento pueden entrar a pedirte que te marches. Y si hay algo que necesito hacer es aprovechar al máximo el tiempo que me quede.

—No digas eso, por favor.

—Pues entonces, préstame mucha atención y no me interrumpas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Amaya se remueve sobre la cama buscando una postura más cómoda. Su rostro se crispa por el dolor, pero enseguida se rehace para poder seguir hablando.

—Sé que todos pensabais que iba a salir de esta, pero, si te soy sincera, yo supe desde el día en que me dieron los resultados de las pruebas que tenía muy poquitas posibilidades de curarme —dice—. Así que las últimas semanas he estado preparándome para esto, pensando mucho en la vida que he tenido.

Lara percibe una calma que emana de su amiga que le parece absolutamente asombrosa dadas las circunstancias. Debe ser cierto que ha invertido muchas horas en procurar asimilar la peor de las alternativas.

—Me encantaría poder ver a mis hijos convertirse en adultos y envejecer con Mario. Y montar un buen fiestorro para celebrar los cincuenta. Y viajar a más sitios. Y convertirme en una de esas abuelas que no pueden hacer planes porque les toca cuidar de sus nietos. Y mil cosas más —reconoce—. Pero la verdad es que no me puedo quejar de vida que he tenido. Me he divertido una barbaridad y he hecho lo que me ha dado la gana siempre. Lo he probado casi todo, he conocido a gente increíble, he cumplido un montón de sueños. Y encima he tenido la suerte de encontrar a alguien como Mario y de tener dos hijos que son los más buenos, obedientes y adorables del mundo, que sé que saldrán adelante sin mí porque tienen un padre que se va a dejar la piel por ellos. —Su voz tiembla al referirse a ellos—. Mis padres y mi hermana también lo superarán; se tienen entre ellos para apoyarse.

Lara alberga la sospecha de que todo eso no es más que un preámbulo, que la parte más importante de su discurso está todavía por llegar.

—Solo hay una persona que sí que de verdad me preocupa. Una que sé que lo está pasando muy mal —continúa Amaya—. Y no me puedo marchar sin asegurarme de que esa persona va a estar bien para cuando yo me haya ido.

«Y esa soy yo», piensa Lara.

—No me puedo creer que vayas a ser tú la que trates de animarme a mí —dice, admirada de que Amaya sea capaz de pensar en el bienestar de alguien que no sea ella misma.

—Para eso estamos las mejores amigas —dice la mujer postrada ante ella—. Tú lo has hecho tantas veces por mí que he perdido la

cuenta. De no ser por ti, me habría perdido hace muchísimo. Todo lo bueno que hay en mi vida hoy es gracias a que tú no te rendiste conmigo.

Lara quiere decirle que está exagerando, pero se ha quedado muda de la emoción. Es cierto que hubo una época en la que el estilo de vida de Amaya tensionó la relación entre ellas, y que Lara tuvo que invertir mucha paciencia, tolerancia y comprensión por su parte para evitar que se rompiese su amistad. Por suerte, su amiga había sabido enderezar el rumbo antes de que eso sucediera.

—Sabes que te quiero con locura —dice Amaya—. Por eso espero que no te enfades por lo que te voy a decir —le avisa.

Lara hace un gesto afirmativo con la cabeza, invitándola a que sea completamente sincera con ella.

—Debes dejar de simplemente sobrevivir y empezar a vivir de una vez, Lari. Basta de pedir perdón y permiso para todo. Basta de pensar antes en el resto de la gente que en ti, y de ponerte la última en la cola siempre. Tienes el mismo derecho que los demás a conseguir lo que quieres. Y si hay que pasar por encima de alguien para lograrlo, hazlo sin dudarlo ni un segundo. Que cada uno se las apañe como pueda. Las oportunidades no van a ir a buscarte a casa, tienes que ir tú a por ellas. Sin miedo. Sin remordimientos —dice—. Porque un día puede que te levantes y un señor vestido con una bata blanca te diga que te queda mucho menos tiempo del que pensabas que tenías, y ya llegues demasiado tarde a la cita con tus sueños.

La fuerza con la que impactan esas palabras en Lara se multiplica por el hecho de que vienen de una persona que sabe que solo le desea lo mejor. Entre ellas nunca ha existido la envidia, ni de la buena ni de la mala; por eso Lara siempre ha sabido que Amaya era tan especial para ella. Ha disfrutado de sus éxitos y triunfos como si fuesen propios, sin matices, y eso es algo que no le ha sucedido con nadie más que con ella y con Ruth. Tampoco es que necesite de esa innegable credibilidad que tiene su amiga para ella, pues en el fondo no le ha contado nada que no supiera ya. La verdad estaba ya ahí, en su interior. Tan solo tenía que venir alguien a quitarle la capa de autoengaño y vergüenza que la mantenía oculta a la vista. Hasta en

lo de pasar por encima de quien se interponga entre ella y sus objetivos tiene razón. Sabe que no se está refiriendo a que pisotee a nadie ni nada parecido, sino a que hay ocasiones en que para alcanzar una meta hay que decirle que *no* a alguien. O dejarle atrás. Y no permitir que la pena que puedas sentir hacia esa persona te frene.

Amaya la mira expectante, esperando impaciente su reacción.

—Yo también te quiero con locura —dice Lara—. Me da miedo pensar en lo que habría sido de mí si no llego a tenerte a mi lado desde que éramos niñas, porque tú me has salvado tantas veces como yo a ti. Y lo sigues haciendo —dice Lara, que a duras penas puede terminar la frase.

—Siempre lo haré.

Llegado ese punto, ninguna de las dos puede seguir hablando. Lara la abraza de nuevo, con tanto cuidado como amor. De esa manera, fundidas como si fueran un solo ser humano con dos almas, se las encuentra la enfermera que aparece por la puerta para anunciarles que el horario de visitas ha llegado a su fin. No le prestan ninguna atención, totalmente entregadas la una a la otra, por lo que la empleada del hospital tiene que entrar una segunda vez para insistir en que Lara debe marcharse ya.

Lara se despide con el corazón latiéndole a mil por hora, consciente de que procesar todas las emociones que bullen en su interior va a ser una tarea muy desafiante a la que enfrentarse. Cuando va a traspasar el umbral de la estancia, escucha que Amaya pronuncia su nombre una última vez. Lara se gira hacia ella de inmediato.

—Vive —le dice su amiga, que en los escasos segundos que le ha dado la espalda parece haberse consumido un poco más, como si con Lara se estuviese yendo también parte de su vitalidad—. Por favor —añade.

Lara asiente varias veces, con nuevas lágrimas surcando su arrasado semblante.

—Te lo prometo —logra decir con mucha dificultad.

Mientras camina hacia la salida de la UCI, Lara echa mano de su teléfono móvil, dispuesta a no esperar ni un minuto más para

empezar a cumplir esa promesa.

# Capítulo 30
## EL MEJOR

Lara es la primera de los dos en llegar. Aprovecha que lo ha hecho con bastante antelación para explorar el parque de Berlín, al que no volvía desde la primera y única vez que estuvo allí, junto con sus compañeros de trabajo de los multicines. Entra por el acceso que hay más al sur, donde se encuentra un pequeño auditorio, y luego avanza en dirección norte hasta detenerse en el estanque, en cuyo centro se alzan tres fragmentos del muro que separó durante varias décadas la ciudad de la que el parque recibe su nombre.

Fue allí, durante una noche de principios del mes de octubre de hace veinticinco años, donde Lara se dio cuenta de que lo que sentía por Dani iba mucho más allá de la amistad. Es por eso por lo que le vino rápidamente a la mente cuando tuvo que escoger un sitio donde quedar con él; le parece de lo más poético que sea precisamente ese rincón, donde todo empezó, el lugar en el que se vaya a escribir el siguiente capítulo de su relación. Si va a ser uno más, el inicio de una nueva historia o incluso el último, es lo que está aún por ver.

Lara ve aproximarse a Dani antes de que él la localice a ella. Va vestido con unos pantalones chinos de color beis y un polo azul marino, y en la mano derecha sujeta una pequeña bolsa blanca de papel salpicada de lunares. Lleva unas gafas de sol de gruesa montura negra, por lo que hasta que no le sonríe Lara no puede percatarse de que él ya la ha visto también a ella. Al besarle en la

mejilla a modo de saludo, el olor de la suave fragancia con la que se ha perfumado Dani inunda sus fosas nasales.

Lo primero que hace nada más separarse de Lara es ofrecerle la bolsa que lleva consigo.

—Es para ti.

Al poder estudiarla más de cerca, Lara descubre que en su parte central se ve el logotipo de una tienda llamada La Violeta. Ella la conoce muy bien, pues los deliciosos caramelos que se venden en ella son su golosina preferida. En su interior hay un tarro de cristal repleto de ellos, tapado por un corcho.

—¿Siguen gustándote tanto? —pregunta él, quitándose las gafas.

—Sí. Estoy tan enganchada a ellos como cuando era una niña.

A Lara le resulta sorprendente que él se haya acordado después de tantos años. Le parece un detalle más maravilloso que si le hubiese regalado algo de mayor valor económico.

—Muchísimas gracias.

—Es una tontería, pero me hacía ilusión traértelo en recuerdo de los viejos tiempos.

—Pues yo no te he comprado nada.

—Es que no hacía falta. Además, soy yo el que te debía algo en agradecimiento por todo lo que estás haciendo por *La risa de Najma*.

Cuando Lara le mandó el día anterior un mensaje a Dani para preguntarle si le apetecía quedar para tomar algo cuando ambos salieran de trabajar, le había insinuado que no se trataba de una reunión de tipo profesional. Así que lo último que desea Lara es que la conversación derive hacia ese tema.

—Pues si no te importa, yo ya me voy a tomar uno —dice ella, abriendo el bonito recipiente que contiene los caramelos —¿Quieres tú también?

Dani le contesta que sí sin pensárselo dos veces.

—Mmmm, qué rico —dice Lara, deleitándose con el original sabor del dulce.

—Está muy bueno, sí.

Dani pasea la mirada a su alrededor mientras él también disfruta de su violeta.

—Hacía mucho que no venía por aquí —dice.

—Yo no he vuelto desde aquel día del botellón. ¿Te acuerdas?

Él la mira a los ojos de nuevo.

—Claro que sí —contesta—. Yo creo que fue la vez que salimos todos que mejor me lo pasé. ¿Es por eso por lo que querías que nos viéramos aquí?

—Más o menos —responde ella, que no ve necesario aclararle el verdadero motivo por el que ese día se quedó grabado en su memoria.

La risa estridente de una de las tres chicas que hay sentadas en un banco cercano distrae a Lara. Una de ellas se parece tanto a Ruth que tiene que fijarse bien en ella para cerciorarse de que no se trata de su hija.

—¿Nos tomamos algo en la terraza? —le sugiere a Dani, señalando en dirección al local que hay dentro del mismo parque.

—Vale.

La suerte les sonríe, pues hay una mesa libre en el exterior.

—¿Qué tal estás? —pregunta Lara una vez que se han puesto cómodos.

Dani hace un gesto de resignación.

—He tenido todo tipo de días desde que Eva se fue de casa —dice él—. Días en los que estoy muy cabreado con ella. Otros en los que con quien estoy enfadado es conmigo mismo —le confiesa—. Unas veces me levanto viéndolo todo muy negro, y luego al rato me vengo arriba y pienso que aún hay esperanzas de que… —deja inconclusa la frase.

—¿Esperanzas de que volváis a estar juntos? —tantea ella.

Dani se queda tan callado y pensativo, que Lara se teme que no va a obtener ninguna contestación por su parte. Casi puede percibir la lucha interna que está teniendo lugar dentro de su cabeza y de su corazón.

—No creo que eso sea ya posible —la sorprende él con su franqueza y rotundidad.

—¿Por?

Esta vez su respuesta no se hace esperar.

—Porque creo que los dos sabemos que lo nuestro no tiene futuro —manifiesta él—. Y que lo de darnos un tiempo para estar

separados no lo hemos hecho porque pensemos que va a ser una solución para nuestros problemas, sino que simplemente se debe a que ninguno de los dos se atreve a decírselo al otro a la cara —opina —. En el caso de Eva no estoy seguro del todo. Pero en el mío, sí.

Su brutal sinceridad impresiona a Lara. A pesar de esa vacilación inicial, le da la impresión de que Dani necesitaba abrirse por completo a alguien acerca de ese tema.

—Es que es muy duro reconocer que algo que ha durado tanto puede desaparecer por completo. Y tan rápidamente —continúa Dani, chasqueando los dedos—. Yo había dado por hecho que estaríamos juntos para siempre. Sé que eso nunca se puede asegurar, pero la verdad es que pensaba iba a pasar el resto de mi vida con Eva. No sé por qué creía que lo nuestro era así de especial, pero estaba convencido de que no iba a acabarse nunca.

Lara le comprende a la perfección. Ella pasó exactamente por lo mismo con Eduardo. Estuvo años y años pensando que había dado con el hombre perfecto para ella, y que no existía fuerza en el mundo que pudiese quebrar jamás su vínculo. Cuando lo cierto era que su matrimonio se había descompuesto en un periodo de tiempo ridículo en comparación con todo el que habían invertido en consolidarlo.

—Da mucho vértigo pensar que vas a tener que empezar tu vida desde cero. Es verdad que no lo has perdido todo, pero la sensación es la misma que cuando miras uno de esos vídeos de fichas de dominó en los que, al caer la primera, el resto la siguen una tras otra —dice Dani.

Una vez más, Lara empatiza al máximo con él. Es como si estuviese describiendo el proceso que ella ha seguido tras su divorcio. Lo que para él es una funesta profecía, para ella se acabó convirtiendo en una triste realidad. Pero como no quiere alimentar su pesimismo, se lo guarda para ella sola. También le ahorra cualquier comentario hipócrita relativo a desear que lo suyo con Eva se arregle finalmente. La vieja Lara habría dicho algo así, aunque solo fuese por quedar bien, pero la nueva está decidida a ser más consecuente con sus propias necesidades.

Justo en ese momento, aparece el camarero para tomarles nota. Dani se pide una caña y Lara una clara con limón. Al ver el aspecto tan apetitoso que tiene un generoso pincho de tortilla que están devorando los de la mesa de al lado, Lara se anima a solicitar uno para ellos.

—¿Y a ti cómo te va? —pregunta Dani cuando se quedan de nuevo a solas.

Lara también precisa de alguien con quien poder desahogarse por lo de Amaya. Lo ha hecho a medias con Ruth, ya que le fue imposible ocultarle la verdad cuando llegó a casa devastada tras su visita al hospital. Pero con ella había tratado de contenerse para no preocuparla demasiado.

—Pues ojalá te pudiese decir que me está yendo mejor que a ti —dice Lara.

A renglón seguido, le pone al día en lo referente a la enfermedad de su amiga, de la que ya le habló la última vez que se vieron fuera de las oficinas de la editorial. La herida es tan reciente que rememorar su encuentro de hace veinticuatro horas con ella la lleva al borde de las lágrimas. Tan solo una de ellas logra deslizarse por su mejilla antes de que pueda frotarse los ojos para secárselas.

—Lo siento mucho, Lara.

Él cubre con su mano la que ella tiene apoyada sobre la superficie de la mesa. Ese gesto tan cariñoso, unido a la facilidad con la que ha estado hablando acerca de sus sentimientos, le demuestran que Dani ya no es el chico reservado y un punto distante que ella conoció en el pasado. Madurar le ha permitido sumar nuevas virtudes a las que ya poseía entonces, lo que aumenta su atractivo a los ojos de Lara hasta niveles ya inmanejables.

Lara gira lentamente la muñeca para envolver la mano de Dani con la suya. Durante un breve instante, teme que él vaya a romper con brusquedad el contacto entre sus pieles, como si el antiguo Dani hubiese tomado de repente el control de su yo del futuro. En lugar de eso, él acaricia suavemente con el pulgar el dorso de la mano de Lara.

Los dos se miran fijamente, sin saber qué decir. Lara siente que ese silencio se expande hasta abarcar todo lo que hay a su

alrededor, como si la ciudad entera estuviese conteniendo el aliento ante ellos.

—¿Por qué cuando nos conocimos tú y yo no…? Ya sabes —quiere saber ella.

Siempre ha creído que lo que había impedido que su relación prosperase era algo más que la parsimonia que se había tomado Dani a la hora de revelarle lo que sentía por ella, y que había desembocado en que Lara acabase en los brazos de Roberto.

—Porque fui un cobarde —dice él de inmediato—. Y tenía miedo.

—¿De que te fuera a decir que no?

—De no ser suficiente para ti.

Lara se lamenta de lo que pudo ser y no fue por culpa de la falta de autoestima de Dani. Pero a la vez se alegra de que él tuviese una imagen tan elevada de ella que no creyese estar a su nivel.

—¿Y ahora crees que lo serías? —pregunta ella.

Dani sonríe ante su desafío.

—Supongo que eso solo hay una manera de saberlo.

Lara asiente complacida.

—¿Y Eva?

Lo que menos quiere es convertirse en un arma arrojadiza contra nadie. Ella misma cometió ese mismo error hace no mucho, y no desea contribuir a que Dani la imite.

—Hablaré lo antes posible con ella para que sepa que es mejor no seguir retrasando lo inevitable.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres hacer? —le obliga Lara a plantearse.

—Lo he estado desde el día en que entré en tu despacho —sentencia él—. Desde que te vi delante de mí me sentí el tío más afortunado del mundo porque habías vuelto a mí cuando más te necesitaba —dice, con el semblante iluminado por ese tipo de alegría que no se puede fingir—. Sé que llevo veinticinco años de retraso, pero más vale tarde que nunca.

Las palabras de Dani son como un viento huracanado que arrasa con la inquietud de Lara hasta hacerla desaparecer de la vista. Bajo la dulce mirada de Dani, todo cobra sentido. Se da cuenta de que todos y cada uno de los acontecimientos de las últimas semanas,

que hasta ese momento se habían amontonado sin ningún orden dentro de su cabeza, eran realmente un rompecabezas cuyas piezas están empezando a colocarse en su lugar correcto, como por arte de magia. Quedan todavía varias por ubicar, y hasta es probable que no todas acaben encajando algún día, dejando huecos con los que Lara deberá aprende a convivir. Pero es que así son las cosas a veces.

Antes de separarse, Lara y Dani se dan el beso en los labios que llevan media vida posponiendo. Como sucede con los mejores vinos, el tiempo que ha tardado en ser degustado le ha liberado de sus impurezas y ha enriquecido su sabor.

Es un beso entre un millón, sin duda alguna.

# Capítulo 31
## DESPUÉS

No queda un último viaje antes de concluir esta historia. Solo que en esta ocasión no vamos a retroceder al pasado, sino que vamos a dar un pequeño salto hacia delante en el tiempo.

Es una mañana de jueves de principios de diciembre, cinco meses más tarde de que a Lara y Dani los alcanzase el destino de nuevo —y esta vez parece que va a ser la definitiva— en el parque de Berlín. Les va muy bien juntos, tranquilos. Ella está siendo el bálsamo perfecto para el dolor que la ruptura con Eva ha supuesto para Dani, y él le ha aportado la ilusión por el futuro que tanto necesitaba Lara para volver a recuperar la sonrisa. Su éxito tiene bastante que ver con el hecho de que ambos se han prometido ante el espejo no repetir los errores cometidos en relaciones pasadas. A los dos les parece tan valioso y prometedor lo que tienen entre manos que quieren ofrecerle al otro la mejor versión de sí mismos, y están dispuestos a esforzarse al máximo para conseguirlo.

Lara está pensando en Dani en este preciso momento. Lo hace constantemente, así que no se trata de una casualidad. No suele necesitar ningún motivo en concreto para acordarse de él, pero en este caso lo ha hecho gracias a una gran noticia que acaba de recibir, asociada con *La risa de Najma*, que está superando todas las expectativas y va camino de hacerse con el récord de ventas de un autor novel de toda la historia de la editorial.

Lara se plantea llamar en ese instante al hombre del que cada día está más enamorada para compartir con él la maravillosa información que acaba de recibir, pero finalmente opta por decírselo en persona cuando se vean a la salida del trabajo. Se van a reunir para llevar a cabo una especie de ritual, del que os prometo que iba a hablaros a continuación, si no fuese porque acaba de suceder algo que requiere de nuestra atención más inmediata.

—Hay alguien aquí preguntando por ti —avisa la recepcionista a Lara a través de una línea telefónica interna de la empresa.

—¿Quién? —pregunta una extrañada Lara, pues la única cita que tiene programada para ese día está fijada para dentro de cuatro horas.

—Dice que es tu madre —le dice en voz baja su compañera de trabajo.

Lara no se esperaba para nada esa respuesta. Tanto es así que a punto está de pedirle que se la describa para comprobar si en efecto es ella, o si se trata de una impostora. De poder elegir, se quedaría con esta última opción.

Después de la terrible discusión durante la convalecencia de Lara, tuvo lugar algo que a duras penas se podría calificar como una reconciliación. Fue más bien una tregua que madre e hija aceptaron firmar por el bien de los restantes miembros de la familia. Desde entonces, el contacto entre ambas ha sido más esporádico de lo habitual. También más frío. No se tratan, sino que se soportan.

—¿Qué le digo? —le susurra la recepcionista.

A Lara no le apetece quedarse a solas con Jimena. Se las ha ingeniado por no tener que hacerlo desde el día que practicamente la echó a patadas de su casa, y no quiere romper la racha.

—Dile que espere —contesta Lara—. Que en cinco minutos estoy con ella.

Es el espacio mínimo de tiempo que necesita para prepararse mentalmente para su encuentro. «¿Y qué querrá ahora esta?», se cuestiona. Descarta que se trate de algún tipo de urgencia, pues de ser así la habría intentado localizar a través del móvil. Lara revisa bien su dispositivo por si acaso se le ha escapado alguna llamada perdida o mensaje proveniente de ella, pero no ve nada de eso.

—¿Y entonces? —se pregunta, ahora en voz alta.

Se siente como cuando era una adolescente y regresaba a casa del colegio con las notas del trimestre metidas en un sobre, sabedora de que, por muy buenas que fuesen, a su madre le parecerían insuficientes.

—Bueno, cuanto antes me lo quite, mejor —se dice para no postergar más la poco apetecible tarea que tiene por delante.

Como siempre que sale de casa, ya sea para bajar a la farmacia o ir de invitada a una boda, Jimena va impecablemente vestida y maquillada. Sobria pero elegante, como a ella le gusta mostrarse.

—Hola, mamá —la saluda Lara, manteniendo las distancias.

—Buenos días, hija —le corresponde Jimena, que tampoco se aproxima a ella.

Lara estudia el rostro de su madre, buscando pistas que le permitan averiguar qué es lo que pretende con su visita. Al no hallar ninguna, le pregunta directamente si ha pasado algo.

—No. Solo quería verte —dice la mujer—. Y conocer el lugar donde trabajas.

Jimena nunca había mostrado interés alguno en visitar las oficinas donde Lara ejerce su profesión. Ni siquiera antes de que su nuevo cargo provocase que su madre le cogiese una manía tremenda a todo lo que tenía que ver con su trabajo.

—Ah, qué bien —dice Lara, estrujándose el cerebro para poder dar con el verdadero motivo por el que se ha acercado hasta allí, pues no se traga la excusa que le ha puesto.

Por el rabillo del ojo, Lara detecta que la recepcionista está muy pendiente de su conversación, lo que la incomoda casi tanto como la presencia de Jimena.

—Podías haberme avisado y me habría organizado mejor —dice.

—Es que ha sido una decisión espontánea que he tomado esta misma mañana.

Ese es un concepto tan ajeno a su madre, que por planificar hasta planifica sus estornudos cuando está resfriada, que Lara tiene muy claro que se trata de una mentira. Lo más probable es que no la haya informado de su visita para no darle la oportunidad a Lara de eludirla.

—Pues vaya sorpresa —murmura Lara.

—¿Qué? —pregunta Jimena.

El jefe de Lara escoge ese preciso momento para asomar por allí en dirección a la salida, seguramente para fumarse uno de sus carísimos cigarrillos suizos. Al ver a las dos mujeres ahí paradas, se detiene y mira con gesto interrogativo a su subordinada, lo que obliga a Lara a llevar a cabo una presentación que había soñado poder ahorrarse durante el resto de sus días.

—Esta es Jimena, mi madre —le dice al recién llegado—. Él es Julián, mi jefe —informa a su inoportuna progenitora.

Julián está al tanto de la tensa relación que existe entre las dos, y de que el ascenso de Lara no fue visto con buenos ojos por parte de la mujer que tiene frente a él. Eso no le impide mostrarse tan encantador y acogedor con ella como acostumbra a hacer con todo el mundo que visita las instalaciones de la compañía. Eso Lara lo daba por hecho. Con lo que no contaba era con la calidez que muestra su madre hacia su superior. Y mucho menos con que allí mismo, delante de sus narices, Jimena le agradezca a Julián el haber confiado en su hija años atrás para ocupar la vacante de coordinadora editorial que había quedado libre.

—No suelo tener muchas grandes ideas —dice él—, pero le aseguro que esa es una de las mejores que he tenido jamás.

Lara está tan conmocionada por el agradecimiento que Jimena le ha dado a su jefe, que el halago con el que la ha obsequiado Julián le pasa completamente desapercibido.

—Has sido un placer conocerla por fin, Jimena —declara Julián.

—Lo mismo digo —sonríe la madre de Lara.

—Espero que nos volvamos a ver pronto —se despide él.

«No, por Dios», exclama Lara para sus adentros.

—Igualmente.

Ante el peligro de que tenga que acabar presentándole a su madre al resto de la plantilla, Lara se la lleva a rastras hasta su despacho. Una vez dentro, decide dejarse de sutilezas y preguntarle qué es lo que verdaderamente ha ido a hacer allí. Jimena juguetea con su reloj de pulsera mientras se piensa su respuesta, cosa que

Lara sabe que es un gesto compulsivo que se desencadena cuando está nerviosa o alterada.

—Y no me repitas lo de que querías conocer este sitio, porque siempre has odiado mi trabajo —le advierte Lara—. ¿O es que de pronto has cambiado de opinión?

—No he cambiado de opinión.

—Ya me lo imaginaba —apunta Lara, endureciendo su tono de voz.

Jimena mira fijamente a su hija. Hay en su expresión algo novedoso, que Lara es incapaz de descifrar. Quizá porque no está habituada a ello.

—Da igual lo que yo opine o deje de opinar —manifiesta Jimena—. Lo único que importa es que esto es lo que de verdad te hace feliz —añade, señalando a su alrededor—. Que yo piense que has tenido que sacrificar demasiadas cosas para conseguirlo es un problema mío, no tuyo —dice—. Así que te pido perdón por haber tardado tanto en darme cuenta. Y por todo el daño que te haya causado por haberle dado más valor a lo que yo creía que a lo que tú querías. No solo con tu trabajo, sino con todo lo demás.

Las palabras han abandonado su boca como si fuesen muelas arrancadas de cuajo por un dentista inexperto; con sufrimiento y dificultad. Aun así, a Lara le resulta imposible ponerlas en duda. Le da la impresión de que han salido directamente desde lo más profundo del alma de su madre.

Dentro de Lara, lleva años y años edificándose una torre gigantesca relacionada con su madre. Sus cimientos están formados por una cantidad tan numerosa de recuerdos negativos de su infancia que no existe el mínimo espacio entre ellos. Cada piso de esa torre está abarrotado de injusticias, decepciones, reproches y resentimientos. Coronándola hay una robusta cima impregnada de una sensación de desamparo tan oscura y densa que absorbe toda la luz que la rodea. A pesar de que ha hecho falta mucho tiempo para erigirla, ha bastado con un puñado de frases para hacer que se tambalee.

El temblor comienza en sus piernas, obligándola a tener que apoyarse en el borde de la mesa para no caer redonda al suelo.

Luego se extiende al resto de su cuerpo, desde dentro hacia afuera, como si una bomba de emociones hubiese estallado en sus entrañas. Cuando llega a su boca, se convierte en una frase tan corta como poderosa.

—Te perdono —dice Lara.

Es algo que también le sale del corazón, y que asume la forma de una fuerza imparable que golpea con violencia la barrera que lleva toda una vida separando a esas dos mujeres, haciéndola añicos en el proceso.

El rostro de Jimena muestra un alivio tan inmenso que incluso parecen desaparecer para siempre algunas de las arrugas que lo recorren.

—Te quiero, hija mía.

—Yo también, mamá.

Se abrazan entre lágrimas, sabiendo que, aunque quedan todavía muchas heridas abiertas entre ambas, han dado el primer paso para cerrarlas. Tiempo no les va a faltar para lograrlo, ahora que el orgullo no es ya un obstáculo en su camino.

Lara sabía que ese día iba a ser muy intenso para ella, pero no a causa de la inesperada intervención de su madre. Si os acordáis, mencioné al principio del capítulo que hoy había quedado con Dani para cumplir con una tradición. Ahora por fin puedo contaros de qué se trata. Empezaré diciéndoos que es algo que no tiene que ver estrictamente con su romance, sino que más bien implica a otra persona. Y esa persona se llama Amaya.

Lara perdió a su mejor amiga con la llegada del otoño. Había sido un golpe desgarrador a pesar de que había podido prepararse con antelación para ello, si es que es posible prepararse para algo así. De no ser por el apoyo constante e incondicional de Dani, todo habría sido mucho más insoportable. Aun así, había días en los que la echaba tanto de menos que le costaba un mundo levantarse de la cama. Solo era capaz de hacerlo cuando acudía a su mente la orden que le había dado Amaya aquel día en el hospital: «Vive».

En ello está.

Nada más reunirse con Dani, Lara le cuenta lo de su madre. La reacción tan entusiasta de su novio le hace ver que ha acertado al

aceptar las disculpas de Jimena.

—Esa no es la única buena noticia del día —dice ella.

Lara le anuncia que su novela ha sido incluida en la lista de los cincuenta mejores libros del año que elabora *Babelia*, el suplemento cultural de *El País*.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente —le asegura ella—. Así que enhorabuena.

—Enhorabuena a ti también —dice él, emocionado por el nuevo logro de su obra—. Sin tu ayuda no habría sido posible.

Se besan apasionadamente para celebrar su éxito compartido. Es un beso que podría haber formado parte de nuestra exclusiva colección, ahora que lo pienso.

—¿Estás lista? —pregunta Dani cuando sus labios se separan.

Lara asiente con la cabeza, aunque por dentro no está tan segura.

—Pues vamos.

Cuando Amaya y Lara cumplieron los dieciocho años, decidieron que, al igual que una pareja de enamorados tiene su aniversario, ellas querían uno propio para poder celebrar su amistad cada año. No conocían la fecha exacta en la que se conocieron, pues eran unos bebés, así que tuvieron que inventarse otra. Tras estudiar varias alternativas, entre las que se encontraba el día en que se emborracharon juntas por primera vez, por ejemplo, se decidieron por el doce de diciembre, en honor a un viaje que hicieron con sus familias a una estación de esquí situada en la sierra de Madrid. Ninguna de las dos recordaba haberse reído tanto como aquel día que pasaron en la nieve.

Desde entonces, no habían faltado ni un solo año a su peculiar cita. En ocasiones no habían podido verse justo ese mismo día, pero lo habían solucionado quedando en cuanto les era posible para poder completar su ritual de sororidad, que consistía en salir a cenar y beberse cada una de ellas un par de chupitos de tequila de postre.

Lara se ha propuesto continuar conmemorando su amistad con Amaya, aunque ella ya no pueda estar presente. Al principio pensó en hacerlo sola, pero luego se le ocurrió que tener a su lado a Dani, por lo menos para ese primer aniversario, era lo más aconsejable. Para cumplir con su propósito han escogido el restaurante mexicano

al que habían acudido las dos amigas los últimos dos años. La comida está tan deliciosa como siempre y la compañía de Dani la reconforta los suficiente como para poder disfrutar de ella a pesar de la tristeza que le produce la ausencia de su amiga.

El primer trago de tequila lo comparte con Dani. Para el segundo le hace una petición especial.

—¿Te importaría dejarme sola un ratito?

—Claro que no —dice él, levantándose de su asiento de inmediato —. Tómate el tiempo que necesites —añade, besándola con delicadeza en los labios.

Cuando él se aleja, Lara cierra los ojos y se concentra en recuperar una representación del rostro de su amiga. En su primer intento se le aparece el semblante demacrado que tenía en sus últimos días. Lara sacude la cabeza para deshacerse de esa desagradable imagen y sustituirla por otra que la muestre tan sana y llena de vitalidad como estaba antes de su enfermedad. Conseguirlo le arranca una sonrisa.

—Hola, Amaya —murmura Lara.

Ella le sonríe de vuelta. Y entonces sucede algo muy extraño.

Lara tiene la sensación de que de repente ya no está sola. Abre los ojos de manera instintiva para comprobar si alguien se ha sentado frente a ella, pero la silla que ocupaba Dani está vacía. Pese a ello, Lara sigue percibiendo la cercanía de esa presencia que sus sentidos físicos no son capaces de detectar. Dejándose llevar por un impulso, toma su vasito y lo alza lentamente, fijándose en el otro que hay todavía sobre la mesa. No lo ve levantarse movido por una mano invisible, pero sí que cree escuchar el débil eco de una risa muy familiar dentro de su oído.

—Feliz aniversario, Amaya —dice en voz alta, sin experimentar vergüenza alguna por el hecho de que alguien la pueda escuchar hablándole al aire.

Feliz aniversario a ti también, amiga mía.

# Capítulo 32
## UNA DESPEDIDA

Reconozco que ha sido raro hablar de mí en tercera persona en las partes de esta historia en las que yo intervenía, pero ya veis que me he tomado muy en serio mi papel de narradora.

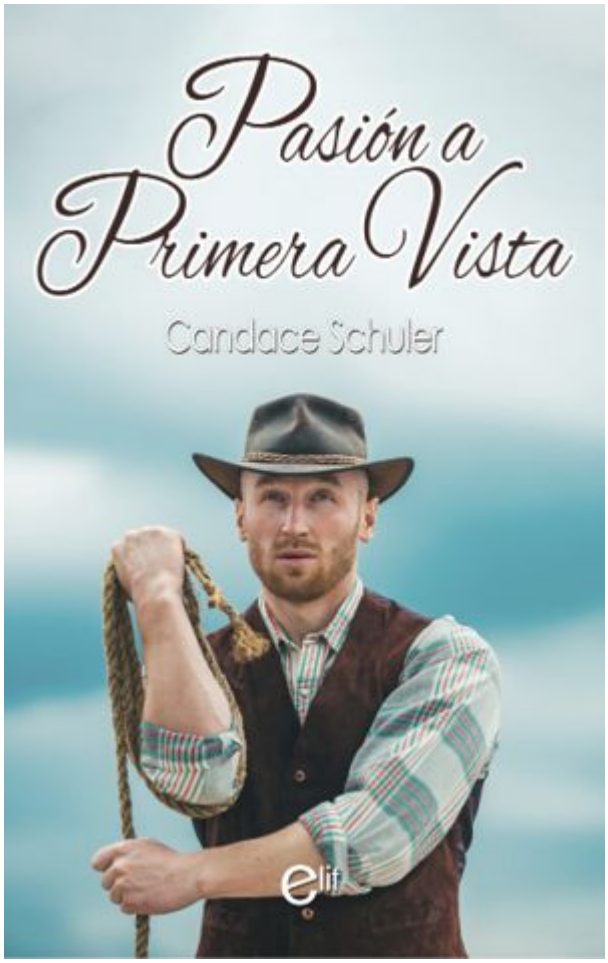
Ha sido un placer conoceros, pero me temo que ha llegado la hora de deciros adiós, al menos a vosotros. Porque yo voy a seguir un poco más por aquí, vigilando y cuidando a mi Lari. Aunque mi visión del futuro no es tan clara como la del pasado, creo que le va a ir bastante bien a partir de ahora. No ha sido fácil para ella, pero por fin está dando los pasos necesarios para ser tan feliz como se merece.

Una última cosa antes de que sigáis con vuestras vidas: cuidaos. Y cuidad de los que os importan.

¡Un abrazo, que ya sabéis que me gustan más que los besos!

# Si te ha gustado este libro…

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




www.harpercollins.es


CLARA SANZ
@lamodernaruralshop
Todas las flores que olvidamos
HarperCollins

# Todas las flores que olvidamos

Clara Sanz
9788410641815
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**¿Qué ocurre cuando el destino se empeña en devolverte al pasado?**

Me llamo Isabel, aunque siempre he querido que me llamen Bella. Mi vida se parecía mucho a la de cualquier chica hasta que un día recibí una carta desde el pueblo soriano en el que veraneaba de niña. Una tormenta emocional puso todo patas arriba y me llevó a descubrir sentimientos que nunca había experimentado.

El regreso a un pasado que me había empeñado en olvidar y que me haría recordar el olor y los colores de las flores que cultivaban mis abuelos y, también, un reencuentro inesperado con la persona que lo cambiaría todo.

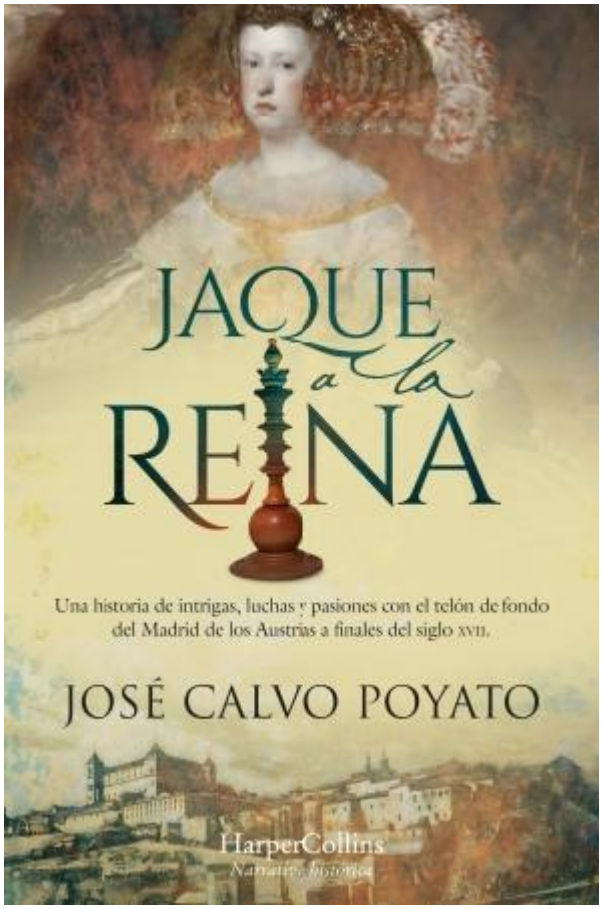
**Una novela en la que descubrirás que lo más bonito siempre está por llegar.**

*«Vivir con ilusión es totalmente necesario para sentirnos vivos. Lo ideal es que ese estímulo no tenga que ver con el amor, sino con*

*nuestros logros u objetivos. Sacar una buena nota para poder cursar aquello que nos gusta, encontrar un trabajo de nuestro agrado, montar un negocio o conseguir peonías para tu jardín de flores. Sea cual sea nuestro propósito en la vida, hay que vivirlo con ilusión. Levantarte por las mañanas y sentirte esperanzado por algo.*

*Y así había vivido yo toda mi vida. Buscando logros u objetivos que mantuvieran mi ilusión por vivir. […] Tener un objetivo e ilusionarme por conseguirlo habían hecho que toda mi vida tuviera sentido. Lo había logrado manteniéndome fiel a una premisa: que esa ilusión nunca dependiera de otras personas. Solamente de mí. Porque así nadie podría quitarme las ganas de vivir».*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


JAQUE a la REINA
Una historia de intrigas, luchas y pasiones con el telón de fondo del Madrid de los Austrias a finales del siglo XVII.
JOSÉ CALVO POYATO
HarperCollins
Narrativa histórica

# Jaque a la reina

Calvo Poyato, José
9788419802866
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Jaque a la reina es una emocionante novela histórica de intrigas, conjuras y choque de aceros en las oscuras callejuelas de la Villa y Corte, que a su vez conformará el escenario de una hermosa historia de amor.**

Felipe IV ha muerto. En Madrid, mentidero de la monarquía, en un ambiente de clérigos intolerantes, de nobles engreídos y de veteranos soldados que pululan por la villa sin oficio ni beneficio, las intrigas y la lucha por el poder marcan la vida de la corte, ante la minoría de edad de Carlos II, un enfermizo rey de cuatro años. La reina viuda, de carácter adusto e intransigente en sus planteamientos, asume una regencia llena de dificultades, apoyándose en su confesor, el padre Everardo, un jesuita al que el pueblo odia por haber cerrado los corrales de comedias y ser extranjero. Sobre su figura circulan todo tipo de rumores, muy escabrosos cuando se refieren a su relación con la reina. Frente a ellos el ambicioso Juan José de Austria, hijo bastardo del monarca difunto y de una comedianta, intriga para hacerse con el poder.

**Dos personajes más, el capitán de tercios Gonzalo de Santa Cruz y la enigmática Elena de Zúñiga, un antiguo amor del capitán, atraerán el centro de la intriga palaciega mientras intentan recuperar el amor perdido.**

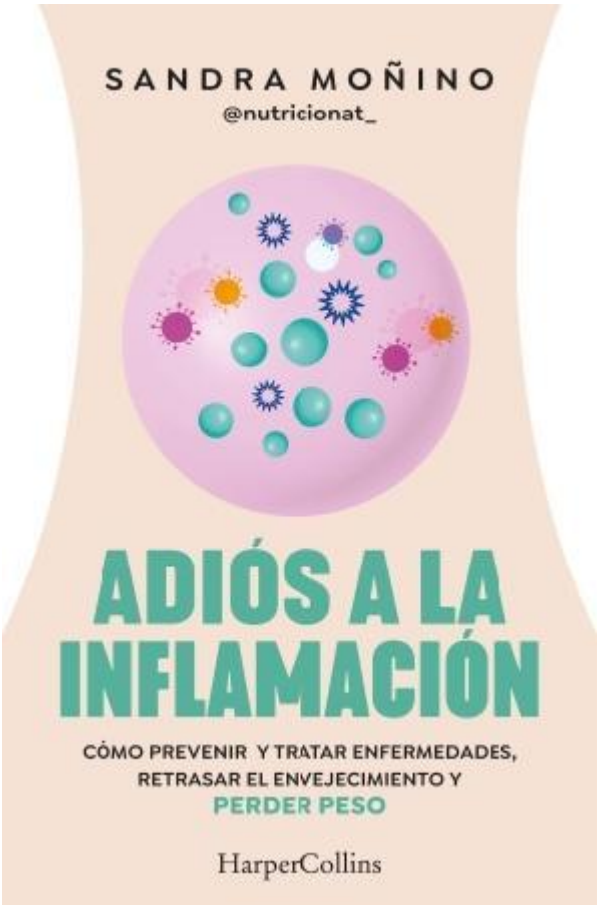
**«Del panorama literario actual, José Calvo Poyato es uno de los autores que mejor nos traslada a épocas pasadas». *Onda Cero***

**«Un referente de la novela histórica española». *El Periódico***

**«Combina con sabiduría la novela histórica y el *thriller*». Juan Ángel Juristo, *ABC***

**«Un gran historiador. Un excelente novelista». J. J. Armas Marcelo**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


SANDRA MOÑINO
@nutricionat_
ADIÓS A LA INFLAMACIÓN
CÓMO PREVENIR Y TRATAR ENFERMEDADES, RETRASAR EL ENVEJECIMIENTO Y PERDER PESO
HarperCollins

# Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra
9788410021242
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN?**

Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica.

En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud.

La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables.

**UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA.**

**Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio.**

«Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después.

Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria.

Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro.

¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


KARIN
Slaughter
POR ESO MENTIMOS
¿Quién mató a Mercy McAlpine?
HarperCollins
Thriller

# Por eso mentimos

Slaughter, Karin
9788410643093
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Aquí todos mienten, pero solo uno es el asesino…**

Bienvenido al Albergue McAlpine: un refugio remoto en la montaña, un oasis de paz y tranquilidad.

Excepto que aquí todos mienten. Mienten sobre su pasado. Mienten a su familia. Se mienten a sí mismos.

Una noche, Mercy McAlpine —hasta entonces la buena hija— amenaza con revelar los secretos y miserias de todos. Apenas unas horas después, Mercy está muerta.

En una zona tan apartada, es fácil cometer un asesinato sin que nadie se dé cuenta, pero Will Trent y Sara Linton están aquí de luna de miel.

**Ahora, con el asesino dispuesto a atacar de nuevo, las vacaciones se convierten en una carrera contrarreloj…**

«La seguiría a cualquier parte». **Gillian Flynn**

«Pasión, intensidad y humanidad». **Lee Child**

«Lectura compulsiva». **Clare Mackintosh**

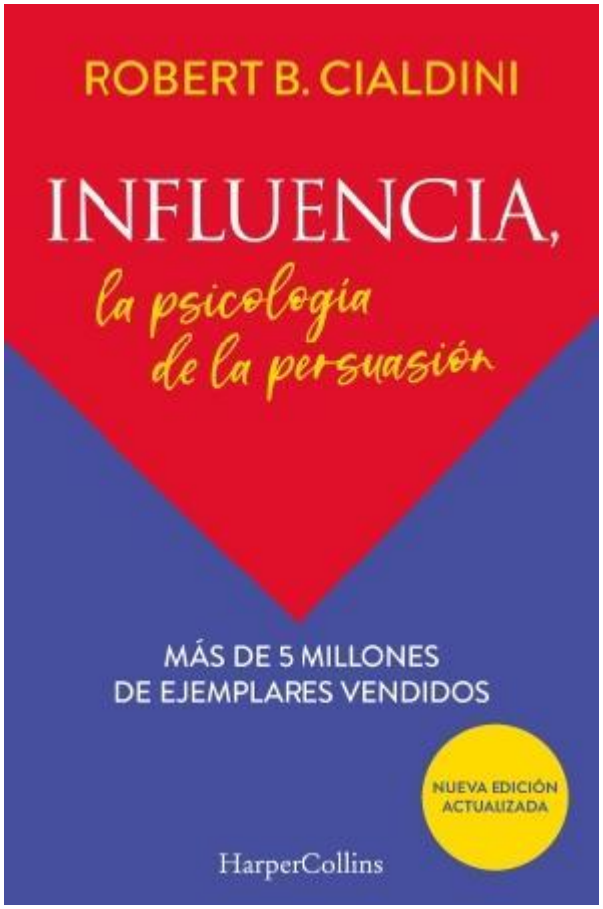
«Totalmente absorbente». **Adele Parks**

«Una gran escritora en la cima de su carrera». **Peter James**

«Una joya oscura y sofisticada». **Janice Hallett**

«Sus heroínas son creíbles, imperfectas y valientes». **Oyinkan Braithwaite**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



# Influencia. La psicología de la persuasión

B. Cialdini, Robert
9788491397380
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**El libro más importante sobre la ciencia de la persuasión que puede cambiar tu vida.**

Tienes en tus manos la obra maestra de la persuasión. Un libro extraordinario que te ayudará a ser más eficaz en el trabajo y en la vida diaria, a maximizar tu carisma, a mejorar tus relaciones y estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

*Bibliografía:*
*https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)